Crónicas de Clavering 3



# El Juego de Buscar Pareja

Jennie Goutet

# El Juego de Buscar Pareja

Crónicas de Clavering 3

Jennie Goutet

Copyright © 2024 por Jennie Goutet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Original Title: *The Sport of Matchmaking*, 2022

Traducido por L.M. Gutez

Diseño de portada por Shaela Odd de Blue Water Books

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Otras Obras de Jennie Goutet
Acerca del Autor

# CAPÍTULO I



Londres, marzo de 1822

—Almack's —la palabra se escapó de los labios de Lady Alice St. Claire en un suspiro de resignación que nadie oyó. Entregó su capa color Apolo-gold con adornos de felpa a cambio de un ticket de entrada y se volvió para echar un vistazo al salón de baile que, como acto inaugural de la Temporada, ya estaba repleto de rostros con expresiones ansiosas. Su madre, la duquesa de Carr, se dirigió inmediatamente al lado de una de las patronas, confiándole el cuidado de Alice a su hermana. Era perfectamente capaz de cuidar de sí misma, pero la duquesa aún no se había dado cuenta de ello.

Lady Charlotte, su hermana casada, cuatro años mayor que ella, precedió a Alice al entrar en la habitación. Se volvió hacia ella con un gesto impaciente.

—¿Vienes, Alice? Durstead, puedes ir a jugar a las cartas si lo deseas. Si te necesito, te avisaré, pero si no, puedes venir a buscarnos a las dos, como siempre.

Charlotte se adelantó, sin esperar respuesta de su marido y con la plena confianza de que su hermana la seguiría. Alice no se molestó en dirigirle una mirada compasiva a su cuñado. Pensaba que se había sacrificado voluntariamente al casarse con ella, por lo tanto, tenía poca paciencia con él.

Mientras seguía a Charlotte de manera renuente, entró en el salón de baile e inmediatamente se vio envuelta por la multitud, la cual la separó de su hermana. Una voz a su derecha se hizo oír por encima del bullicio:

—Lady Alice —y ella reconoció el tono penetrante. Tomando valor, se giró para saludar a su amiga de la infancia, si es que le podía designar ese término.

—Barbara, me alegro de verte —dijo, esbozando una sonrisa —. ¿Acabas de llegar a la ciudad? —no podía recordar una época en la que no hubiera conocido a Barbara Gower, *de soltera* Bowlings. Habían compartido clases de baile antes de su presentación, y sus madres las habían hecho visitarse mutuamente por las mañanas, suponiendo que una amistad sería el resultado natural. Pero era difícil ser amiga de alguien que sólo era amable contigo por tu título.

Barbara miró por encima de su hombro al hombre que estaba detrás de ella.

—Sí, algo así. Me casé hace poco, como debes saber. Permíteme presentarte a mi marido, William Gower. Señor Gower, le presento a Lady Alice St. Claire, la hija menor del duque de Carr.

El señor Gower hizo una pronunciada y puntillosa reverencia mientras ella le devolvía el

saludo. Alice buscó entre la multitud, con la esperanza de ver a algún conocido más prometedor que le permitiera escapar sin parecer grosera Barbara. No había ninguno.

—¿Me permitís felicitaros por vuestro matrimonio? —dijo en su lugar.

—Puedes hacerlo. Fue una ceremonia magnífica. Nos casamos en la catedral de St. Paul con la asistencia de todos los que habían llegado antes a Londres, muchos de los cuales habían viajado sólo para el evento. Lamenté recibir tus disculpas.

—Como yo lamenté el enviarlas. Os deseo toda la felicidad para vuestro futuro juntos, aunque estoy segura de que mis deseos no son necesarios para tan afortunada unión —no ofreció sus razones para no asistir a la boda porque su excusa era, ciertamente, endeble —. Ahora, si me disculpan, le prometí a Charlotte que no me alejaría mucho.

Con una cordial reverencia, se escapó por fin. Por encima de todo, Alice había aprendido la habilidad de hacer una salida elegante.

Charlotte no la había esperado y Alice sólo pudo dar gracias al cielo de que su hermana se hubiera encontrado con sus amigas íntimas para que pudieran conversar y olvidarse de todo menos de los últimos chismes. Charlotte se parecía mucho a su madre en ese aspecto. Alice se escabulló del campo visual de su hermana, satisfecha de haber escapado.

La sala estaba llena de gente y resultaba cálida. Habían encendido las velas de todas las lámparas de araña que había sobre ellos, y en un extremo había dos mesas con poncheras y vasos de horchata de almendra y limonada. La limonada era aguada y la horchata almibarado, y ambos estaban calientes. Alice tendría que tener mucha sed para servirse.

Saludó civilizadamente a los invitados que conocía a su paso, con la suficiente amabilidad como para que no pudieran acusarla de ser arrogante (aunque seguro que había gente que lo hacía), pero con la suficiente distancia como para que nadie pensara que buscaba compañía. Se dirigió con decisión hacia los baños, aunque en realidad sólo buscaba un lugar lo suficientemente apartado como para refugiarse de la multitud. En el último momento, encontró un lugar vacío a un lado de la sala, en uno de los rincones con ventanas, y se refugió bajo su sombra. La multitud se mezclaba, hablaba y bailaba frente a ella, pero no había nadie más en el rincón.

Exhaló y miró el grupo que se estaba formando, agradecida por no tener que participar en él. Esta noche, como en toda la última temporada, había dejado abajo la cola de su vestido. El gesto serviría para ahuyentar todas las invitaciones a bailar, si es que su infame reputación no lo había hecho ya. Comenzaba su quinta temporada y, si aún no se había casado, era porque no había habido ningún incentivo lo bastante tentador, aunque sí ofertas.

*Bien, veamos*, pensó mientras la letanía de pretendientes se paseaba ante su vista. Se le había declarado Lord Shrewsbury, quien tendía a acorralarla cuando ella no era lo bastante rápida como para darse cuenta cuando él se acercaba. Por si eso no era suficiente, su risa era notablemente parecida a la de un burro. Le había hecho saber su confianza en que, al poseer el título de marqués, debía ser apto para ella. Alice no había perdido el tiempo en hacerle saber que eso era falso.

Había habido otros, tal como el señor Morris, un hombre mayor que su padre. El duque sabía que era poco probable que su hija aceptara la oferta de aquel hombre, y no había insistido en que lo hiciera. Pero como el pretendiente poseía suficiente riqueza y su padre no había querido ofenderlo, había permitido que el señor Morris hiciera el intento. Alice lo había rechazado sin lamentarlo.

El señor Waynesworth, otro posible pretendiente, nunca se había armado de valor para invitarla a bailar. En cambio, había merodeado alrededor de ella nerviosamente, discretamente solícito y ansioso por llevarle una copa a cada paso, hasta el punto de que el simple hecho de

verlo la hacía querer gritar. Podía simpatizar fácilmente con la aparición de enfermedades mentales que experimentaban algunas damas.

Y, por último, estaba el señor Bowing, joven y apuesto, quien practicaba su encanto con todas las mujeres adineradas que conocía y, sin duda, se creía lo bastante encantador como para seducir a la hija de un par. Había estado equivocado. No era juventud ni elegancia lo que ella buscaba, sino sustancia, en el carácter más que en la cartera. Como estaba claro que no había ningún hombre así en toda Inglaterra, había dejado de buscar.

¿Qué había de malo en este mundo que no le daba autoridad o voz propia a una mujer para decidir lo que quería? Si tan sólo los intentos de sus padres de producir un heredero hubieran tenido éxito con *ella*, y hubiera nacido varón. Habría tenido toda la libertad que pudiera desear.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Alice. *Pero entonces no habría Bartholomew*. Su hermano, el marqués de Anley, era su persona favorita en el mundo, aunque se había vuelto algo distante en los últimos meses al buscar su independencia. Sólo faltaban uno o dos años para que Bartholomew fuera un hombre hecho y derecho.

Traída de vuelta al presente por las falsas sonrisas y las risas artificiales que resonaban en el espacio frente a ella, Alice continuó su diatriba interna. Almack's era la representación de todo lo que le desagradaba de la *alta sociedad*, sobre todo en sus intentos de lograr una conexión con ella. Acorralada por todas partes, por mujeres que creían que mejorarían su posición social si se hacían sus amigas, por hombres que estaban seguros de que al final sucumbiría a sus múltiples encantos. Miraba impasible a las personas más finas de Londres reunidas ante ella.

Lady Alice St. Claire se estaba ganando la reputación de ser arrogante e inalcanzable. La comisura de sus labios se curvó al pensarlo. La reputación le estaba sentando bien.

Un rostro familiar en el otro extremo de la pista de baile llamó su atención. La señorita Gwendolyn Chauncey observaba el baile frente a ella desde la fila de señoritas que no tenían pareja. Alice había tenido la oportunidad de observar a la señorita Chauncey en una fiesta de cartas hacía una semana, donde había estado sentada en la mesa contigua a la suya. Alice era mayor y estaba por encima de ella, y la señorita Chauncey no había intentado entablar conversación con ella, ni siquiera cuando la partida había terminado y podía haberlo hecho. ¿Una mujer que no intentaba obtener ventaja forzando una conexión que la beneficiaría? Qué alentador.

La señorita Chauncey estaba, en ese momento, totalmente inmóvil y mirando fijamente al señor Oswald Duckworth, el caballero con el que había sido emparejada para jugar a las cartas y uno de los ligones más empedernidos del mercado matrimonial. El grupo de personas con el que se relacionaba era conocido por romper los corazones de las aspirantes, ya que ninguno de ellos tenía intención de sentar la cabeza. A pesar de eso, Alice había visto una chispa de interés en la atención del señor Duckworth esa noche que había ido más allá del flirteo. La señorita Chauncey tenía sustancia, había decidido Alice a partir de su breve observación.

Suspiró y negó con la cabeza mientras seguía observando. La señorita Chauncey estaba haciendo algo que estaba destinado a fracasar si todo lo que hacía era quedarse allí y mirarlo fijamente. Tendría que hacer algo para ayudar a la pobre chica. La mirada de la señorita Chauncey era de tal anhelo, que Alice estuvo tentada de acercarse al señor Duckworth y arrastrarlo hasta su lado, usando su influencia para obligarlo a bailar con la muchacha. Pero no sólo no se podía obligar a los hombres de una manera tan evidente, sino que temía que pudiera tener el efecto contrario de hacerle creer al señor Duckworth que *ella* estaba interesada en él, lo cual estaba muy lejos de ser el caso.

*Ugh*. Y allí estaba ese pelmazo, Percival Lloyd, a quien nadie quería pero todos tenían que

tolerar, acercándose a la señorita Chauncey y haciendo su reverencia. Alice observó los movimientos del hombre con consternación, sabiendo que la señorita Chauncey se vería obligada a decir que sí a su invitación si quería bailar el resto de la noche. Sin embargo, ¡qué molesto!

—No lo haga, señorita Chauncey. Se lo ruego —murmuró desde la seguridad del rincón —Es mejor no bailar que estar encadenada al lado de un hombre como ese.

—¿Un hombre como quién?

Alice se volvió hacia el dueño de la profunda voz a su lado, sobresaltada. *¿De dónde había salido?* No había nadie en el rincón con ella, y lo habría visto si hubiera llegado desde la pista de baile. Estaba a punto de preguntarle cómo había llegado hasta allí, pero esa pregunta fue respondida en cuanto miró detrás de ella. Simplemente se había escondido detrás de las pesadas cortinas de terciopelo.

Alice volvió a mirar hacia delante. Le hubiera gustado reprocharlo por esa conducta acechante de esconderse detrás de cortinas de terciopelo mientras mujeres inocentes hablaban abiertamente de sus pensamientos en voz alta. Pero todo el mundo sabía que el señor George Clavering era alegre e inofensivo, aunque fuera un jugador. Nunca actuaría de un modo que no fuera perfectamente honorable.

—Se supone que un caballero no debe dirigirse a una dama ante la que nunca ha sido presentado formalmente, señor Clavering —Alice abrió su abanico y empezó a agitarlo, negándose a mirarlo pero sintiendo curiosidad por oír lo que él respondería.

No había rastro de vacilación o timidez en su voz cuando contestó… nada que ella pudiera reprocharle que fuera demasiado atrevido.

—Le ruego me disculpe, Lady Alice. Es sólo que me enseñaron a no ignorar nunca a una mujer cuando habla. No podía hacer oídos sordos a su conversación.

Pudo oír el humor en su respuesta y decidió no objetar nada, aunque estuvo tentada de molestarse por el hecho de que él tuviera una respuesta preparada. Pero eso sólo la haría parecer ridícula.

—Muy bien. Ha respondido amablemente a mi comentario inicial, y no lo acusaré de ignorarme. Nadie podrá hablar mal de usted.

Con una voz que dejaba entrever una inflexión burlona, respondió:

—Eso es un rechazo, si es que alguna vez he oído uno. No quiero entrometerme, milady. Pero ya que estamos conversando, tal vez pueda decirme a quién se refiere. ¿A quién le ruega que no baile y con quién?

La conversación era lo suficientemente inusual, así que Alice decidió no rechazarlo de manera cortés, como había planeado. En su lugar, respondió:

—Es la señorita Chauncey. Le estaba aconsejando, aunque ella no pudiera oírlo, que no aceptara la invitación del señor Percival Lloyd. Es mejor perder la oportunidad de bailar toda la noche que tener que soportar dos sets con un hombre como él.

—No conozco a la señorita Chauncey, pero estoy muy de acuerdo con su valoración sobre Lloyd. Hizo lo mismo con mi hermana unas cuantas veces, y pasó una hora entera antes de que ella pudiera escapar —pareció estudiar a la multitud—. ¿Quién es la señorita Chauncey?

Alice lo miró más de cerca. El señor Clavering era agradable a la vista, con unos humorísticos ojos marrones situados en un rostro cincelado. Pero no era difícil ver que su comportamiento era como el de cualquier otro caballero de la *alta sociedad*. Un hombre despreocupado, un corintio loco por los deportes, un jugador sin dinero, suponía ella, cuyo único interés era jugar con los dados y los corazones. Con el tiempo, cuando fuera lo bastante mayor, buscaría una esposa que le permitiera seguir por ese camino. Ella no sería Alice.

—La señorita Chauncey es la mujer que baila con el señor Lloyd —señaló con la cabeza hacia donde estaban, esperando su turno en el set.

El señor Clavering suspiró y negó con la cabeza.

—No tuvo suficiente decisión, entonces.

—Desgraciadamente, no. Si tan solo más mujeres la tuvieran —continuó observando cómo seguían la fila hasta el principio del grupo, mientras su corazón latía compasivo al ver la expresión de desesperación en el rostro de la señorita Chauncey—. Pero negarse, por supuesto, significaría que no podría bailar durante el resto de la velada.

—Parece usted muy decidida —observó el señor Clavering.

Alice se volvió hacia él y levantó la mirada para encontrarse con la de él.

—Eso es fácil. No pienso casarme nunca.

Él no respondió inmediatamente ni trató de convencerla de lo contrario, y ella se lo agradeció. Nada era más fastidioso que los hombres que creían saber lo que era mejor para su vida que ella misma.

Se cruzó de brazos, observando a las parejas que bailaban ante él.

—Si tan poca decisión tiene, tal vez se merezca al señor Lloyd. Su aspecto no está por encima del promedio, y no puedo decir que haya nada en su personalidad que atraiga a un hombre. La señorita Chauncey no debe tener expectativas demasiado altas.

Alice miró hacia delante, mientras una ligera irritación hacía que se enrojecieran sus mejillas. Hombres que no tenían nada que ofrecer en el aspecto físico eran capaces de conseguir ser pareja de las bellezas más despampanantes. ¿Era tan difícil creer que una mujer no pudiera hacer lo mismo? No estaba segura de por qué se preocupaba tanto por el futuro de la señorita Chauncey cuando sabía poco más que su nombre. Tan sólo le había parecido más sincera que la mayoría de sus conocidos. Y había conocido a tan pocas personas reales que no pudo evitar notarla.

Señaló con la mirada el baile en curso.

—Percival Lloyd se merece una mujer tan aburrida como él, sin sentido del humor ni buenos sentimientos. Esa mujer no es la señorita Chauncey.

—¿De verdad? —lo consideró—. Entonces, ¿a quién elegiría para ella? ¿Con qué pareja la haría bailar?

Alice no dudó al señalar con la cabeza hacia el caballero que reía con un grupo de jóvenes en un rincón. No estaba bailando en ese momento, y ciertamente no estaba mirando a la señorita Chauncey.

—El señor Duckworth.

Esto provocó una reacción en el señor Clavering, tal y como ella sabía que ocurriría. Todos en la Sociedad sabían que eran amigos íntimos.

—Duckworth —exclamó—. *¿Duck?* Imposible. Es uno de los mayores ligones de Londres. Seguro que acabará con una mujer tan llena de ingenio y vivacidad como él.

Alice negó rotundamente con la cabeza.

—Muy a menudo, los hombres no saben lo que necesitan. Sólo hace falta un poco de ayuda externa. El señor Duckworth y la señorita Chauncey ya se conocieron en una fiesta de cartas, y fue evidente para cualquiera con un par de ojos lo bien que encajaron. Si bailan juntos una o dos veces, recordará lo fácil que es conversar con ella y descubrirá que el placer de bailar a su lado no hace sino aumentar sus encantos. De ahí, pasará tanto tiempo para que inicie su cortejo.

El señor Clavering se volvió con una mirada incrédula hacia la señorita Chauncey y negó con la cabeza.

—Imposible.

Alice le dirigió una mirada penetrante.

—Los hombres no quieren ingenio y vivacidad en la mesa del desayuno.

El señor Clavering abrió la boca para responder, pero se detuvo.

—Es cierto —admitió. Alice no pudo evitar sonreír ante su sinceridad, hasta que él añadió—. Los hombres tampoco quieren mirar un rostro que les arruine el desayuno cada mañana.

Ella apretó los labios, sintiéndose repentinamente furiosa. Hizo una rápida reverencia y comenzó a alejarse, pero él la llamó.

—Lady Alice.

Estuvo tentada a ignorarlo, y no sabría decir por qué no lo hizo, pero se volvió hacia él. Ya no había rastro de humor en su expresión, y se dio cuenta de que, por poco que lo conociera, nunca lo había visto sin su habitual mirada de burlona despreocupación.

—Le ruego que me perdone —dijo, sosteniendo su mirada—, eso fue grosero y deshonesto. No le hice justicia a la señorita Chauncey.

Después de un momento de vacilación, Alice volvió al rincón.

Él le rozó ligeramente el brazo.

—Gracias por volver para escuchar mis disculpas.

—Fue sólo porque recordé que ésta es mi rincón —respondió, permitiendo que sus labios se curvaran.

Se echó a reír.

—Tienes razón. La próxima vez que diga algo tan carente de sentimiento, me largaré.

El señor Clavering parecía estudiar a la multitud, y ella fue capaz estudiarlo a él. Sus ojos sólo llegaron al botón superior de su abrigo, y cuando él la miró de frente, ella le dirigió una mirada pensativa.

—¿Le interesaría hacer una apuesta sobre si el señor Duckworth se enamorará de la señorita Chauncey antes de que termine la temporada?

Ahora el señor Clavering fue quien la estudió, con diversión y duda iluminando sus facciones.

—¡Una apuesta! Si *usted* es lo bastante valiente para una, puede estar segura de que yo lo soy. Nunca rechazo una apuesta. ¿Cuáles son las condiciones?

Había sido una propuesta espontánea y Alice no había pensado demasiado en ella. El dinero era tan burdo. No podía ser por dinero.

—Si yo gano, hará todo lo que le pida, siempre que no cause un daño permanente a una persona o a su reputación, propia o ajena. Si usted gana, se aplicarán las mismas condiciones.

El señor Clavering entrecerró los ojos al considerar la idea. Era fácil ver cómo alguien podía encontrarlo atractivo. Hablaba con naturalidad y sonreía con facilidad, por lo que era fácil conversar con él. Pero le quedaba mucho por crecer antes de que una mujer se viera obligada a atarse a él.

Volvió a mirar a la señorita Chauncey antes de responder.

—Los términos son vagos, si me lo pregunta. Me gustaría tener una idea del tipo de cosas que usted exigiría antes de aceptarlas.

—Lo creía más aficionado a los juegos que eso, señor Clavering. Si las condiciones pueden ser aptas para una dama, difícilmente podrá *usted* tener objeciones —se detuvo en seco antes de añadir, sonriendo débilmente—. Sobre todo porque está tan seguro de ganar.

La sonrisa del señor Clavering despertó algo en ella: un anhelo de tener más conversaciones juguetonas de este tipo, en las que el humor cargara con la mayor parte del peso, pero en las que hubiera matices de sinceridad. Supuso que era un anhelo de amistad, que Alice no encontraba tan

fácilmente como hubiera deseado.

—Es cierto —respondió—. Entonces acepto su apuesta. Si alguna vez Duck logra ver la bondad en alguien tan… digna como la señorita Chauncey y permite que eso supere su determinación a permanecer soltero, me consideraré vencido. Aceptaré sus condiciones como tales, milady.

Alice lo estudió, preguntándose si podría obtener ventaja para ganar la única cosa que ayudaría a su objetivo.

—Le ruego que me presente al señor Duckworth.

El señor Clavering le dirigió una mirada risueña, aunque negó con la cabeza.

—No me atrevo a hacerlo. Sería sabotear mis propios esfuerzos.

Alice lo fulminó con la mirada.

—Entonces tendré que conseguir mi propia presentación. Pero no tema por eso. Soy algo conocida en la *alta sociedad.*

El señor Clavering rio de nuevo, dejándola con la sensación de que era una persona tranquila y fácil de tratar.

—Eso es cierto. Estoy deseando enfrentarme a usted —hizo una reverencia y le sonrió mientras un destello travieso brillaba sus ojos, y luego se fue.

Alice dejó que su mirada se desviara de nuevo hacia el objeto de su atención y sintió verdadera simpatía por la señorita Chauncey. Estaba a merced de un hombre aburrido simplemente porque no tenía a nadie que le presentara a compañeros más dignos. Mientras tanto, al otro lado del salón de baile, el señor Duckworth seguía en compañía de caballeros en lugar de cumplir con su deber invitando a bailar a una joven que estuviera disponible. Supuso que tenía mucho trabajo por delante.

Por otra parte, para ser un ligón empedernido, el señor Duckworth no parecía empeñado en conquistar el corazón de ninguna mujer. Alice no estaba tan segura de que el señor Clavering conociera a su amigo tan bien como creía, al menos no en asuntos románticos.

No podía quedarse en el rincón toda la noche, por mucho que la idea le agradara. Se acercó a su hermana, quien al menos no esperaría que contribuyera a la conversación y la protegería de las insinuaciones no deseadas de algunos hombres. Una vez al lado de Charlotte, se volvió para mirar a la multitud.

No era lo bastante alta para ver por encima de las cabezas de la gente que tenía delante y no esperaba ver al señor Clavering. Pero se encontró buscándolo de todos modos. Al cabo de unos minutos, él entró directamente en su campo de visión. Miró hacia el rincón donde ella había estado, luego miró a su amigo y le respondió algo. Ella continuó observando y vio que su mirada buscaba a la señorita Chauncey, a quien ahora estaba estudiando más de cerca. *Qué bien*. Lo había puesto a pensar.

Alice hubiera deseado tener a alguien con quien compartir este encuentro, pero su amiga más cercana estaba en París de luna de miel, y su hermano rara vez se aparecía en la puerta de Almack’s. Sin embargo, Bartholomew seguramente encontraría divertido su pequeño encuentro con el señor Clavering. Debía contárselo la próxima vez que lo viera.

Alice hubiera deseado tener a alguien con quien compartir este encuentro, pero su mejor amiga estaba en París de luna de miel, y su hermano rara vez oscurecía la puerta de Almack. Sin embargo, Bartholomew seguramente encontraría divertido su pequeño episodio con el señor Clavering. Debía contárselo la próxima vez que lo viera.

La multitud se tragó al señor Clavering y desapareció de su vista, así que se dio la vuelta, escuchando a medias la cháchara de su hermana. Su conversación era tan poco interesante como

había sospechado. A pesar de eso, la inauguración de la Temporada había sido mejor de lo que había previsto, y esperaba que continuara en la misma línea. Tal vez no soportaría estos meses en Londres rondando, como de costumbre, al borde de la muerte por aburrimiento.

# CAPÍTULO 2



Se estaba haciendo tarde, y la novedad de la noche de inauguración en Almack's había empezado a perder intensidad para George Clavering y sus amigos. Para un grupo de solteros quienes aún no estaban preparados para sentar la cabeza, Almack's no era su lugar favorito, pero, por supuesto, no querían perderse la inauguración. A estas alturas, incluso las matronas con sus hijas habían empezado a marcharse, y George y sus amigos llevaban ya ahí un tiempo inusualmente largo.

—¿Nos vamos? —propuso Duckworth.

George dejó su copa en la bandeja de un criado que pasaba por allí y siguió a sus amigos hasta la puerta. No pudo evitar girarse para echar un último vistazo al salón de baile en busca de Lady Alice, pero ella no era alta y no la vio entre la multitud.

No era como si nunca antes se hubiera fijado en ella. Todo el mundo conocía a Lady Alice St. Claire. Tenía fama de hablar poco, aunque no era ingenua. De hecho, su mirada lo decía todo acerca de ella. Las malas lenguas decían que tenía fama de no estar interesada en el matrimonio, y ella misma lo había confirmado, pero George no podía identificar ninguna razón por la que debiera estarlo. Como mujer, ¿qué podía esperar aparte del matrimonio? Y era una mujer que tenía todo lo que un hombre podría desear en una esposa. En términos de belleza, inteligencia, rango y riqueza, no tenía parangón. Lady Alice podía elegir marido sin necesidad de conformarse.

A pesar de sus múltiples encantos, George nunca había buscado conocerla. Por un lado, aún no estaba en busca de una esposa, y si lo estuviera, no se atrevería a tener expectativas tan altas. Para ser la hija de un duque, aunque fuera la menor de cinco hijas, podía ser mucho más respetada que el segundo hijo de un baronet. Por otra parte, hasta que la había conocido esta noche, George siempre había debía haber algo raro supuesto en una mujer que no deseaba casarse. Debía de ser una estirada o insufriblemente orgullosa. Solo había necesitado su novedoso encuentro para darse cuenta de que no había nada anormal en Lady Alice. De hecho, su breve conversación había animado la velada más allá de lo que él esperaba de una noche en Almack’s. Realmente había pasado un momento agradable.

La casualidad había hecho que se encontraran. George no llevaba mucho tiempo en Almack's cuando vio que la señorita Rachel Baldwin se dirigía hacia él. La señorita Baldwin era una coqueta decidida y alguien a quien él evitaba siempre que podía, ya que ella estaba en busca de marido y parecía pensar que él podría ser un candidato viable. Había cambiado de rumbo y se había metido en el rincón, aprovechando la ocasión para pasar unos minutos junto a la ventana

en busca de un poco de paz y del aire fresco que se colaba por los cristales.

Al instante siguiente, ya no estaba solo. Había dudado antes de revelarse, sabiendo que se pondría a sí mismo y a la otra persona en una situación incómoda. Pero una vez que oyó a Lady Alice haciendo observaciones, en realidad hablando consigo misma, no pudo resistirse a averiguar más sobre lo que pasaba por su cabeza. Puede que ella misma no estuviera interesada en el matrimonio, pero parecía tener ideas firmes sobre con quién deberían casarse los demás. Lady Alice le recordaba a su hermana Philippa, ahora que lo pensaba.

Es cierto que había cometido un grave error al comentar acerca de la falta de belleza de la señorita Chauncey. No sabía qué lo había llevado a hablar con Lady Alice sobre el aspecto de otra mujer como si ella fuera un hombre. Un hombre estaría de acuerdo o en desacuerdo con el comentario sobre el encanto o la falta de encanto de una mujer, y la conversación seguiría a partir de ahí. Debería haber sabido que una mujer se lo tomaría como algo personal, como si estuviera hablando de ella.

Aunque sí se hubiera estado refiriendo a Lady Alice, su valoración desfavorable no podría haber estado más lejos de la realidad. Su menuda figura era encantadora y perfectamente proporcionada. Su cabello castaño claro coronaba un rostro redondo con una nariz afilada y unos labios gruesos. Lucía angelical, pero él sospechaba que ésa era la última palabra que debía usarse para describirla. Otra característica que le recordaba a su hermana. Tendría que preguntarle a Philippa si conocía a Lady Alice.

—Sí, ya voy —gritó cuando sus amigos volvieron la vista para ver dónde estaba. Los siguió en la oscuridad, acompañado por el ruido de los caballeros borrachos y el clip-clop de los caballos que llevaban a la gente a casa por la noche. No necesitó preguntar para saber que su destino era White's. Eso era lo que habían hecho el año pasado y los anteriores. Almack's, luego White's. Por supuesto, Almack's no era su primera opción en cuanto a entretenimiento, pero las mujeres, desde las jóvenes coquetas hasta las mamás de alta posición social, nunca dudaban en presionar a George y a sus amigos para que vinieran a animar el baile, y la presión era difícil de resistir.

Cuando llegaron al club, dos caballeros en una mesa del centro los saludaron enérgicamente. Estos dos no habían sentido ningún reparo en perderse el baile inaugural de la Sociedad.

—Llegáis justo a tiempo para hacer vuestras apuestas —Ralph Filbert, un hombre delgado de patillas sedosas, tenía el libro de apuestas abierto delante de él, y agitó la pluma en dirección a los recién llegados—. Apuesto a que Lord Hicks se hará con una de las nuevas cosechas de este año. ¿Alguien?

El compañero de Filbert, Theophile Taylor, le dio un sorbo a su bebida y luego la levantó para alentarlos.

—Yo digo que deberíais aceptar la apuesta. Es una victoria garantizada. Hicks nunca será capaz de seducir a ninguna dama, y sólo Dios sabe que lleva intentándolo muchos años.

Duck se sentó junto a ellos.

—Hicks estuvo en Almack's esta noche, y estuvo mirando con lujuria a más de una dama —entrando en el espíritu de la apuesta, añadió—. ¿Tiene que ser una de las nuevas cosechas, o puede ser una solterona?

—Tiene que ser una de las nuevas —respondió Filbert firmemente—. En cualquier caso, yo no involucraría a las viejas. Ya están a su altura. Ninguna se dejará seducir por él, así que ha tenido que lucir más joven.

Amos abrió su tabaquera.

—A pesar de su título, la única manera de que Hicks encuentre esposa es que una mamá

obligue a su hija a ello. Con esos dientes amarillos y ese aliento que se huele a la legua, ninguna chica en su sano juicio aceptaría por voluntad propia.

—Mucha charla y poca acción —Filbert enarcó una ceja—. ¿Apostáis o no?

George se rio y negó la cabeza mientras tomaba asiento frente a ellos.

—Esta vez estoy fuera. Apostar por una mujer no es un camino prudente. Es una criatura demasiado voluble como para que un hombre pueda apostar. Seguramente habrá alguna muchachita que no le hará ascos a sus dientes si a cambio obtiene un título.

—Todavía no lo ha habido —respondió Taylor—. Además, ése es precisamente el propósito de las apuestas. Uno dice que una cosa no se puede hacer. Otro dice que sí se puede.

En ese momento, el mismo Lord Hicks entró por la puerta y Filbert intercambió una mirada con Duck. Sin decir una palabra, firmó con su nombre junto a la apuesta y le entregó el libro a Duck, Amos y Taylor, quienes firmaron cada uno con su nombre. George negó con la cabeza. Filbert cerró el libro y lo volvió a colocar en la estantería.

Lord Hicks se dirigió hacia sus colegas en la parte trasera del club y no sintió curiosidad por saber cuál era la última apuesta, y Filbert miró en su dirección sonriendo perversamente.

—¿Qué tal estuvo lo de Almack’s? —preguntó.

Amos ocupó la silla que quedaba en la mesa.

—Si tienes tanta curiosidad por Almack's, ¿por qué no has ido a verlo por ti mismo?

—No podría importarme menos. Todos los años es lo mismo —Filbert llamó al criado y le pidió que trajera una botella de burdeos a su mesa. Cuando el criado se marchó, añadió—. Cada primavera hay un nuevo grupo de chicas que buscan pareja en su primera Temporada. Se quedan allí, mirando con grandes ojos a cualquier espécimen que pase por allí, con un rostro lleno de esperanza.

George se cruzó de brazos y sonrió.

—¿No te han mirado a ti lo suficiente con esos grandes ojos? —esto fue respondido con risas. Todos sabían que, por mucho que Filbert protestara contra el matrimonio, necesitaba el dinero que le proporcionaría este. Además, sabían que poseía una vena romántica gracias a sus días de juventud. Esto no eran más que bravatas.

—¿Es sólo amargura lo que dices? —Duck añadió su aportación con un tono juguetón, aunque George sabía que él también había tenido su propia dosis de amargura. Los errores cometidos cuando era joven y, que sorprendentemente aún le dolían, lo mantenían firmemente desinteresado en el matrimonio.

El criado trajo el vino y copas de más, y Duck le dio la vuelta a una para servirse.

Filbert se sonrojó ligeramente y se cruzó de brazos.

—Tal vez. Y tal vez no me dirigieron muchas miradas, pero sigo diciendo que mi penuria es más atractiva que unos dientes amarillos.

George bebió un sorbo de vino.

—Algunas mujeres no pretenden casarse en absoluto, ya sea por el título o por una sonrisa ganadora.

—Por ejemplo, Lady Alice St. Claire —intervino Duck—. Ella está claramente fuera del mercado.

George miró a su amigo, preguntándose si lo habría visto hablando con ella. No creía que lo hubiera hecho, pero era extraño que nunca hubieran hablado de Lady Alice y ahora su nombre hubiera salido a relucir la misma noche en que la había conocido.

—Lady Alice. Hace tiempo que no oía ese nombre —dijo Filbert—. Ningún hombre en Londres tiene esperanzas de casarse con ella. No creo que bailara ni una sola vez la Temporada

pasada.

—Puedo confirmar que no lo hizo —respondió Taylor—. Conozco a muchos que estuvieron atentos para ver si lo hacía. La chica, o *dama*, debería decir, no se casará.

—Oh, yo no estoy tan seguro de tal cosa —dijo George mientras se reclinaba en su asiento. No había tenido intención de responder, pero como Lady Alice había estado rondando en su cabeza desde su encuentro, no pudo resistirse. Era reconfortante disfrutar de la compañía de una mujer sin temor a que interpretara de otra manera su atención. Y como Lady Alice no se casaría, estaba a salvo de tal cosa. Al mismo tiempo, hubo algo irritante en la forma en que sus amigos la habían tachado de ser un caso perdido. Le dio un sorbo a su vino y dejo la copa en la mesa—. Tal vez no haya encontrado al candidato adecuado. Después de todo, es una chica atractiva. Alguien apropiado acabará llamando su atención.

—Imposible —dijo Amos—, la mujer es siempre tan arisca y ha dejado claro que está por encima de todo el mundo. No volteará a ver el matrimonio a menos que aparezca en escena otro heredero a un ducado, y no creo que haya ninguno que no lo haya intentado.

Le molestó que su amigo se refiriera a ella como una persona arisca. ¿Había intercambiado Amos alguna vez una sola palabra con ella? No lo creía. Había demostrado ser una mujer excepcional, y George no podía permanecer callado.

—Estaría dispuesto a apostar que se casará, incluso esta misma Temporada. Sólo hace falta el hombre adecuado.

—¿Dijo Lady Alice? —Lord Harrowden se había acercado por detrás de George, aparentemente habiendo escuchado su conversación. La sala principal de White's no era un lugar muy privado, y uno tenía que estar preparado para que se entrometieran en su conversación. George se volvió y saludó a Lord Harrowden con una cortés reverencia, pero no le agradaba en absoluto. Harrowden se le había insinuado indebidamente a la cuñada de George cuando aún era soltera y compañera de la tía viuda de Harrowden.

Como si su presencia debiera ser bienvenida, Lord Harrowden presionó para que alguien respondiera.

—¿Se trata de una apuesta que estáis contemplando? ¿Se ha anotado ya en los libros?

—Creo que Clavering estaba a punto de hacerlo —dijo Filbert mientras miraba a George—. Todavía no se ha decidido.

Ahora George estaba atrapado. No había querido hacer una apuesta de verdad. “Apostar” había sido sólo una manera de expresarse. Pero ya lo había dicho y ahora no podía echarse atrás. Asintió lentamente.

—Sí, estoy dispuesto a apostar que Lady Alice se casará esta Temporada.

Lord Harrowden levantó la cabeza y le espetó a un criado que pasaba:

—Trae el libro de apuestas —volviéndose a su grupo, dijo—. Acepto su apuesta. Lady Alice es famosa por ser orgullosa y desagradable. Incluso si cambiara sus defectos, un caballero tendría que pensárselo dos veces antes de involucrarse con una esposa como ella.

Duck miró a Harrowden, apenas disimulando su desagrado.

—Si una mujer ha expresado su deseo de permanecer soltera, puede hacerlo con mi consentimiento. Sin embargo, yo pienso que si Lady Alice no se casa, no será porque sea incapaz de formar un vínculo.

Harrowden lo ignoró, y lo siguiente que George supo fue que estaba mojando la pluma en el tintero y sacudiendo el exceso de tinta. Al hacerlo, sintió una repentina culpa. Nunca antes había apostado por una mujer, si no contaba su apuesta por la señorita Chauncey. *No* la contaría, sin embargo, porque era una apuesta hecha con una mujer sobre una mujer. Además de esa

excepción, no le parecía buena idea apostar por mujeres. No tenía nada que ver con la naturaleza voluble de una mujer, como había afirmado antes, sino con el hecho de que no era honorable.

Tampoco era honorable retractarse de una apuesta, y no lo haría ahora.

—Tan sólo quince chelines —dijo—. Esta no es una apuesta que sea de mi interés como para poner más —fue una concesión estúpida, pero de alguna manera sintió que, el hecho de hacer la apuesta más pequeña reducía su carácter ofensivo.

Harrowden se burló.

—Venga ya. ¿Una cantidad tan insignificante? Al menos que sean treinta.

George le dirigió una sonrisa tensa y escribió los términos en el libro de apuestas, seguidos de las palabras *Treinta chelines*. Firmó con su nombre y Lord Harrowden firmó al lado. Una vez hecho, George se quedó con mal sabor de boca. Participó en las bromas de sus amigos y bebió su vino, pero su mente estaba ocupada en otra cosa. No se quedó mucho tiempo en el club después de eso.



AL DÍA SIGUIENTE, George se despertó con la conciencia un poco más tranquila por la apuesta que había hecho la noche anterior. Lady Alice nunca se enteraría de que había hecho una sobre ella; y si lo hiciera, no podría oponerse ante la idea. Después de todo, ella había hecho una apuesta similar con él con respecto a la señorita Chauncey. Sin embargo, no pudo dormir hasta tan tarde como de costumbre, y un paseo por Hyde Park sólo ocupó una pequeña parte de su día. No estaba de humor para ir a visitar a sus amigos, así que fue a ver a su hermana.

Philippa estaba casada con Jack Blythefield, quien acababa de ser nombrado jefe de la oposición en la Cámara de los Comunes. Le había llevado más tiempo del que había esperado conseguir ese puesto, aunque aún se le consideraba joven para el cargo. George estaba seguro de que Philippa había desempeñado un papel fundamental en el nombramiento de su marido. Conocía bien las cuestiones que se planteaban en los Comunes y era capaz de organizar fiestas que creaban el ambiente adecuado para debatirlas en un ambiente distendido. Philippa siempre había poseído sentido común, pero George estaba orgulloso de ella por esta habilidad adicional. Además, le gustaba estar en su compañía, cosa que no podía decir de algunas mujeres que tenían más pelo que sensatez.

—George —exclamó ella cuando su mayordomo lo anunció—. Qué sorpresa… y llegas tan temprano. ¿Qué te trae por aquí? Jack no está aquí.

Él entró y le dio a su hermana un beso en la mejilla.

—¿No puede un hombre visitar a su hermana sin suscitar preguntas?

La mirada de Philippa se mostró dudosa.

—En general, sí. Pero en tu caso, suscita dudas, ya que sé que hay cien lugares en los que preferirías estar. Jack está en los Comunes. ¿No pensabas ir uno de estos días?

George negó con la cabeza.

—Una vida en la política no es para mí. Tú más que nadie deberías saberlo.

—Lo sé. Haré sonar la campana para pedir té, si quieres.

Se puso en pie antes de obtener una respuesta, pero él dijo:

—Para mí no, gracias —ella volvió a sentarse y esperó a que le explicara el motivo de su visita. No había sabido con precisión por qué había querido visitar a su hermana hasta que pronunció sus siguientes palabras—. ¿Conoces a una tal señorita Chauncey?

Ella levantó la mirada, pensativa y, tras un momento, volvió a centrar su mirada en él.

—No. El nombre no me suena —de repente, jadeó y se inclinó hacia delante—. George, ¿estás pensando en buscar pareja?

Él estaba demasiado cansado para responder con su habitual comentario burlón o evasivo.

—No, con ella no.

Lo estudió detenidamente, como si percibiera que algo lo preocupaba. Era extraordinariamente perspicaz.

—¿Entonces con otra?

George se mordió el labio. La respuesta era no, por supuesto. Algún día, tal vez. Pero a la edad de veintiséis años, era demasiado joven para contemplar el matrimonio. Por otra parte, no podía dejar de pensar en su apuesta en White's, y en Lady Alice por consecuencia. Cuando volvió su mirada hacia Philippa, ella estaba esperando su respuesta.

—No. No tengo intención de tener pareja. Sin embargo, he estado hablando con Lady Alice St. Claire…

—La hija del duque de Carr —exclamó Philippa, con un tono ansioso—. ¿La conoces?

George hizo una pausa y se frotó la barbilla. Necesitaba desviar rápidamente la atención de su perspicaz hermana. Si ella creía que estaba interesado en Lady Alice, haría todo lo posible para tratar de unirlos, y él no quería que nada interfiriera con la relación tan natural que había encontrado con Lady Alice.

—Fuimos presentados, en cierto modo. Si puedo pedirte tu total discreción al respecto, ella parece pensar que la señorita Chauncey haría una excelente pareja con Duck.

Philippa frunció el ceño, confundida.

—No sabía que Lady Alice conociera a Duckworth. Me sorprende que una de sus amigas tenga expectativas tan bajas. Duck tiene poco que pueda ser recomendable, más allá de sus encantos… por mucho que lo quiera.

Todos los amigos de George, incluido Duckworth, habían sido como hermanos mayores para Philippa, y él sabía a qué se refería.

—Sin embargo, Duck le lleva una ventaja al resto. Y probablemente debería aclarar que la señorita Chauncey no tiene la misma crianza o belleza que Lady Alice. Sinceramente, no sé ni cómo ni por qué son amigas. La señorita Chauncey es el tipo de persona que pasa desapercibida.

—Entonces ella nunca será la indicada para Duck —dijo decididamente—. No lo mantendrá interesado.

—Sí, pero lo más extraño es que Lady Alice parece creer que sí lo hará. Apostó a que la señorita Chauncey sería capaz de atraer a Duckworth, y yo acepté su apuesta. George se dio una palmada en la frente—. Debo ser un estúpido. ¿Cómo he podido apostar por mi propio amigo? —ya eran dos apuestas imprudentes en una noche. Debía ser esta apuesta la que lo estaba molestando, más que la que había hecho sobre Lady Alice. Definitivamente había olvidado su sensatez en casa ayer.

Por otra parte, la apuesta contra Duck y la señorita Chauncey tenía mucho sentido. Su amigo no estaba en absoluto dispuesto a renunciar a su soltería.

—¿Cuáles fueron los términos? —preguntó. No le sorprendió que hubiera apostado contra Duck, pero George seguía sin creer que lo hubiera hecho. Por alguna extraña razón, se resistía a decirle a Philippa que también había apostado por Lady Alice.

—Las condiciones —tuvo que hacer una pausa para recordarlas—. Dijo que si ella ganaba, yo debía hacer lo que pidiera siempre y cuando no causara daños hacia una persona o a una reputación, y que si yo ganaba, ella debía hacer lo mismo.

—Interesante —dijo de tal modo que tranquilizó a George. No albergó ningún juicio, sino

más bien curiosidad—. Bueno, ya sé cuál es el siguiente movimiento que debes hacer.

George se volvió hacia su hermana, inexpresivo.

—Y, ¿cuál es?

—Debes averiguar más sobre la señorita Chauncey y lo que la hace tan digna ante los ojos de Lady Alice. Muéstramela en el baile de los Harris el viernes próximo viernes, ya que es la ocasión más próxima en la que es probable que toda la *alta sociedad* esté reunida, y veré si puedo conocerla.

—Pero no dirás nada —dijo, repentinamente preocupado. No se había comportado tan prudente como de costumbre, y eso podría meterlo en problemas.

—George —respondió, ligeramente exasperada. Claro que no lo haría.

# CAPÍTULO 3



A Alice le gustaba quedarse en cama cada mañana. Su criada Daisy lo sabía y le llevaba café y un panecillo y luego la dejaba en paz durante otras dos horas. Era una rutina que Alice había establecido y que le gustaba bastante. Por un lado, no tenía que mirar a nadie antes de tomar su café y perderse en el libro que estuviera leyendo. Una parte muy pequeña de su tiempo era dedicado a ella, y sólo después de haber tenido la oportunidad de hacer las cosas que le importaban es que era capaz de enfrentarse a los demás con gracia. La mañana era, en verdad, su parte favorita del día.

Sin embargo, algo acerca de su encuentro con el señor Clavering la noche anterior la sacó de la cama antes de que llegara Daisy y la hizo ir a su armario para elegir algo que ponerse. Era la primera vez que había conseguido que la sociedad le resultara tolerable en un evento nocturno, y fue algo novedoso. y era una experiencia novedosa. Cuando su criada le llevó café, Alice le indicó que la ayudara a vestirse y le dijo que desayunaría abajo. Daisy había recibido una buena formación para ser criada, por lo que no alzaba las cejas ante cualquier cambio repentino que pudiera hacer su ama, pero Alice sabía que era probable que se hablara de su comportamiento en el piso de abajo, ya que esto no era algo común en ella.

Eligió un vestido de paseo de color rosa oscuro con mangas ceñidas a las muñecas. Su madre esperaría que la acompañara a sus visitas matutinas más tarde, así que sería mejor que se preparase ahora. Le dijo a Daisy que devolviera la bandeja a la cocina y bajó las escaleras.

Y estando en la sala de desayunos, Alice parpadeó contra la luz del sol que entraba a raudales por debajo de la cortina azul celeste. Su hermano Bartholomew, el marqués de Anley, estaba sentado a la mesa y Alice levantó la mirada, sorprendida, cuando lo vio. Se acercó y le alborotó el pelo.

—Bart… qué sorpresa. No esperaba que estuvieras aquí. Estaba segura de que dormirías hasta más tarde que yo. Apenas son las nueve.

—Buenos días, Lis.

Su rostro no lucía tan descansado como de costumbre y tuvo la sospecha de que ni siquiera se había ido a la cama. Estaba segura de que había estado apostando hasta tarde, asistiendo a peleas de gallos o haciendo cualquier otra cosa que hicieran los caballeros. Esperaba que su hermano, a los veintidós años, no fuera tan tonto como para meterse en un lío de verdad. Pero sabía que no podía ser ingenua. Su título honorífico en Cambridge había quedado atrás, y no le interesaba ocuparse de su patrimonio de manera más personal. Sólo tenía sentido que empezara a hacer lo que hacían los caballeros de su entorno.

Alice se sentó, y el criado se acercó y le sirvió café. Luego le llevó un plato de panecillos, junto con las tarrinas de mantequilla y mermelada y lo puso a su lado. Sus gustos eran bien conocidos por los criados.

—¿Por qué madrugas tanto? —le preguntó a su hermano mientras echaba nata en su café. No estaba segura de querer saberlo, pero echaba de menos su cercanía. Desde antes de Navidad, se había vuelto más reservado y no le había expresado sus pensamientos.

—Podría preguntarte lo mismo. Creo que nunca te he visto salir de tu habitación antes del mediodía —le dio otro buen bocado al jamón mientras la miraba.

—Mediodía es una exageración. En realidad, no tienes ni idea de a qué hora salgo de mi habitación, porque tú tampoco sueles madrugar —estaba eludiendo la pregunta. Le dio un sorbo a su café mientras contemplaba a su hermano, a quien quería más que a nadie en esta tierra—. No lo sé, sinceramente. Me encontraba demasiado inquieta como para quedarme en la cama como suelo hacer. Pero no me levanté mucho más temprano de lo habitual, porque, como debes recordar, leo en la cama por las mañanas. Tú solías venir y acompañarme allí, y seguramente no lo habrás olvidado.

Bartholomew negó con la cabeza, tragó, y cogió su café.

—No, no lo he olvidado. La verdad es que pensé en comer algo antes de subir y descansar un poco.

—Así que mi sospecha era correcta —dijo, sintiendo una ligera decepción al ver que él tenía que crecer y cambiar… y en cierto modo, no para mejor—. No te has ido a la cama. Estuviste afuera toda la noche y ni siquiera te molestaste en aliviar mi aburrimiento yendo a Almack’s.

La miró, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¿Qué esperabas, Lis? Asistir a bailes junto con la familia no figura entre las prioridades de un caballero.

—Supongo que no —su humor decayó. ¿Por qué a ella no se le permitía tener la misma libertad? Lo estudió, reprendiéndose a sí misma por pensar que era posible aferrarse a viejas relaciones y viejas costumbres—. Sin embargo, te perdiste un poco de diversión en Almack's. Hice una apuesta con el señor George Clavering.

Bartholomew levantó la vista y un brillo de interés apareció en sus ojos.

—Clavering. No puedo decir que lo conozca. ¿Debería hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—No hay necesidad. Sólo fue una apuesta amistosa, nada del otro mundo. Simplemente pensé podría resultarte gracioso.

—¿Sobre qué fue está apuesta? —tomó otro bocado y la miró mientras masticaba.

—Sobre si la señorita Chauncey podría ganarse la atención del señor Duckworth antes de que acabara la Temporada —dijo mientras esperaba una reacción.

—Más personas que no conozco—negó con la cabeza—. No puedo comprender por qué pensaste que eso me divertiría.

Alice guardó silencio por un momento, abrumada por la repentina sensación de estar sola en el mundo.

—Bueno, si hubieras venido conmigo a algunos de estos eventos, sabrías quiénes son todos ellos, y tendríamos la oportunidad de analizarlos como solíamos hacer.

Bartholomew apoyó la mano en la mesa, su mirada se suavizó.

—Sí, lo haríamos. Lo siento, Lis. Ojalá fuera más noble, pero no soportaría sacrificar mis pasatiempos sólo para seguir a mi madre y a mis hermanas como un oso amaestrado… ni siquiera por ti.

Sus palabras la tranquilizaron, y le dedicó una sonrisa.

—Me parece bien. Pero no hagas ninguna tontería. Padre nunca te lo perdonará.

Él no respondió, sino que se llevó a la boca el último trozo de comida que quedaba en su plato. Ambos sabían que era el hijo consentido de su padre y que no podía cometer ningún error. De hecho, el duque de Carr amaba tanto a su heredero que se desvivía por él, descuidando así por completo a sus cinco hijas. Después de todo, había esperado veintidós años para que su esposa le diera un hijo.

Su madre no mostraba ninguna preferencia en el trato a sus seis hijos. Todos se beneficiaban por igual de su corrección. Le gustaba participar en la estricta educación de cada uno de ellos, tanto si se trataba del heredero del ducado como de una de sus hijas que, de lo contrario, podría deshonrar el nombre de la familia dando un paso en falso. Alice había logrado evitar lo peor de esa disciplina al haber nacido como la última hija. Aunque su madre no se había quedado precisamente sin energía para educarla, su tiempo estaba dividido, y ahora los nietos estaban incluidos en el número de personas a las que debía instruir. Alice evadió gran parte de la atención al contradecir poco a su madre.

Levantó la vista cuando sus padres entraron en la habitación. Su madre llegó a enarcar las cejas, sorprendida.

—Alice, has bajado a desayunar esta mañana. Aunque comer el desayuno en la cama es uno de esos caprichos que te permito, debo decir que me complace que te hayas mostrado más resuelta. Creo que ya es hora de que madures en este aspecto. Algún día tendrás un marido, y se esperará de ti que honres la sala del desayuno con tu presencia cada mañana para que él pueda deleitarse con tu compañía.

Lord Carr esperó a que su esposa terminara, pero no parecía que se deleitara mucho con compañía. Dijo un “Buenos días" pero no a nadie en particular, luego se acercó y puso una mano en el hombro de su hijo antes de tomar asiento a la cabecera de la mesa. Uno de los criados llevó la tetera y sirvió la bebida caliente en la taza del duque.

—No tengo intención de casarme, madre —dijo Alice. Era el único tema en el que se había opuesto a las expectativas de su madre. Le dio un sorbo a su café, esperando la protesta que seguramente vendría a continuación. No hizo falta esperar.

—No digas tonterías. Claro que te casarás. ¿Qué otra cosa vas a hacer con tu vida?

—No lo sé —dijo—. Quizá cuando sea lo bastante mayor me compre una cabaña y cuide de mi jardín. Incluso podría comprar una cerca del mar, ya que Brighton me parece una ciudad encantadora. Leeré y pintaré, y puede que aprenda a cocinar mi propia comida. En cualquier caso, no tengo que preocuparme por la financiación de mi cabaña o de mi biblioteca, como tan amablemente me explicó mi padre. Tengo mi propia pensión.

Su madre se volvió hacia el duque, reprochándolo con la mirada.

—Te dije que no debías explicarle cosas como las pensiones a una chica que aún no se ha casado. Le mete ideas en la cabeza, como puedes ver.

El objetivo del duque era evitar todo tipo de disgustos siempre que fuera posible, y esta vez lo hizo diciendo:

—Tienes toda la razón, querida.

La duquesa volvió a centrar su atención en su hija.

—No oiré más de esto, Alice. Una mujer no permanece soltera a menos que deba hacerlo porque no tiene nada que ofrecer. Como eres muy codiciada y, de hecho, eres la chica más codiciada del mercado, lo que sin duda debe proporcionarte cierto grado de satisfacción, sin duda recibirás una propuesta que te resulte apetecible —no permitió que la atención que le estaba

prestando a su desayuno desviara su instrucción, así untó mantequilla en su panecillo y continuó —. No han faltado los pretendientes interesados en pedir tu mano. Si hasta ahora te habíamos permitido ese capricho tuyo de resistirte a todas las propuestas, era porque al principio eras joven. Y para entonces no se había presentado ningún pretendiente verdaderamente digno. Sin embargo, esto no puede seguir así por mucho más tiempo, y he querido hablar contigo sobre el asunto. Esperamos que aceptes una propuesta antes de que acabe la Temporada, ¿no es así, duque?

Al ver que el duque no respondía, la madre de Alice se llevó la taza de té a los labios y dirigió su atención a su hijo.

—Bartholomew, es gratificante que también te hayas tomado enserio mi consejo de levantarte temprano para desayunar. Espero que tengas planeado un día productivo. Debes recordar la cena en casa de los Rembrake a la que has sido invitado.

Bartholomew se limpió los labios y dejó caer la servilleta junto a su plato.

—Sí, madre. Tengo varios compromisos previstos. De hecho, tantos, que tendrás que presentar mis excusas al señor y la señora Rembrake.

Se levanto y estaba a punto de marcharse cuando la duquesa levanto la vista bruscamente.

—¿Es la misma ropa que llevabas ayer? —no esperó a que su hijo respondiera

era antes de añadir—. A tu edad, no tendría que decirte que cada día requiere un cambio de ropa. Tendré que hablar con tu ayuda de cámara.

Un atisbo de preocupación cruzó las facciones de Bartholomew y desapareció al instante.

—No es necesario, madre. Te entiendo perfectamente. Me aseguraré de cambiarme antes de salir de casa.

Su madre asintió con satisfacción y se volvió hacia Alice.

—Entonces no tendré que mandar a alguien arriba, para asegurarme de que estás lista para las visitas matutinas.

—No, madre. Estaré lista a la hora de siempre —miró a su padre, quien estaba leyendo el correo de la mañana. Rara vez aportaba algo a la conversación, pero era aún más reservado por las mañanas. Al menos compartían ese rasgo.

Pasado el mediodía, siguió a la duquesa hasta el carruaje, sin molestarse en preguntarle adónde se dirigían. Sabía que se irían primero a casa de Lady Jersey, ya que siempre acudían a las visitas matutinas en su salón principal después de una velada en Almack's. Un viaje de cinco minutos en carruaje las llevó al número 38 de Berkeley Square, y pronto fueron conducidas al interior de la casa.

—Sally, que placer —dijo la duquesa—. No he podido resistirme a venir a ver cómo te ha ido después del baile inaugural de anoche.

Lady Jersey se rio.

—Sabía que vendrías para enterarte de las últimas novedades. Venid y uníos a nosotras en el salón. Barbara Gower está aquí, Alice, así como Teresa Wolfe. Estoy segura de que querrás unirte a ellas.

Aunque su madre nunca admitiría tal cosa, la duquesa era adicta a los cotilleos y estaba deseosa de enterarse de los últimos escándalos. No podía soportar permanecer relegada de un conocimiento tan privilegiado. Lady Jersey hablaba bastante sin necesidad de incitarla, y la duquesa se ahorraría tener que parecer demasiado vulgar al preguntar, y en su lugar recibiría una buena dosis de cotilleos.

Alice las dejó y se acercó a las damas más jóvenes, quienes estaban reunidas en un pequeño círculo. A veces había compañía agradable en el salón principal de Lady Jersey, pero hoy no era

uno de esos días. Tomó asiento y aceptó un plato con bizcocho y una taza de té que el lacayo le llevó a petición de la anfitriona. No tenía hambre, pero necesitaba entretenerse con algo mientras soportaba la conversación. A diferencia de su madre, a ella no le gustaba el cotilleo.

—Estábamos hablando del señor Clavering cuando entraste —dijo Teresa, sorprendiendo a Alice con el nombre del hombre que había estado ocupando sus pensamientos más de lo que le hubiera gustado admitir. Teresa añadió—. No Sir Lucius Clavering, quien está casado, por supuesto, sino su hermano menor, George Clavering.

Alice agradeció porque su tez opaca no cedía fácilmente al rubor. No tenía ningún interés en el señor Clavering, pero su compañía le había resultado agradable. Que Teresa y Bárbara estuvieran hablando del único caballero que había despertado su interés por primera vez en años era tan inusual que resultaba casi sospechoso. Era como si supieran lo que pensaba. ¿O acaso la habían visto hablando con él la noche anterior?

Cogió el tenedor y probó un bocado del bizcocho de almendras.

—¿Oh? ¿Y qué conclusión habéis sacado sobre el señor Clavering? —estaba bastante segura de que nadie los había visto hablando en el rincón… al menos nadie importante que pudiera difundir rumores. Pero no podía estar completamente segura, ya que Londres tenía ojos por todos lados.

—Pensábamos que ya es hora de que siente la cabeza. Yo estoy casada, por supuesto —añadió Bárbara, llevándose la mano al corazón y esbozando una sonrisa condescendiente—, pero Teresa no lo está, así que le decía que debería procurar conocerlo. Podría ser un buen candidato.

Teresa añadió:

—Y *yo* le decía que, en efecto, es un buen candidato. Como mínimo, sería agradable mirarlo cada mañana. Pero no puedo decir que le aportaría algo bueno a mi estatus social. No es más que el hijo menor.

Alice había perdido la paciencia con ellas. Y no dejó pasar la ironía la ironía de que hubiera mujeres hablando de la importancia de tener una cara agradable en la mesa del desayuno. La misma razón por la que había reprochado al señor Clavering.

Jugueteó con el mango de su tenedor.

—Estoy segura de que tú tienes suficiente estatus social para ambos, en caso de que desees casarte con él. ¿Se ha fijado en ti?

Teresa era una joven bien parecida, aunque su falta de riqueza había sido un obstáculo para sus aspiraciones matrimoniales. Aun así, respondió sin ningún rastro de modestia.

—La verdad es que no pienso en él seriamente y no he intentado llamar su atención —levantó la barbilla—. Pero si quisiera hacerlo, estoy segura de que sólo sería cuestión de tiempo. Quizá lo haga, sólo para disfrutar del flirteo.

—Seguramente tienes razón —murmuró Alice. La idea de advertirle al señor Clavering de la estudiada persecución que estaban tramando pasó rápidamente por su cabeza, pero luego se preguntó por qué debería hacer tal cosa. Él no era asunto suyo.

El mayordomo entró y anunció más visitas antes de hacer pasar a dos señoritas con sus mamás. La primera era Diana Moore, quien se dirigió hasta el asiento vacío junto a Alice. La otra era Gwendolyn Chauncey quien entró detrás de su madre. Era la primera vez que Alice la veía en casa de Lady Jersey. Pero era tan solo su primera Temporada. Su madre era lo suficientemente rica como para ser aceptada, pero no tenía el linaje que le diera acceso al círculo más íntimo.

La señorita Chauncey contempló al grupo de señoritas, el cual ahora estaba completo. Sin mostrar ningún signo de pesar, tomó asiento junto a la ventana y le sonrió al criado mientras él le

ofrecía un refrigerio.

—Creo que iré a hablar con la señorita Chauncey —anunció Alice.

—¿Quién? —Diana Moore miró a la señorita Chauncey y luego frunció las cejas—. Pero si apenas es una niña. Seguramente no puede tener nada interesante que decir.

—Disfrutad de vuestra conversación —respondió Alice con dulzura y caminó hacia la silla desocupada junto a la señorita Chauncey, quien levantó la mirada, sorprendida.

—Lady Alice —dijo con cierta confusión. Se sentó erguida y esperó a que ella hablara.

Alice le sonrió.

—La vi aquí sentada sola y quise venir a presentarme. No fuimos introducidas en la fiesta de cartas de los Mayfair, pero puede remediarse fácilmente. Y pensé que podría disfrutar de su conversación.

La señorita Chauncey dejó que su mirada se desviara hacia el círculo de mujeres que Alice acababa de abandonar, y luego dirigió de nuevo su expresión seria hacia ella.

—Tal vez. Depende del tipo de cosas de las que le guste hablar.

La estima de Alice por la señorita Chauncey crecía por momentos. Aparentemente, no era de las que adulaban a las personas de la alta sociedad. Esta debería ser una relación fructífera, si se le daba la oportunidad de desarrollarse.

—Me gusta hablar de todo tipo de temas, aunque no soy demasiado aficionada a los cotilleos.

La señorita Chauncey sonrió por primera vez, y Alice pensó que si el señor Clavering hubiera visto su rostro en ese instante, no la tacharía de no tener encantos para atraer a un hombre. Es cierto que podía llegar a vestir sin mucha clase, a pesar de que su familia era rica, pero eso podría significar que se preocupaba por cosas de mayor importancia.

—Entonces pensamos igual —respondió—. Aunque es la razón por la cual mi madre deseaba venir a casa de Lady Jersey: para enterarse de lo que pueda. Espera poder presentarme dignamente en mi primera Temporada. Será todo un triunfo si lo consigue. Si tan solo no tuviera una hija tan intratable.

Alice se rio.

—Cuán parecidas somos en esto. ¿Es capaz de resistir sus esfuerzos?

La señorita Chauncey bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre su regazo.

—Hasta cierto punto. Pero no tengo independencia. La riqueza de mi madre es suya para usarla como le apetezca, y ni siquiera mi padre se atreve a desafiar su voluntad. Me temo que me obligará a casarme.

—Si me permite entrometerme en sus asuntos —dijo con cautela—, ¿cree que haya alguna manera de que pueda casarse para complacer a su madre pero elegir al marido para complacerse a sí misma?

La señorita Chauncey le sostuvo la mirada.

—Me gustaría, pero no sé con quién podría casarme que sea aceptable tanto para mi madre como para mí. Tenemos ideas tan diferentes sobre lo que es aceptable.

—¿Qué le gustaría en un marido? —preguntó, para que pudieran comenzar a hablar sobre el señor Duckworth, sin duda, pero también para saber más sobre ella ya que realmente le agradaba.

Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro de la señorita Chauncey.

—Alguien atractivo y divertido. Alguien que me haga reír.

La duquesa se puso de pie, indicando el fin de su visita, y por una vez, Alice no estaba lista para irse. No había logrado su objetivo de aprender todo sobre la señorita Chauncey. Aunque su conversación debía llegar a su fin, no pudo evitar preguntar:

—¿Tiene a alguien en mente?

Vaciló por un momento pero negó con la cabeza, claramente reacia a compartir lo que había en su corazón. Alice no podía culparla. Ella habría hecho lo mismo.

—No la presionaré —dijo Alice, deseando tranquilizarla—. Creo que mi madre me está esperando. Espero que volvamos a vernos pronto. He disfrutado hablar con usted.

—Igualmente —su expresión mostró genuino placer —. Espero que tengamos la oportunidad.

Alice sonrió y se puso de pie. Fue a reunirse con su madre y se sintió satisfecha. No se había equivocado con ella. La señorita Chauncey quería a alguien atractivo y divertido. El señor Duckworth era el candidato perfecto para ello. Y confiaba en que el señor Clavering pronto se daría cuenta de que los encantos de la señorita Chauncey no eran inexistentes, solo estaban ocultos.

# CAPÍTULO 4



George llamó a la puerta de la residencia de su hermano Lucius y Briggs abrió, portando una sonrisa.

—Buenos días, señor Clavering. Llega pronto, si me permite decirlo.

George entró y le entregó su sombrero al mayordomo, luego le permitió que le ayudara a quitarse la capa.

—Buenos días, Briggs. Supongo que ya sabrás que mi hermano me ha enviado una invitación para que le atienda. De lo contrario, no me verías aquí a estas horas.

El mayordomo hizo una reverencia, luego se volvió para colocar el sombrero en la silla bajo la escalera y colgar el abrigo en el perchero.

—Sir Lucius me avisó de su probable llegada.

—De mi segura llegada, querrás decir —dijo riendo—. Si mi hermano me hizo llegar la solicitud, sabes muy bien que debo venir —subió trotando las escaleras y se inclinó sobre la barandilla para añadir—. Ya que me están esperando, yo mismo me anunciaré.

Selena, la esposa de Lucius, dejaba que su hijo pequeño se apoyara en un vientre muy redondo el cual dejaba ver que su puerperio era inminente, pero que a George le habían dicho que no sería hasta dentro de dos meses. Le sonrió cuando entró y le tendió la mano. Él se inclinó sobre ella y se acercó para hacerle cosquillas en la barbilla a su sobrino.

—Hugh, te estás convirtiendo en un apuesto hombrecillo —recogió el juguete que se le había caído a su sobrino y se lo entregó. Hugh bajó del sofá en el que descansaba su madre, volvió a meterse el juguete en la boca y miró a George. Aunque ya podía decir algunas palabras, prefirió no hacerlo en ese momento.

—Saluda a tu tío George, Hugh —le dijo su madre.

—Así —añadió George, haciendo una reverencia ante su sobrino—, así es como se saluda correctamente a alguien.

Hugh siguió mirándolo fijamente, y Selena sonrió y sacudió la cabeza.

—Perdónalo. Creo que le están saliendo los dientes y no está tan alegre como de costumbre. Me ha dicho Lucius que te ha invitado a venir.

George se sentó en una silla libre y lanzó una mirada a su cuñada.

—Tanto tú como yo sabemos que una invitación de Lucius no es nada menos que una citación. Te aseguro que ninguna otra cosa me habría sacado de la cama tan temprano si Lucius no hubiera añadido "a la mayor brevedad posible" de esa forma tan arrogante que acostumbra.

Selena se echó a reír.

—Siento oírlo, pero me alegro de verte. Ha pasado una eternidad. Menos mal que Philippa me mantiene al tanto de tus últimas noticias, si no, podría imaginar que ya te hubieras ido de Londres, por lo poco que te vemos.

Hugh divisó un juguete y empezó a caminar hacia él más rápido de lo que sus reflejos se lo permitían. George extendió las manos y atrapó a su sobrino justo antes de que tropezara.

—¿Dónde está Lucius?

Selena miró detrás de él al oír girar el pomo de la puerta del cuarto del bebé.

—Pues aquí está —su rostro se iluminó cuando entró su marido, lo que a ojos de George convertía a su hermano en un hombre afortunado. Lucius se había hecho el remolón cuando había empezado a cortejar a Selena, pero ella tenía más gracia de la que su marido merecía y lo había perdonado. Por lo que George podía ver, Lucius nunca le había dado motivos para arrepentirse.

Se acercó a Hugh y lo estrechó entre sus brazos, besándole la coronilla. Luego se acercó a su hermano, tendiéndole la mano.

—George, me alegro de que hayas venido tan pronto.

Hugh miraba a George desde la seguridad de los brazos de su padre, con los dedos en la boca. Era la viva imagen de Lucius, incluso en su forma de mirar a las personas. Por primera vez en su vida, George pensó en cómo sería abrazar a su propio hijo como Lucius lo hacía con el suyo, ser la persona más importante en la vida de un niño. Desechó la idea. Un hombre de su edad era demasiado joven para pensar en montar el cuarto de un bebé.

Entonces, para su sorpresa, Hugh se apartó de los brazos de su padre, mostrándose dispuesto a que George lo cogiera.

Sostuvo a su sobrino, haciéndolo rebotar en sus brazos, y sus ojos estaban fijos en el niño cuando finalmente respondió:

—Con una invitación así, no me atreví a negarme. Imagino que puedo adivinar de qué quieres hablar.

—Eso me facilitará mucho la tarea —respondió Lucius—. Ven conmigo a la biblioteca.

George besó la cabeza de su sobrino.

—No te llevaré conmigo, porque no te agradaría en absoluto. Estoy seguro de hablaremos de *responsabilidades* —dijo la palabra con un desánimo exagerado, provocando que Selena se riera. Entregó a Hugh en los brazos de su madre, haciendo otra reverencia casual ante Selena antes de seguir a su hermano afuera de la habitación.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Lucius cuando ambos estuvieron en la biblioteca y hubieron cerrado la puerta tras de sí.

—No, he desayunado no hace mucho —tomó asiento sin ser invitado a hacerlo.

Lucius se sentó frente a él y entrelazó las manos sobre su regazo.

—Dijiste que creías saber por qué te había hecho venir. ¿Te atreverías a adivinarlo?

George levantó la mirada hacia el techo como si se lo estuviera pensando.

—O bien has oído algún rumor sobre mí, algún escándalo impactante, y seré obligado a casarme con la hija de un mercader a la que he comprometido… —levantó las cejas a modo de interrogación y Lucius negó con la cabeza, divertido—. O algunas de mis deudas han sido enviadas inadvertidamente a tu casa, y estás sorprendido por el alcance de las mismas. Me he pasado de mis ingresos trimestrales y además te he arruinado —hizo una pausa, mirando de nuevo a Lucius, quien volvió a negar con la cabeza, perdiendo la paciencia.

George suspiró y se cruzó de brazos.

—Bueno, eso sólo puede llevarme a una conclusión. Deseas que me ocupe de los asuntos de

mi hacienda.

—Ves, ahí lo tienes —dijo—. Después de todo, es tu propiedad y hay que hacer algo al respecto. Twinings no puede dirigirse sola, y menos con ese administrador que puse a cargo cuando aún eras menor de edad. El hombre no ha sido debidamente supervisado, y no puedo estar seguro de que esté haciendo lo mejor para la propiedad. Dios, me siento viejo.

Lucius hizo una pausa y George no rompió el silencio. Miró hacia la chimenea, donde crepitaba un abundante fuego, y esperó a que su hermano continuara.

—No necesito recordarte lo afortunado que eres de que padre te haya dejado algo en herencia. Muy pocos hombres tienen las ventajas que tú tienes cuando no son los herederos directos. Pero si quieres sacarle algo de provecho a Twinings, pronto deberás tomar las riendas.

Este tipo de regaño no era algo común en él, y George se sentía muy incómodo esperando a que llegara al final del mismo.

—Por el momento, sólo estás viviendo de la tierra. No estás aumentando su capital ni invirtiendo en ella de ninguna manera. Y no has ido a ver a los arrendatarios por ti mismo. Acabarás dejándole una herencia muy lamentable a tu heredero si no empiezas a administrar tu hacienda.

George permaneció en silencio. Quería protestar, pero sabía que lo que decía su hermano era cierto. Aun así, ¿por qué no podía vivir unos años más en paz sin tener que asumir esa responsabilidad? Su estado de ánimo cayó en picado. Sabía que esta plática llegaría, pero no por ello era más fácil de escuchar.

Lucius apoyó las manos en los reposabrazos de su silla y se encontró con su mirada.

—Sé que no necesitas una reprimenda de tu hermano mayor. Créeme cuando te digo que no me gusta darlas. Ya tengo suficientes cosas en la cabeza sobre mi propia vida como para tratar de dirigir la tuya también. Pero pensé en darte un consejo. Yo también fui joven una vez…

—*¡Ja!* En eso no estoy de acuerdo contigo, Lucius —había querido bromear, pero con su estado de ánimo actual, estaba resultando algo difícil—. No creo que hayas sido joven. Naciste ya siendo el cabeza de familia, y padre sólo te estaba guardando el puesto.

Los labios de Lucius se curvaron.

—No, no es del todo cierto. Yo tenía mis propios deseos. Quería jugar, pero había obligaciones que no podía evitar. Supongo que tienes suerte de no haber tenido esa presión —se frotó la barbilla y lo miró—. Por otra parte, donde no hay presión para asumir responsabilidades, no hay presión para crecer. Creo que sería tentador para ti dejar pasar esto un año más. Pero cuanto más tiempo lo descuides, más difícil será construir algo que valga la pena legar. Ya eres mayor de edad y puedes hacer lo que quieras, por supuesto. Pero si no desprecias un consejo de tu hermano mayor… —no terminó la idea.

George miraba al otro lado de la habitación, sumido en sus pensamientos. Apoyó la barbilla en su mano.

—No, por supuesto que no. Sabes lo agradecido que estoy por todo lo que has hecho. Pero espero que no pretendas que vaya corriendo a mi hacienda justo ahora. La Temporada acaba de empezar. Seguro que esto puede esperar hasta el verano.

Lucius apretó los labios. Parecía estar luchando consigo mismo, pero al fin respondió:

—Puede esperar hasta el verano. Pero quizá no mucho más. He tenido la responsabilidad todo el tiempo que legalmente me correspondía y, como ya he dicho, tengo mis dudas sobre ese administrador. Sigo recibiendo los informes, aunque la hacienda pasó a ser totalmente suya desde hace tres meses.

George exhaló.

—Muy bien. Te doy mi palabra de que me ocuparé de ello.



UNA VEZ que se retiró de casa de Lucius, George apartó esa conversación de su mente. Eso podía esperar hasta que terminara Ta temporada. Tenía cosas más urgentes de las que ocuparse, como hacerle una visita atrasada a su sastre y responder a las invitaciones que se habían acumulado en su escritorio.

Esa noche, George y sus amigos llegaron a casa de los Blakelys para asistir a un baile privado que prometía ser entretenido, ya que habría una sala separada con mesas para jugar a las cartas. Se preguntó vagamente si Lady Alice habría sido invitada. Le había agradado su compañía lo suficiente como para saber que contribuiría a la diversión de la velada. Nunca había pensado en quiénes podrían ser sus amigos y qué conexiones podría tener. Nunca le había prestado la menor atención. Pero en esta ocasión, puesto que la señora Drummond-Burrell estaba presente y ella y la duquesa de Carr eran amigas, se atrevió a esperar que Lady Alice asistiera.

El íntimo salón de baile estaba repleto de gente, y un torrente de ellos pasó junto a él. La señorita Chauncey seguía a la multitud y se cruzó en su camino. George no pudo evitar mirar a Duck para ver si se fijaba en la muchacha y no se sorprendió al ver que no lo hizo. Cuando la señorita Chauncey pasó a su lado, Duck la miró fijamente hasta que ella hizo una reverencia delante de él. Esto hizo que Duck reaccionara. Su expresión cambió a una de interés mientras hacía su reverencia.

—Buenas noches, señorita Chauncey. Luce usted muy bien esta noche.

Su sonrisa realzaba sus facciones, y ante las palabras de Duck, se sonrojó. Eso realzó aún más su aspecto.

—Buenas noches, señor Duckworth.

Con otra pequeña reverencia, siguió caminando y no trató de continuar con la conversación con la esperanza de que Duck la invitara a bailar, lo que a George le pareció un movimiento inteligente. Al menos la chica poseía un poco de ingenio. No había hablado con Duck acerca de su extraña conversación con Lady Alice, y se negaba a hacerlo. Sin embargo, cuando ella se marchó, no pudo evitar preguntarle:

—¿De dónde conoces a la señorita Chauncey?

Duck la miró mientras se alejaba.

—¿La conoces? Es una chica encantadora, ¿verdad? Fuimos pareja en la fiesta de cartas de los Mayfair. Tuve suerte al elegirla. Ella no habla hasta por los codos, además de ser divertida. Y ciertamente sabe jugar bien a las cartas. De hecho, ganamos.

George asintió. El hecho de que Duck se centrara en la habilidad de la señorita Chauncey para jugar a las cartas no era precisamente prometedor para Lady Alice, quien había expresado con certeza que él estaba enamorado. Al mismo tiempo, tampoco detectó una fuerte aversión de Duck hacia la chica. Necesitaba averiguar qué hacía que Lady Alice tuviera tan buena opinión de ella.

—Tendrás que presentármela.

Duck dio un paso atrás para mirarlo, chocando con Amos, quien protestó y cogió su bebida antes de que se la derramara encima. Tras disculparse rápidamente con él, miró de nuevo a George, sorprendido.

—¿De verdad quieres que te presente a una chica? No me digas que estás interesado en ella.

George sólo estaba intentando conocer el terreno y averiguar qué había hecho que Lady Alice

se fijara en ella, pero quizá había metido la pata. Duck casi parecía estar celoso. Pero seguramente debía de tratarse de alguna otra emoción, ya que Duck nunca se había interesado en una chica que vistiera tan sencillamente y se esforzara poco por realzar lo que era un rostro más bien simple, aunque dulce.

—Sabes muy bien que no estoy interesado en nadie. Pero si resulta ser buena para conversar, tal vez podría bailar con ella.

Duck la miró de nuevo con nuevos ojos, considerando la idea.

—Eso es muy cierto. Tal vez debería invitarla a bailar también. Nos reímos mucho cuando jugamos a las cartas. Es mucho mejor bailar con alguien que tiene una buena conversación que con alguien que no tiene más que un bonito cuerpo.

George se dio cuenta de su error estratégico con disgusto. Sólo estaba aumentando el interés de Duck por la señorita Chauncey al ofrecerle competencia. Intentó recuperar terreno.

—Nunca pensé que te oiría decir eso. Estaba seguro de que pensabas que un rostro hermoso y un bonito cuerpo eran los atractivos más importantes en una pareja de baile.

Duck negó con la cabeza.

—No, los cuerpos bonitos se aprecian mejor desde los lados mientras bailan con alguien más. Pero preferiría que las que tengo frente a mí tuvieran al menos dos palabras inteligentes que decir.

—Quizá no seas tan ligón como todo el mundo dice que eres —dijo, alzando una ceja. Duck se enorgullecía de su capacidad para cautivar a las mujeres.

—Eso son sólo tus celos hablando —dijo con su sonrisa habitual—. Claro que lo soy. Pero te presentaré a la señorita Chauncey antes de invitarla a bailar, como muestra de mi buen corazón.

Se puso en marcha tras la señorita Chauncey, quien estaba de pie a un lateral del salón, no muy lejos. George vio el placer en su rostro al ver que Duck se acercaba a ella antes de que volviera a ponerse seria. Eso no lo sorprendió, pero lo que no había esperado era ver a Duck reciprocar ese sentimiento. Sólo hubo una ligera pausa antes de que Duck señalara a George a su izquierda.

—Permítame presentarle al señor Clavering. George, ella es la señorita Chauncey.

Ella apartó su atención de Duck y se volvió a él para hacer una reverencia mientras le dedicaba una sonrisa. Su rostro lucía mucho más bonito e iluminado cuando sonreía.

Luego, Duck hizo una reverencia formal y extendió la mano mientras levantaba la mirada y sonreía. Sonrisa que George sabía que utilizaba cuando deseaba romper corazones.

—¿Me concede el placer del próximo baile?

Para favor de la señorita Chauncey, ella contestó con un discreto deleite y no parecía particularmente embobada. Si Lady Alice no hubiera puesto la idea en su mente, le habría sido difícil de ver su enamoramiento. Su reticencia sólo hizo que Duck aumentara su encanto, y empezó a contarle una historia divertida mientras se dirigían a la pista de baile. George tuvo entonces tiempo de sobra para reprenderse por haber centrado la atención de Duck en la señorita Chauncey después de que hubiera caminado junto a él en lugar de apartarlo de ella.

Se volvió hacia la multitud y, por primera vez, vio a Lady Alice al otro lado de la sala. Entonces ella había llegado. Estaba mirando a Duck y a la señorita Chauncey comenzar el baile. Se encontró su mirada, y su ceja arqueada fue acompañada por una sonrisa de autosatisfacción antes de darse la vuelta.

George estaba frustrado, pero también sabía que era culpa suya. Ansiaba poder vencer a Lady Alice, provocarla de alguna manera, pero no estaba seguro de que fuera posible. ¿Podía hablar con ella cuando nunca se habían presentado formalmente? Todo lo que sabía en ese momento era

que el impulso de discutir con ella era intenso, y casi se arriesgó a intentarlo sin importarle las consecuencias. Afortunadamente, se lo pensó mejor. Probablemente sería desairado si lo hacía, pues una cosa era acercarse a ella en una circunstancia inusual y otra abordarla descaradamente en un baile privado. En lugar de eso, buscó a la señora Drummond-Burrell.

Hizo una reverencia ante la formidable matrona, patrocinadora de Almack's. Y aunque se trataba de una reunión privada, ella seguía siendo la soberana suprema.

—Señora, ¿me concedería el honor de presentarme a Lady Alice St. Claire?

La señora Drummond-Burrell lo evaluó, sopesando su valía y si debía acceder a su petición. Por un lado, Lady Alice estaba muy por encima de él en cuanto a rango social, pero por otro, era lo bastante mayor como para rechazar insinuaciones impropias. Y para fortuna de George, sabía que era una valiosa aportación a cualquier fiesta, con sus educados modales y la manera tan agradable en la que abordaba a los demás, que era la razón por la que tantas anfitrionas lo invitaban. Al final, esta combinación de hechos a su favor pareció convencerla.

—Muy bien, señor Clavering. No bailará con usted; se lo puedo asegurar, ya que no lo ha hecho en absoluto desde la Temporada antepasada. Pero si me acompaña, lo presentaré.

Lo condujo hasta Lady Alice, quien estaba de espaldas mientras conversaba con un grupo de otras dos mujeres. Su vestido, de color champán, descendía en la parte trasera, dejando al descubierto la parte superior de sus muy bonitos omóplatos, donde descansaba un largo rizo que había sido apartado estratégicamente de su moño.

—Lady Alice —dijo la señora Drummond-Burrell. Cuando se volvió, George pudo ver su rostro, el cual fue difícil de leer—. Permítame presentarle al señor George Clavering.

George hizo una reverencia. Cuando levantó la cabeza, la joven que tenía delante lo miraba con recelo. No era Lady la Alice que él había conocido cuando habían hablado en el rincón. Era Lady Alice de la Sociedad. Lo evaluó, distante, como si estuviera por encima de él, como si dudara de su propósito al buscarla y temiera verse forzada a una intimidad que no le gustaría. George se preguntó si se había imaginado su conexión de la otra noche en Almack's, si se había imaginado que ella había disfrutado de la conversación tanto como él. Estuvo a punto de perder el valor.

—Señor Clavering, ella es Lady Alice St. Claire, continuó la señora Drummond, Burrell.

Lady Alice hizo una reverencia, aun manteniéndose reservada.

—Es un placer.

—El placer es todo mío —dijo George. La señora Drummond-Burrell asintió y se marchó, una vez concluida su tarea.

Cuando ella se marchó, George señaló una zona con más espacio en la concurrida sala, y Lady Alice caminó a su lado. Acababa de darse cuenta de que no había pensado bien lo que debía decirle y fue en ese momento que Lady Alice rompió el silencio, hablando con frialdad.

—¿Por qué pidió una presentación?

—Porque deseaba hablar con usted —respondió, mirándola con sorpresa. Entonces, su humor regresó, al menos en una pequeña parte de él—. Y uno no puede hablar con una mujer, como usted sabe, si no ha sido debidamente presentado… aparte de esas circunstancias atenuantes de las que le hablé.

—Ya veo —miró hacia la multitud, sin hacer ningún intento de aportar algo a la conversación. La responsabilidad recayó sobre él. George no tenía nada en mente, aparte del único tema que los relacionaba, un tema en el que, por el momento, no tenía mucha confianza.

—Me preguntaba si había avanzado algo en la consecución de la pareja de la que estaba tan segura.

Su mirada mostró más interés y menos receloso.

—De hecho, conocí más de cerca a la señorita Chauncey en una visita matutina hace dos días. Y considero eso como un paso en la dirección correcta.

George asintió como si lo hubiera asimilado. Luego se sobresaltó de repente, cuando el significado de la frase caló en su entendimiento.

—Pensaba que la señorita Chauncey era amiga suya.

Lady Alice sonrió enigmáticamente.

—Ahora lo es.

¿Qué habría hecho que Lady Alice se interesara por el destino de una mujer a la que apenas conocía? Una cosa era que intercediera en favor de una amiga cuyos gustos conocía, pero ¿cómo podía beneficiarla el ayudar a la señorita Chauncey? George tendría que resolverlo en algún momento. En lugar de eso, se concentró en lo que había esperado hacer. Provocarla.

—Odio informarle de esto, pero pude presenciar la interacción entre la señorita Chauncey y el señor Duckworth esta tarde. Ella se cruzó en su camino, y él ni siquiera la miró. Yo no diría que es un comienzo prometedor.

Esto era una apuesta. En este momento, ella tenía la mano más fuerte ya que Duck estaba bailando con su protegida. Era una táctica débil, y lo sabía. Se preguntó cuándo mostraría ella su mejor carta.

En lugar de eso, Lady Alice le lanzó una mirada condescendiente y dijo:

—Por supuesto que lo hizo. Los hombres sólo reaccionan a nivel superficial hasta que se les hace ver lo que importa.

George estaba tanteando el terreno en esta conversación con la esperanza de poder ganar la partida. Eso le daría una gran satisfacción. Si era capaz de sembrar la duda en su mente sobre por qué Duck y la señorita Chauncey bailaban juntos, podría mitigar el daño. Era hora de farolear.

—A pesar de su falta de interés, Duck dijo algo elogioso sobre la señorita Chauncey. Dijo que era decente para jugar a las cartas y que no mantenía conversaciones aburridas. No será suficiente para que se unan en matrimonio, pero al menos la ve como una compañera inofensiva que no lo importunará enamorándose.

—Sí —lo miró sagazmente—. ¿Es por eso que ahora bailan juntos? ¿Para que puedan conversar?

*Ah. Su mejor carta. Hay que actuar con delicadeza.* George adoptó una actitud despreocupada.

—De hecho, Duck dijo algo parecido. Si quería bailar con alguien, prefería una buena conversación a una bonito cuerpo.

Se supone que esta había sido su réplica, pero Lady Alice frustró su plan.

—Ese es mi punto. Son el uno para el otro. Una cara bonita sólo seducirá a un hombre. Una buena conversación seducirá su corazón.

George tan solo pudo pronunciar una palabra "¡Difícilmente!" antes de que Lady Alice lo interrumpiera con repentina suspicacia.

—¿Habló con el señor Duckworth sobre nuestra apuesta?

Se llevó la mano al pecho como si se sintiera ofendido.

—Nunca haría semejante tontería. Nada lo haría volverse en contra de la idea más que si yo sacara el tema.

—Pero entonces ganaría la apuesta. Actuaría en su propio interés —había desechado su tono frío reservado para la Sociedad, y sus provocaciones habían vuelto en todo su esplendor.

George negó con la cabeza.

—Pero no estaría jugando limpio según las reglas. Tenemos que ver si, dejados a su aire, se buscarán y formarán un vínculo.

Lady Alice sonrió por primera vez esa noche, y él pensó en lo encantadora y accesible que lucía cuando lo hacía. Ese era un rasgo que compartía con la señorita Chauncey. Aunque cuando la señorita Chauncey sonreía, sólo lucía más aceptable. Cuando Lady Alice sonreía, lucía… bueno, no valía la pena seguir pensando en eso.

—Así que juega limpio —dijo, sus ojos brillaron con humor y especulación.

—Siempre juego limpio —respondió, dejando que la indignación se hiciera presente en su tono, aunque no lo decía en serio. Más le valía dejar de discutir para evitar perder la ventaja ya conseguida. George miró hacia la cola de su vestido y vio que la había abajo—. Veo que no está cogiendo la cola de su vestido, así que no la invitaré a bailar. Pero he disfrutado estos minutos hablando usted. Y estoy deseando ver cómo se desarrolla nuestro juego.

—Al igual que yo, señor Clavering.

George hizo una reverencia y se marchó, sintiendo que le había ido bastante bien al final de su conversación. Al mismo tiempo, tuvo que reconocer que su mano no había sido fuerte en esta ronda. La próxima vez estaría mejor preparado y se defendería adecuadamente. Ya estaba deseando hacerlo.

# CAPÍTULO 5



Alice esperaba a su madre en el pasillo principal, con un vestido de paseo diseñado con la cintura baja y los hombros anchos que se estaban poniendo de moda. Era la hora de tomar el carruaje hacia Hyde Park. Ya no había caballeros interesados que la invitaran a estos paseos, lo que encajaba perfectamente con su objetivo a largo plazo de no casarse a pesar de la insistencia de su madre en que hiciera un mayor esfuerzo.

Cada año que pasaba, eran menos los pretendientes que deseaban su compañía, creyéndola distante y sabiendo que se oponía rotundamente al matrimonio. Con la cola de su vestido continuamente abajo en cada evento donde había baile, reforzaba aún más este mensaje. Por mucho que se alegrara de que los caballeros respetaran por fin sus deseos, estaba descubriendo que la decisión de no casarse tenía un inconveniente. Hasta el momento en que se le considerara lo bastante mayor como para permitirle establecerse en su propia residencia, estaba a merced de su madre y sus hermanas para entretenerse. No podía pasear sola por Hyde Park.

Su madre salió del salón principal, acompañada por Elizabeth, la segunda hermana mayor de Alice. Elizabeth apreciaba sinceramente la compañía de mamá y siempre encontraba excusas para venir a visitarla. Rara vez traía a sus hijos, ya que sólo podía soportar su joven exuberancia en pequeñas dosis y su madre no era precisamente una abuela consentidora. A la duquesa le gustaba hacer grandes demostraciones de cariño, ya fuera a través del afecto o de la corrección, pero era lo bastante feliz después de unos momentos en su compañía, después de que los devotos retoños se marchaban con su nana.

—Bien. Estás lista —anunció Elizabeth cuando vio a Alice. Elizabeth se volvió hacia su mayordomo y, como alguien que había nacido en esa casa, aunque ya no viviera en ella, dijo—. Horace, puedes enviar a alguien a buscar el carruaje. Estamos listas para partir.

Alice viajó con su madre y su hermana en el asiento de atrás de la calesa, aliviada de salir y sentir el aire fresco de marzo en lugar de estar encerrada en el salón principal. Aunque no le interesaban los cotilleos como a las demás mujeres de su familia, era interesante ver quién paseaba con quién y cómo vestía la gente. El camino estaba embarrado y había trozos de nieve derritiéndose en el césped a ambos lados del ancho sendero. Alice seguía necesitando su manguito para mantenerse caliente.

Su madre y su hermana mantenían una conversación acerca de la esposa del conde de Gradely, quien había estado pasando una cantidad escandalosa de tiempo en compañía de un caballero soltero, al que parecía haber amado incluso antes de que se hubiera casado. Interrumpían este discurso para hacer observaciones sobre las personas que viajaban en los

carruajes cercanos, ataviados con atuendos que ellas consideraban tristemente pasados de moda. Nadie se libraba de sus críticas.

Alice no estaba prestándole atención a su conversación, en cambio, se conformaba con observar a las personas y aspirar los aromas del final del invierno y las flores que se asomaban entre la tierra. Los paseos por Hyde Park eran otro de esos pequeños placeres de los que disfrutaba, junto con las mañanas que pasaba en la cama leyendo. Su tiempo en el parque a las horas más concurridas era alegre, simplemente porque exigía poco de ella y se desarrollaba al aire libre.

Un carruaje se les acercó a paso rápido por detrás, acercándose cada vez más. Como ella estaba de espaldas, pudo ver a la pareja con bastante claridad, aunque apenas podía dar crédito a sus ojos. El carruaje pertenecía a Bertram y Cleophas Bell, o Cleda, como ella siempre la había llamado. Alice se quedó boquiabierta.

—Así es, Lady Alice —dijo Cleda riendo—. Sus ojos no la engañan. He vuelto de París, como puede ver. ¿Sorprendida?

—¡Atónita! —exclamó Alice. Su día de repente se había vuelto mucho más alegre. Cleda Bell era su mejor amiga y la única con la que podía ser ella misma. Había estado sufriendo durante esta larga Temporada sin la compañía de su amiga para reírse de los pretendientes y murmurar acerca de las jóvenes mal educadas que conocían. Se suponía que estaba de luna de miel en París y no esperaba que estuviera de regreso hasta después del verano. Finalmente, el carruaje de Cleda se detuvo junto al suyo.

—Buenas tardes, Alteza, Lady Elizabeth. Espero que permitáis que Alice me acompañe en mi carruaje. Hace muchos meses que no disfrutamos de una agradable charla, y me encantaría que lo hiciéramos ahora —se volvió entonces hacia su marido—. No te importa, ¿verdad, Bertie?

Su matrimonio había sido arreglado por los padres de Cleda, pero durante su noviazgo, el señor Bell había demostrado ser un hombre amable y de corazón generoso. Si Alice sintiera el más mínimo deseo de casarse, suponía que no le importaría elegir a alguien parecido Bertram Bell, un hombre que tuviera en cuenta las necesidades de su esposa además de su propia comodidad. No era común ver algo así en la especie masculina.

—En absoluto —respondió—. De hecho, como sé que tendréis muchas cosas que contaros, me arriesgaré a caminar en el barro para saludar a mis amigos que han venido a pie.

Alice miró a su madre, segura de que lo aprobaría. Siempre le había agradado Cleda. Y lo que era más, como antigua Langley, Cleda provenía de un largo e impecable linaje.

Su madre asintió amablemente.

—Cleophas, es bueno tenerte de vuelta en tierras inglesas. Alice te ha echado de menos, y estoy segura de que se alegrará mucho de que le informes de tus últimas noticias.

El señor Bell bajó de un salto, abrió la puerta de la calesa de Alice y la ayudó a cruzar al otro carruaje sin tener que poner un pie en el suelo embarrado. Una vez realizado el traslado con éxito, dijo:

—Aunque seguramente mi ayuda de cámara me reprenderá por haberme embarrado las botas, creo que un paseo me sentará muy bien. Alteza, haré que nuestro carruaje lleve a Lady Alice a casa cuando ella y mi esposa concluyan su charla, si le parece bien.

—Eres muy amable —dijo la madre de Alice. Asintió hacia el mozo de cuadra, quien puso en marcha el carruaje, y el humor de Alice mejoró al verlo alejarse.

—Eres un encanto, Bertie —le dijo Cleda a su marido, tendiéndole la mano para que la besara. Él lo hizo y les sonrió a ambas damas antes de marcharse. Su carruaje se puso en marcha y Alice ignoró todo a su alrededor para concentrarse en su amiga.

—¿Cómo es que no me avisaste de que volverías antes, Cleda? Empiezo a poner en duda el grado de tu afecto —bromeó. No había dudado ni por un instante de su amistad, pero realmente sentía mucha curiosidad, ya que no era normal que su amiga cambiara de opinión. Además, hacía tiempo que habían planeado y anticipado su luna de miel.

Cleda enlazó su brazo con el de Alice en su asiento y se inclinó lo suficiente como para que el cochero frente a ellas no pudiera oírla.

—Sé que te guardarás esto para ti, pero estoy encinta —levantó la mirada mientras el corazón de Alice daba un vuelco—. No ha sido un comienzo fácil, y Bertie temía por mi bienestar. Decidió acortar nuestro viaje por el continente y traernos de vuelta, para que pudiera ser mejor atendida.

Alice sabía que no debía ceder ante la emoción que sentía. Podría provocar que las mirasen. Se conformó con alzar las cejas y apretar aún más el brazo de Cleda mientras sonreía.

—Qué emocionante. Y aunque no quisiera que sufrieras por nada, estoy en deuda con este dichoso acontecimiento, pues me ha salvado de una Temporada de aburrimiento —entrecerró los ojos mirando a Cleda—. Siempre que aún estés en condiciones para asistir a los eventos de la Sociedad.

—Bueno, me ves aquí, ¿no? —dijo. Efectivamente, su aspecto era perfectamente saludable —. Dime, ¿qué me he perdido? No te guardes nada. Será como si hubiera estado aquí desde el principio. En verdad, por mucho que me gustaran París y Roma, estoy feliz de estar de regreso y encontrarme con lo que me es familiar.

Alice dejó que sus ojos se desviaran hacia delante.

—Prácticamente no hay nada nuevo. La Temporada acaba de empezar. Hubo una fiesta de cartas en casa de los Mayfair.

—¿Y quién fue tu pareja?

Alice gimió.

—No me hagas revivirlo. Mi compañero fue Lord Hicks. Me lo pidió antes de que tuviera la oportunidad de conseguir otro compañero. De hecho, su atención fue tan evidente que estoy segura de que llegó con la intención de buscarme. Y pensar que nunca se me había acercado más que para pedirme un baile, incluso cuando nos presentaron por primera vez hace tantos años. Creía que estaba a salvo.

La expresión de Cleda mostró conmiseración.

—Sólo estaba esperando su momento. Esperó un par de estaciones, observó tu desinterés y pensó… —hizo una pausa, riéndose con la mirada—. Supongo que pensó que, como aún no estabas comprometida, no había nadie lo bastante que fuera lo suficientemente tentador como para conquistarte. Sólo faltaba que él probara suerte… o eso supuso.

Alice se rio.

—Si hubo algo bueno, fue que estábamos sentados frente a una larga mesa y apenas podía oler su aliento. En serio, el hombre tiene un ayuda de cámara. Seguro que su criado es lo bastante sensato como para darle polvo dentífrico.

—Oh, ya conoces a los hombres que son tan codiciados. No necesitan hacer nada tan mundano como limpiarse los dientes o asearse para ser atractivos para las jovencitas.

Alice se encogió de hombros.

—Pasemos a otra cosa. Lo siguiente fue la noche de inauguración en Almack’s.

—Donde estoy segura de que encontraste a alguien lo bastante tentador como para levantar la cola de tu vestido y bailar.

Alice rio de nuevo. Hacerlo se sentía tan natural con Cleda.

—En realidad, te sorprenderías. Tuve la oportunidad de presenciar a Gwendolyn Chauncey allí y más tarde en el baile privado de los Blakelys. Es la hermana menor de Dorothy Chauncey, la recuerdas. La señorita Chauncey había sido emparejada con el señor Oswald Duckworth en la fiesta de cartas. Puedo ver que no sabes quién es, pero ha estado presente en los eventos de la Sociedad desde hace unas cuantas Temporadas y tiene fama de ser un ligón. Aunque lo he observado, y posee más de una naturaleza más agradable de lo que deja ver. Es de estatura media, tiene el pelo castaño claro y una sonrisa irresistible.

—Y por fin estás enamorada —dijo sin mostrar verdadera convicción en su voz.

—Hablas demasiado pronto. Fue la señorita Chauncey la que quedó prendada. Y en Almack's, me limité a instarla desde el lateral de la sala a que no aceptara al señor Lloyd…

—Cielos —intervino—. No me extraña que no te sientas tentada a casarte si éstas son tus únicas perspectivas.

—Has resumido perfectamente el asunto. Yo también estaba observando la escena con la esperanza de que el señor Duckworth viera que el verdadero valor estaba justo en sus narices.

Cleda levantó la mano para saludar a alguien, pero aunque el otro carruaje empezó a aminorar la marcha, se volvió hacia Alice.

—Debo suponer que Gwendolyn Chauncey no es mucho más atractiva que Dorothy.

—Desgraciadamente, no, aunque sí es atractiva. A pesar de ello, me impresionó cuando nos sentaron en mesas contiguas en casa de los Mayfair, pues se mostró infaliblemente cortés con Lord Hicks cuando éste tuvo la desvergüenza de hablar con los invitados de la mesa contigua, aunque ella estaba sentada mucho más cerca de él que yo y debió de sufrir su penetrante olor. No siguió el ejemplo de Lord Hicks ni me trató con una familiaridad impropia. Y, a pesar haberse reído mucho con el señor Duckworth, le ocultó su enamoramiento a la sociedad, y yo también podría haberlo pasado por alto, de no ser por mi perspicaz mirada.

—Lo sé todo sobre esa mirada perspicaz —se abstuvo de decir más, llevándose por un momento la mano a la boca antes de volverse hacia Alice como si no hubiera dicho nada—. ¿Así que eso fue todo lo interesante de Almack's?

—No… del todo —se sonrojó—. Simplemente estaba comentando para mis adentros en voz alta lo que debería hacer la señorita Chauncey, cuando ¿quién salió de detrás de las cortinas de la ventana, detrás de mí, sino el señor Clavering?

Cleda la miró confundida.

—¿Sir Lucius Clavering? ¿Quién está casado con la ex Selena Lockhart?

Alice negó con la cabeza.

—No los conozco. Pero creo que debe de ser su hermano menor, George. Aunque no nos habían presentado, tomó mi conversación en voz alta como una excusa para contestarme. Y me resultó difícil desairarlo.

Cleda se apartó para mirarla.

—¿Difícil de desairar? Esto sí que es interesante. Has encontrado a alguien que por fin te atrae. Admítelo.

—No admitiré nada —respondió—. Nada ha cambiado. Dejé muy claro que no bailaría, *y* con ello que no me casaría.

Los ojos de Cleda centellearon.

—Sólo tú podrías decirle algo así a alguien que acabas de conocer por casualidad.

Alice sonrió y negó con la cabeza.

—Pero terminamos apostando sobre si alguien con tan pocos encantos externos como la señorita Chauncey podría atraer a alguien como el señor Duckworth. No sé por qué hice una

apuesta con un hombre que no conocía. Es sólo que en ese momento me sentí particularmente irritada por la idea de que sólo las mujeres más atractivas, o las que están mejor acomodadas, podían atraer a alguien. Me enfada que piensen eso de nuestro sexo. No somos más que una mercancía por la que pujar y añadir a la colección de un hombre.

Cleda suspiró.

—Entiendo perfectamente tus sentimientos al respecto. Y estoy de acuerdo contigo. Comprendo que no desees casarte cuando no necesitas hacerlo para sobrevivir en la Sociedad. Más aún, sospecho que hay otra razón por la que no tienes interés en casarte, aunque tú misma nunca has expresado tal cosa.

Las conversaciones con Cleda siempre eran interesantes y a menudo esclarecedoras.

—¿Y por qué piensas eso?

—Si me permites decirlo, tienes un lugar seguro en casa, pero no eres excesivamente… ¿debería decir, querida? No deseas entrar en otro hogar donde no sólo posiblemente no seas querida, sino que tu hogar se convertirá en propiedad de tu marido. Temes quedarte sin nada —volvió a bajar la voz para que el mozo de cuadra no pudiera oírla.

Las palabras dieron en el blanco. Alice nunca había sido capaz de identificar realmente por qué no deseaba casarse, aparte de un sentimiento de terquedad general, como le parecía a ella, y de lo que su madre la acusaba. Pero lo que decía era cierto. ¿Por qué renunciar a la libertad tal y como ella la conocía por una situación que probablemente no mejoraría nada?

Ciertamente, a veces podía ser solitario, como hoy, cuando había pensado que tendría que soportar la compañía de su madre y su hermana sólo para salir a tomar el aire en el parque. Pero al menos tenía su propio lugar en la casa, y sabía que su hermano nunca la obligaría a abandonarlo, aunque él se casara. También tenía su pensión y podía irse a construir una vida en otro lugar, si así lo decidía. Además, se trataba de una atractiva independencia que no la dejaría en dificultades económicas. Al casarse, renunciaría a todo eso a cambio de… ¿qué? Una vida encadenada a alguien que probablemente dejaría de tenerle consideración en cuanto tuviera en sus manos su dinero. Y entonces se quedaría sola y desamparada.

—Me atrevo a decir que tienes razón —dijo. No tuvo que bajar la voz. Ésta lo hizo por sí misma.

—Venga, no caigas en la melancolía —le dio un golpecito en el costado—. No he tocado un tema tan delicado sólo para abatir tu ánimo. Más bien, deseaba decirte que hay todo un mundo esperándote ahí fuera, un mundo lleno de *delicias inimaginables* al estar casada, si tan sólo te casaras por amor.

Alice suspiró y miró hacia el desfile de carruajes que cruzaban frente a la hilera de árboles.

—Casarse por amor. No puedes esperar que crea que tal cosa existe. Lo más cercano que podría llegar a tener es algo como lo que tú tienes con el señor Bell. Donde vosotros están en términos excesivamente cordiales. Sé que vuestro matrimonio fue arreglado, así que no me convencerás de que es algo parecido a un matrimonio por amor.

Su amiga la sorprendió cogiéndola del brazo.

—Mírame, Alice —le ordenó. Cuando lo hizo, habló con voz grave y determinada—. Lo nuestro es un matrimonio por amor. Aunque yo no tuviera ni idea de lo que fuera tal cosa, y aunque no nos hubiéramos casado por esa razón, eso es lo que es ahora.

Alice levantó las cejas. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Cleda, ¿cómo ha ocurrido? ¿Cómo es eso posible?

Ella se rio y se sonrojó un poco.

—Es tan solo que es muy difícil seguir siendo unos perfectos desconocidos cuando uno está

casado, y me atrevo a decir que eso es lo que ocurrió. Pero nos encontramos disfrutando de la compañía del otro —volvió su mirada hacia Alice—. Y no quiero que te pierdas de esta bella aventura que podría ser tuya con sólo una pizca de fe y un poco de determinación. No, no estoy sugiriendo que te cases con la primera persona que se cruce en tu camino. Pero quiero que tengas la profunda felicidad que yo tengo, y creo que te estás perdiendo de esa oportunidad si no lo intentas.

Dos caballeros cabalgaban hacia ellas, atrayendo la mirada de Alice. El que estaba más cerca de ella se levantó el sombrero y Alice reconoció su mandíbula cuadrada, sus mejillas sonrosadas por el aire fresco y sus ojos brillantes bajo los rizos oscuros. Su aliento salió vaporoso y, cuando la miró, sus labios se curvaron en una sonrisa pícara. Su corazón dio un pequeño vuelco.

Una cosa era estar cerca de él en Almack's, conviviendo con una intimidad que no les correspondía. Otra cosa era verlo como un caballero, disfrutando del aire fresco como ella, y ver cómo se iluminaban sus ojos cuando se posaban en ella. No pudo evitar dejarse influir por las palabras de Cleda en esta colisión de momentos y preguntarse si en realidad se estaba perdiendo de algo.

Al instante siguiente, recuperó la sensatez.

El señor Clavering se detuvo.

—Lady Alice, permítame presentarle a mi amigo Matthew Evans. Está casado con… —frunció el ceño, como si estuviera pensando en cómo explicar la relación—, la hermana del marido de mi hermana. Pero es amigo mío desde la infancia.

—*Enchantée* —respondió Alice, sonriéndole al señor Evans y luego al señor Clavering. Después, se volvió hacia Cleda—. Señor Clavering, permítame presentarle también a una íntima amiga mía: la señora Cleophas Bell, anteriormente de la familia Langley —¿Por qué le estaba diciendo eso? A él no le importaría la familia de Cleda.

—*Enchanté* —dijo a su vez el señor Clavering. Hubo una incómoda pausa en la que nadie se movió o habló. Ella deseaba seguir con las bromas y provocaciones que ambos habían compartido las dos veces que se habían visto, pero no podían hacerlo mientras hubieran otros dos testigos.

Antes de caer en la tentación de actuar fuera de lugar y hacer algo estúpido, como flirtear, Alice se sentó más erguida. Comenzó a actuar como lo haría ante la Sociedad.

—Que tengan una buena tarde, señor Clavering, señor Evans —se volvió hacia Cleda y añadió—. ¿Seguimos?

El carruaje avanzó, pero no lo bastante rápido como para que ella no oyera al amigo del señor Clavering decir con un tono serio:

—Ahora hablamos francés, ¿verdad?

Cleda miraba a Alice con interés.

—El señor Clavering. *Ahora* veo quién es. Muy, muy interesante.

Dios sabía que el hogar en el que había crecido no le había enseñado que la felicidad podía encontrarse en el seno de su familia. Era un lugar en el que el hermano al que había admirado apenas había tenido tiempo para él, su madre había estado allí para sermonearlo o mimarlo, y se había acostumbrado a las regañinas bajo la afilada lengua de su hermana María. Philippa y él siempre habían sido unidos, pero no compartían los mismos intereses. La mejor fuente de diversión y jolgorio que había tenido habían sido los amigos que había hecho en Oxford. Esto había ido más allá de su época escolar y se había extendido a su vida como caballero, lo que le había dado la reputación de un vividor que no se merecía del todo. Sólo sus amigos más íntimos sabían que nunca había tenido una amante.

Vestía un pantalón bombacho de seda negro, zapatos de salón cuadrados, un chaleco y un abrigo negro por encima cuya cola llegaba hasta la parte trasera de sus rodillas. Se sentía aliviado de que la moda masculina estuviera cambiando y pudiera prescindir de los calzones y las medias de seda que antes se usaban para los bailes privados, aunque probablemente Almack's exigiría usar calzones hasta el fin de los tiempos. No podía imaginar que aquella gigantesca institución adoptara jamás códigos modernos.

# CAPÍTULO 6



George se vistió para el baile de la señora Harris, donde iba a presentar a Philippa a la señorita Chauncey. Aún se cuestionaba si no debería haberle planteado el problema a su hermana, quien no podía evitar entrometerse. Esperaba que ella tuviera el valor de abstenerse.

Después del baile, iría al club con sus amigos, como de costumbre. En sus primeros años londinenses, el baile había sido una penitencia que había que pagar para no ofender a las anfitrionas de la Sociedad antes de poder pasar el resto de la noche como lo hacían los caballeros: reuniéndose en el club, viendo una pelea o apostando por cantidades moderadas. George nunca jugaba con el objetivo de ganar dinero de sus amigos. Iba por el placer de pasar tiempo con las personas que más le agradaban. Hasta ahora, no había encontrado nada más digno que hacer con su tiempo.

Esta noche, se sentía más entusiasmado de asistir al baile que al club, lo cual era un cambio. Mientras se ajustaba el pañuelo, reflexionaba el por qué. Philippa estaría allí, lo que siempre aliviaba el tedio de los bailes. Pero supuso que lo que más le interesaba esta noche era ver como ella intentaba hacer lo que pudiera con la señorita Chauncey y divertirse con la certeza que tenía Lady Alice de que la señorita Chauncey podría llegar a ser esposa de Duck. Él estaba igualmente seguro de que Lady Alice estaba equivocada. Al fin y al cabo, aparte de Matthew Evans, ninguno de ellos estaba dispuesto a sentar la cabeza, y mucho menos Duck. Estaban comprometidos con el estilo de vida de solteros durante al menos otros cinco años.

George llegó solo y, tras saludar a la anfitriona, echó el primer vistazo a la sala en busca de Lady Alice y no de sus amigos. El darse cuenta de esto no le sentó del todo bien hasta que se explicó a sí mismo este lapsus diciendo que tenía algo en juego, y que sólo ellos dos podían discutir su apuesta. Philippa ya estaba en el baile, en compañía de otras esposas de hombres influyentes de la política, su elegante vestido ya no ocultaba el bulto que demostraba que estaba embarazada. Le puso la mano en el hombro y, cuando ella se dio vuelta, él hizo una reverencia ante las otras mujeres.

—George —exclamó, excusándose con sus amigas antes de cogerlo del brazo y decirle en voz baja—. No he encontrado a nadie que pueda presentarme a la señorita Chauncey —inclinó la cabeza hacia él y continuó mientras lo conducía a otra parte—. Nadie parece saber quién es la chica. Sólo tenemos una alternativa. Tendrás que presentarme a Lady Alice para que pueda conocer a la señorita Chauncey a través de ella.

George la detuvo y la miró fijamente durante un instante antes de soltar una carcajada.

—Sí, por supuesto. Una idea brillante. Entonces Lady Alice sabrá que he estado hablando

con mi hermana sobre nuestra apuesta. Y, por supuesto, estará encantada de presentarte a la señorita Chauncey, una mujer a la que apenas conoce, revelándole así nuestras intrigas sobre un enamoramiento que la señorita Chauncey obviamente espera mantener en secreto. Qué idea tan maravillosa.

Philippa no se mostró en absoluto intimidada por este burlón resumen de su plan.

—No creas que no he aprendido un par de cosas al estar rodeada de círculos políticos… si es que había algo que aprender que no supiera ya. Sólo preséntame a Lady Alice, y yo haré el resto.

George se detuvo y se volvió hacia Philippa.

—Hablando en serio, no puedo hacer tal cosa. Apenas nos conocemos lo suficiente como para que pueda pretender siquiera una amistad con ella. Ya se la he presentado a Evans. Parecerá que busco tener una conexión más íntima si le presento a mi *hermana*.

George era por lo general de temperamento tranquilo, pero supo que se había dejado llevar cuando ella exclamó en un susurro eufórico:

—¡Vaya, George! Ella *sí* que te gusta.

Por suerte, George no tuvo que responder a una afirmación tan obviamente falsa, ya que Philippa vio a Duck y Amos acercándose. Extendió la mano y les permitió inclinarse sobre ella.

—¿Cómo estáis, caballeros? ¿Vuestra acostumbrada aparición en un evento de la *alta sociedad* antes de dirigiros al club? Veo que esta temporada no es diferente y que seguís divirtiéndoos de la misma manera que siempre —miró a Duckworth directamente cuando añadió —. ¿No habéis pensado en sentar la cabeza en algún momento?

Philippa lo estaba provocando. ¿Estaba jugando en su favor o en su contra? No debería haber consentido que conociera a la señorita Chauncey. Sólo buscaba que ella estuviera de acuerdo en que él tenía razón sobre la apuesta. ¿Por qué? No sabría decirlo. Tal vez simplemente para poder regodearse en privado.

Duck se puso la mano sobre el corazón.

—Philippa, estoy seguro de que me conoces muy bien como para hacer semejante pregunta. El hecho de que Evans y tú hayáis encontrado la felicidad matrimonial no significa que cada uno de nosotros se esfuerce por conseguirla. Me quedan muchos años en el campo de juego antes de pensar en el matrimonio.

George envió a su hermana una mirada penetrante.

—A mí, por mi parte, me gustaría casarme —dijo Amos. Las palabras tuvieron un fuerte impacto en el grupo, como si hubieran soltado una bomba, y todos se volvieron para mirarlo. Al ver sus miradas interrogantes, se sonrojó por completo—. Siento deciros que, por mucho que disfrute de vuestra compañía, estoy empezando a cansarme de acompañaros todas las noches a las sesiones de juego. Empiezo a pensar que quizá no sea tan malo sentar la cabeza con una joven que tenga algo en el cerebro para que no me aburra como una ostra, y que tenga una cara lo bastante bonita para mirarla. No es mucho pedir, ¿verdad?

George, aunque conmocionado por el comentario que suponía un cambio repentino de la actitud habitual de Amos, intercambió miradas con Duck.

—Bueno, no apostaremos en contra de que sientes cabeza en los clubes. No queremos perder nuestro dinero por ti —Duck le sonrió a una mujer que pasaba e hizo una reverencia en su dirección. Ella se detuvo e hizo una reverencia a su vez, mirándolo por encima del hombro. George observó el encuentro con satisfacción. Al menos uno de ellos no abandonaría su vida de soltero demasiado pronto.

Lady Alice entró en el campo visual de George, llamando su atención, y se preguntó si acababa de llegar. Estaba de espaldas mientras se movía en dirección opuesta.

Estaba claro que Philippa también la había visto, porque dijo:

—Caballeros, si nos disculpáis, George y yo nos dirigíamos a hablar con alguien.

Sin esperar respuesta, y ante la aprensión de George, enganchó su brazo alrededor del de su hermano y comenzó a seguir a Lady Alice, quien caminaba con su acompañante del parque. Parecían ser muy cercanas, por la forma en que juntaban sus cabezas al hablar. Lady Alice se rio, y George se alegró de que tuviera a alguien tan cercano. Al hablar con ella había tenido la vaga sensación de que era muy solitaria, aunque no entendía por qué. Tenía todo lo que necesitaba a su disposición.

Alice y su amiga se detuvieron de repente y, como la sala estaba repleta, Philippa se permitió chocar con las dos mujeres.

—Por favor, perdonadme —dijo con una sonrisa amistosa—. No estaba prestando atención por dónde iba. George, ¿vamos a la mesa de refrigerios?

No podía permanecer en silencio ahora que las dos mujeres lo miraban.

—Por supuesto. Pero primero, permíteme presentarte a Lady Alice St. Claire. Lady Alice, ella es mi hermana, la señora Philippa Blythefield.

Lady Alice lo evaluó con la mirada antes de hacer una reverencia ante Philippa.

—Un placer. Ella es mi amiga, la señora Cleda Bell. Acaba de regresar de un viaje por el continente con su marido.

—Eso es algo que me gustaría hacer —dijo Philippa, claramente intentando comenzar una conversación desde cero—. Después de que el señor Blythefield y yo nos casáramos, pensamos en lo que podríamos hacer como luna de miel. Desgraciadamente, él no podía dejar el Parlamento por mucho tiempo, y no queríamos recorrer todo ese trayecto por tan solo unos días. Supongo que debimos haber ido cuando tuvimos la oportunidad —miró hacia su vientre a modo de explicación.

La señora Bell sonrió con simpatía.

—Sí, eso lo hace infinitamente más difícil. ¿Estoy en lo cierto al pensar que su marido es el señor Blythefield quien es líder de la oposición? —Philippa asintió, y la señora Bell continuó—. Mi marido es uno de sus partidarios. No tiene un gran papel en el Parlamento, pero asiste a los debates y admira la pasión que tiene su marido por las causas impopulares.

Philippa rio ante el inesperado atisbo de humor en la voz de la señora Bell.

—Entonces debemos presentarlos. ¿Está él aquí?

—Sí. Al otro lado de la habitación —miró a Lady Alice, indecisa.

—Sí, presentadlos —dijo Lady Alice—, estaré bien.

Philippa se dio la vuelta para marcharse, y George se alegró de no tener que someterse al escrutinio de Philippa sobre sus interacciones con Lady Alice. Sin embargo, antes de que su hermana se marchara, se volvió para decir:

—Lady Alice, si no tenemos oportunidad de seguir hablando esta noche, ha sido un placer verla. Espero que podamos conocernos mejor.

Lady Alice sorprendió a George con su cálida respuesta.

—Eso suena encantador. Voy a menudo a Hyde Park. Sólo omito ir a las horas más concurridas por las inclemencias del tiempo.

—Yo también disfruto pasear por allí —los ojos de Philippa se iluminaron y suspiró—. Acabo de tener una idea. Si le parece bien, podría ir a buscarla en mi carruaje uno de estos días. Así podríamos ir juntas.

—Por supuesto —respondió tan rápidamente que George apenas pudo reconocer que se trataba de la misma mujer con la que había discutido verbalmente. O era mucho más amistosa

con las mujeres o había quedado particularmente encantada con Philippa. O, pensó George con repentina suspicacia, esperaba obtener ventaja en su apuesta presionando a su hermana para que le diera información—. El jueves, si le parece bien.

Philippa cogió el brazo de su nueva amiga, la señora Bell.

—Así es. Estoy segura de que mi esposo sabrá encontrar su residencia —hizo algo entre un asentimiento y una reverencia—. Hasta entonces.

Cuando se marcharon, George estaba atónito por cómo su hermana había manejado la conversación y lo que podría significar. Pensó en lo que Philippa podría ganar con esa amistad. ¿Simplemente iba a ver lo que Lady Alice veía en la señorita Chauncey, o iba a intentar ayudar a la pareja, haciéndolo perder así su apuesta? Hablando de eso…

—¿Dónde está el sujeto de nuestra apuesta esta noche?

—No la veo. Pero me alegró conocer a su hermana. Creo que también es amiga del señor Duckworth, y podría presentármelo. Como mujer, también tiene un nivel de sentido común del que carecen la mayoría de los hombres, lo que la convertirá en una agradable adición a mi círculo de amistades. Estoy deseando que llegue nuestro paseo del jueves —le dedicó una enigmática sonrisa, hizo una reverencia y se marchó. George la observó, por muy menuda que fuera, abrirse paso entre la multitud como si esta no fuera un obstáculo.

*¿Un nivel de sentido común del que carecen la mayoría de los hombres?* Había estado tan ocupado viéndola marchar que hasta ahora no había registrado sus palabras. Lady Alice era una oponente demasiado ágil, y haría bien en mantenerla alejada de Philippa.

Buscaría a su hermana tan pronto como ella y la señora Bell se separaran y le haría saber que la acompañaría a su paseo por Hyde Park.



EL JUEVES, George se presentó en casa de Philippa más o menos a la hora en la que él pensaba que ella saldría a buscar a Lady Alice.

Philippa salió del salón y levantó las cejas, sorprendida.

—George, no creí que hablaras en serio al decir que nos acompañarías. Es ridículo. Soy una mujer casada, y vamos a Hyde Park, en pleno día. Lady Alice y yo no necesitamos un acompañante.

George puso su mirada de hermano mayor excesivamente condescendiente, la cual sabía que Philippa odiaba.

—Tú, querida, estás pasando por un momento delicado. No quiero que le ocurra nada malo a mi futura sobrina o sobrino. Debo insistir en velar por tu bienestar.

Philippa lo estudió entrecerrando los ojos, que en ese instante lucieron exactamente como los de Lucius.

—Qué extraño que esta faceta tuya de tío cariñoso no haya aparecido hasta ahora.

El lacayo les abrió la puerta y George le dio un empujoncito para que saliera.

—Siempre soy así con el pequeño Hugh. No has tenido la oportunidad de presenciarlo, eso es todo. Pero no puedes encontrar un tío que sea más cariñoso que yo.

—*Hmm* —dijo, apretando los labios con incredulidad mientras él la conducía hacia el carruaje y la ayudaba a subir.

Un rápido paseo los llevó a la puerta de Lady Alice, y George levantó la mano para impedir que el lacayo bajara.

—Yo iré a llamar a la puerta.

—¿Y dejarme sola ante los peligros de la calle, querido George? —gritó Philippa con un tono demasiado dulce.

Él la ignoró y fue a llamar a la puerta y fue recibido por el mayordomo. Mientras estaba parado en la entrada, esperando a Lady Alice, la duquesa salió del salón principal.

—Horace, nosotros…

Se detuvo en seco al ver a George, luego avanzó hacia él para saludarlo.

—Buenas tardes. Creo que no hemos sido presentados.

George hizo una reverencia.

—Buenas tardes, Alteza. Mi hermana y Lady Alice irán a pasear hoy en Hyde Park y como no llevan un acompañante, deseé brindarles mi protección.

La duquesa lo miró por un momento, sin comprender lo que ocurría. No parecía estar al tanto de los planes de su hija, y él se preguntó si se negaría a darle su consentimiento.

—¿Y quién es su hermana?

—La señora Philippa Blythefield —respondió, sintiéndose tan nervioso en su presencia como un niño que asiste a su primer baile.

La duquesa entrecerró los ojos, pensativa.

—Blythefield. ¿Es la esposa del señor Jack Blythefield del Parlamento?

Aunque Jack ocupaba un puesto destacado como líder de la oposición, George se sorprendió un poco de que la duquesa hubiera hecho esa conexión.

—Lo es, Alteza.

—Los Comunes —fue todo lo que la duquesa añadió. Pudo ver que para ella era una gran decepción que no estuvieran hablando de la Cámara de los Lores.

George asintió.

—Así es.

No muchas personas lo ponían nervioso, pero estaba esperando la llegada de Lady Alice. No se atrevió a proponer ningún otro tema de conversación. Tras un minuto de incómodo silencio, la duquesa volvió la mirada hacia él. Aunque era menuda, daba la impresión de que ella era quien lo miraba desde arriba.

—¿Y usted es?

—El señor George Clavering, Alteza. Mi hermano es Sir Lucius Clavering, baronet de Mardley.

La duquesa levantó la mirada como si buscara en su memoria, y añadió:

—Y él está casado con…

Le pareció extraño que ella se interesara por todos esos detalles, pero respondió:

—Con Lady Selena Clavering, *de soltera* Lockhart.

Los ojos de la duquesa de Carr brillaron al comprenderlo. Era una mujer que conocía a la perfección los entresijos de la Sociedad. Sólo podía suponer lo que pensaba de su cuñada, quien había sido desprestigiada en su momento a causa de las indiscreciones de su padre. Lucius le había devuelto su estatus, pero ella se contentaba con vivir tranquilamente al lado de su marido en lugar de reclamar su posición en la *alta sociedad.*

Finalmente, Lady Alice apareció en lo alto de la escalera y bajó los escalones, con la mirada fija en el contenido de su reticule mientras buscaba algo. Se detuvo a la mitad del camino, vio a George y levantó una ceja antes de seguir bajando.

—Señor Clavering. Qué placer. Había pensado que mi salida de hoy sería con su hermana.

George hizo una reverencia, aún sintiéndose fuera de lugar. Lady Alice no había mostrado agrado al verlo.

—Así es. Pero como mi hermana se encuentra en un momento delicado, quería acompañaros. Espero que no le importe.

Lady Alice lo examinó sagazmente de una manera muy similar a la de su madre.

—En absoluto —se volvió hacia la duquesa—. Madre, estaré en casa a tiempo para vestirme para la cena.

—Encárgate de que así sea, porque tenemos que asistir a la ópera —respondió su madre mientras el mayordomo abría la puerta y les permitía salir.

Una vez afuera, ignoró a George pero le sonrió a Philippa, permitiendo que el lacayo la ayudara a subir al carruaje. A George no le importó. No iba a permitir que su hermana y Lady Alice crearan un vínculo más cercano sin saber de qué tipo de cosas hablarían. Podía ver que su apuesta en contra de que Duck se casara estaba lejos de ser algo seguro. Y si conocía a su hermana, ella se volvería contra él, ayudaría con el matrimonio de la señorita Chauncey y luego comenzaría a planear el de Lady Alice antes de que terminara su paseo en carruaje. George no estaba dispuesto a perder la primera apuesta. Y en cuanto a la segunda, no creía que Lady Alice necesitara ayuda.

—George, tendrás que ocupar el asiento de atrás ya que nos has impuesto tu presencia —le dirigió una sonrisa cómplice a Lady Alice, quien se la devolvió.

George tomó asiento frente a ellas.

—El placer de vuestra compañía es suficiente para compensar la incomodidad de mi asiento.

—Que halagador —dijo Lady Alice con un tono frío. Pero su mirada mostraba curiosidad. Probablemente se preguntaba qué lo había impulsado a venir. No importaba. No iba a renunciar a su ventaja ahora.

Cabalgaron hasta Hyde Park y, como los tres eran muy conocidos, los saludaron desde ambos lados de la calle a medida que avanzaban por Rotten Row.

—Creo que son la señorita Chauncey y su madre —comentó Lady Alice mientras le dirigía una mirada cómplice a George.

Philippa cerró su sombrilla.

—Hace un día precioso y no hay ni una mota de barro por ninguna parte. Lady Alice, ¿qué le parece si caminamos juntas?

—Es una excelente idea —intervino George—. A todos nos vendrá bien un poco de ejercicio.

Philippa lo miró con severidad.

—Mi invitación no te incluía, querido hermano.

Fingió sentirse herido.

—Pero difícilmente me dejarías sentado aquí solo en el carruaje.

—Un caballero tan agradable y apuesto como usted seguramente no estará sentado en el carruaje solo durante mucho tiempo —observó Lady Alice—, este parque debe estar lleno de sus admiradoras.

*¿Lady Alice piensa que soy apuesto?*

—Creo ver al señor Duckworth por allí —continuó.

—Vaya, y tiene mucha razón —dijo su hermana con un brillo en los ojos.

Lady Alice se llevó la mano a la capota para ajustarla.

—Bajemos y caminemos.

Esas dos mujeres no deben quedarse solas, decidió George. Eran demasiado peligrosas. Bajó del carruaje y siguió a las damas hasta la señorita Chauncey, cuyo rostro se iluminó al verlas. Le dio la espalda a su compañero. Su madre caminaba mucho más adelante con un conocido, dejando a la señorita Chauncey con el discutible placer de la compañía de Lord Hicks. George no

había apostado ni a favor ni en contra de lord Hicks, pero no tenía ningún deseo de que la señorita Chauncey soportara su compañía más tiempo del necesario. Se reunieron con el grupo.

—Señorita Chauncey —dijo Lady Alice, ignorando a Lord Hicks—, permítame presentarle a la señora Blythefield.

Philippa sonrió ampliamente.

—Es un placer conocerla, señorita Chauncey.

La señorita Chauncey le devolvió la sonrisa y, mirando hacia Lord Hicks, dijo:

—Milord, ha sido muy amable al acompañarme, pero ahora que he encontrado a mis amigos, no lo molestaré más al pedirle su compañía. Le deseo un excelente día.

Hizo una reverencia y se volvió para caminar con Philippa y Lady Alice. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para que él no escuchara, Lady Alice dijo:

—Señorita Chauncey, tiene usted madera de duquesa. Lástima que mi hermano sea demasiado joven para usted.

Se rieron. George empezaba a sentirse *fuera de lugar* ante tres mujeres que estaban decididas a ignorarlo, pero no perdería de vista a su presa. Entonces, Duck y Amos lo vieron, y cuando la mirada de Duck se dirigió hacia la señorita Chauncey, George se arrepintió de haber insistido en acompañar a las mujeres. Duck nunca se habría fijado en ella si George no hubiera estado allí.

—¡George! —Duck se acercó con Amos por detrás—. Buenas tardes, Philippa. No alcanzaste a ver a Whitmore porque se dirige a una reunión con su padre. Los que se dedican a la política llevan una vida tan aburrida —añadió con una sonrisa maliciosa—. Claro que si yo me dedicara a la política, la cosa sería muy distinta. Llevaría a cabo debates muy intensos.

—Ojalá, ojalá —se burló ella con una sonrisa—. Lady Alice, permítame presentarle al señor Duckworth y al señor Amos —se volvió hacia George—. Supongo que deberías ser tú quien hiciera estas presentaciones, ya que primero fueron tus amigos, pero ya que he empezado yo, seguiré. Ella es Lady Alice St. Claire, y ella es la señorita Chauncey. Señorita Chauncey, permítame presentarle al señor Duckworth y al señor Amos.

—Nos conocemos…

—Ya nos conocemos…

Duck y la señorita Chauncey hablaron al mismo tiempo, luego parecieron sentirse ligeramente avergonzados.

Después de intercambiar reverencias y reverencias, todos avanzaron en grupo. Cuando el camino delante de ellos se hizo más estrecho, Duck le ofreció su brazo a la señorita Chauncey, y George tuvo el cuestionable placer de verlos caminar mientras juntaban sus cabezas al hablar. Philippa recordó algo urgente de lo que tenía que hablar con Amos, o al menos eso dijo, pero a George no le habría sorprendido que lo hubiera inventado si es que eso le convenía. Lo más lógico era que George le ofreciera su brazo a Lady Alice.

Era la primera vez que Lady Alice caminaba a su lado como si se tratara de un auténtico cortejo, y la sensación lo dejo sin palabras durante unos instantes. Había querido hablar con ella, pero ahora que tenía la oportunidad, no tenía ni idea de qué decir. No estaba seguro de si debían interceptar a Duck y a la señorita Chauncey o tomarse estos pocos minutos para tratar de ver lo que ella estaba pensando.

Mientras estos pensamientos daban vueltas en su mente, George era cada vez más consciente del contacto de ella a su lado. Temía que cuando llegara el momento de llevarla al carruaje, se sentiría renuente a dejarla marchar. Era un pensamiento ilógico y desconcertante.

# CAPÍTULO 7



Alice no debería haber disfrutado tanto de la compañía del señor Clavering, pero no podía negar que así era. Cuando sus ojos se habían fijado en su figura, parado tan incongruentemente en la entrada de su casa, su corazón había dado un vuelco. Le molestó que su cuerpo la traicionara de ese modo, y sólo pudo atribuir esa extraña reacción a que estaba sorprendida. Ya ningún caballero venía a visitarla. Y ahora que había uno, se sintió aliviada al recordar lo agradable que era esa sensación. Por supuesto, ayudaba que el caballero fuera buena compañía, aunque ella siguiera sin desear casarse.

Habían caminado en silencio durante bastante tiempo y ella empezaba a notar su presencia física de una forma que no le agradaba. Había llegado el momento de hablar.

—Es gratificante ver que el señor Duckworth y mi nueva amiga se lleven tan bien. Tendré que empezar a pensar en lo que le pediré. ¿Un mechón de su pelo? —fingió meditarlo—. No, algo así sólo tiene valor viniendo de una mujer. ¿Le ordenaré que baile con cinco de mis amigas solteras más íntimas?

—¿Tiene tantas? —preguntó con un tono inocente.

Alice continuó como si no lo hubiera oído.

—Tal vez le exija que vengas a rescatarme cada vez que me vea obligada a conversar con alguien que no me agrada. *Hmm*. En cualquier caso, mi victoria está casi asegurada, y estoy ansiosa por reclamar mi premio.

—Lady Alice —dijo, levantando la mirada hacia el cielo. Ella pudo oír la burla en su tono —. Me horrorizaría la idea si realmente temiera perder esta apuesta contra usted. Pero como ese miedo no vive dentro de mí, tendré que empezar a pensar en lo que yo voy a pedirle a *usted*. Tal vez sea que acepte por fin una invitación a bailar… y con el hombre que yo elija.

—Qué poco original —respondió, frunciendo los labios y mirando hacia el frente.

—O podría ser que aceptara la propuesta de matrimonio de la primera persona que se lo pidiera —continuó, aparentando por todas luces que se estaba divirtiendo.

Eso no le hizo ninguna gracia.

—Los términos fueron: no causar daños a ninguna de las partes.

—Me parece justo —respondió, cediendo al instante—. Pero las posibilidades son infinitas. Estoy deseando descubrir más ideas y compartirlas con usted. Ahora que lo pienso, el hecho de que haya planteado las condiciones en términos tan amplios ha sido una ventaja. Sólo puede beneficiarme cuando gane.

Alice estaba a punto de responder, pero la señora Blythefield se volvió y dijo:

—Caballeros, damas. Perdonadme, pero creo que el paseo me está cansando. ¿Les importaría si volvemos al carruaje?

—En absoluto —dijo Alice, pensando en una forma de deshacerse del señor Clavering antes de que se sintiera demasiado cómoda a su lado—. Pero caballeros, no permitáis que os arruinemos la diversión. Llevaremos a la señorita Chauncey con su madre y os dejaremos libres para que busquéis otra compañía en el parque. No se nos ocurriría limitar su diversión de ninguna manera.

—Lady Alice muy atenta, caballeros —dijo George—. Pero no temáis por eso. *Yo* estaré aquí para ver que mi hermana y Lady Alice no sufran ningún daño, una vez que hayamos llevado a la señorita Chauncey con su madre. Podéis dejarlas tranquilamente en mis manos.

—Qué atento —dijo su hermana mientras parecía estar ahogando una carcajada.

Después de que Duck y Amos se despidieran y llevaran a la señorita Chauncey con su madre, el señor Clavering no se separó de Alice hasta que él y su hermana la dejaron de nuevo en el umbral de su casa. Ella no sabía si sentirse halagada por la atención, feliz de que por una vez hubiera disfrutado de un paseo por Hyde Park, o enfadarse de que él hubiera estado pegado a ellas como si fuera pegamento. Estaba claro que no le gustaba la idea de que llegara a conocer mejor a su hermana, lo que sólo llevaba a una conclusión.

Tendría que incorporar a la señora Blythefield a su círculo íntimo.



ESA NOCHE, Alice entró en el salón principal para acompañar a su madre a la ópera. Encontró al duque y a la duquesa esperándola y dio un paso hacia atrás, sorprendida.

—Padre, ¿piensas venir con nosotros esta noche? —eso era de lo más inusual. El duque rara vez asistía a la ópera o a cualquier otra actividad social que supusiera acompañar a su mujer e hijas, salvo a los actos más formales, como la presentación en la corte.

Levantó la mirada s del reloj de bolsillo que había sacado cuando ella había llegado.

—Había pensado asistir, sí. Hace tiempo que no voy a una ópera.

La voz del duque no revelaba ningún entusiasmo ante la idea; de hecho, lucía particularmente austero. Alice frunció el ceño cuando su madre se volvió para mirarlo. Parecía haber alguna tensión subyacente entre su madre y su padre. Como no iban a revelárselo a ella, una simple hija, lo apartó de su mente. Este era su problema, fuera cual fuera, si es que había uno.

Alice se acercó a la mesilla y abrió el cajón que guardaba los impertinentes que utilizaba para la ópera. Llevaba un vestido del color del burdeos, con mangas largas de muselina transparente rematadas en las muñecas con una banda de encaje. Llevaba un faja que cruzaba sus pechos en una diagonal, de una forma asimétrica que le pareció muy elegante. El vestido le quedaba lo bastante holgado como para arremolinarse en torno a sus pies al caminar, y sabía que el color era especialmente favorecedor por su pelo castaño y su tez. Le gustaba. *Una mujer tiene derecho a sentirse atractiva, incluso si no es para atraer a un hombre.*

En el silencio del carruaje, se preguntó si podría involucrar más a la señorita Chauncey en su amistad con Cleda. Juntas, podrían ayudarla mejor a conseguir su deseado emparejamiento. Seguía pensando en este proyecto cuando llegaron a la ópera. Siguió a sus padres por los anchos escalones de mármol, agradeciendo el calor que emanaba de las velas y de la multitud de personas. Todavía hacía frío a finales de marzo, y había sido una semana especialmente helada.

Estaba deseando ver a Cleda y ahora a la señora Blythefield, a quien ya había empezado a considerar como una amiga. Casi se rio al recordar cómo el señor Clavering había vigilado con

inquietud su creciente relación esa tarde. Pero no buscaba la compañía de la señora Blythefield sólo para frustrarlo. Aparte de Cleda, nunca había conocido a nadie tan similar a ella en cuanto a temperamento. Tras la tarde que pasaron juntas, pensó que podían coincidir en cualquier tema, aunque sospechaba que la señora Blythefield tenía un don para hacer de casamentera que la superaba.

Mientras que Alice lo hacía por deporte, motivada por un encuentro con cierto joven caballero, junto con el deseo de ayudar a la señorita Chauncey, quien había parecido un cordero que iba directo al matadero, la señora Blythefield parecía hacer de casamentera porque pensaba que todo el mundo debería estar tan felizmente enamorado como ella. Antes de que terminara su paseo en carruaje, Alice había dejado claro que no tenía ningún interés en tal cosa.

En ese momento, la señora Blythefield había respondido: "Por supuesto". Pero tuvo la ligera sospecha de que no estaba convencida.

Buscó a Cleda entre la multitud, pero tuvo la mala suerte de cruzarse primero con Teresa Wolfe. Ahora no tenía tiempo para charlas sin sentido.

—Lady Alice, luce usted encantadora. Veo que ha adoptado la última moda.

Ella sonrió de manera impaciente mientras miraba al frente, ansiosa por continuar la búsqueda de su amiga.

Teresa echó un vistazo detrás de Alice hacia sus padres, quienes se habían detenido a hablar con una pareja que conocían. Se inclinó para decir:

—Veo que el duque ha honrado la asamblea con su presencia esta noche. Qué inusual.

Al parecer, Alice no era la única que se había dado cuenta de lo extraño que era que su padre asistiera a la ópera.

—No es particularmente aficionado a la ópera, pero deseaba ver ésta —como no podía, por nada del mundo, recordar qué ópera habían ido a ver, no podía justificar su presencia alegando su famosa pasión por Haendel o Mozart.

—¿De verdad? —levantó una ceja—. Por un momento había pensado que era por la *otra* razón.

Pudo ver que la mujer tenía noticias, y tuvo un presentimiento de que estas estaban conectadas de alguna manera con su familia. No deseaba satisfacer el deseo de Teresa de cotillear, pero no podía evitar desear saber de qué se trataba. No dijo nada, esperando que su silencio incitara a Teresa a decir algo.

—Debe saber, por supuesto, a qué me refiero —se inclinó hacia ella, dándole una intimidad a su conversación que Alice no deseaba.

Ella asintió, manteniendo su expresión perfectamente en blanco mientras Teresa se llevaba una mano a la frente.

—Qué alivio. Me alegro de no haber tenido que ser yo quien se lo dijera. Espero que su familia haya tomado bien el asunto, porque Lord Anley es demasiado joven para dejarse atrapar por alguien como Mary Morgan.

Su mente daba vueltas. Mary Morgan no era un nombre que pudiera identificar en ningún contexto. ¿Se suponía que conocía a esta mujer? ¿Estaba su hermano metido en algún lío?

Buscó las palabras adecuadas para responder que no revelaran su ignorancia.

—Estoy segura de que comprenderá que no hablo de los asuntos privados de mi familia con nadie.

—¿Ni siquiera con viejos amigos? —preguntó, colocando una mano en su brazo que la hizo desear apartarla de un manotazo—. Temo decirle que esta noticia está circulando entre todo el público esta noche. Estoy segura de que todos las miradas estarán puestas en su familia. ¿Dónde

está su hermano?

Alice no tenía ni idea, pero ansiaba verlo en ese momento. ¿En qué lío se había metido? Ni siquiera se había cruzado con él tan a menudo en casa como para poder adivinarlo.

—Está en edad de ir a la ópera con amigos en lugar de con su familia —esta declaración sólo la frustró, ya que le recordó el hecho de que, técnicamente, ella también lo era. Sólo que era una mujer.

—Sí, estoy segura de que tiene razón —miró a su alrededor, buscando entre la multitud mientras añadía—. Pero no es lo suficientemente mayor como para evitar las insidias de una cantante de ópera.

¡Una cantante de ópera! Así que ésa era Mary Morgan. Su padre debía saberlo, por eso había venido y por eso se mostraba tan molesto. Bartholomew estaba causando un revuelo por una mujer que era totalmente indigna, deshonrando así el nombre de su familia. Su corazón estrujó. Estaba segura de que a su padre le disgustaría que se hablara del comportamiento de su hijo. Se preguntó qué pensaría su madre de la situación y si trataría de corregir a su hijo. Alice había visto a Bartholomew pasar de la niñez a la madurez y conocía demasiado bien esa terquedad que su madre no parecía notar.

Su cabeza daba vueltas y quería alejarse de la presencia de Teresa.

—Parece que la ópera comenzará pronto. Que tengas una buena noche, Teresa —esbozó una sonrisa y asintió mientras seguía con su camino.

Sus padres ya se habían adelantado, y su madre se volvió para decir:

—Ven, Alice. Debemos coger nuestros asientos.

No se molestó en resistirse, aunque esperaba encontrar a Cleda y sentarse con ella en su palco. Todavía estaba en el pasillo fuera de su propio palco cuando esa misma amiga interceptó su camino.

—Ya has llegado. Venía a buscarte —aunque le mostró una sonrisa, esta no tenía su brillo habitual.

—Te has enterado, ¿verdad?

Cleda sólo dudó un instante antes de asentir.

—Veo que tu padre ha venido. Estoy segura de que cortará esto de raíz. Nadie se atreverá a cotillear en la cara de un duque. Además, tu hermano no es el primero que se deja seducir por un trozo de muselina. Es más probable que lo supere a que vaya corriendo a los brazos de Gretna Green, te lo aseguro.

Su madre salió del palco y se detuvo al ver a Cleda.

—Buenas noches, Cleophas. Alice, entra.

Fue una orden, pero Alice estaba demasiado alterada como para protestar. *¿Gretna Green?* Su amiga había querido tranquilizarla, pero eso sólo hizo que el problema cobrara magnitudes alarmantes. Apenas se hubo sentado, las luces se oscurecieron y comenzó la comedia, seguida del primer acto.

Alice no podía concentrarse en otra cosa que no fueran las inquietantes noticias. ¿Qué significaba que su hermano estuviera atrapado? Seguramente Bart nunca se casaría con una mujer que tuviera mala reputación. Pero, ¿qué otra consecuencia podía tener una situación tan grave como para hacer salir a su padre? Alice los miró. Ninguno de los dos parecía estar disfrutando de la velada.

Durante el primer intermedio, Alice no podía abandonar el palco sin compañía, y sus padres no mostraban ningún deseo de moverse de sus asientos. La mirada de su padre estaba fija en algo en los asientos de la orquesta, y ella bajó la vista.

Bartholomew se dirigía al foso de la orquesta. Se volvió y le sonrió a alguien que le dio una palmada en el hombro. Saludó a otra persona, como si no tuviera ni idea del revuelo que estaba causando. Pero sus pasos eran firmes, y pensó que seguramente se dirigía a ver a su cantante de ópera. Alice miró a su padre, cuya expresión era más sombría que nunca.

—Buenas noches —al oír la voz en la entrada de su palco, los tres se volvieron. Se sintió aliviada al ver el rostro alegre de la señora Blythefield—. Si me permite la interrupción, Alteza —se inclinó primero ante el duque y luego ante la duquesa, y agrego de nuevo—. Alteza. Pensé que a Lady Alice le gustaría acompañarme por un refrigerio.

Alice miró a sus padres. Normalmente, no les pediría permiso para nada, no a su edad, pero esta noche todo parecía estar de cabeza. Su madre asintió, sin sonreír, pero fue un sí. Se puso en pie, aliviada de poder estar libre unos minutos.

Mientras caminaban por el pasillo, la señora Blythefield la cogió del brazo.

—No he venido con la intención de molestarla, pero cuando la he visto ahí sentada, pensé que tal vez le gustaría caminar un poco.

—Me ha salvado, señora Blythefield —dijo—, eso era precisamente lo que deseaba hacer, pero si mis padres no hacen ningún movimiento y no tengo a nadie que me acompañe, entonces estoy atrapada.

—Una de las desventajas de ser una mujer soltera que aún vive en casa de sus padres —observó, dirigiendo su camino hacia la mesa de refrigerios.

Lady Alice la miró con severidad, preguntándose si eso había sido una crítica, pero la señora Blythefield comprendió su mirada y se limitó a negar con la cabeza ante la pregunta no formulada.

—Mi madre nunca ha estado muy presente en nuestras vidas, pero mi hermana mayor desempeñó bien eses papel. Ella es bastante estricta, María.

No pudo evitar preguntar:

—Ahora que está casada, ¿la ves a menudo?

La señora Blythefield se mordió el labio y sonrió.

—María es mi familia, así que debo presentarle mis respetos. Pero no busco su compañía —se volvió hacia ella—. Si no es demasiado precipitado, le pido que me llame Philippa. No soy demasiado formal.

Alice le sonrió.

—Eso sería lindo —no le ofreció el uso de su nombre sin el título, pues su madre le había inculcado que pocas personas podían dirigirse a ella así, pero a Philippa no pareció importarle.

Alice sentía una conexión con Philippa. ¿Cómo era posible que no se hubieran conocido antes? Debían de tener más o menos la misma edad. Por otra parte, sus padres restringían sus amistades a aquellos en su mismo círculo social, y su círculo era pequeño. Seguramente era por eso.

Fueron a beber champán y observaron a las personas que pasaban. Varios de ellos miraron en su dirección, y ahora sabía por qué. Eso la enfadaba, pero no podía hacer nada al respecto. Philippa no abordó el tema de Lord Anley, sino que condujo la conversación hacia temas indiferentes, y eso la alegró. Al menos no todos en la *alta sociedad* estaban interesados en los cotilleos.

Se detuvieron cerca de uno de los pilares de mármol, a un lado del amplio corredor que albergaba a un gran número de personas que se movían en ambas direcciones. Alice vio al señor Clavering caminando junto con otro caballero, y Philippa se iluminó al verle.

—Tendrá la oportunidad de conocer al señor Blythefield. Es el apuesto caballero que camina

junto a mi hermano.

Alice sonrió. El señor Blythefield era, en efecto, un hombre bien parecido, pero el comentario de Phillipa solo era una muestra de su dulce parcialidad. Pero, siendo objetiva, el señor Clavering era mucho más apuesto.

Los hombres se acercaron y el señor Clavering hizo una reverencia ante ella.

—Lady Alice, es un placer verla de nuevo.

—Jack, estás aquí —cogió el brazo de su marido—. Lady Alice St. Claire, le presento a mi marido, el señor Jack Blythefield.

Intercambiaron saludos y luego el señor Blythefield se dirigió a su esposa y le dijo:

—Permíteme acompañarte de vuelta a tu asiento. Hoy has dicho que te sentías agotada, y en cuanto terminé mi conversación con Whitmore me di cuenta de que ya no estabas.

Lo dijo con un tono burlón, como si conociera demasiado bien a su esposa. Luego se volvió hacia ella.

—Lady Alice, si me permite dejarla en manos de George, me gustaría asegurarme de que mi esposa no se sienta demasiado fatigada esta noche. Pretende tener una energía ilimitada, pero no estoy del todo convencido.

—Sí, por supuesto —se volvió hacia el señor Clavering—. Es decir, si al señor Clavering no le importa una tarea tan onerosa. Después de todo, me ha dejado claro que ningún caballero desea sentirse atado de ninguna manera. ¿Quién soy yo para insistir en que me acompañe hasta mi asiento cuando eso podría considerarse una restricción?

Blythefield le dio una palmada en el hombro, riendo.

—Confío en que su caballerosidad triunfe —se despidió de ellos, con su esposa del brazo, y Philippa le dio un apretón en la mano antes de marcharse.

El señor Clavering se volvió hacia ella.

—Ya tiene algo de beber, así que no preguntaré si necesita algo.

—Es una suerte para usted. Sus deberes serán pocos —sonrió, sabiendo que estaba siendo ridícula, pero el señor Clavering sacaba ese lado en ella.

Él esbozó una sonrisa.

—Vi a la señorita Chauncey esta noche. Debo admitir que mi opinión sobre ella mejoró al conocerla.

—Ah —levantó las cejas—. Así que se detuvo a hablar con ella y se dio cuenta de que su ingeniosa conversación y su encantadora sonrisa la hacen más digna ante sus ojos que cuando sólo tenía su rostro y su figura como referencia.

—Yo no me iría tan lejos —dijo, con una sonrisa que se tornó reacia—. pero admitiré que entiendo un poco mejor por qué pensó que sería una buena pareja para Duck —cuando Alice sonrió triunfante, él levantó un dedo—. *No* es que eso haya cambiado mi opinión. Duck no está más preparado para casarse que yo, y la decidida madre de la señorita Chauncey la emparejará con alguien antes de que él siquiera se entere de la idea.

Alice se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero bueno, un poco de competencia nunca le hace daño a nadie. Tal vez el ver a un decidido pretendiente cerca de ella despierte algo dentro del señor Duckworth.

—¿Así que ese es su próximo movimiento? Me lo había imaginado —se mostró confiado de sí mismo.

Alice sonrió con recato.

—Cree que me está acorralando para que revele algo, pero yo nunca revelo nada que no pretenda.

Se rio.

—Muy bien, Lady Alice. ¿La acompaño a su asiento?

Dejó su copa de champán en una bandeja, entrelazó su brazo con el de él y comenzaron a caminar hacia su palco. La había hecho olvidar las preocupaciones acerca de su hermano durante esos pocos minutos. Cuando el intermedio llegó a su fin, estas resurgieron. No había querido compartirlas con la señora Blythefield, aunque confiaba en ella. Pero ahora sentía una fuerte necesidad de desahogarse con alguien que no tuviera una relación tan estrecha con su familia. Por más extraño que fuera, confiaba más en el señor Clavering. Al menos en esta situación. Era un hombre y entendería las cosas de otra manera.

Tiró suavemente de su brazo para que se detuviera cuando la primera campanada sonó en todo el pasillo.

—Señor Clavering, ¿ha oído los rumores sobre mi hermano?

Se detuvo, la miró y su habitual expresión burlona se tornó seria. En ese momento, por primera vez, percibió en él una profundidad y bondad que estaba casi segura de que eran auténticas. Él miró a la multitud y las miradas que estaban en ella se desviaron de nuevo.

—Su hermano es joven. Y está mostrando una atención especial hacia cierta mujer, que va más allá de lo que suele atribuirse al amor adolescente. Pero no es el primero que se deja tentar por una mujer con la que le sería imposible casarse. Tampoco es el más joven.

Alice levantó la mirada y estudió su rostro.

—¿Usted?

Sonrió y dudó antes de contestar, pero finalmente negó con la cabeza.

—No exactamente. No tan ingenua o públicamente, digamos, como su hermano. De cierto modo, es como un rito de iniciación para los hombres jóvenes —colocó su mano sobre la de ella, la cual descansaba sobre su brazo. La sensación fue cálida y la reconfortó enormemente—. Pero yo no me preocuparía demasiado en este momento. No conozco a su hermano, pero no creo que corra un gran riesgo de resultar herido por esta relación.

Su corazón se tranquilizó al oír esto, pero había algo más en su conversación que la estaba molestando y que tendría que identificar más tarde. Permitió la llevara de vuelta con sus padres y una vez estando en su palco, hizo una reverencia ante ella y, cuando sus padres se volvieron hacia la entrada y lo vieron, también se inclinó ante ellos, diciéndole a cada uno: “Buenas noches, Alteza”.

—Que tenga una agradable velada, Lady Alice —le dijo antes de marcharse.

Ella se sentó mientras el público se reincorporaba en sus asientos y sonaba la segunda campanada. La voz de su madre llegó a su oído mientras se inclinaba hacia ella para decir:

—Es la segunda vez que el señor Clavering tiene a bien acompañarte.

Aparentemente era sólo una observación, pero Alice sabía que con su madre nada era sólo una observación. Se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Es galante de su parte, ¿verdad? Está claro que se encuentra por debajo de ti, pero no tanto como para dar de qué hablar —dijo antes de reclinarse en su asiento.

Su madre *aún* seguía considerando pretendientes, y Alice esperaba que lo dejara de una vez por todas. Esperaba que su padre estuviera lo suficientemente distraído como para haber oído algo.

Comenzó el segundo acto y, mientras la música se arremolinaba a su alrededor, Alice por fin entendió qué era lo que la estaba molestando. Se permitió morar por un momento en la decepción que había experimentado cuando el señor Clavering le había confesado que él también había caído en las garras de una cantante de ópera. No sabía por qué había esperado que él fuese

incapaz de hacer algo así. Pero al menos había identificado la emoción que acompañaba al alivio que él le había causado con respecto a su hermano: decepción.

Exhaló en silencio, agradecida de no poder ser escuchada debido a la música. Esta era otra razón por la que nunca consideraría el matrimonio. No quería, o mejor dicho, *no podía* compartir su alma de ese modo con un hombre que sólo le sería infiel. Y como el señor Clavering no había hecho más que reforzar su creencia de que todos los hombres eran incapaces de ser fieles, estaba decidida a aferrarse a su soltería como si esta se tratara de la última prenda que poseía.

# CAPÍTULO 8



George se arregló para una velada en Almack's, preguntándose si se encontraría allí con Lady Alice. Hacía casi una semana que había hablado con ella en la ópera. No veía ninguna razón para no verla esta noche. Al fin y al cabo, era una joven soltera de los "Diez Mil de Arriba", y aunque ya no estaba en la mejor etapa de su juventud, no era demasiado mayor para ignorar las reuniones de los miércoles.

Se puso de mala gana sus medias de seda y sus calzones (el código de vestimenta obligatorio que debía tolerarse) mientras recordaba su conversación con Lady Alice en la ópera. Se había mostrado vulnerable cuando le había preguntado en qué clase de problemas podría estar metido su hermano. Había querido consolarla y agradó la sensación de que lo hubiera buscado para que la tranquilizara. Disfrutaba de sus charlas amistosas, pero había habido un trasfondo más profundo en su relación aquella noche, y también lo había disfrutado.

La verdad era que Lord Anley se estaba haciendo un nombre, y se estaba difundiendo por la ciudad. Iba detrás de aquella cantante de ópera, y ella había dejado de lado a todos sus clientes más antiguos y renombrados por él. Lord Anley se comportaba como si estuviera decidido a casarse con la mujer, y se decía en la calle que nada de lo que pudieran decir su familia o sus amigos podría tener el poder de influir en él. George no estaba seguro de qué clase de consejos recibía el marqués de Anley de sus jóvenes amigos, pero tal vez, si se le daba la oportunidad, escucharía a George.

No había querido entrar en detalles cuando Lady Alice le había preguntado si había sido él quien se había visto envuelto en el mismo aprieto que su hermano. Pero no, sus romances adolescentes habían sido mucho más inocentes y nunca habían cruzado la línea. Estuvo tentado de contárselo todo en aquel momento, de decirle que lo de tener amantes iba en contra de algo que albergaba muy dentro de él. Pero no podía decírselo. Por un lado, no era apto para los oídos de una dama, ni siquiera de una con la que fuera tan fácil hablar como Lady Alice. Por otro lado, había sido Duck quien quedado prendado. Duck no sólo había caído en la misma trampa, sino que lo había hecho a la edad de diecinueve años, *y* nada menos que con Mary Morgan. George no podía traicionar así a su amigo, por muy tentador que fuera hacerlo, teniendo en cuenta lo irónico de la circunstancia.

Pero tal vez el azar le diera la oportunidad de hablar con Lord Anley. George lo veía con frecuencia en el club de boxeo de Jackson para caballeros, aunque nunca habían sido introducidos. Si tenía la oportunidad, intentaría conseguir que los presentaran y ver qué rumbo tomaba la conversación. Tal vez pudiera prestar su sabiduría de una manera que el joven no

objetara.

Cuando llegó a Almack's una hora más tarde, buscó a sus amigos pero, durante algún tiempo, no tuvo suerte. En una multitud como esa, era difícil ver a alguien con quien quisiera hablar. Era peor que la noche de la inauguración. Vio a Amos primero y se dirigió hacia él.

—¿Dónde está Duck? —preguntó.

Whitmore estaba de pie junto a Amos, y le señaló con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

—Él y la señorita Chauncey han entablado una conversación, y no se ha separado de ella desde hace veinte minutos.

George lo miró, alarmado.

—¿Una conversación? ¿De podrían hablar durante tanto tiempo? —por fin los diviso al otro lado de la sala, y Duck tenía una expresión de concentración e interés que era distinta de la que utilizaba para coquetear—. Sólo una conversación, entonces, pero ¿han bailado juntos?

—No —la expresión de Whitmore lucía preocupada—, eso es lo peor. Ya conoces a Duckworth. Nunca se queda hablando con una dama a menos que estén entre dos sets de baile. Si está hablando ahí con ella en vez de invitarla a bailar, corre más peligro del que creemos.

Esta era una conversación ridícula. Un día todos debían casarse, ¿y considerar un peligro a mantener una conversación con una joven agradable? Era una locura.

¡Pero se trataba de Duck! Y por lo que pudo ver, no sólo estaba hablando con la señorita Chauncey, sino que se estaban riendo juntos. Entrecerró los ojos.

—Haré algo al respecto.

Mientras caminaba hacia la pareja, se preguntó si Lady Alice estaba aquí y si estaría presenciando este inusual acontecimiento. No quería que se jactara de lo que seguramente consideraba una victoria. Podía imaginársela haciendo tal cosa.

*Bueno, Lady Alice, si llama a esto una victoria, es ciertamente una pequeña. Veré que esto no vaya más allá.*

Uno difícilmente podría asumir que contraerían matrimonio sólo porque estaban manteniendo una conversación a la orilla del salón de baile. Ese era el argumento que él utilizaría, en todo caso. Sin embargo, George sabía que era muy poco común que Duck pasara un tiempo considerable hablando con cualquier mujer. Y ante la evidencia, lo único que George podía pensar era que su mejor amigo ya no tendría tiempo para él.

Continuó caminando hacia delante, con la mirada fija en la pareja, cuando Lady Alice se interpuso en su camino. Ella también tenía los ojos clavados en Duck y la señorita Chauncey, sin apenas pestañear.

—Encantadora velada, ¿verdad, señor Clavering?

George apretó los labios. Justo lo que había esperado. Por supuesto que se jactaría. Se detuvo y se cruzó de brazos.

—Se da cuenta de que el simple hecho de que estén teniendo una conversación no significa nada.

Ahora, dirigió su mirada hacia él, y el brillo sardónico en sus ojos lo hizo enfurecer y sentirse atraído a la vez, aunque *eso* no era algo que fuera a detenerlo.

Siguió protestando.

—¿Y se da cuenta de que esto no es motivo para casarse? Ni siquiera es motivo para iniciar un cortejo. Se han limitado a mantener una conversación durante unos minutos. Usted, querida, está muy lejos de ganar nuestra apuesta.

Esperaba que ella respondiera “¿Y es por eso luce tan preocupado?”. Lo cual era cierto.

En lugar de eso, su mirada se llenó de ira.

—No me diga 'querida', por favor, señor.

George se detuvo, sorprendido por su disgusto. Se lo había tomado a mal. No había querido decir nada con ello. Pero tras un momento de reflexión, supuso que había sido condescendiente. Por lo tanto, fue sincero cuando dijo:

—Le ruego que me perdone, Lady Alice. No volveré a emplear ese término con usted.

Ella lo miró fijamente durante una fracción de segundo antes de que él viera cómo se relajaban sus facciones. La había sorprendido con su disculpa. ¿Pero qué había pensado, que era un patán que no sabía disculparse cuando había ofendido a una mujer?

—Disculpa aceptada —su voz fue suave, y miró hacia abajo mientras habló, de modo que él apenas oyó sus palabras.

Cuando volvió a levantar su rostro, su expresión descarada había vuelto.

—No todos son tan firmes en sus convicciones de permanecer solteros como nosotros —volvió su mirada hacia Duck y la señorita Chauncey—. He preguntado por ahí, y no creo que el señor Duckworth haya mostrado antes tanto hacia una mujer.

—Difícilmente puedes haber hablado con alguien que lo conozca tan bien como yo —respondió, resentido, a su pesar. Todavía estaba intentando asimilar sus sentimientos por haber enfadado a Lady Alice y darse cuenta de que le molestaba profundamente haberlo hecho.

—¿Y bien? —se volvió hacia él, curvando los labios—. Dígame usted. ¿Alguna vez lo había visto mostrar tanto interés por alguien?

Lo había acorralado. George la encaró, fulminándola con la mirada, y de repente se dio cuenta de que estaban mucho más cerca de lo que estaba acostumbrado a estar con una mujer con la que no estaba bailando. Ella tan sólo le llegaba a la barbilla. Pero tenía una cintura diminuta que le facilitaría levantarla y besarla…

*¡Santo cielo! ¿De dónde había salido ese pensamiento?* Su mente no se dirigía a ninguna dirección adecuada. *Aunque el hecho de que te apetezca besar a una chica no significa que quieras casarte con ella*, se recordó a sí mismo.

Logró ordenar sus pensamientos.

—Milady, ya he dejado claro que no voy a ayudarla a ganar esta apuesta contándole más cosas de Duck de las que necesita saber.

—Entiendo —su voz fue engañosamente tranquilizadora—. Se siente amenazado y está tratando de retroceder. Si no desea contarme más sobre el señor Duckworth, tengo otras formas de averiguarlo.

*No me siento amenazado*. Volvió a cruzarse de brazos. Esa se había convertido en su postura natural cuando estaba con esta mujer, como si se estuviera protegiendo de algo.

—¿Y qué formas son esas?

Ella no había retrocedido, y él se encontró mirando fijamente a esos ojos marrones. Había una gama de emociones en ellos, y no podía leerlas todas. Pero le pareció ver que había desafío y humor. ¿Había también el mismo tipo de atracción que él sentía?

Ella levantó una ceja.

—Sólo obsérveme —él ya había olvidado lo que había dicho para hacer que ella respondiera así.

Lady Alice se agachó, levantó la cola de su vestido y envolvió su muñeca con la tela, tirando de la cola hacia arriba. Se dio la vuelta y se dirigió hacia donde estaban los amigos de George, para gran asombro de éste. Él sólo pudo seguirla, atontado, para ver qué se proponía. Ella decidió acercarse a Robert Whitmore.

—Señor Whitmore —hizo una reverencia ante el amigo de George.

Whitmore se quedó quieto y se llevó la mano al pecho. Parecía estar asombrado de que ella le hubiera hablado, y eso hizo que estuviera aún más seguro de que estaba tramando algo. Pero en realidad no tenía una idea clara de qué se trataba.

—Confío en que recuerde nuestro encuentro —le dijo a Whitmore, vacilando un poco por su audacia (si George estaba leyéndola correctamente), pero cuadrando valientemente los hombros como la formidable mujer que era—. Fue hace cuatro años, en una asamblea de Almack's. La princesa Esterhazy lo presentó para que bailáramos el vals.

Whitmore por fin recordó sus modales e hizo una reverencia.

—Perdóneme, Lady Alice. Claro que me acuerdo. ¿Quién no recordaría haber bailado con usted? —miró a su lado, como si de repente se diera cuenta de la presencia de Amos—. Permítame presentarle al señor Nicholas Amos.

Ella asintió, mostrando una sonrisa, y luego hizo una reverencia ante él.

—Es un placer, señor Amos.

Amos en su mejor momento nunca fue un donjúan, y se sintió un poco acobardado por la augusta presencia que tenía ante él.

—Milady —murmuró, sonrojándose mientras hacía una reverencia.

Ella estaba ignorando a George para centrarse de sus amigos, y se volvió hacia Whitmore con una sonrisa en el rostro. El hombre era un político, pero ahora se había quedado sin palabras. George se habría reído si no se hubiera sentido tan provocado por su confabulación. Finalmente, Whitmore notó que ella había levantado la cola de su vestido y abrió la boca para hablar.

—Lady Alice, sería un placer que me concediera un baile. Es decir… ¿está bailando? Creo que por lo general no lo hace, pero veo que ha cogido la cola de su vestido, y he llegado a la conclusión… no me gustaría ser inoportuno—Whitmore vacilaba nerviosamente, y George tuvo que apartar la mirada para ocultar su diversión.

Se volvió a tiempo para ver a Lady Alice dedicarle a Whitmore una amplia sonrisa.

—Es cierto que no suelo hacerlo. Pero me encantaría bailar con usted esta noche. Gracias por la invitación.

Whitmore le dirigió a George una mirada desconcertada mientras conducía a Lady Alice hacia un lado del salón para esperar a que comenzara el baile.

George los miró marcharse, sintiéndose tanto divertido como molesto.

—El año pasado ella no bailó ni una sola vez. Y ahora va a bailar con Whitmore sólo para sacarle información.

Amos se puso a su lado, aún con la boca abierta. Al oírlo, la cerró y se volvió hacia George, confundido.

—¿Sacarle información? ¿Sobre qué?

Maldita sea. Había olvidado no decir nada acerca de su apuesta.

—Nada. Sobre algún asunto político, supongo.

Amos se volvió para mirar a la pareja mientras esperaban a un costado del salón.

—Lady Alice está actuando de forma extraña, debes admitirlo. No bailó con nadie el año pasado, ¿y ahora baila con Whitmore? Tal vez se sienta atraída por él. ¿Y dices que quiere información? No puedo imaginar que él posea algún conocimiento que ella no sea capaz de obtener por cualquier otro medio que desee.

George permaneció en silencio, negándose a comprometerse, mientras los observaba entrar en la pista de baila. Amos lo miró, estudiando su expresión.

—¿No has apostado a Lady Alice se casará? —negó con la cabeza—. Ojalá hubiera tenido la presciencia de apostar a favor. Me pregunto si es demasiado tarde para cambiar mi apuesta.

George le lanzó una mirada.

—No necesitarás cambiar tu apuesta, créeme. Sé de qué va, y no está en busca de casarse con alguien, y desde luego no con Whitmore. No me sorprendería que se deshiciera de él en cuanto descubriera lo que sea que está buscando, y que luego volviera a dejar caer la cola de su vestido, impidiendo que alguien más la invite a bailar.

Tan pronto como Lady Alice terminó de bailar con Whitmore, los murmullos de sorpresa hicieron audibles en las conversaciones de toda la sala. Había accedido por fin a volver a bailar. ¿Qué significaba esto? ¿Estaba buscando marido? Sólo podía haber una razón. Apenas terminado el baile, unos cuantos caballeros se atrevieron a acercarse a ella. George se cruzó de brazos, sintiéndose divertido y un poco presuntuoso al ver esta escena.

*Eso le servirá de lección. Ahora tiene que bailar con todos ellos*. Sin embargo, cuando el siguiente caballero se inclinó ante ella, su expresión mostró un placer genuino mientras extendía la mano para posarla en el brazo del hombre. Parecía estar disfrutándolo, incluso cuando pasó a bailar con el siguiente hombre.

Se movía delicadamente y bailaba con elegancia. Sus pies eran tan ligeros como si se tratara de un ave y pronto se vería repleta de invitaciones. Él apretó los puños.

Whitmore regresó a su lado de la sala, habiendo recuperado toda su gentileza habitual. Se detuvo a hablar con un caballero, luego volvió a detenerse para saludar a una dama antes de acercarse finalmente a ellos.

Antes de que llegara a su lado, George le preguntó.

—¿De qué habéis hablado ustedes dos?

Whitmore lo miró.

—No te preocupes. Sólo hablamos acerca de Duck y Amos, e hizo preguntas sobre mí. Es muy fácil hablar con ella. Es extraño decirlo, pero no preguntó nada sobre ti.

George no se dejó disuadir.

—¿Qué tipo de cosas quería saber sobre Duck?

Whitmore asintió con sagacidad, como si esperara una pregunta así.

—Ah, eres muy astuto. Como dijiste, estaba muy interesada en Duck. Sólo puedo suponer que deseaba saber más de él, ya que parece tener cierto interés en la señorita Chauncey, quien, según tengo entendido, es amiga suya.

—Apenas —murmuró George.

Whitmore prosiguió.

—Ella deseaba saber si Duck había formado alguna vez una amistad. Me aseguró que no deseaba ser demasiado informal. Y aunque las preguntas rozaron en lo personal, lo hizo de un modo tan sutil que nadie podría haberla acusado de ello. También quería saber cómo todos nos habíamos hecho amigos. Sinceramente, no me preguntó nada que me resultara informal. No creo que debas preocuparte… si es eso lo que estás haciendo.

George frunció el ceño.

—No estoy preocupado.

No tuvo oportunidad de volver a hablar con Lady Alice esa noche, aunque se mostró reacio a marcharse y se quedó en Almack’s mucho más tarde de lo habitual. Ella pasaba de una pareja de baile a otra sin dedicarle una sola mirada. Finalmente, Duck se acercó y le tocó el hombro.

—¿Nos vamos al club?

George se sintió aliviado de que por fin Duck se hubiera alejado de la señorita Chauncey, pero aún esperaba poder conversar con Lady Alice. Sin embargo, como no tenía ninguna buena razón para no marcharse en ese instante, siguió a sus amigos hasta la puerta. Se volvió para

mirarla por última vez, pero ella estaba hablando con un caballero mientras esperaban el siguiente set de baile y ni siquiera miro hacia él.

Apretó los labios. Tendría que esperar hasta la próxima vez para conseguir un poco de su atención. Después de todo, no iba a rogar por ella. Sólo esperaba que no estuviese interrogando a todos sobre Duck. Toda esa charla acabaría llegando a oídos de Duck, y se sentiría intrigado y eso lo llevaría a indagar más profundamente en el asunto. Entonces descubriría que George había apostado por su propio amigo. Eso simplemente no podía suceder.

# CAPÍTULO 9



Alice no había vuelto a mirar al señor Clavering en toda la noche. Había sido demasiado divertido atormentarlo, sobre todo después de ver la expresión en su rostro cuando había cogido la cola de su vestido. Lo último que él esperaba era que se atreviera a bailar de nuevo para obtener más información sobre Duck.

Aunque, en realidad, ¿por qué tenía que rebajarse a eso? No necesitaba más información sobre el señor Duckworth de la que ya era evidente: él y la señorita Chauncey harían una buena pareja. Al fin y al cabo, lo único que importaba era que los dos estaban prendados. Tratar de obtener la información no había sido más que otra forma de provocar al señor Clavering, y estaba resultando ser muy entretenido.

Un emparejamiento exitoso resolvería a dos cosas: ella ganaría su apuesta, y la señorita Chauncey iría directo a los brazos de un hombre que la haría feliz, en lugar de verse obligada a emparejarse con el mejor postor que se presentara ante su madre. Y aunque lo que importaba era el resultado final, empezaba a darse cuenta de que su afán por obtener más información no era para ganar: lo que la impulsaba era el placer de buscar pareja. Era el juego, especialmente cuando se veía reforzado por la apuesta de un hombre que estaba demasiado seguro de sí mismo y al que le vendría bien que lo pusieran en su lugar.

Sonrió al recordarlo. El señor Clavering no había lucido tan seguro de sí mismo la noche anterior, y ella había disfrutado el hacer que mantuviera sus pies en la tierra. Hacia el final de la velada, había dejado que su mirada recorriera a la multitud y se había dado cuenta de que él se había ido mientras ella bailaba. Fue entonces cuando también estuvo dispuesta a poner fin a la velada.

El baile había sido agradable, y no se había arrepentido de su decisión de levantar la cola de su vestido, un descubrimiento que le produjo cierta sorpresa. Es cierto que algunos de los hombres eran torpes y la habían pisado más de lo que le hubiera gustado. Pero era agradable hablar con muchos de ellos, y bailar podía ser divertido, aunque, después de un año sin hacerlo, se quedaba sin aliento con facilidad.

En el viaje de vuelta a casa, su madre había comentado lo contenta que estaba de ver que estaba volviendo a aceptar invitaciones a bailar. Alice no había pensado en ese irritante aspecto cuando había decidido coger la cola de su vestido. Era casi como hacerle el juego a su madre. La falsa esperanza sólo alimentaría su determinación.

A la mañana siguiente, la duquesa estaba lista para partir hacia la casa de Lady Jersey y, por supuesto, no había duda de que Alice la acompañaría. Cuando llegaron, la señorita Chauncey ya

estaba sentada en el mismo lugar que había ocupado la última vez que se habían visto allí. Esta vez fue una elección deliberada ya que todavía había una silla disponible junto a las otras jóvenes. A Alice le gustaba que no buscara congraciarse con los demás.

—Lady Alice —Annabelle Grey la llamó al verla entrar—. Hay un asiento para usted aquí.

—Le ruego que me perdone. He deseado hablar con la señorita Chauncey por ahora. Quizás en un momento —les dedicó una sonrisa amistosa y les dio la espalda, acercándose a la señorita Chauncey.

—Me alegro de verla esta mañana —dijo la señorita Chauncey una vez que Alice hubo tomado asiento a su lado—. Normalmente, las visitas matutinas me parecen insípidas. Detesto hablar de cosas intrascendentes.

Alice se rio.

—Yo también, por eso he venido a sentarme con usted.

La señorita Chauncey sonrió ante el cumplido.

—La vi bailar en Almack's anoche. ¿Se divirtió?

—Enormemente —respondió—. Hacía tiempo que no accedía a bailar, y lo encontré más agradable de lo que recordaba. Cuando era más joven, percibía cada baile como una presión para casarme. No fue hasta que tomé la decisión de que no sucumbiría a ninguna presión al respecto que me sentí libre para seguir mi propio deseo. Ahora, creo que puedo bailar sin dar lugar a especulaciones. ¿Disfrutó usted de la velada?

—Me lo pasé de maravilla —dijo con un brillo en sus—. Es cierto que sólo he asistido a Almack's un par de veces, pero no recuerdo una vez en la que me lo haya pasado mejor.

Alice podía suponer por qué. Decidió arriesgarse a abordar el tema que le interesaba, aunque no estaba segura de que este fuese a ser bien recibido.

—Estoy siendo impertinente, lo sé. Espero que me perdone. No he podido evitar darme cuenta de que cuando está en compañía del señor Duckworth, parece divertirse más que en otras ocasiones.

La expresión sincera y amistosa de la señorita Chauncey se volvió seria, y cuadró los hombros.

—No pretendo ser descortés, Lady Alice, en serio que no. Pero no deseo discutir algo tan personal. Al menos... no deseo entrar en una discusión que asocie mi nombre con el de otra persona sin que haya algún tipo de declaración formal. Espero que lo entienda.

—Perfectamente —dijo, pero sintió cierta vergüenza y disgusto. En su vida, sólo había dado desaires; no los había recibido. Y ahora podía entender lo que se sentía. Además, no podía culparla. Podían haber empezado a buscar la compañía de la otra, pero la señorita Chauncey no la conocía bien. Supuso que sería igual de cautelosa si las situaciones fueran al revés.

Pasaron unos momentos en una incómoda quietud, y Alice se esforzó por encontrar un nuevo tema de conversación hasta que la señorita Chauncey soltó:

—¿Qué tan bien conoce al señor Duckworth? Tengo curiosidad por saber por qué ha mencionado su nombre. ¿Es cercano a usted?

Alice no permitió que una sonrisa se dibujara en su rostro. La señorita Chauncey, por muy reservada que fuera, sentía un verdadero apego al señor Duckworth, y no pudo abstenerse de preguntar por él. Alice podría haberse equivocado al sacar el tema, pero tal vez eso permitiría que le revelara nuevas confidencias que podrían conducir a la feliz resolución que deseaba para ella.

—Siento decepcionarla —dijo—, no lo conozco. De hecho, acabábamos de ser presentados en el parque aquel día. Conozco muy poco a algunos de sus amigos, el señor Clavering es uno de

ellos.

—Ah —bajó la mirada hacia sus manos y entrelazó los dedos—. Parece que no le agrado mucho al señor Clavering. De hecho, frunce el ceño cada que dirige su mirada hacia mí.

—El señor Clavering le frunce el ceño a todo el mundo —dijo con ironía. Deseaba decirle que era porque la veía como una amenaza para la soltería del señor Duckworth. Y ver a su amigo tentado a renunciar a ese estatus sólo amenazaba la propia devoción del señor Clavering por la soltería. Pero no sería justo darle falsas esperanzas cuando no tenía motivos para ello. Alice podía creer que tal cosa era cierta, pero hasta que él no se le declarara, nada era seguro.

La señora Chauncey había decidido que ya había terminado su tiempo de vista y le pidió a su hija que se despidiera. La señorita Chauncey levantó la vista y asintió hacia su madre, luego se volvió hacia Alice.

—Espero que no me guarde rencor. Soy una persona bastante reservada, y me temo que he sido poco amable hace un momento…

Todo rastro de actitud defensiva desapareció, y Alice sonrió y negó con la cabeza.

—No se disculpes. No necesita revelar que no desee. No sentiré ningún rencor hacia usted por ello.

La señorita Chauncey la miró con agradecimiento y se despidió de ella antes de seguir a su madre por la puerta.

Eso había sido interesante. Qué no daría por estar dentro del círculo del señor Duckworth. Ahora que estaba sola, decidió que sería más prudente ir a sentarse con las otras jóvenes, a pesar de que, a veces, su conversación podía resultar tediosa. Ni siquiera había llegado a su lado cuando la discusión se centró en ella.

—Lady Alice, qué revuelo causó anoche cuando comenzó a bailar —la autora de este comentario fue la señorita Grey, quien había hecho su debut dos años antes y poseía un don para el drama.

Barbara Gower estaba allí, como de costumbre, junto con Teresa Wolfe, y se inclinó para añadir:

—Creo que aún no debemos perder la esperanza.

—Odio desilusionaros —dijo—, pero mi deseo de no casarme permanece intacto. Simplemente bailé porque deseaba hacerlo. No es porque esté a la caza de un marido, y podéis divulgarlo si queréis.

Teresa Wolfe compartió una mirada con las otras mujeres antes de volverse hacia Alice.

—Puede que *usted* se sienta así, pero me pregunto si no hay algún interés por parte del señor Clavering. Es un segundo hijo, sin duda. Pero he notado que la busca más a usted que a cualquier otra dama.

Alice estaba sorprendida y dos pensamientos pasaron rápidamente por su mente. Si hacía falta algo más para comprender cómo se había sentido la señorita Chauncey cuando le había preguntado por su incipiente amistad con el señor Duckworth, esto dejaba las cosas demasiado claras. Su intromisión había sido impertinente.

Su segundo pensamiento fue de alarma. Las personas se estaban dando cuenta de su relación con el señor Clavering, aunque ella había puesto especial empeño en no darle ningún trato preferente. A Alice no le gustaba que se difundieran chismes sobre ella; no quería que él cuestionara lo que podría significar su interacción, y no deseaba fomentar la competencia que surgiría entre otros caballeros si se difundía que ella estaba abierta a recibir una propuesta de matrimonio. Sólo había una solución. Tendría que empezar a ignorarlo.

Ojalá no le causara tanto placer discutir con él.

Todo esto pasó por su mente mientras pensaba cómo responder. Podía cortar todo de raíz contestando que sí, que era un segundo hijo, así que no podía imaginarse en qué estaban pensando. Pero eso sería injusto para el señor Clavering. En lugar de eso, tendría que volver a su postura inicial.

—Confundís la naturaleza de nuestra relación. No tengo motivos para casarme cuando tengo una posición en la sociedad y una cómoda independencia. Que hable con un caballero no significa que desee casarme con él.

Barbara Gower lucía escéptica, y la señorita Grey se inclinó hacia Teresa Wolfe y susurró exageradamente:

—Puede que no quiera casarme con el señor Clavering, pero desde luego no me importaría que me besara. Es bastante apuesto.

Alice no permitió que su expresión cambiara, pero esperaba que el pobre señor Clavering no se viera obligado a besar a Annabelle Grey. Sólo haría falta una persona entrometida para forzar un encuentro entre los dos, y entonces él tendría que seguirla con su abanico y sus sales aromáticas durante el resto de su vida. Él era demasiado digno para eso.

Pensó en su disculpa. Ya eran dos las veces que se había disculpado por algo que cualquier otro hombre habría pasado por alto. Y se había mostrado sincero al hacerlo. Se le estrujó un poco el corazón al recordar su expresión, afligida y vulnerable, mientras había esperado a que ella respondiera. Si alguna vez se enamoraba de alguien como Annabelle Grey o Teresa Wolfe, probablemente perdería el respeto de Alice. Era *imposible* que él pensara que ellas fueran idóneas para el papel de su esposa.

Por otra parte, había tenido una amante, lo que lo hacía igual a cualquier otro hombre en Londres. Supuso que su gusto por las mujeres no debía de ser muy exigente.

Mientras Alice y su madre se dirigían hacia la siguiente de las dos visitas matutinas que harían ese día, la duquesa se volvió hacia su hija. Iban en un carruaje cubierto, protegidas de una ligera lluvia primaveral que había empezado a caer ahora que el tiempo por fin era cálido. Alice disfrutaba de una sensación de paz mientras reflexionaba sobre su breve conversación con la señorita Chauncey. Su círculo de amistades se estaba ampliando para incluir a más personas sensatas.

—Alice —dijo su madre, interrumpiendo el agradable curso de sus pensamientos—, tu padre y yo hemos estado discutiendo algo, y creo que esta es la oportunidad perfecta para contártelo.

Alice gimió por dentro. Lo que fuera que su madre estuviera a punto de decir, no podía ser nada bueno. Cualquier decisión que requiriera que su hablara con su padre probablemente no le gustaría ni estaría de acuerdo con ello.

—¿Sí, madre? ¿Qué pasa?

—Hemos decidido —continuó la duquesa—, que aunque el señor Clavering, con quien se te ha visto en numerosas ocasiones según tengo entendido, es de una familia muy inferior a la nuestra y es sólo un segundo hijo, hemos decidido aceptarlo como posible pareja para ti. Si eres tan testaruda como para desear casarte sólo por amor…

—Madre, nunca he dicho que quisiera casarme por amor.

Su madre continuó como si no la hubiera oído.

—Preferiríamos verte felizmente casada, aunque con alguien inferior, que permanecer soltera. Por lo tanto —terminó con toda la complacencia de quien concede un gran regalo—, hemos decidido darte nuestra bendición.

Alice se quedó muda por un momento. Más allá de su molestia inicial por el hecho de ser controlada, se sintió apenada al descubrir lo complacida que estaba de que sus padres no

hubieran rechazado rotundamente al señor Clavering, como seguramente lo habrían hecho en su primera o segunda Temporada. ¿Quizá les desesperaba tanto la idea de que siguiera siendo una solterona que estaban dispuestos a conformarse con alguien a quien consideraban inferior? Era probable. Se preguntó si el embrollo de su hermano los había hecho ser menos cautelosos en su aceptación. ¿Temían que él creara un escándalo que redujera sus posibilidades de encontrar pretendientes? Rápidamente descartó esa idea. Alice sabía que era considerada un buen partido.

Este rápido hilo de pensamientos la llevó a darse cuenta del doloroso hecho de lo poco que su madre la conocía, y eso fue lo que eligió expresar.

—Madre, me gustaría que me entendieras cuando te digo que no quiero casarme. El motivo por el que me he negado a casarme con un pretendiente anterior no es porque anhele casarme con el segundo hijo de una familia. Es simplemente porque no deseo tener un esposo. Eso es todo. Algo tan simple no puede ser tan difícil de comprender.

La duquesa frunció el ceño mientras la miraba.

—Ese último comentario raya en la impertinencia, hija mía.

Alice suspiró.

—Perdóname, madre.

—Y en cuanto a tu declaración, dices que no deseas casarte ahora. Hasta cierto punto, tienes la juventud de tu lado, lo que podría darle cierta ingenuidad a tu comentario, y por esa razón decidiré ignorarlo. Pero encuentro esta terquedad en ti muy impropia. No me alteraré ahora, sobre todo porque estamos a punto de llegar. Pero me gustaría que reflexionaras sobre nuestra concesión y pensaras seriamente sobre el asunto.

Alice se volvió hacia ella, ahora exasperada.

—Te aseguro que el señor Clavering no tiene ningún interés en mí, y yo no tengo ninguno en él. No ha estado ni cerca de declarárseme. Así que creo que tu bendición es prematura.

—Prematura, tal vez. Pero espero que no desperdiciada —su madre miró por la ventanilla mientras se detenían.

El lacayo abrió la puerta del carruaje frente a la residencia de la señora Hasting y la duquesa bajó, dejando que Alice respirara en silencio y recuperara la compostura. ¿Habría alguna vez alguien que la comprendiera?

# CAPÍTULO 10



En una mesa de la esquina de White's, George estaba sentado con Duck y Amos, atormentado por un sentimiento de frustración. Sólo podía suponer que se debía a que dos de sus apuestas no estaban saliendo bien. Normalmente, algo así no le preocupaba lo más mínimo. No era un jugador compulsivo y se aseguraba de no apostar nunca lo que no podía permitirse perder. Y ninguna de estas dos apuestas le supondría un gasto excesivo. De hecho, una de ellas no involucraba para nada el dinero.

Aún no tenía ni idea de lo que Lady Alice le pediría si ganaba la apuesta sobre Duck. En cuanto a él, ni siquiera había pensado en lo que le pediría, lo cual no era una buena señal. Tal vez por eso parecía estar perdiendo la apuesta. No había tenido la fe suficiente para pensar en lo que ella perdería.

Pero no era lo que ella le daría, ni el dinero, ni la idea de perder una apuesta lo que le preocupaba. Era el hecho de que las dos apuestas que parecía estar perdiendo tuvieran que ver con Lady Alice. Aún no estaba totalmente convencido de que apostar con una mujer y por una mujer fuera algo honorable. En el fondo de su corazón, sospechaba que no lo era. Desde luego, no quería que Lucius se enterara de lo que había hecho. Su hermano era muy estricto con la etiqueta.

Le dio un sorbo a su bebida y soltó una risita ante una broma de Amos para demostrar que estaba escuchando. Teniendo en cuenta que sus amigos lo miraron con extrañeza, no estaba seguro de lo convincente que esto había sido.

Sin embargo, las apuestas estaban hechas, y supuso que si había sido tan estúpido como para apostar sobre esas dos cosas, más le valía ganar. Al menos así habría apostado por algo seguro, por algo en lo que al final todo saliera bien. Estaba reflexionando sobre si ese razonamiento en particular era bueno cuando Amos llamó su atención.

—Clavering, vuelves a cavilar. Esta noche también lo has hecho en Almack’s y, sinceramente, así no resulta agradable estar contigo—miró a Duck—. Sospecho que sé cuál es la causa.

Duck se reclinó en su silla.

—¿Ah sí? Por mi vida que no lo sé —le dio una palmada a George en el hombro—. Tú declaraste que Lady Alice se casaría esta Temporada, y ella decidió anoche empezar a bailar con casi todos los caballeros que se lo pidieron. Si eso no es una clara señal de que una mujer está en busca de pareja, no sé lo que es. Deberías estar feliz.

—Ah. Exactamente las palabras que venía a decir.

George no necesitó girarse para saber a quién pertenecía esa voz. Lord Harrowden rodeo la mesa para encararse con George, donde lo miró con arrogancia.

—Si tuviera que adivinar, diría que tu rostro melancólico se debe a que esperabas ser tú quien la cortejara, y ella ha desviado su atención de ti y de casi todos los demás caballeros de Almack's.

A George realmente le desagradaba Lord Harrowden, y la magnitud de esa aversión sólo aumentaba con el tiempo.

—¿No tienes una esposa con la que ir a casa? —se detuvo justo antes de añadir “Si ella está allí”. Sería demasiado cruel y no lo haría.

Sin embargo, Lord Harrowden se sonrojó. Se sabía que el suyo no era un matrimonio feliz. Rápidamente serenó sus facciones.

—Creo que he dado con algo. De lo contrario, no cambiarías tan rápido de tema. Como iba diciendo, esperabas, al apostar por Lady Alice, que fueras tú a quien ella recurriera. Puede que acabes ganando la apuesta, pero no ganarás a la dama.

George lo ignoró, deseando que se marchara, pero continuó:

—Por otra parte, si ella no muestra debilidad hacia alguien esta Temporada y está a la altura de su reputación, habré ganado la apuesta. Qué delicia es ganar los chelines de otra persona.

George lo miró con esos ojos llenos de burla.

—¿Tienes los bolsillos tan vacíos que dependes de los chelines para llenarlos? —estaba siendo grosero, y lo sabía. Pero, en serio, la paciencia de un hombre tenía un límite.

Harrowden no se dejó intimidar por el comentario.

—No son los chelines lo que ansío en este caso; es la victoria —su sonrisa fue más bien una mueca que dejó a George con un fuerte deseo de arrancársela de la cara. Afortunadamente, antes de que actuara según su impulso, Harrowden los dejo para sentarse con unos amigos en el lado opuesto del club.

—Y se ha ido —observó Amos. Puso ambas manos sobre la mesa—. Caballeros, volveré —se marchó sin más explicaciones, lo que significaba que tenía algún asunto personal que atender.

Tanto mejor. George había querido hablar con Duck en privado. Y dado que tenían poco tiempo, decidió ir directo al meollo del asunto.

—Vi que pasaste bastante tiempo hablando con la señorita Chauncey esta noche.

Duck dejó que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—La señorita Chauncey es realmente una joven extraordinaria. Cada palabra que sale de sus labios me sorprende, y eso la convierte en una joven muy divertida con la que pasar el tiempo. Nunca sabes lo que dirá a continuación —se quedó pensativo un minuto antes de continuar—. Y tiene carácter. A pesar de ser joven, de tener una madre autoritaria y una opinión descartada por muchos, no obedece a su madre como una niña ingenua, sino que dice lo que piensa. Si tan solo más mujeres fueran como ella.

George necesitaba abordar el tema que tenía en mente y pensó en cómo decirlo con delicadeza. Mientras jugueteaba con el tallo de su vaso, supo que iba a meter la pata.

—No parece tener esa figura y ese rostro tan atractivo que sueles apreciar.

Duck lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando? Tiene un rostro y una figura encantadora.

George estaba pisando terreno peligroso, pero aun así miró sorprendido a su amigo. ¿Duck reprimiéndolo por hablar de una mujer de la misma manera que siempre lo hacían?

Su amigo vio su confusión y moderó el tono.

—Estimo a la señorita Chauncey, aunque no la conozco bien. No me parece justo juzgarla

con los mismos criterios con que calificamos a otras mujeres. No puedo explicarme, ni siquiera a mí mismo, por qué deseo defenderla de ese modo. Ni siquiera hemos mantenido tantas conversaciones. Lo más que hablamos fue la primera vez que nos conocimos en una fiesta de cartas. Pero cada vez me apetece más hablar con ella cada vez que puedo. Y ella me hace querer ser una mejor versión de mí mismo.

Aunque Duck era su amigo más reciente, George lo consideraba fácilmente su mejor amigo. Normalmente pensaban de manera muy similar, y nunca se cansaban de la compañía del otro. Pero sus palabras marcaron una distancia entre ellos. Era como si el mundo de George se estuviera desmoronando.

—Una vez estimaste a Mary Morgan —dijo—, pensaste que la amabas —se estaba sujetando a un clavo ardiendo.

Frunció el ceño.

—No puedes pensar que puedo comparar mis sentimientos hacia la señorita Chauncey con una cantante de ópera con la que me encapriché cuando tenía diecinueve años.

¿Sus *sentimientos* por la señorita Chauncey? Sonaba a mucho más que una simple estima. Pero pudo ver que estaba inusualmente serio, y no sería bueno provocarlo.

—No, no. Por supuesto que no. No puede haber comparación.

No había nada más que decir, pero todo el asunto estaba más allá de su comprensión. Simplemente no podía ver qué veía en la señorita Chauncey para que empezara a actuar de forma tan diferente.

Después de un silencio incómodo, Duck miró alrededor de la sala, luego de nuevo a George.

—Vamos a ver juntos la pelea del jueves por la noche, ¿no?

George le devolvió la mirada, todavía receloso. Agradeció este gesto para retomar la conversación habitual. No quería que Duck se casara, pero tampoco deseaba herirlo o enfadarlo. Su amistad significaba demasiado como para hacer eso.

—Por supuesto. Pero primero permíteme invitarte a cenar a mi casa —dijo.

A partir de ahí, la conversación derivó hacia temas más amenos, que se aligeraron con el regreso de Amos. Tras él, Whitmore se unió a ellos. George se sentía aturdido después de esta conversación, pero no veía qué iba a hacer al respecto. Todo el asunto entre Duck y la señorita Chauncey había surgido de la nada, *como resultado* de su apuesta con Lady Alice, al parecer, y no a pesar de ella. ¿La habría mirado Duck por segunda vez si no hubiera preguntado por ella?

Estaba saboteando su propia apuesta y, con ella, su estilo de vida de soltero.



GEORGE ESTABA en el club de boxeo de Jackson con Matthew Evans, y estaba calentando como el pugilista le había ensenado. Él y sus amigos llevaban muchos años acudiendo, y aunque George no era el mejor alumno, no estaba lejos de serlo. A veces, el caballero Jackson recurría a él para que les diera indicaciones a algunos de los alumnos más jóvenes.

Un movimiento en la entrada llamó su atención, y se volvió mientras el marqués de Anley entraba en el lugar. Se encontraba solo, por primera vez, y George se preguntó el Destino le estaba dando la oportunidad de hablar con él. Aunque los hombres dejaban atrás su nobleza y su estatus al entrar por la puerta, no quería ser demasiado informal al entablar conversación con él. Sabía lo monumental que era la tarea que se planteaba: era consciente de la imposibilidad no sólo de hablar con el marqués sin ser presentado, sino también de abordar un tema que no le incumbía en absoluto. Pero recordó el rostro de Lady Alice y de lo agradecido que estaba Duck de que le

hubieran abierto los ojos hacía tantos años. Decidió que aprovecharía cualquier oportunidad que se le diera y vería qué se podía lograr.

Los caballeros estaban siendo emparejados mientras George seguía calentando, y Evans se había emparejado con otra persona. El caballero Jackson acercó al marqués hasta donde estaba George, diciendo:

—Permitidme que os presente. Lord Anley, él es el señor Clavering, uno de mis mejores alumnos. Creo que haría bien en emparejarse con él y ver si puede aprender un par de cosas.

*Yo no podría haberlo dicho mejor*. George sólo se preguntaba si el marqués estaría dispuesto a aprender algo más que la ciencia del boxeo.

Él le tendió la mano y George se la estrechó. Anley tenía una coloración similar a la de su hermana, pero en cierto modo tenía un atractivo más clásico. Su rostro podría definirse como romántico, con una boca que tendía hacia un mohín, mientras que Lady Alice poseía unos labios que mostraban una firme determinación.

—Un placer —dijo George y señaló la mesa donde estaban los guantes. Esperó mientras Anley se colocaba las cintas alrededor de las muñecas y las manos antes de ponerse los guantes.

El marqués lo miró.

—Así que usted es el Clavering del que habló mi hermana.

George se contuvo antes de exteriorizar su sorpresa por el hecho de que ella se lo hubiera mencionado a su hermano.

—El mismo —dijo. Se preguntó qué le habría contado y qué habría pensado él de su inusual presentación.

Anley dio unos cuantos puñetazos de práctica y soltó una risita antes de incorporarse.

—Esto es justo lo que necesito para descargar mi frustración.

George dio unos cuantos puñetazos de práctica.

—¿Una semana dura, entonces?

Anley se volvió hacia él y se colocó en posición mientras George levantaba las manos. Lanzó un puñetazo que no era técnicamente impresionante pero que sí tenía fuerza.

—Se podría decir que sí —dijo Anley—. Seguro que recuerda cómo es. Padres que creen que eres un bebé que necesita orientación. Personas de mente cerrada creyendo que no eres más que un chaval inocente que está a punto de salir corriendo y hacer alguna tontería —entrecerró los ojos y lanzó un fuerte golpe al pecho de George, quien lo interceptó con facilidad—. Lo que demuestra lo poco que me conocen.

—Por supuesto —dijo, lanzando un puñetazo, el cual Anley logró bloquear por los pelos—. Con el tiempo mejora. Pero las personas bienintencionadas pueden tardar unos años en dejarte en paz.

Mantuvieron unos cuantos rounds, y George se dejó llevar por el placer de pelear con alguien que era bueno y al que sólo le faltaba experiencia. Recordó haber estado en la misma situación y comenzó a darle algunos consejos.

—Es demasiado lento cuando pivota. Incline los puños así cuando los lance. Eso es.

George observó con satisfacción los progresos de su nuevo pupilo. Al cabo de un rato, el caballero Jackson se acercó para darles sus observaciones, y para cuando terminaron los rounds, había tenido una oportunidad de conocer a Lord Anley de tal manera que no le hubiera sido posible si estuvieran en otro lugar. Cuando terminaron, se estrecharon sus manos.

—Lo ha hecho muy bien —dijo—. Tiene buenas bases.

El marqués sonrió ante el cumplido, luciendo juvenil.

—Gracias por su ayuda, Clavering. Sólo puedo esperar seguir mejorando.

—No me cabe duda de que en unos años será capaz de golpearme cuando tenga la guardia baja… eso si aprende más rápido que yo —le devolvió la sonrisa.

El elogio pareció agradarle, y asintió.

—Bien, se lo agradezco. Supongo que nos veremos en White's.

—Sin duda —dijo. Esperó a Evans, quien ya estaba terminando. No iba a mencionar el tema de la cantante de ópera sin una introducción adecuada. Ya había metido la pata tanto con Lady Alice como con Duck al hablar demasiado deprisa. Pero estaba satisfecho con haber conocido al chico. Ya era un comienzo prometedor.

# CAPÍTULO 11



Alice comenzó a buscar al señor Clavering en cada reunión a la que asistía. Lo buscó en Hyde Park. Lo buscó en el teatro, luego en tres fiestas diferentes, aunque sólo esperaba verlo en una. Lo buscó en Gunter's e incluso en Hookham's, aunque tenía algunas dudas sobre si era del tipo de hombre al que le gustaba leer. A todos los lugares a los que fue esa semana, prestó mucha atención a los rostros que la rodeaban con la expectativa y la esperanza de verlo. Y sí, era consciente de la ironía en el hecho de que lo buscaba por todas partes sólo para decirle de que ya no podía ser vista con él.

Al final, no se encontró con él hasta una semana después, de vuelta en Almack's. Su corazón se aceleró tan pronto como lo vio, y empezó a caminar hacia él antes de que se arrepintiera. *¿Qué demonios?* Estaba tan acostumbrada a buscarlo que había olvidado que no estaba disponible y que si él quería hablar con ella, era él quien tenía que buscarla. Afortunadamente para su cordura y su dignidad, Cleda se acercó a ella desde la multitud y se detuvo a su lado.

—Estás de suerte, querida. ¡Estoy aquí! Estuve a punto de no venir hoy porque no me encontraba nada bien, pero al final pude superar esas desagradables sensaciones y correr a tu lado.

Alice enlazó su brazo con el de su amiga, sintiéndose agradecida por la distracción.

—Me alegro de que te encuentres mucho mejor y me alegra mucho verte aquí. ¿Lamenta tu marido vuestro apresurado regreso a Inglaterra ahora que parece que te encuentras mucho mejor de lo que se pensaba en un principio?

—No lo ha comentado, pero tengo la clara impresión de que haría cualquier cosa por protegerme y que no lamenta nada. Aunque protesté cuando me propuso por primera vez la idea de volver, ahora me alegro de que lo hayamos hecho —miró alrededor de la habitación—. ¿Te han llovido las peticiones para bailar?

Cleda había observado la impetuosa decisión de Alice de levantar la cola de su vestido en Almack's y su por lo tanto también su velada pasando de una pareja de baile a otra.

—No, creo que es porque acabo de llegar. Sospecho que las invitaciones no tardarán en llegar.

Cleda se volvió para estudiarla.

—Tienes intención de bailar, entonces —miró a su alrededor como si estuviera buscando a alguien, y su mirada se posó en el señor Clavering—. ¿Hay alguien en particular con quien desees bailar?

—Puedo decirte que hay un hombre con el que *no* deseo bailar, y es el señor George

Clavering —negó rotundamente con la cabeza—. ¿Puedes creer que Teresa Wolfe haya tenido la audacia de decir que está tras de mí? La situación ha llegado a tal extremo que mi propia madre ha *aprobado* una relación.

Cleda se llevó una mano a los labios mientras sus ojos rebosaban de diversión. Alice pudo oír el temblor en su voz, el cual apenas pudo controlar cuando dijo:

—Me alegra mucho el sentido común que muestra tu madre al dar su aprobación, si me disculpas por decir algo tan impertinente respecto a la duquesa, pero sospecho que su aprobación no te sentó muy bien.

Alice negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Lo que me complacería es que mi madre me permitiera aceptar mi pensión y vivir por mi cuenta. Sé que tal cosa no podría ocurrir hasta dentro de dos años por lo menos, pero saber que tengo esa posibilidad es lo que me importa.

Cleda asintió, y Alice vio la variedad de emociones que se mostraban en su rostro. Sabía que su amiga quería respetar sus deseos y, al mismo tiempo, instarla a intentar encontrar una relación amorosa como la que ella tenía. Si tan sólo Cleda pudiera darse cuenta de lo improbable que era tal cosa para ella. Simplemente no confiaba en los hombres, no con su posición, fortuna y experiencia.

—Ahí está el señor Clavering —dijo Cleda tras una breve pausa. Lo dijo como una observación inocente, pero Alice la conocía demasiado bien como para pensar que no había una intención tras su comentario.

—Lo he visto. De hecho… —se detuvo antes de revelar que casi se había acercado a hablar con él. Por alguna razón que no podía precisar, se resistía a dejar que incluso su amiga más cercana supiera que había estado tentada de ir hacia allá y entablar una conversación con él. El señor Clavering estaba adquiriendo demasiada importancia en sus pensamientos.

—¿De hecho? —insistió.

—De hecho, éste es el momento perfecto para hacerle saber que tendremos que ser más circunspectos y no buscarnos cada vez que estemos juntos en alguna reunión —se volvió hacia él y vio que había empezado a caminar en su dirección con esa actitud suya tan desenvuelta, llena de confianza, como si no le importara nada. Cómo le gustaría poder comportarse de esa manera. Cómo le gustaría no tener preocupaciones.

—Lady Alice —dijo el señor Clavering, haciendo una reverencia. Miró a Cleda e hizo una pausa como si buscara algo en su memoria.

—¿Recuerda a mi amiga, la señora Bell? —dijo, socorriéndolo. Todos sus sentidos se agudizaban ante su presencia, aunque ese hecho en particular no le agradó. Fue una decisión oportuna informarle de que ahora debían actuar como conocidos indiferentes y no como personas que compartían un vínculo más estrecho. En realidad, no debería ser difícil. Después de todo, no compartían una conexión más estrecha. Apenas se conocían.

—Por supuesto —dijo el señor Clavering mientras hacía una galante reverencia—. Señora Bell, es un placer.

Cleda se inclinó, sin molestarse en ocultar su sonrisa de satisfacción. Estaba disfrutando del predicamento de Alice.

—El placer es mío, señor Clavering —miró a Alice—. Vendré a buscarte más tarde, pero por ahora debo hablar con la señora Gower, a quien acabo de ver entrar en la habitación.

Cleda se marchó, y como su amiga no sentía por Barbara Gower más afecto del Alice sentía, sabía que había sido una mera excusa para dejarla a solas con el señor Clavering. En cierto modo, Alice se sintió aliviada por la solicitud, pues hubiera preferido no tener que decirle lo que

pensaba bajo la perspicaz mirada de Cleda. Al mismo tiempo, se sintió contrariada al descubrir lo contenta que estaba de hablar con el señor Clavering porque sí. No era un buen comienzo.

Se volvió hacia él.

—Señor Clavering, no lo he visto para nada desde la semana pasada — Había intentado emplear un tono ligero, pero había resultado un tanto acusador.

El señor Clavering enarcó la ceja y, si su sonrisa servía de indicio, sus palabras lo habían complacido.

—¿Ah sí? ¿Me ha estado buscando?

Enfado y vergüenza crecieron en su interior. Había fracasado en ser tan elusiva como le gustaba al tratar con hombres. Normalmente, era fácil mantenerlos a raya, y no quería que él tuviera la impresión de que ocupaba un lugar privilegiado en sus pensamientos.

Intentó recomponerlo y decidió ir directamente al grano.

—Sí. De hecho, deseaba hablar con usted sobre un asunto en particular, y por eso lo buscaba.

Su mirada se clavó en la de ella, y ante la seriedad de su tono, su expresión complacida desapareció y fue sustituida por curiosidad y preocupación.

—Espero que no ocurra nada malo. ¿Tiene algo que ver con nuestra apuesta? —cierta esperanza se mostró en su rostro—. ¿Acaso Duck ha *desairado* a la señorita Chauncey, haciendo que se refugie en sus lágrimas por haber confundido su atención? —se inclinó hacia ella, y la sensación de su cercanía era tan placentera, que Alice no se apartó. Se preguntó adónde se había ido su determinación. Murmuró—. Me alegro de que la tenga a usted para consolarla. Necesitaré tiempo para pensar en las condiciones de nuestra apuesta.

Ella lo había malinterpretado. En su mirada no había esperanza, sino provocación. Algo en su pecho reaccionó ante esto. Era un deseo de provocarlo de vuelta y de pasar más tiempo en compañía de un hombre que la divertía y que también poseía más sensatez que el caballero londinense corriente.

Excepto por su amante. No debía olvidarlo.

—Se está adelantando —dijo con un tono frío—. No he observado ninguna evolución en nuestra apuesta, salvo el hecho de que tengo motivos para estar alentada. Aunque no lo he visto esta semana, he visto *dos* veces al señor Duckworth y a la señorita Chauncey inmersos en una conversación —se inclinó para decir la estocada final—. Y una de esas veces fue mientras él la acompañaba a dar un paseo por Hyde Park.

El señor Clavering se echó hacia atrás ante su comentario y la miró, sorprendido. Desde su posición, ella pudo mirar su rostro, y no vio el más mínimo atisbo de placer en su expresión. Intuyó que no quería ganar esta apuesta por el simple hecho de ganar. Parecía que realmente no le gustaba la idea de que la señorita Chauncey y su amigo tuvieran una relación, y ella no sabría decir por qué. Seguramente querría que su amigo fuera feliz. Cada vez que ella había visto al señor Duckworth en presencia de la señorita Chauncey, él se había mostrado así.

—Interesante —fue todo lo que dijo al principio, con voz ronca.

Lo observó y, al cabo de un momento, volvió en sí y se acercó de nuevo. Alice contuvo la respiración, expectante.

—Sin embargo, usted sabe que cuando uno apuesta por un caballo, a menudo piensa que es algo seguro hasta que algún desconocido llamado Topsy-Turvy salta a la cabeza en el último segundo posible, arruinando todo. Una apuesta nunca se gana hasta que el favorito cruza la línea de meta.

Alice dejó que una sonrisa incrédula se dibujara en sus labios.

—¿Está comparando a su amigo y a mí amiga con caballos de carreras?

Él se encogió de hombros, y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. No mostró impaciencia por separarse de ella, sentimiento que ella correspondió. La idea de tener que abandonar su incipiente amistad la hacía sentirse vacía.

—Ha habido analogías peores.

La multitud de personas caminaba a su alrededor, pero ninguno de los dos apartó la mirada del otro. Era una isla de consuelo en el mar de la fatuidad. Esto tenía que terminar.

Alice respiró hondo y fue directo al grano.

—Retomando el motivo por el que lo buscaba —empezó, y luego se detuvo.

—¿Sí? —se quedó quieto, esperando a que ella continuara.

—Se han hecho comentarios sobre nuestras conversaciones *vis a vis*, vinculándonos de una forma que estoy segura de que ninguno de los dos desea. Creo que lo mejor para ambos será ponerles fin.

El señor Clavering no se movió y su expresión permaneció inmutable. Sólo al entrecerrar sus ojos dio indicios de que la había entendido.

—¿Qué dicen estas personas? —aún no se había apartado de ella, y su brazo rozó el suyo.

—Una de mis conocidas, no la llamaré amiga, ha señalado cuántas veces hemos sido vistos juntos y parece pensar que existe una conexión más profunda entre nosotros —se detuvo solo un segundo para pensar si debería hablar de su madre. ¡Lo haría! Seguramente lo convencería de lo serio que se había vuelto el asunto.

—Y lo que es más, mi madre realmente apoya la idea de que seamos pareja. La semana pasada, mientras hacíamos nuestras visitas matutinas, anunció que ella y mi padre estaban de acuerdo en aceptarlo.

Su mirada se hizo más intensa.

—¿Lo hace?

Alice casi se quedó sin aliento por la intensidad de la pregunta y la mirada que la acompañaba. Había esperado que él se echara a reír a carcajadas pero, en cambio, su reacción le provocó una extraña sensación en el vientre que nunca antes había sentido.

No consiguió hablar con el tono burlón que esperaba, pero logró responder.

—Tal como lo escucha. Por supuesto, es de lo más ridículo, y le ruego que le haga caso omiso. Como puede imaginar, no he hecho nada para incitarla a pensar que intentaba cortejarme. O para que creyera que tal cosa era mi deseo.

A estas alturas, su rostro debía de estar ardiendo por la vergüenza que sentía. Qué conversación tan ridícula, y no estaba saliendo como había esperado. ¿Dónde estaba el burlón y bromista señor Clavering que había llegado a conocer?

Respiró hondo.

—Y por eso estoy segura de que debe entender que no se nos puede ver juntos con demasiada frecuencia ni manteniendo conversaciones que vayan más allá de la mera cortesía.

—¿Como ésta? —aclaró, con voz grave.

Ella asintió, aunque lo único que sintió fue pesar.

—Como ésta —permanecieron en silencio un momento, aparentemente reacios a moverse. Por fin, ella consiguió hablar—. Así que, si me disculpa…

—Conocí a su hermano en el club de boxeo.

Alice había empezado a darse la vuelta y a huir de ahí, pero al oír esto, se volvió.

—¿En serio? —su mente dio vueltas pensando en todos los posibles escenarios—. ¿Habló con él de algo en particular?

El señor Clavering había perdido algo de su brillo. O quizás la velada los estaba agotando a

ambos. Realmente hacía calor dentro del salón de baile, y no había ni un soplo de aire fresco cerca para aliviarla.

—Sólo hablamos de boxeo —respondió—. Pero su hermano es un tío excelente. Supongo que podríamos haber sido amigos si hubiéramos ido juntos a la escuela.

Encontró agradable la idea de que su hermano pudiera hacerse amigo del señor Clavering. Supuso que había pocas personas que preferiría que él siguiera como ejemplo dentro de la *alta sociedad*, considerando lo respetuoso y amable que era el señor Clavering.

Entonces recordó una vez más que él había tenido amantes en el pasado y que probablemente tenía una incluso ahora. El pensamiento la devolvió a la realidad. Había una buena razón por la que estaba limitando sus interacciones con el señor Clavering y debía seguir haciéndolo. Era demasiado parecido al resto de los caballeros londinenses. Si tan sólo pudiera recordar su determinación cuando estaba cerca de él y su cuerpo quería inclinarse hacia el suyo. Se preguntó qué la había poseído para empezar a bailar de nuevo y continuar con lo que para el resto de Londres parecía un flirteo. ¿Dónde había quedado su voluntad?

Volvió a su conversación, sabiendo que él esperaba una respuesta.

—Qué bien —no supo qué más decir y, tras otra incómoda pausa, el señor Clavering le dedicó una tensa sonrisa.

—Bueno, Lady Alice, no la importunaré más ni causaré más rumores. Debemos seguir el curso de nuestra apuesta, ya que uno de los dos tendrá una deuda de honor que pagar —sus ojos brillaban con burla, pero habían perdido su chispa. A su vez, la noche para Alice perdió el entusiasmo.

—Sí, debemos hacerlo. Buenas noches, señor Clavering —se inclinó.

El señor Clavering hizo una reverencia y se marchó.

Durante el resto de la velada, Alice se las arregló para intuir dónde estaba, a pesar de no tener visión alguna sobre la multitud. Aceptó más invitaciones a bailar, las cuales perdían su gracia cuando no estaba desafiando indirectamente al señor Clavering. Afortunadamente, todavía había algunos hombres que no se atrevían a acercarse a ella, y tuvo algunos momentos de descanso en los que pudo hablar con Cleda.

A lo largo de la velada, vislumbró al señor Clavering hablando y bailando como si nunca hubiera oído hablar de una Alice St. Claire. Sin embargo, trató de no mirar. No quería que nadie dijera que su corazón por fin había encontrado un dueño. No era cierto.

Por supuesto que algo así no podía ser cierto.

# CAPÍTULO 12



George continuó con sus conversaciones y flirteos habituales durante el resto de la noche en Almack's. La única diferencia era que había bailado mucho más de lo que acostumbraba. Lo hacía inconscientemente. Algo en él no deseaba quedarse en los laterales del salón observando a Lady Alice, quien ahora bailaba y convivía con los demás en lugar de esconderse en los rincones y, para cualquier observador imparcial, era perfectamente indiferente a su presencia, como si nunca se hubieran conocido.

Duck se había levantado con la señorita Chauncey para bailar. No se quedó hablando con ella, sino que invitó a otras mujeres a bailar también, pero George lo había pillado mirándola más de una vez. Ahora estaba conversando con Filbert y Taylor, que por una vez se habían presentado en casa de Almack. Amos estaba bailando con una tímida joven en su segunda temporada. Era como si todos se hubieran lanzado inconscientemente en el mercado matrimonial, algo que para George se sintió como si lo estuvieran ahogando. Todo el mundo sabía que, una vez casado, ya no se podía estar afuera a todas horas como antes. Tenías que ocuparte de tu mujer. El marido de su hermana María era el ejemplo perfecto. Apenas tenía voz y voto.

George quería hablar con Duck sobre el paseo por Hyde Park del que le había hablado Lady Alice, pero no era el momento. Le sorprendió que su amigo no le hubiera dicho nada, ni siquiera como un comentario casual. Por lo general, iba a Hyde Park con amigos, y montaba a caballo más que paseaba con las damas. Y, por lo que sabía, era la primera vez que Duck había invitado a una mujer a Hyde Park. Era un salto tan inmenso que sin duda daría que hablar. No sería muy llamativo si se tratara de otro caballero, ¡pero Duck! Era algo tan inusual en él, que sólo podía pensar que su amigo realmente se estaba enamorando.

Fue un golpe para la soltería de George. ¿Con quién más iba a frecuentar los clubes por la noche? ¿O los garitos de juego, o el hipódromo, o las peleas? Amos era divertido, pero carecía de ese humor despreocupado y de esa facilidad para comprenderlo que tenía Duck. Matthew Evans nunca había sido un candidato idóneo para el papel de amigo con quien salir a divertirse. Evans siempre había tenido un carácter demasiado serio, incluso antes de sentar la cabeza y casarse con Susan Blythefield. Robert Whitmore tampoco podía ocupar el lugar de Duck. No estaba tan disponible, no podía estar afuera a todas horas, dado su compromiso con su carrera política.

No. Duck era el único que cumplía ese papel de mejor amigo, y la idea de perderlo por un matrimonio era demasiado deprimente como para pensar en ello.

No fue hasta la mañana siguiente que decidió hacerle una visita para discutir las intenciones

de su amigo. Era un lugar seguro para poder oírlo. Duck estaba sentado en la mesa del desayuno y acababa de empezar a disfrutar de un copioso desayuno cuando George entró.

—Siéntate —dijo, mostrando sólo un poco de sorpresa al verlo en su puerta a una hora tan temprana—. Sírvete un poco de jamón —le hizo un gesto a su criado—. Trae una jarra de ale para Clavering.

Así lo hizo el criado, y cuando se fue, Duck se detuvo para poder mirarlo.

—Parece que traes muchas noticias. Algo debe de haberte traído aquí tan temprano.

George le dio un largo trago a su bebida y dejó la jarra sobre la mesa.

—Noticias no —dijo—, preguntas.

Duck dejó de masticar y lo miró con ojos curiosos.

—Continúa —lo incitó.

George se inclinó hacia delante para enfatizar lo que iba a decir y puso los brazos sobre la mesa.

—¿De qué se trata esto? ¿Ahora paseas con la señorita Chauncey por Hyde Park?

Duck se echó hacia atrás, como si quisiera recuperar la distancia que George le había arrebatado al inclinarse hacia delante. Su postura se había vuelto cautelosa, pero mantuvo un tono relajado.

—Así que te has enterado.

—Duck, tú *nunca* llevas a una mujer de paseo. Nunca muestras preferencia hacia nadie, y no lo has hecho desde que M…

—No digas su nombre —dijo más bruscamente que de costumbre. Nunca era tan quisquilloso, y George no entendía por qué lo estaba siendo con una cantante de ópera de la que se había enamorado a los diecinueve años.

Se sentó en silencio, pensando en cómo responder, pero no tenía una idea clara de cómo hacerlo. Al final, Duck reanudó la conversación usando su tono habitual:

—Además, ¿qué más da si salgo a pasear con la señorita Chauncey? Realmente no es asunto tuyo.

George sabía lo ridículo que era insistir, pero no pudo evitarlo.

—Si realmente te estás encariñando, eso sólo conducirá a una cosa. ¡El matrimonio! Y eso significa que nuestros días de salir juntos llegarán a su fin. Seguro que puedes entender la razón de mi angustia. Aunque no la compartas. Siempre dijimos que no nos casaríamos demasiado pronto. Arruina los mejores años de nuestras vidas.

Duck bajó la mirada y le dio un bocado a sus huevos antes de dejar el tenedor sobre la mesa. Se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Como dijo Amos la otra noche, eso se vuelve obsoleto. Si cortejo a la señorita Chauncey, e incluso si nos casáramos, aunque tal cosa no es en absoluto segura, ya que no sé si ella me aceptará, no significa que nunca saldría contigo y con los demás. Sólo significa que lo haría con menos frecuencia.

—Así que no estás seguro de casarte —dijo, aferrándose a esa esperanza.

Duck le dirigió una mirada burlona.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Realmente me gusta la señorita Chauncey. Es su madre quien representa la mayor amenaza. Está decidida a que su hija se case con un hombre con título, y ni siquiera el señor Chauncey tiene gran influencia en el asunto. La fortuna viene de su madre. Si de mí dependiera, me casaría con ella, aunque no le he dicho exactamente esas palabras.

George estaba atónito.

—Entonces vas en serio. ¿Por qué no me dijiste que habíais hablado de matrimonio?

Duck se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a hacerlo si me van a interrogar? Sé que no te entusiasma la idea, así que no eres la primera persona con la que deseaba sincerarme al respecto.

George jugueteó con el salero.

—Hace un año, todos estábamos firmes en nuestra decisión de no encariñarnos con ninguna mujer. Sólo Evans ya había quedado prendado, pero de todos modos nunca le gustó mucho salir con nosotros —pudo oír el abatimiento en su propia voz—. Me pregunto si yo voy a ser el último hombre que quede en pie. El único de nuestro grupo que no tiene interés en sentar la cabeza.

Duck lo miró y, en un tono aparentemente despreocupado, le dijo:

—¿Estás seguro de que no te interesa sentar la cabeza? Te veo divertirte enormemente siempre que estás en presencia de Lady Alice. Y no me digas que ella es igual al resto, porque te conozco. Nunca te había visto tan persistente en buscar la compañía de una mujer.

—Esto no se suponía que fuera sobre mí —murmuró, provocando que Duck se riera. Aunque no habían dicho nada para aliviar la tensión, el ambiente que se había establecido entre ellos era menos antagónico. Levantó la mirada—. En cualquier caso, Lady Alice ha dejado claro que no debemos pasar más tiempo juntos, pues ha dado lugar a una especulación que ninguno de los dos desea.

Duck lo miró rápidamente, luego volvió a coger su tenedor y empezó a comer.

—¿Decepcionado? —preguntó, sin apenas dedicarle una mirada.

—Sí —contestó renuentemente. Ni siquiera había pensado en admitir tal cosa, pero descubrió que era cierto—. Puede que no quiera casarme con ella, pero disfruto de su compañía. Es divertido hablar con ella. Me gustaría que fuera un hombre para que pudiéramos pasar tiempo juntos en los clubes.

—¿Ah sí? —su voz estaba cargada de ironía.

George soltó una risita de mala gana.

—No, supongo que no. Es demasiado atractiva para mirarla —levantó un dedo—. Pero que se sepa que no busco tener una relación más íntima con ella, ni mucho menos matrimonio.

—Jamás se me ocurriría sugerir tal cosa.

La conversación giró entonces en torno a otros temas y volvió a surgir la relajada camaradería que existía entre ellos. Su visita no había logrado su principal objetivo, que era ayudar a Duck a entrar en razón. ¿No se daba cuenta de que todos eran demasiado jóvenes para pensar en el matrimonio? Lo que le traía satisfacción a la vida era la rutina de la camaradería. Sabías que podías contar con los amigos de una manera que no siempre podías contar con la familia. En cuanto sus amigos empezaran a casarse, caerían como moscas, y a George no le quedaría nadie con quien pasar sus días.

Y Duck era con quien más contaba. Si empezaba a prestarle especial atención a una mujer, especialmente a una cuya madre fuera tan determinada como la señora Chauncey, sin importar que Duck pensara que quería un título para su hija, el matrimonio sería su destino, y en poco tiempo.

Sin embargo, habiendo recuperado el tono habitual de sus conversaciones, George supuso que la visita había sido provechosa. Había aclarado las cosas con él y, al hacerlo, había visto lo comprometido que estaba su amigo. Eso hizo que viera la situación con más complacencia. Si era realmente feliz con la señorita Chauncey, él no podría separarlos sin sentirse culpable.

AL DÍA SIGUIENTE, el criado llevó el correo de George al comedor y lo puso a su lado junto con el desayuno. George había pasado la noche anterior con una actitud bastante negativa. Había asistido a un evento en el que Lady Alice estaba presente, pero lo había ignorado deliberadamente, salvo la única vez que sus caminos se cruzaron. Entonces se limitó a saludarlo con una cortés reverencia.

—Señor Clavering —lo había dicho con aquel tono frío propio de su formalidad. Eso había hecho que su ánimo decayera

—Lady Alice —respondió como si no fueran más que conocidos que se encuentran por casualidad. Incluso el saludo de la señora Bell había sido más cálido.

Luego se había ido con sus amigos al club, donde la conversación había girado en torno a los mismos temas de siempre, salvo que ahora Duck estaba distraído.

Además, había tenido el dudoso placer de ser señalado por Lord Harrowden, quien se le había acercado para decirle:

—He estado pensando en el objeto de nuestra apuesta. Si hubiera sabido que *tú* ibas detrás de Lady Alice, no me habría apresurado tanto a aceptar la apuesta. Casi creo que todo se hizo con algo rayano en la deshonestidad.

George lo miró con amargura.

—Si recuerdas, yo no te invité a aceptar la apuesta. Tú llegaste, interrumpiste nuestra conversación y me obligaste a aceptarla —lo miró de frente. Tal vez ésta era su oportunidad de ponerle fin a la apuesta de la que hacía tiempo se había arrepentido—. Si tienes alguna duda sobre la apuesta, acordemos terminarla ahora. Sin ningún perjuicio para ninguna de las partes.

Lord Harrowden se apartó, mostrando cierto aire de desdén mezclado con escepticismo.

—No sé tú, pero yo nunca me retracto de una apuesta. Una vez dada mi palabra, es mi compromiso. La mía es la palabra de un caballero.

Apenas podía contener su enfado hacia Harrowden o el hecho de que estuviera insinuando que su palabra valía menos.

—Bien, entonces, puedes estar tranquilo. Además, Lady Alice y yo no tenemos nada parecido a un entendimiento. Nos acabamos de conocer y ni siquiera mantenemos una conversación cada vez que nos cruzamos —si algo agradecía de su decisión de mantener cierta distancia entre ellos era poder afirmar que eso era cierto.

—Aun así —insistió—, no estoy del todo convencido de que esta apuesta pueda considerarse honesta.

George perdió la paciencia.

—Parece que solo estás insistiendo en provocarme, Harrowden. A menos que estés intentando forzarme a un duelo —Lord Harrowden era conocido por acobardarse en lo que a duelos se refería, y ciertamente no forzaba a nadie a hacerlo si podía evitarlo. En su estado de ánimo actual, George habría estado encantado de enfrentarse a él.

Claramente, Lord Harrowden pareció asustarse ante la idea.

—No, no. Sólo decía que si uno va a apostar por algo, no debe intentar alterar las circunstancias de ninguna manera.

Ahora ansioso por deshacerse de él, George había terminado la conversación diciendo:

—Entonces asumamos que ese no era mi objetivo y dejémoslo así.

A la tenue luz de la mañana, las amenazadoras nubes del exterior eran tan grises que había tenido que pedir una vela. Le dio un mordisco a su pan tostado y cogió un paquete que había llegado con el correo de la mañana y que contenía varios documentos. La dirección estaba escrita con la caligrafía de su hermano. Cortó el sello.

*George,*

*Este es el último de los documentos referentes a tu patrimonio que llegará a mi residencia. He ordenado que todos los documentos futuros lleguen directamente a ti. Estoy seguro de que encontrarás prudente mi decisión, ya que esta finca no es mía y yo no debería estar administrando sus asuntos. Con el tiempo tendrás que llegar a un acuerdo para gestionarla, y ¿qué mejor momento para empezar que el presente?*

*Ven a la casa a ver a Hugh. Pregunta por ti. Selena me ha encargado que te envíe su cariño.*

*Tuyo, etc.*

*Lucius*

Tenía sentimientos encontrados respecto a la nota. Por un lado, su hermano estaba en todo su derecho de remitirle todos los asuntos de la finca. Por otro, se veía obligado a entrar en todos los asuntos, problemas y complicaciones de esta que hasta ahora había tratado de evitar. Si hacía falta algo más para sellar el fin de su estilo de vida de soltero, era esto.

Abrió el primero de los tres documentos sellados, el cual era de su administrador, el señor Hertzel. Los temores de George de tener que enfrentarse a complicaciones se habían hecho realidad. La carta decía que los tejados de los inquilinos habían quedado destrozados por los montones de nieve de un invierno especialmente brutal, y que habría que invertir más dinero en su mantenimiento para que los inquilinos estuvieran bien resguardados el próximo invierno. Si el señor Clavering podía enviar la suma de tres mil libras al cuidado de su banquero, él, Hertzel, se encargaría de que se destinara a las reparaciones adecuadas.

Examinó detenidamente los otros dos documentos, uno de los cuales procedía del mayordomo, empleado desde hacía mucho tiempo, a quien George sólo había visto una o dos veces en una inusual visita a la finca. El otro era de su abogado. El señor Cummings había notado un descenso en los ingresos de la finca y recomendó que le echara un vistazo para ver a qué podía atribuirse. Él más bien pensaba que las cosechas deberían haber rendido al menos lo mismo que las del año anterior, y no se habían exigido reparaciones importantes.

George dejó las cartas sobre la mesa y cogió su taza de café. Afuera había empezado a llover, y enseguida se convirtió en un diluvio. Era evidente por estos documentos que se vería obligado a visitar su finca y ver en qué situación se encontraban las cosas. Su hermano había dicho que no estaba seguro de que el administrador estuviera haciendo un buen trabajo, y después de leer esto, empezó a creerlo. No podría aplazar más la visita.

Además, Duck estaba enamorado de la señorita Chauncey y Lady Alice se negaba a hablarle, ¿qué sentido tenía quedarse en Londres?

# CAPÍTULO 13



Una vez que Alice hubo dejado claro que no podía volver a ser vista en presencia del señor Clavering, se habría enfurecido si su deseo hubiera sido ignorado porque él era un hombre y pensaba que sabía más que ella. Lo que no esperaba era que el señor Clavering desapareciera por completo de la sociedad. Pasó una semana, luego otra, y no había rastro de él.

No podía preguntarles a sus amigos. Sería imposible. No los conocía bien, ni a su familia. Le habría preguntado a su hermana, pero solo había visto a Philippa dos veces. La primera vez, había estado conversando con alguien más y no había podido hacer más que saludarla desde lejos. La segunda vez, tan solo había cogido la mano de Alice, le había dedicado una cálida sonrisa y le había explicado que no se encontraba bien y que su marido la acompañaría a casa.

En cada reunión, buscaba al señor Clavering. ¿Acaso estaba herido y se había alejado de su presencia? No podía creer tal cosa. Era un ligón y nada más. ¿Estaba enfadado? No. Si sabía algo de él, era que su carácter bondadoso no le permitiría hacer algo así.

—Luces abatida —observó Cleda estando una vez más en Almack's y, una vez más, no viendo ni rastro del señor Clavering. Habían pasado más de dos semanas desde que habían hablado. Y desde entonces sólo lo había visto en una reunión.

—No, se lo aseguro —respondió, intentando cambiar su expresión. Ni siquiera podía confesarle a su mejor amiga todo lo que pasaba por su cabeza; los sentimientos eran demasiado confusos como para confesárselos a otra persona. Ella misma apenas les encontraba sentido.

Cleda la estudió un momento con su mirada perspicaz, pero no respondió. En su lugar, miró hacia el otro lado de la habitación y dijo:

—Ha llegado la señorita Chauncey. ¿Has hablado con ella últimamente?

Alice levantó la vista. Esa sería una alegre distracción.

—No, no he tenido oportunidad de hacerlo. Pero ahí está, de pie al lado de su madre, luciendo miserable otra vez. Vayamos a rescatarla.

—Lo haré encantada —respondió, volviéndose para seguir a Alice.

Cuando llegaron junto a ella, su madre miró a Alice con cierta sorpresa. Una sonrisa complacida se dibujó en su rostro y le hizo una reverencia.

—Lady Alice, qué placer verla; ¿verdad, Gwendolyn?

La señorita Chauncey miró rápidamente a su madre y respondió asintiendo. Se volvió hacia Alice.

—Ciertamente es un placer, Lady Alice.

Alice hizo un gesto hacia Cleda.

—Creo que no le he presentado a mi amiga, la señora Bell.

Las dos mujeres hicieron una reverencia y murmuraron sus saludos.

Hubo una ligera pausa en la conversación, ya que la señora Chauncey estaba demasiado pendiente de lo que se iba a decir a continuación, muy probablemente con el objetivo de difundir los mejores chismes sobre la nueva mejor amiga de su hija, la hija del duque.

Alice tardó sólo un segundo en darse cuenta de que había llegado el momento de apartar a la señorita Chauncey de su madre o, de lo contrario, no podrían cruzar ni dos palabras sin sentirse espiadas.

—¿Vamos por un refrigerio? —le preguntó a la señorita Chauncey, confiando en que su madre no le diría que no a la hija de un duque. Y no lo hizo. La señora Chauncey le sonrió a su hija y asintió amablemente.

La señorita Chauncey esperó a que todas hubiesen tomado un vaso de limonada de la mesa situada en un rincón de la sala para dejar que sus hombros se relajaran. Exhaló.

—Gracias. Necesitaba estar lejos de mi madre, pero no había nadie que me rescatara hasta que llegasteis vosotras.

—¿Ningún apuesto caballero la sacó a bailar? —le preguntó Alice.

La señorita Chauncey sonrió ante su tono burlón.

—Ni uno solo, con la excepción del señor Lloyd —al recordar eso, su sonrisa desapareció.

—Pobrecita —murmuró la señora Bell.

Alice apretó los labios. Perceval Lloyd era conocido por su ansia de conseguir una esposa y por atormentar a todas las solteras que se cruzaban en su camino, excepto a las que realmente podrían considerarlo. Deseaba mencionar al señor Duckworth, pero no quería avergonzar a la señorita Chauncey. Al mismo tiempo, si él tampoco estaba aquí, tal vez él y el señor Clavering se habían marchado juntos y la señorita Chauncey podría saber dónde estaban.

Miró alrededor de la habitación, buscando un mencionarlo casualmente.

—Me pregunto dónde estarán nuestros amigos: el señor Clavering, el señor Whitmore y el señor Duckworth. Ya estaba acostumbrada a verlos en Almack's esta Temporada, pero últimamente no los he visto por ninguna parte.

Cleda permaneció en silencio, dirigiendo su mirada hacia la señorita Chauncey, quien tenía un leve rubor en las mejillas. Se encogió de hombros.

—Vi al señor Duckworth hace dos días. Nos hizo una visita matutina, pero se marchó poco después de que llegara Lord Hicks —su tono carecía de sentimiento.

Alice y Cleda intercambiaron una mirada compasiva ante la idea de tener que renunciar a la presencia del señor Duckworth a cambio de Lord Hicks.

El señor Duckworth estaba en Londres, pero tampoco estaba en Almack’s. ¿Significaba eso que el señor Clavering simplemente estaba ocupado y que estaban buscando empleo en otra parte? Al menos el señor Duckworth no estaba aquí. Alice podría haber estado tentada de sentirse decepcionada por la facilidad con que el señor Clavering había olvidado su amistad, si tal cosa le importara.

—Creo que el señor Duckworth acaba de llegar —anunció Cleda, y Alice levantó la mirada justo a tiempo para verlo entrar. Comenzó a mirar alrededor de la habitación tan pronto como entró en el salón de baile.

El rostro de la señorita Chauncey adquirió un color más intenso y se irguió antes de apartar la mirada. Alice notó su breve intercambio de miradas. Su alegría al verlo llegar era evidente.

—No quisiera entrometerme en un asunto privado —comenzó. Sabía que no debía hacerlo. La señorita Chauncey había dicho que no estaba dispuesta a discutir asuntos tan privados. Pero

Alice quería ver si podía averiguar algo sobre el paradero del señor Clavering, por no mencionar averiguar si estaba cerca de ganar su apuesta. Entonces, él tendría que venir y hablar con ella.

—Parece que las atenciones del señor Duckworth han aumentado —listo. Lo dejaría así. La señorita Chauncey podría decir lo que quisiera.

Suspiró.

—Eso parece, ¿verdad? Y sin embargo, mi madre dejó perfectamente claro después de que Lord Hicks se marchara que no aceptaría que yo tuviera una relación con el señor Duckworth en caso de que Lord Hicks pidiera mi mano; no es que el señor Duckworth se haya declarado de ninguna manera.

Cleda entrecerró los ojos.

—Perdóneme; no es asunto mío. Pero el señor Duckworth tiene fama de llevar un estilo de vida bastante cómodo. Seguramente usted siente algo por él, ¿verdad?

La señorita Chauncey negó con la cabeza.

—El señor Duckworth no tiene un título, y eso es de suma importancia para mi madre. Ella ya tiene riqueza pero desea elevar la posición de nuestra familia a través de una conexión con la nobleza.

El señor Duckworth se había acercado e hizo una reverencia ante las damas, posando sus ojos en la señorita Chauncey, a quien le dirigió sus palabras:

—Espero que me conceda el honor de bailar conmigo esta noche.

Ella hizo una reverencia, mostrando una amplia sonrisa.

—Será un placer.

—¡Excelente! Creo que está a punto de comenzar un set —satisfecho, extendió su brazo y la señorita Chauncey puso su mano sobre él.

Alice luchó contra un impulso casi irresistible de preguntarle dónde estaba su amigo. Descubrió que no podía pronunciar las palabras. Estaba demasiado acostumbrada a mantenerse alejada de los hombres. Mostrar una atención especial hacia uno de ellos, de una forma que seguramente levantaría rumores, no sólo por parte del señor Duckworth, sino por todos los demás, era simplemente imposible. Apretó los labios antes de que pudiera cometer semejante error.

Tras unos minutos observando a las personas que las rodeaban, su conversación con Cleda derivó hacia Bartholomew. Sólo había dos personas con las que Alice podía hablar de su hermano, y una de ellas había desaparecido por completo de Londres. Desafortunadamente, Cleda no había oído nada nuevo, aunque le había pedido a su marido que estuviese atento a las conversaciones. Y Alice hacía días que no veía a su hermano. A pesar de la falta de información útil, se sintió aliviada al poder desahogarse con su amiga.

Cuando terminó el set, el señor Duckworth llevó hacia ellas a una sonriente señorita Chauncey.

—Espero que no os importe que lo haya hecho traerme aquí —murmuró cuando Duck se hubo alejado—. No tuve el valor para volver al lado de mi madre.

—La comprendo perfectamente —dijo Alice.

Su conversación continuó, ahora incluyendo a la señorita Chauncey, mientras Alice miraba de vez en cuando alrededor de la habitación, buscando (y era consciente de ello), al señor Clavering. Era imposible que estuviera presente. Había mirado por todas partes.

Para su desgracia, la solidaridad de tres mujeres que permanecían juntas en un estrecho círculo no impidió que Lord Hicks se acercara a ellas. Se inclinó ante ellas e inspiró profundamente antes de hablar. Alice contuvo la respiración.

—Señora Bell, Lady Alice y señorita Chauncey, no tenía ni idea de que las tres se conocieran —se llevó la mano en el pecho. Alice respiró con cautela y luego volvió a contener el aliento, expectante. Él la miró detenidamente—. Veo que no ha cogido la cola de su vestido esta noche, Lady Alice. ¿Debo tomar eso como una señal de que no bailará?

—Me temo que no, Lord Hicks —respondió, sonriendo cortésmente y girando el rostro hacia un lado para mirar por encima de la multitud y tomar una discreta bocanada de aire fresco.

—Qué pena. Señorita Chauncey —continuó, volviéndose hacia ella—. Parece que usted sí. ¿Me concederá el honor de acompañarme en este baile?

Ella intercambió una mirada insegura con Alice. Su voz fue débil cuando respondió:

—Si usted lo desea, Lord Hicks.

El corazón de Alice se desplomó. No podía arrojar a su nueva amiga a los lobos de esa manera. Por impulso, dijo:

—En realidad, Lord Hicks, podría hacer una excepción —le sonrió amablemente, y sólo notó el brillo ansioso de sus ojos cuando ya era demasiado tarde.

—Vaya, este es un encantador giro de los acontecimientos —le tendió el brazo y Alice puso su mano sobre él, arrepintiéndose ya de su generoso impulso.

Mientras estaban parados en un lateral del salón, Lord Hicks se volvió hacia ella, y aunque no deseaba ser descortés, ella mantuvo la mirada dirigida hacia delante.

—Lady Alice —le dijo—, apenas me atrevía a esperar que tendría el placer de bailar con usted, pero como ahora está aceptando invitaciones, me parece que he sido altamente recompensado por intentar conseguir su mano.

Ella esbozó una sonrisa tensa y se sintió aliviada cuando la música llamó a todos a sus puestos. Afortunadamente, el baile era un reel, y pudo soportarlo sin pasar demasiado tiempo a su lado ni mantener una conversación prolongada que seguramente pondría en juego sus buenos modales.

Cuando terminó el baile, lo siguió de nuevo hasta un lateral. Les dirigió a sus amigas una mirada de sufrimiento después de que él hiciera una reverencia y se marchara.

—Gracias —dijo la señorita Chauncey con sentimiento. Alice le sonrió, pensando que tal vez había valido la pena salvarla. Al menos no era probable que Lord Hicks la abordara de nuevo. No pudo haber pensado que había disfrutado estar en su compañía.

En ese momento, la señorita Chauncey fue invitada a bailar, y les sonrió en forma de agradecimiento mientras se alejaba.

—Pobrecita. No es fácil de tolerar, ¿verdad? —dijo Cleda.

—Os dejó en paz con bastante facilidad —dijo, sabiendo por qué, claro.

Cleda le sonrió con lástima.

—Sí, las mujeres casadas podemos librarnos de un gran número de cosas, como evitar la atención de hombres intolerables. Pero no te lo restregaré en la cara.

—¡Buenas noches, Lady Alice!

Se giró para descubrir que Phillipa se acercaba a ella. Su corazón dio un vuelco al verla. Alguien relacionado con el señor Clavering. ¡Por fin! Podría decirle adónde había ido, si Alice tenía el valor de preguntar.

—Buenas noches, Cleda. —les sonrió a ambas mujeres, y Alice se preguntó cómo se las había arreglado para ganarse el uso del nombre de pila de Cleda en tan poco tiempo. Parecía poseer un don para hacer sentir cómoda a las personas. Las propias restricciones sociales que Alice se imponía resultaban a veces tan agobiantes.

—Es un placer verte, Philippa —respondió Cleda con calidez, mirando a través de la

habitación—. Ah. Veo que tu marido le está prestando oídos al mío. Te agradezco que los hayas presentado.

—Jack está encantado de conocerlo. Están hablando de un comité en particular para nombrar comisionados de impuestos sobre la tierra en el que Jack está interesado. ¿Quizás hayas oído hablar de él?

Cleda se rio.

—Lamento no compartir tu pasión por las cuestiones políticas. Mi única pasión es hacia mi marido.

Philippa le dirigió una sonrisa.

—Ése sí que es un comité del que ambas formamos parte.

—¿Dónde está el señor Clavering? —Alice no había querido soltar esas palabras. Había querido ser mucho más circunspecta en su pregunta, como si el paradero del señor Clavering fuera algo acabara de ocurrírsele. Pero la forma en que lo dijo sonó como si hubiera estado esperando la oportunidad de preguntar. Fue embarazoso, sobre todo cuando Philippa la miró con tanta intensidad.

Tras una breve pausa, en la que Philippa se mostró sorprendida, respondió:

—Mi hermano ha tenido que ir a su finca. Por lo visto, hay algunos problemas que necesitan de su atención, en particular los tejados de los inquilinos, que quizá no resistan otro invierno. Pensó que lo mejor era viajar allí sin dejar pasar más tiempo.

Alice estaba sorprendida.

—¿Dónde está su finca? —el hecho de que fuera un terrateniente no era algo que hubiera esperado, aunque sus padres sin duda debían saberlo o no habrían aprobado que la cortejara… si el señor Clavering realmente la hubiera estado cortejando.

—Está en St. Ives.

—¿En Cornwall? —exclamó, aún más desconcertada—. No lo tomé por alguien que tuviera contactos en Cornwall.

Estaba siendo demasiado entrometida, se temía, pero Philippa le respondió de inmediato.

—Nuestra familia es de Hertfordshire, pero la madrina de mi padre le legó una pequeña finca en Cornwall, y él se la dejó a mi hermano, George.

Alice asintió, sin hacer más preguntas. Ya había hecho demasiadas, pero la conversación le había dado una idea diferente del señor Clavering. Sabía que era un hombre decente, pero le había parecido demasiado frívolo como para preocuparse por el bienestar de sus inquilinos. Se moría de curiosidad por saber cuándo volvería, pero sabía que lo mejor era guardar silencio.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Alice bajó las escaleras, esperando acompañar a su madre a casa de Lady Jersey, como era su costumbre. Su madre no estaba en el pasillo, así que Alice fue al salón principal en su busca.

La duquesa estaba sentada, y señaló el sofá que había a su lado.

—Siéntate, Alice.

Ella permaneció inmóvil, mirando perpleja a su madre.

—¿Por qué no estamos haciendo nuestras visitas matutinas?

Su madre apoyó las manos en su regazo.

—Pensé que sería mejor hoy nos quedáramos en casa para recibir visitas en lugar de salir. Siéntate.

Ella obedeció, frunciendo el ceño.

—Madre, cualquiera que sea lo suficientemente cercano como para hacernos una visita matutina esperará que estemos fuera, ya que invariablemente hacemos visitas matutinas el día después de ir a Almack's.

La expresión de su madre era imposible de leer.

—He comunicado que hoy recibiremos invitados, así que espero que algunos vengan a visitarnos.

Frunció el ceño, asimilando este giro tan inusual de los acontecimientos. Se preguntaba a quién consideraba su madre lo suficientemente cercano como para visitarlas. Dudaba que la señorita Chauncey estuviera en la lista, y Alice no había tenido tiempo de rogarle a Cleda que viniera.

Llamaron a la puerta principal y la expresión de su madre se tensó hasta casi fruncir el ceño por la expectación. Un escalofrío de nervios recorrió a Alice. Era un comportamiento tan inusual por parte de su madre que tenía un mal presentimiento.

Horace entró en la habitación y anunció:

—Lord Hicks desea verla, Alteza.

Alice miró atónita a su madre, quien se puso en pie. Ella también se puso de pie. Sin duda, no podía haber sido invitado por su madre. Ella nunca había hablado del conde.

Lord Hicks hizo una reverencia ante la duquesa y luego ante Alice, murmurando "Alteza" y "Milady". Su madre lo invitó a tomar asiento, y así lo hizo. Echó un vistazo al salón.

—Posee muy buen gusto, Alteza.

La duquesa aceptó el cumplido asintiendo.

—Es una pasión particular mía, aunque no he decorado esta habitación desde mis primeros días como duquesa. Tendré que redecorarla pronto.

—No hay necesidad de hacer ningún cambio, Alteza —le aseguró—. Es perfecto tal como está.

Alice miró de uno a otro, apenas pudiendo disimular su sorpresa. ¿Qué hacía él aquí?

Su madre se levantó.

—Veré que traigan el té. Volveré en un minuto.

Aunque su madre siempre hacia sonar la campana para pedir el té, en ese instante salió de la habitación, para gran consternación de Alice.

Lord Hicks se giró en su silla para mirarla mientras le sonreía. Ella lo miró, intentando dominar su creciente inquietud para que no se notara en sus rígidas facciones. Se hizo un silencio incómodo mientras él la estudiaba. Por fin, se reclinó en su asiento y juntó las manos.

—Me parece que no es consciente del objetivo de mi visita.

—Me temo que no, milord —lo miró, ahora temiendo y casi sabiendo, lo que quería.

—He venido a pedir su mano, Lady Alice. Sus padres han aprobado mi propuesta, por supuesto. De lo contrario, ni siquiera se me ocurriría acercarme a usted. Conocen mi situación y saben que, además de mi vizcondado, poseo un buen patrimonio. No necesito casarme, pero deseo hacerlo.

Alice buscó en su mente una respuesta adecuada. Nunca le habían hecho una propuesta sin haber tenido algún previo aviso que le permitiera considerar cómo rechazar al pretendiente. No se le ocurrió nada más que su respuesta habitual, la cual también era cierta.

—Mi señor, me temo que mis padres os han traído aquí con falsas pretensiones. Verá, no tengo planes de casarme. Jamás. Ellos lo saben, así que me asombra que le hayan permitido venir aquí a proponerme matrimonio. Me siento asombrada, y realmente apenada, porque no lo haría

sufrir un rechazo innecesario por nada del mundo —no podía pensar qué hacer con sus manos, así que se sentó y las juntó, esperando su respuesta, con la esperanza de que tomara eso como una excusa para irse.

—Supongo que son mis dientes —suspiró, parecía resignado, y el corazón de Alice empezó a golpear fuertemente contra su pecho.

—N… no…

—Soy consciente, Lady Alice, de que no he sido bendecido con lo que podría llamarse una sonrisa.

—Yo… es decir, le aseguro… —no pudo continuar. Ninguna respuesta adecuada llegó a sus labios

—Había pensado en sustituirlos por dientes de Waterloo—continuó—, pero me temo que si me quito mis propios dientes (y estoy seguro de que puede imaginarse el miedo al dolor que produce un acto tan drástico) para sustituirlos por los postizos, puede que no permanezcan en mi boca cuando hable o coma. He oído hablar de algunas personas que colocan la dentadura postiza junto al plato mientras comen, y, por supuesto, esta comida se tritura hasta convertirla en algo que pueda consumirse sin necesidad de masticar, pero temo que los alimentos que no se mastican bien puedan causar indigestión, y ya tengo algunos problemas digestivos los cuales no mencionaré ahora —levantó una mano como para asegurarle que no lo haría—. No, me temo que no he sido capaz de concebir una solución tan irrevocable. Por ahora, estoy lejos de estar preparado para afrontar semejante decisión.

Un impulso maníaco de reír se apoderó de Alice, y necesitó de todas sus fuerzas, hasta la última pizca de esta, para mantener su rostro inmóvil. Era la conversación más ridícula que había tenido nunca. Siempre había dicho que deseaba abandonar el ámbito de las conversaciones superficiales, pero *¿esto?* Su primer impulso fue desear que el señor Clavering estuviera presente para oírla y poder reírse juntos. Su humilde confesión la había conmovido al principio y le había hecho pensar en lo poco considerada que había sido. Eso fue hasta que había mencionado lo de poner los dientes junto a su plato.

¿Qué clase de hombre hablaba de esas cosas en una conversación formal, y más aún durante una propuesta de matrimonio?

Ese pensamiento fue todo lo que necesitó para sustituir sus ganas de reír por indignación. Acogió esta emoción porque era mucho más fácil de controlar que la risa. Al final, fue capaz de formular su respuesta con un tono educado y frío.

—Lord Hicks, le agradezco que me haya hecho el honor de proponerme matrimonio.

—Fue una buena propuesta, ¿verdad? Soy un firme creyente de que hay que poner todo sobre la mesa, y me alegro mucho de que estemos de acuerdo en eso. Ahora, ¿qué dice usted, Lady Alice? ¿Puedo llamarla mi mujer?

Alice inhaló tranquilamente.

—Como ya he mencionado, no tengo intención de casarme. Me temo que mi negativa es definitiva.

Lord Hicks suspiró de nuevo.

—Es tal y como esperaba. No es fácil encontrar esposa. Uno pensaría que sería sencillo cuando se tiene un título.

La puerta se abrió, y Alice nunca se había sentido tan aliviada de ver a su madre.

La duquesa se detuvo en el umbral.

—He ordenado que traigan la bandeja del té —dudó en entrar, como si se preguntara si Lord Hicks necesitaría más tiempo para llevar a cabo su misión.

Cuando volvió a su asiento, Lord Hicks levantó una mano.

—Me gustaría un poco de té, gracias.

Alice lo miró, luego a su madre y finalmente regresó a él. No podía marcharse, ¿verdad? Su madre le había enseñado que debía quedarse donde estaba cuando había visitas. Y Lord Hicks no había huido como debía hacerlo un verdadero pretendiente rechazado. ¡De verdad iba a quedarse a tomar el té! No podía creerlo.

Lord Hicks se quedó una hora entera. Alice no participó en la conversación de ninguna manera, sino que dejó que su madre se encargara de la mayor parte. Si su madre pensaba que estaría dispuesta a aceptar su cortejo hasta el punto de recibir una propuesta tan desagradable sin previo aviso, bien, entonces su madre podía sufrir las consecuencias.

Al final, la duquesa tuvo que deshacerse de su invitado insinuando que tenían asuntos que atender. Sólo entonces, y después de que su madre se pusiera de pie, Lord Hicks se levantó finalmente y se despidió de ambas antes de marcharse con una mirada afligida.

Cuando se hubo ido, Alice se volvió hacia su madre.

—¿Qué has hecho, permitirle venir aquí?

Su madre se giró para mirarla.

—Hija mía, yo debería preguntarte qué has hecho tú. Lo has rechazado, ¿verdad?

—¿Necesitas preguntar? —gritó—. ¿Cómo pudiste pensar que aceptaría su propuesta si no acepté los otras que ya habías aprobado? Y esta vez, no me advertiste.

—Pensé que una propuesta sorpresa podría ser la única forma de conseguir que aceptaras —dijo con calma—. Nada más ha funcionado.

—Pues esto tampoco ha funcionado —refunfuñó—. Claro que he dicho que no. Claro que no me casaré con él.

La duquesa dejó que su mirada se posara en la repisa de la chimenea.

—Debo admitir que no tenía ni idea de que fuera tan invasivo. Uno no esperaría tal cosa de un par.

Alice suspiró.

—Madre, ¿por qué no puedes simplemente aceptar que no deseo casarme, y dejarlo así?

Miró a su hija de nuevo.

—¿Qué pasó con el señor Clavering? Estaba tan empeñado en conocerte, incluso vino a visitarte y te llevó de paseo…

—Madre, fue la señora Blythefield, su hermana, quien vino.

—Y te acompañó a tu asiento en la ópera. Creo que la presencia de su hermana fue sólo un pretexto. Pero ahora no tenemos ni siquiera una propuesta de su parte que esperar.

—Es porque nunca fue un pretendiente —dijo, agotada—. Él sabe que no me casaré.

—Empiezo a creerte —dijo, pero su tono no le proporcionó ni la menor tranquilidad. No presagiaba nada bueno.

—Por fin —respondió. Pero no pudo decir nada más, porque su madre continuó.

—Y es la idea más tonta y descabellada que jamás he oído. Si no estás dispuesta a casarte, sólo me queda una opción. Voy a enviarte a la finca de tu hermana Ann en Cumbria. Allí podrás ver cómo será la vida sin expectativas matrimoniales y decidir por ti misma si es la vida que realmente deseas vivir.

Con estas palabras, salió de la habitación.

# CAPÍTULO 14



La ciudad de Londres estaba a sólo diez millas de distancia, y George no podía estar más cansado o agradecido de estar de vuelta. Había estado fuera un mes entero, la mitad del cual lo había pasado viajando… y esto a caballo, porque era más rápido que el carruaje. Todavía no podía creer que hubiera aceptado marcharse a mitad de la Temporada sólo para ocuparse de los asuntos de su finca, cuando semejante idea le habría resultado insólita hacía apenas un mes. Pero no podía haber hecho otra cosa. Por primera vez desde que había alcanzado la mayoría de edad, se había ocupado personalmente de la tierra que siempre había sabido que le pertenecía. Y para su sorpresa, había descubierto que le gustaba hacerlo.

La pareja que dirigía la finca como administrador y ama de llaves, el señor y la señora Kettering, le habían dado la bienvenida como era debido. Aunque no fueron notificados de su llegada con más de un día de antelación, habían estado listos para recibirlo con una cama limpia y caliente en el dormitorio principal y una comida caliente con varios platillos a elegir, a pesar de que él era el único que se sentaba a la mesa. La casa necesitaba reparaciones, pero los cimientos eran buenos y las habitaciones estaban bien cuidadas. No tardó en elogiarlos por su fiel servicio.

Sin embargo, no tuvo nada que elogiar en el señor Hertzel, el administrador. Estaba claro que Hertzel intentaba desviar dinero de la finca hacia sus propias manos. George no le había avisado de su llegada, y la evidente incomodidad del administrador ante su repentina aparición y su exigencia de ver los libros de contabilidad lo habría hecho desconfiar de él si no hubiera tenido ya sus sospechas. Al cabo de un día, despidió al administrador y le escribió a su banquero para pedirle recomendaciones.

Al principio, seguía lamentándose de haber tenido que abandonar Londres en plena Temporada, pero era evidente que no podía dejar su finca hasta que hubiera sustituido al señor Hertzel. Así que se quedó. Y mientras estaba allí, cabalgó esas pocas millas hasta la costa, donde se quedó mirando el acantilado. Un viento fresco lo abrazó y llenó sus fosas nasales, y pudo oír el oleaje golpeando debajo de él. Aquello asentó algo en su alma.

En su camino de regreso a la finca, admiró el tono plateado, casi azulado, de la larga hierba a los lados del camino, tan diferente de Londres o Hertfordshire. Luego giró hacia su propiedad y abandonó el salvaje paisaje de Cornwall por el calmo y bien cuidado jardín inglés que enmarcaba una casa encantadora. Con las manos en el pomo, se detuvo a mirar las diez ventanas que se veían en el segundo piso y casi pudo imaginar cómo sería tener hijos para llenar algunas de esas habitaciones.

Mientras esperaba noticias de su banquero, acompañó a uno de los inquilinos más francos,

visitando el terreno y enterándose de lo que había que hacer. El hombre no dudó en enumerar las reparaciones de las que tendría que ocuparse; y al final, George pudo dejar algunas de ellas en manos del hombre. Tomó notas mientras la señora Kettering enumeraba las necesidades de la casa y siguió al señor Kettering al ático para inspeccionar una gotera en una zona del tejado que estaba causando algo de humedad.

Hace unos meses, habría estado ansioso por dejarlo todo y esperar que alguien más se ocupara de ello. Pero supuso que había cambiado. Los temas le interesaban cada vez más a medida que buscaba formas económicas de resolverlos. Había algo satisfactorio en el hecho mejorar una propiedad que le pertenecía, algo que era suyo. Y, por primera vez, comprendió el empeño de Lucius por dejarles algo a sus herederos.

En el transcurso de la visita, recorrió sus tierras y se familiarizó con los inquilinos, quienes comenzaron a saludarlo con más cordialidad cuando algunas de las mejoras ya habían comenzado. Cada día se encontraba paseando por la gran casa vacía para examinar las habitaciones y, por primera vez, se imaginó a sí mismo viviendo aquí, rodeado de una familia. Incluso tendría una habitación para recibir a sus invitados. Se preguntó si la familia de Lady Alice visitaría alguna vez una finca tan apartada.

Tan pronto como ese pensamiento pasó por su mente, se detuvo en seco. Estaba de pie en la quietud del dormitorio contiguo al suyo y miraba distraídamente el gran espejo que colgaba sobre la chimenea. Se acercó a él y se señaló en el espejo. *Esa no es una opción*, se reprendió severamente.

La idea, una vez arraigada, no se iba con facilidad, y empezó a pensar que tal vez sólo se trataba de encontrar una esposa. No tenía por qué ser Lady Alice, quien ya había dejado perfectamente claro que no estaba disponible.

En cuanto el nuevo administrador fue contratado, otro hombre de Truro, Cornwall, a quien el banquero había encontrado a través de uno de sus contactos, George se marchó con la promesa de volver durante el verano para ver cómo iban las reparaciones. Afortunadamente, sus tierras eran buenas para la agricultura y sus inquilinos aportaban suficientes cosechas para mantener la finca. Se dio un tiempo para agradecer que la madrina de su padre no le hubiera legado una mina, pues dirigir una finca ya era bastante complicado.

Empacó sus pocas pertenencias y se despidió de los Kettering, prometiendo no tardar tanto en visitarlos la próxima vez. Mientras emprendía su camino de regreso a casa, se preguntó si Duck y la señorita Chauncey habrían avanzado en su relación. Por primera vez desde que la idea había surgido, no envidiaba la felicidad de Duck.

La misma noche de su regreso, George entró en White's, con la esperanza de sorprender a sus amigos. Lo que le hubiera gustado era asistir a algún evento en el que seguramente se encontraría Lady Alice, aunque sólo fuera para verla un segundo. No podía negar que había pensado en ella más de una vez a lo largo del mes, incluso después de haberse reprochado el haberla considerado como su futura esposa y dueña de su finca. ¿Seguía empeñada en mantener cierta distancia entre ellos, o bastaría el hecho de que él hubiera estado fuera un mes para que retomaran su amistad desde donde la habían dejado?

Encontró a Whitmore y Amos sentados con Taylor y Filbert, y se sentó a su mesa al son de sus saludos y palmadas en el hombro. Después de que bebieron a su salud y la conversación se calmó, George miró a su alrededor.

—¿Dónde está Duck?

Whitmore y Amos intercambiaron una mirada.

—Ha sufrido una decepción.

George frunció el ceño.

—¿Qué decepción? —¿Qué podía haber pasado en el mes que había estado fuera? Lo único que se le ocurrió fue que su afecto por la señorita Chauncey no había llegado a nada. Pero seguramente no podía ser así cuando ella estaba claramente tan enamorada como él. Si Duck había llegado a hacerle una propuesta, ella nunca la rechazaría. Tendría que estar loca para hacerlo. La chica nunca conseguiría un hombre mejor que Duck.

Amos negó con la cabeza.

—La señorita Chauncey está comprometida con Lord Hicks.

—Lo que significa que he ganado mi apuesta —anunció Filbert. Cuando todos lo miraron con una mezcla de sorpresa e indignación, levantó las manos—. No me malinterpretéis. Lo siento mucho por Duck, por supuesto. Pero sabía que habría alguna joven que iría tras el título de Hicks y que aceptaría al hombre en esos términos. O, en el caso de la señorita Chauncey, alguien cuya madre aceptaría los términos.

—Comprometida —dijo George—. Yo no lo habría pensado de ella. Es decir… no conozco a la chica, pero tenía la impresión de que no iba detrás de un título. ¿El compromiso ha sido anunciado?

—Por alguna razón que no puedo comprender, no se ha anunciado —dijo Whitmore—. Pero tengo entendido que se han leído las amonestaciones. Intenté decirle a Duck que pronto aparecería alguna otra joven digna y que no cayera en la desesperación. No me hizo caso.

George asintió.

—¿Dónde está ahora? ¿En su casa?

—Me parece que está en casa de Evans. Ve a verlo. Te escuchará —dijo Amos—, estoy seguro de que podrás hacerlo entrar en razón.

George sacó su reloj de bolsillo. Faltaban unos minutos para medianoche.

—Evans es un hombre casado. No iré esta noche. Sin embargo, creo que os dejaré. Llevo días viajando, y si quiero despertarme a tiempo para el desayuno, tendré que irme a la cama temprano.

Filbert intercambió una mirada divertida con Taylor.

—El tío ha vuelto de su finca y ya está tan cambiado. Un esclavo de sus obligaciones. ¿Apostaremos ahora por su matrimonio?

—Será mejor esperar a que haya una dama —dijo George, y salió por la puerta dejando atrás las risas.

AL DÍA SIGUIENTE, justo después del mediodía, George fue a casa de Matthew Evans, preguntándose si Duck habría pasado allí la noche. Primero lo intentaría aquí y, si no tenía suerte, se dirigiría a la casa de Duck. De todos modos, sería bueno visitar a Matthew y su esposa.

Cuando fue admitido en el salón principal, se detuvo en el umbral, dudando si entrar. La acogedora habitación estaba llena de sus visitas habituales. Matthew y Susan Evans estaban allí, por supuesto. Y con ellos estaban Duck y Philippa, la hermana de George. Sentada junto a ella estaba Lady Alice. Se quedó un poco boquiabierta y apartó la mirada. Lucía igualmente sorprendida de verlo.

—Has vuelto, George —dijo Philippa, mostrando alegría en su rostro.

—Por favor, toma asiento —Susan se puso de pie, señalando el único asiento libre en su pequeño círculo situado cerca del fuego. Estaba justo enfrente de Lady Alice.

George recordó sus modales e hizo una reverencia ante Susan. Luego se dirigió hacia Lady Alice, quien estaba de pie.

—Espero que se encuentre bien, milady —cuando levantó la mirada, no pudo evitar coger su mano unos instantes más de lo necesario. Era bueno verla.

Antes de sentarse, recordó el motivo de su visita y miró a Duck.

—Anoche estuve en White's y Amos me dijo que podría encontrarte aquí.

Duck asintió, con una expresión inusualmente triste en el rostro.

—Me alegro mucho de tenerte de vuelta, George. Te envié una carta que debió de cruzarse en tu camino. Te estará esperando allá si alguna vez vuelves —dijo Philippa con un tono bromista.

—Será necesario. Hay muchas cosas de las que ocuparse en la finca —respondió—. Quiero ser de más ayuda para el señor y la señora Kettering, quienes han mantenido todo en orden a pesar de que no ha habido amo allí durante años.

Duck salió de sus pensamientos para mirarlo.

—Has cambiado. Parece que el mes que pasaste fuera te ha sentado bien.

George, cohibido por la atención, miró a Lady Alice.

—Supongo que en cierto modo sí. Pero, si me perdonáis que vaya al grano, ¿es cierto que la señorita Chauncey ha aceptado la propuesta de Lord Hicks? ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? Asumo que todos aquí estáis al tanto de la situación y espero no haberme equivocado en esa apreciación.

—Todos estamos al tanto —dijo Lady Alice en voz baja—. Su hermana me trajo aquí para hablar con el señor Duckworth, ya que sabe que tengo una amistad con la señorita Chauncey, por muy nueva que sea.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar. Se permitió el lujo de mirarla mientras esperaba su respuesta.

—Por lo que deduzco, y debo aclarar que mi única conversación con la señorita Chauncey fue breve y bajo escrutinio público, su madre la ha obligado a aceptar la propuesta de Lord Hicks.

—¿Por encima de la tuya? —preguntó George, volviéndose hacia Duck sin poder creerlo. No podía creer que la señorita Chauncey pudiera rechazar la propuesta de Duck por la de Lord Hicks. Sabía que ella no buscaba un título. Y era mayor de edad. Su madre no podía obligarla a hacer algo que no deseaba.

Duck se movió en su silla. No contestó enseguida, así que Philippa habló por él, con voz llena de compasión.

—Duck no le propuso nada exactamente. Su relación no fue oficial, pero él no le dio indicios de que se le declararía. Creo que fue demasiado difícil para la señorita Chauncey resistirse a su madre cuando no tenía nada más a lo que recurrir.

—Pero ya le habías expresado tus sentimientos, ¿verdad? —preguntó George. Una mujer no podía romper fácilmente un compromiso, al menos no sin causar un escándalo. Pero había que hacer algo.

—Creo que es demasiado tarde para eso —dijo Evans.

Duck dejó caer la barbilla sobre su mano y no respondió. George se volvió para mirarlo fijamente, frunciendo el ceño nuevamente. No había visto a Duck con tan poca determinación desde aquella escapada con Mary Morgan. Quería hacerlo entrar en razón.

—Si la amas, tienes que hacerle saber lo que sientes. Aceptó una propuesta bajo falsos pretextos —habló con seriedad y con la vaga sospecha de que su exhortación había adquirido un

significado personal—. Al menos debería saberlo.

Lady Alice se volvió para mirarlo y él pudo ver cierta sorpresa en sus facciones. Con sus palabras, no sólo le estaba concediendo la victoria a Lady Alice, sino que estaba actuando en su favor, a pesar de no proponer ninguna solución práctica.

—Sin embargo, no hay nada que ella pueda hacer ahora, señor Clavering —cuando ella habló, le costó concentrarse en sus palabras. Su voz era como ambrosía después de no haberla oído en un mes.

—Tal vez no. Pero sigo pensando que deberías decirle lo que sientes. Ese es mi consejo —dijo con firmeza. Esta proposición un tanto inútil fue seguida por un silencio, aparte del movimiento de los sirvientes en una habitación cercana.

Lady Alice miró a su alrededor.

—Señora Evans, me temo que no puedo quedarme. He estado fuera más tiempo del que pretendía. Philippa, no te molestes en acompañarme, porque sé que has quedado con tu marido. Puedo ordenar que traigan el carruaje de mi padre.

George se levantó.

—Por favor, permítame acompañarla, milady. He venido en faetón y he hecho que mi lacayo lo trajera a las caballerizas. Será más rápido que esperar a su carruaje.

Lady Alice lo dudó el tiempo suficiente como para que él supiera que estaba pensando sobre los rumores que podría causar el hecho de que alguien los viera juntos. George contuvo la respiración.

Después de un momento, ella le echó un vistazo a la habitación.

—Muy bien. Se lo agradezco.

—Vendré después a visitarte, Duck —dijo George antes de acompañar a Lady Alice al pasillo, donde ordenó que fueran por su carruaje a las caballerizas. El carruaje fue traído sin demora. George dio las gracias a su lacayo mientras ayudaba a Lady Alice a subir al faetón, y luego subió él mismo—. James, puedes volver a casa por tu cuenta, ¿verdad?

—Si, señor —respondió su lacayo y comenzó a caminar a un paso tranquilo, sin molestarse en lo más mínimo por el cambio de planes. Podría haber dejado que se sentara detrás de ellos, pero prefería tener a Lady Alice para él solo.

Hizo chasquear las riendas y los caballos se pusieron en marcha. Con Lady Alice a su lado, era consciente de cada movimiento que hacían. Sus piernas estaban lo suficientemente cerca como para compartir calor, aunque en realidad no estaban tocando.

—Me han dicho que tiene una finca en Cornwall.

—Así es, ¿conoce la zona? —mantuvo la mirada fija en el camino, agradecido por tener una distracción.

—Cornwall, no. Pero nuestra familia visitó Brighton dos veces, y se convirtió en uno de mis lugares favoritos. Hay algo tan vigorizante y hermoso sobre la costa. La alta hierba marrón que crece en las dunas, los acantilados, el viento y las olas rompiendo. Siempre he querido vivir en una ciudad costera.

George sonrió. Había revelado mucho de sí misma con esas pocas palabras, y pudo simpatizar con lo dijo.

—Mi finca no está en el mar, pero no está lejos de él. Es fácil llegar a todas esas vistas de las que habla.

Desde su periferia, vio que ella le dirigió una mirada penetrante que fue acompañada por un rubor en sus mejillas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que le había estado ofreciendo su propiedad para que lo considerara como pretendiente. Pero ya era demasiado tarde. Las palabras

habían salido de su boca.

Ella permaneció en silencio y George buscó algo que decir, cualquier cosa que pudiera restablecer la relación que parecían haber perdido. Antes habían podido mantener charlas mucha facilidad, pero ahora todo era tan tenso. Al final, fue Lady Alice quien retomó el hilo de la conversación.

—Ha ganado su apuesta. El señor Duckworth no consiguió tener algo con la señorita Chauncey. No tuvo tiempo de hacerlo. O no lo hizo lo suficientemente rápido como para que rindiera frutos. A nadie le desearía estar junto a un hombre como Lord Hicks, pero…

Se detuvo de repente y él la miró, curioso por saber qué la había hecho callar. Volvió a poner rápidamente los ojos en el camino.

—Pero no puedo decir que culpe a la señorita Chauncey por ceder ante la presión de su madre cuando no tenía más que coqueteos por parte del señor Duckworth. Quizá si él hubiera sabido que había alguien con tanto interés en ella, habría actuado con más rapidez.

—Estoy seguro de que lo habría hecho —le aseguró—. Fue herido en el pasado, y creo que eso lo ha hecho tímido a la hora de revelar sus sentimientos —la miró de nuevo y volvió a dirigir su mirada hacia delante—. No puedo expresar mi sorpresa al verla en el salón de los Evans cuando llegué.

Ella se rio y bajó la mirada.

—Y yo al verlo a usted. Su hermana me pidió que fuera a hablar con el señor Duckworth. Pensó que yo podría explicar el por qué detrás de la aceptación de la señorita Chauncey.

—¿Y pudo hacerlo? —frunció el ceño—. Me parece un poco cobarde de su parte aceptar la propuesta de un hombre cuando está claramente enamorada de otro.

—Eso es porque usted es un hombre, señor Clavering —su tono fue un escarmiento—, puede hacer lo que desee. Sólo tiene que declararse a una mujer cuando le apetezca hacerlo. Si no le apetece, no hace falta. Las mujeres simplemente debemos esperar. No tenemos más control sobre nuestro destino que el de decir no en un momento o sí en otro, e incluso esa decisión a veces nos es arrebatada. Si el señor Duckworth tardó en pedir su mano, no es culpa de nadie más que suya. Aunque, por supuesto, no pretendo ser grosera.

George hizo una pausa antes de responder, concentrándose de nuevo en el camino. Agradecido por tener algo que hacer con las manos.

—Nosotros también corremos riesgos. Porque no sabemos si la mujer dirá que sí. Y además, no podemos precipitarnos basándonos en una emoción. ¿Se imagina si lo hiciéramos? Estaríamos condenados a una vida de matrimonio con la mujer equivocada. O, si termináramos una relación, seríamos juzgados aún más duramente que una mujer por tal cosa y perderíamos nuestro honor en el proceso. Hay dos caras en una moneda, Lady Alice.

—Tal vez —hubo silencio de nuevo, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Como he dicho, usted ha ganado la apuesta, señor Clavering. Debe darme sus condiciones.

George sonrió, sintiendo alivio ante el ligero cambio en la atmósfera que rodeaba su conversación. La mención de la apuesta lo hizo recordar los días más agradables cuando recién habían comenzado a hablar.

—No exigiré nada hasta ver qué es lo que hace Duck. Por su bien, espero que hable con la señorita Chauncey. Para ser sincero, creo que ambos serían muy adecuados el uno para el otro —tiró del faetón hacia la calle donde se ubicaba la casa londinense del duque de Carr.

Lady Alice sonrió.

—Gracias por admitirlo. Es muy generoso de su parte —dejó caer su mirada hacia sus manos —. Tendrá que darme las condiciones pronto, sin embargo, si desea reclamarlas.

Detuvo el carruaje frente a su residencia y se volvió hacia Alice. Ella lo miró fijamente, y él se quedó sin aliento al sentir la cálida mirada de sus ojos castaños y sus dulces labios carnosos. Quedó atrapado por su mirada. Hechizado.

—¿Y por qué? —consiguió decir—. No tenemos prisa, podemos pensar en las condiciones con calma. Ni siquiera es mayo todavía.

—Sí, la temporada aún no ha terminado —dijo, mirando abajo hacia sus manos—. Pero mi madre me va a enviar a Cumbria a vivir con mi hermana Ann.

# CAPÍTULO 15



Alice se disponía a bajar, pero el señor Clavering levantó la mano para detener al lacayo quien había acudido para ayudarla.

—Danos un momento, por favor —le dijo. Luego se volvió hacia ella—. ¿Cumbria? —su rostro mostraba desconcierto, y ella podía creerlo. Aún no se había hecho a la idea de que su madre planeaba enviarla lejos dentro de una semana. La duquesa sólo estaba en espera de que Ann le confirmara que podía recibir a Alice. Ella no había podido hacer nada para disuadir a su madre de su decisión.

No miró al señor Clavering por miedo a llorar.

—Mi madre no está satisfecha con el hecho de que no esté dispuesta a elegir un marido, y creo que espera forzar mi decisión amenazándome con enviarme lejos, donde me perderé el resto de la Temporada, junto con cualquier otra cosa que pueda ser de mi interés —respiró hondo, pero le costó llenar los pulmones—. No sólo amenaza con hacerlo, más bien lo *está* haciendo.

El humor de Alice cayó en picado sólo de pensarlo. Ya no podía negar que la presencia del señor Clavering la afectaba. En cuanto lo había visto en el salón principal de los Evans, casi se había quedado sin habla. Había perdido la esperanza de volver a verlo antes de marcharse, y el haberlo hecho había sido un regalo.

El señor Clavering enrolló las riendas alrededor de su mano en silencio. Finalmente, dijo:

—¿Tanto se niega su madre a aceptar su decisión de no casarse que la enviará al más remoto rincón de Inglaterra? —su mirada se encontró con la de ella, y la preocupación en sus ojos lo hizo fruncir el ceño—. Es muy cruel de su parte.

—No creo que ella lo piense así. Después de todo, me envía a casa de mi hermana, quien es de mi propia sangre —una débil sonrisa se dibujó en los labios de Alice—. Ella no lo ve como un castigo. Su Alteza no posee la más cálida disposición, y mi padre no es mucho mejor.

Él mantuvo sus ojos en ella.

—Entonces sólo puedo preguntarme de dónde heredó la suya.

Dirigió su mirada hacia la de él, pero tal vez no fue la mejor idea, porque su mirada volvió a provocarle esa extraña sensación en el pecho. Miró hacia delante y se disponía a llamar al lacayo para que la ayudara a bajar, ya que él parecía reacio a hacerlo (aunque, sinceramente, a ella no le resultaba mucho más fácil ponerle fin a su conversación), cuando el señor Clavering habló.

—Es una pena que tenga que irse tan pronto. Esperaba… —se interrumpió y volvió a juguetear con las riendas en sus manos—. He tenido mucho tiempo para pensar este último mes, y me preguntaba si consideraría una propuesta que tengo.

Alice frunció el ceño, confundida. No podía imaginar a qué propuesta se refería, a menos que… ¿podría ser que quisiera pedir su mano? Se arriesgó a mirarlo rápidamente, y el parecía estar bastante incómodo así que tal vez debería tratarse de eso. Su corazón comenzó a latir con más fuerza en su pecho. Debía decir que no, por supuesto. Sin duda, ya que no iba a casarse. Pero nunca antes nadie la había tentado tanto a dar una respuesta diferente.

El señor Clavering se removió en su asiento para mirarla.

—He estado pensando mucho durante mi ausencia, para ser sincero. Es un tema que no me he permitido abordar en el pasado, ni siquiera en mi propia mente. Me consideraba demasiado joven para pensar en algo así. Pero el hecho de estar lejos y ocuparme de mi finca me hizo darme cuenta de que es el momento. Necesito una esposa, Lady Alice —respiró y estiró las piernas hacia adelante tanto como le permitía el asiento, como si quisiera liberarse de los confines de su pequeño carruaje y caminar por la calle—. Nunca le propondría tal cosa, ya que ha dejado perfectamente claros sus pensamientos sobre el tema. Pero el hecho de que se marche me obliga a hablar.

Alice contuvo la respiración, sorprendida, asombrada de que realmente fuera a proponerle matrimonio. Había una parte de ella que intentaba sentirse indignada. Si él podía pedirle tal cosa, no había entendido nada de lo que ella le había dicho. Pero gran parte de ella traicionó esos nobles sentimientos porque quería oírlo decir esas palabras. Más aún, quería decir que sí.

Por fin, él exhaló y la miró.

—Me preguntaba si me ayudaría a encontrar una esposa.

La petición fue tan inesperada que le costó entenderla. Luego el entendimiento la golpeó con todas sus fuerza. Si antes había tenido problemas para respirar, ahora no podía hacerlo en absoluto. Era como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago.

—No lo entiendo —sus palabras salieron entrecortadas, apenas audibles.

La expresión de incomodidad del señor Clavering aumentó.

—Bueno, ahora puedo ver cuánta razón tenía sobre Duck y la señorita Chauncey, aunque ha habido un contratiempo considerable, lo admito. Sólo pensé que si tiene un gran instinto para buscar parejas, podría hacerlo por mí.

—Ah —miró hacia algún objeto en el cual no se puedo enfocar. Su rostro se volvió serio y sonrojado, y esperó que cualquier emoción que la recorriera no fuera evidente para él—. Una esposa para usted, señor Clavering —su voz cobró fuerza—. Haré todo lo posible por no decepcionarlo, pero me queda menos de una semana en Londres, así que no puedo prometerle nada —le hizo una señal al lacayo para que se acercara. No podía estar en ese carruaje ni un minuto más.

El señor Clavering le puso una mano en el brazo para llamar su atención.

—Lady Alice, pase lo que pase, quiero que sepa que disfruto mucho de su compañía. La eché de menos cuando estuve fuera.

Intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Y yo disfruto de la suya.

Dejó que el lacayo la ayudara a bajar y no miró al señor Clavering mientras se dirigía a la puerta de su casa, pero oyó el ruido detrás de ella mientras se alejaba.

Se adentró en la espaciosa entrada de su casa, desesperada por buscar refugio en su dormitorio.

Su madre salió del salón principal.

—Alice, llegaste. ¿Dónde has estado?

—Estaba de visita con la señora Blythefield.

—¡Otra vez! Os habéis convertido en amigas íntimas. Lástima que no se diera nada con su hermano. No obstante, tengo excelentes noticias. He recibido una carta de tu hermana —dijo, sosteniendo la carta color crema con el sello roto—. Estaría encantada de recibirte y dice que todas tus sobrinas y sobrinos están pidiendo a gritos que los visites.

Alice se quitó los guantes.

—¿Vamos al salón, madre? —no quería que el lacayo oyera lo que estaban discutiendo, sobre todo porque deseaba protestar una vez más. Tal vez su madre realmente la escuchara esta vez.

Siguió a la duquesa hasta el salón y esperó a que ambas se sentaran antes de hablar.

—Siento que has tomado esta decisión como una especie de castigo, casi como si lo hubieras hecho para fastidiarme, simplemente porque deseo seguir un camino diferente al que tú quieres que siga —luchó por mantener su voz firme. Sabía que la petición del señor Clavering no la había ayudado a controlar sus emociones. Una cosa se había amontonado sobre la otra, y pronto la aplastaría. Se aferró a sus guantes hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Sé que piensas que no tengo en cuenta tus intereses, pero te aseguro que sí —dijo la duquesa. Se alisó la falda y, por una vez, no soltó la dura reprimenda que Alice esperaba. En lugar de eso, entrelazó sus manos y miró a su hija a los ojos—. No puedo decir que entienda tu deseo de no casarte. Yo siempre quise casarme y tener hijos. Pero no necesariamente quería casarme con quien mis padres habían elegido para mí —su madre siempre seleccionaba sus palabras con gran cuidado, y ante esta admisión, se estremeció como si hubiera dicho palabras que había querido mantener ocultas—. No es nada contra tu padre, por supuesto. Estoy perfectamente satisfecha con mi vida a su lado, y sobre todo de los hijos que le he dado. Pero no era precisamente mi deseo convertirme en duquesa. Nunca había deseado ser el centro de atención de la forma en que una duquesa estaba obligada a serlo.

Alice digirió esto. No le sorprendió que su madre no hubiera deseado casarse con el duque de Carr. Él no era un hombre cariñoso. Pero la confesión de que no le gustaba tener todas las miradas puestas en ella la sorprendió. Para alguien a quien le gustaban tanto los cotilleos, las apariencias debían de tener valor para ella, a menos, claro está, que temiera que los cotilleos se volvieran en su contra y no saliera favorecida. Sin duda, una duquesa atraía las miradas, y las críticas, de muchos.

—Por eso me pareció muy generoso y *moderno* por parte de tu padre y mía permitirte hacer un matrimonio por amor —continuó—. Tus hermanas nunca pidieron tal cosa. Se contentaron con unirse a quien nosotros elegimos para ellas. Contigo, nuestra hija menor, fuimos más indulgentes, supongo. Aunque no deseábamos precisamente malcriarte, veíamos que tenías ideas diferentes a las de tus hermanas. Por esa razón, estuvimos dispuestos a considerar las cosas desde otra perspectiva: dejar que hicieras un matrimonio basado en el amor, como ya he dicho —suspiró decepcionada—. Y aunque pusimos en tu camino a muchos hombres aptos con la esperanza de que eligieras a uno de ellos, no ha habido ninguno que te llame la atención. Así que cuando aceptamos a este señor Clavering, que no es más que un segundo hijo, y nada menos que de un baronet, pensamos que era muy generoso por nuestra parte. Pero has rechazado todos nuestros esfuerzos. Deberías considerar que eres igual de culpable si te enviamos lejos.

Alice estaba cada vez más cansada de la forma en que la conversación se había convertido en un sermón.

—Madre, dijiste que tenías mis mejores intereses en el corazón. Pero todo lo que has dicho hasta ahora demuestra que tus razones para enviarme al norte son porque no hice lo que deseabas. Si eso no es un castigo, no sé lo que es.

La duquesa se inclinó ligeramente hacia delante, como para dar más énfasis a sus palabras.

—Sólo te estoy mostrando cómo será la vida sin la protección de un marido, antes de que sea demasiado tarde y termines siendo una solterona. No es una vida que desearía para ti. No eres una niña, pero apenas eres tan mayor como crees. Tu vida de soltera, no importa si tienes un hogar, no será fácil. No es irrazonable de mi parte querer que te beneficies de la protección de un marido.

No tuvo respuesta para su madre. De todos modos, no creía que ella la escuchara. Lo único que tenía era la privacidad de sus pensamientos, y se aferró a eso.

En el fondo de su corazón, sabía que el matrimonio podría ser una tentación si el señor Clavering fuera quien se lo pidiera. Él no era como los demás caballeros. Si pudiera tener la seguridad de que no seguiría teniendo amantes. Si pudiera creer que era realmente el hombre que aparentaba ser, pensó que tal vez no sería tan terrible sentir esas mariposas en el estómago por el resto de su vida.

El único problema era que no podía estar segura de nada de eso.

# CAPÍTULO 16



George chasqueó las riendas para que su pareja de caballos grises avanzara. Sus pensamientos estaban absortos en las noticias que Lady Alice le había dado. No podía creer que estuviera a punto de marcharse. El principal motivo que lo había traído de vuelta a Londres, que había acelerado su paso, ayudándolo a superar la fatiga de días y días de viaje a caballo, era la expectativa de volver a verla. Y verla tan pronto después de su llegada se sintió como la Providencia. Tendría que disfrutarlo mientras pudiera.

Sabía que ella no consentiría que él le propusiera matrimonio, sin importar que por fin le gustara la idea de encontrar a alguien y sentar la cabeza, y ella fuera actualmente la única candidata en esa lista. No podía pedírselo. Hacerlo sería ignorar por completo sus deseos, y él no le faltaría el respeto de semejante manera. Pero ya que se había planteado esta idea, ¿qué mejor persona para elegirle pareja que Lady Alice? Ella no le designaría a alguien que careciera de su ingenio, humor e inteligencia. Por otra parte, era poco probable que encontrara a alguien que poseyera esas cualidades en un grado cercano al de ella. Pero si pudiera encontrar una copia, tal vez sería suficiente.

*Aunque probablemente me esté mintiendo a mí mismo*. No estaba seguro de poder aceptar fácilmente una mala copia de una mujer como Lady Alice.

En lugar de dirigirse a casa, condujo hacia la de su hermano con la intención de informarle sobre los progresos que se habían hecho en la finca. Le había enviado una carta mientras estaba fuera y había recibido una a cambio. En parte, deseaba obtener la aprobación de su hermano por todo lo que había logrado. Después de todo, por fin había hecho lo que su hermano le había pedido y estaba orgulloso de sí mismo. Otra parte de él simplemente deseaba asentar algo en su interior viendo a la familia de Lucius, para examinar si estaba dando los pasos correctos.

Cuando Briggs abrió la puerta principal, se oyeron voces desde el salón, entre ellas el sonido de una especialmente penetrante que lo hizo apretar los dientes. *María*.

Era demasiado tarde para echarse atrás. Y tal vez Lucius necesitara su apoyo. Sonrió al pensarlo, normalmente era al revés. Entró en el salón y todas las miradas se volvieron hacia él.

—Has vuelto —dijo Selena con voz dulce, mientras Hugh le soltaba la mano y avanzaba dando tumbos. George lo levantó y lo lanzó en el aire, lo que hizo reír a su sobrino.

—Justo la persona que deseaba ver —dijo María con una voz que distaba mucho de ser dulce y que no presagiaba nada bueno.

—George —Lucius lo saludó con una mirada afectuosa y un humor que le decía que estaba tan poco entusiasmado de ver a María como él.

—George —repitió María, concentrando en él su penetrante mirada—. Venía a decirle a Lucius que están circulando rumores muy extraños sobre ti y Lady Alice St. Claire ¿Te lo puedes creer? Les he preguntado a Lucius y a Selena si sabían algo al respecto, pero ninguno de los dos estaba al tanto. ¿Qué tienes que decir ante estos rumores?

George se preparó para responder su pregunta. Era tan propio de su hermana. No contenta con manejar su propia vida, esperaba hacerlo también con la de los demás. Se alegraba de que Philippa se hubiera casado y escapado de la tutela de su hermana, aunque, tenía que admitirlo no con mucha ayuda de su parte. Había estado tan ocupado jugando que apenas había le prestado atención a Philippa y el hecho de que la estaban presionando para contraer un matrimonio infeliz. Aún se sentía mal por ello.

—Lady Alice está fuera de mi alcance —respondió mientras tomaba asiento. Esperaba que su respuesta hubiera sido lo suficientemente casual como para satisfacer a María. Lady Alice le agradaba demasiado como para que su propia hermana iniciara semejantes rumores. Y no le extrañaría que hiciera algo así, sobre todo si creía que podía elevar su posición social o la política de su marido.

—Has estado fuera un mes, y los rumores siguen circulando. Lady Alice se ha mostrado muy triste por tu ausencia cada vez que sale en sociedad, y todo el mundo lo ha notado. ¿Lo entiendes, George? Me debes contar la verdad. Soy tu hermana y me lo debes.

George no le debía nada.

—Si realmente estaba triste es porque tiene que hacer un viaje a Cumbria para visitar a su hermana, y tengo entendido que será una estancia prolongada.

Tuvo motivos para arrepentirse de las palabras en cuanto salieron de sus labios, porque María se sentó erguida y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Ya has hablado con ella si estás al tanto de sus planes. ¡Es tal como sospechaba! El duque y la duquesa de Carr están totalmente en contra de la boda, y desean enviarla lejos para que no se deje llevar por tu encanto.

—¿Qué encanto? —intervino George, sin ocultar su molestia. Lucius rio en voz baja y George lo fulminó con la mirada.

—George, sabes que tienes fama de jugar con demasiados corazones. No creo que quede ninguna matrona que piense que su hija tiene una oportunidad contigo —Maria se inclinó hacia delante con impaciencia—. ¿Por fin alguien ha captado tu atención? Cuando tienes a tu alcance a una mujer como Lady Alice, no debes dejarla marchar ni abandonar el cortejo desapareciendo de la escena social. Debes aferrarte a ella.

María no hizo más que aumentar su ira. Por una vez, estaba de acuerdo con su hermana y le hubiera gustado mucho aferrarse a Lady Alice. Pero era obvio que no podía decirlo y, de cualquier modo, que la conquistara no dependía de él. Era injusto que María insistiera. Solo necesitaba mencionar el hecho de que Lady Alice no deseaba casarse para silenciar a su hermana, pero ya había revelado demasiado. Se frotó la barbilla, sin saber qué responder.

Lucius levantó los pies del escabel donde los había colocado y se inclinó hacia delante para apoyar los codos en sus rodillas.

—He intentado decirle a Maria que se mantenga alejada de esto. Pero parece que no está dispuesta a seguir mi consejo —mantuvo su mirada ausente, como si su hermana no estuviera en la habitación. Un entendimiento tácito se produjo entre George y Lucius. Había habido muchos momentos así al crecer con su entrometida hermana mayor.

Selena permaneció callada. María y ella no se llevaban bien y no intentaba contribuir a la discusión cuando María estaba cerca, no porque se acobardará en su presencia, sino porque

pensaba que no sería bueno que Lucius tuviera que soportar más antagonismo del que ya tenía. Selena había demostrado ser una influencia tranquilizadora para toda la familia.

George dio unos golpecitos con la mano en el reposabrazos de su silla, reprimiendo el impulso de discutir o pasearse por la habitación para calmar su irritación.

—María, si el duque y la duquesa de Carr hubieran deseado enviar a su hija a Cumbria para alejarla de mí, se habrían asegurado de que se marchara antes de que yo regresara. Tuvieron tiempo de sobra para hacerlo. El motivo de su viaje al norte no tiene absolutamente nada que ver conmigo; eso te lo puedo asegurar —fulminó a su entrometida hermana con la mirada—. Y eso es más información de la que mereces.

María dio un pequeño grito ahogado de disgusto cuando Lucius salió a la defensa de George.

—Te lo dije, María. George ya no es un niño al que puedas controlar. Ya es un hombre y no necesita tu intervención ni tus consejos.

George tenía un deseo, y era no estar ante la presencia de María, así que aprovechó la calma que se apoderó del momento ante la reprimenda de su hermano.

—Lucius, deseo repasar contigo algunos asuntos de la finca y espero contar con tu opinión, si puedes dedicarme unos minutos de tu tiempo.

—No hay problema —respondió, poniéndose de pie—. Ahora mismo estoy libre.

Mientras ambos se marchaban María se levantó bruscamente.

—Bueno, supongo que yo también debo irme entonces, si los dos vais a salir corriendo. Que tengas un buen día, Selena —no iba a prolongar su visita para pasar más tiempo con su cuñada, ya que la idea les producía poco placer a ambas.

—Buen día, Maria —dijo Lucius con tanta calma como si acabaran de pasar juntos la tarde más agradable.

George siguió a su hermano por la puerta hasta su estudio.

—Creo que nos has salvado —dijo Lucius mientras se acercaba a la mesa que había junto a las estanterías y les servía a ambos una copa—. Si no hubieras llegado y me hubieras sacado de ahí, quién sabe cuánto tiempo más se habría quedado. Háblame de la finca.

George aceptó la bebida.

—Dejando de lado los días de viaje, debo decir que me alegro de haber ido.

Lucius enarcó una ceja.

—Me asombras.

George se rio.

—Como seguramente ya sabías cuando me enviaste las cartas. En cuanto recibí la extraña petición de dinero del administrador para hacer reparaciones en una finca que hacía años que no veía, no pude dejar las cosas así. No podía entregar semejante suma sin ir yo mismo a ver si estaba justificada.

—Sabía que mi fe en ti no estaba equivocada —dijo, con cierto humor en su voz.

George esbozó una rápida sonrisa y empezó a repasar los detalles de la finca y lo que había descubierto. Le pidió un consejo sobre cuánto debía invertir este año en las diversas reparaciones y cuáles debían esperar hasta saber qué ingresos le reportarían las cosechas. Lucius había supervisado su finca desde la distancia y no podía darle instrucciones específicas. Sin embargo, le aportó su sabiduría a partir la experiencia en su propia finca en Hertfordshire, aunque no se enfrentó a los mismos retos, como la preservación y el acceso a los lugares existentes de agua dulce.

Se acercó a su escritorio y escribió un nombre y una dirección.

—Acabo de pensar en Randall Meritt, con quien fui a la escuela. Deberías poder aprender

más de él, ya que es de Cornwall.

George cogió el papel y le dio las gracias. Había pasado una hora agradable con su hermano, discutiendo varias posibilidades para mejorar su herencia. Era la primera vez que interactuaban de igual a igual, en lugar de que George sintiera que Lucius lo veía como a un niño.

—Bueno, iré a ver a Duck. Ya debería estar en casa —dijo finalmente, poniéndose en pie. Se colocó su sombrero en la cabeza—. Ha tenido un pequeño disgusto.

Lucius se reclinó en su silla.

—¿La señorita Chauncey?

Caminaba hacia la puerta, pero al oír esto, se volvió.

—Sí. Me sorprende que lo sepas, porque Duck no ha sido particularmente abierto sobre su interés por la señorita Chauncey.

—Los rumores circulan, y mientras estabas fuera, observé a Duck. Es tu amigo, después de todo. Nunca había visto que le prestara tanta atención a una sola mujer —estudió sus dedos entrelazados sobre el regazo—. Es una lástima que eligiera a Lord Hicks. El apego no debió de ser muy fuerte por su parte.

George negó con la cabeza.

—No, en eso te equivocas. Creo que el apego de ella era incluso más fuerte que el de él en un principio. Y tengo razones para creer que sigue siendo así. Pero Duck tardó en proponerle matrimonio, y la madre de la señorita Chauncey estaba interesada en el título. Obligó a su hija a aceptarlo, según cuentan.

—Hum —se frotó la barbilla—. Un rasgo universalmente compartido por todos los hombres, esta vacilación a la hora de declararse ante una mujer cuando hace tiempo que están seguros de sus sentimientos. Supongo que seguimos pensando que necesitamos estar más seguros, ¿y cuán seguro es lo suficientemente seguro? —George sabía que estaba pensando sobre su propia propuesta de matrimonio y en lo que había tardado en decidirse a actuar. Casi había sido demasiado tarde para conquistar a Selena.

George asintió.

—En eso no puedo discutir contigo. Sigo pensando que debería hacer un esfuerzo para para confesarle sus sentimientos —cuando Lucius lo miró sorprendido, añadió—. Lo sé. Se han leído las amonestaciones, pero no se ha publicado ningún anuncio en la Gaceta. Y ella detesta al hombre. Lo he visto. Pienso que Duck debería al menos decirle lo que siente.

—¿Qué, para que puedan huir juntos? —enarcó una ceja—. Daría mucho de qué hablar.

—Duck podría manejarlo.

—¿Pero podría la señorita Chauncey? —levantó su mirada.

George se puso los guantes.

—Estoy seguro de que sí. Es cierto que no la conozco bien, pero parece ser una mujer con carácter, demasiado como para desperdiciar toda su vida en un matrimonio infeliz. Lady Alice tiene una muy buena opinión de ella, si no, no le habría mostrado tanto interés.

—Y tú tienes muy buena opinión de Lady Alice.

George tenía la mano en el pomo de la puerta y, al oír esto, se detuvo.

—Desgraciadamente, así es. Lástima, porque es sólo por mi parte.



FUE a casa de Duck esa noche, con la esperanza de tener una conversación más profunda de la que hubiera podido mantener en casa de Matthew. Había pensado que podría encontrarlo allí, y

así fue. Duck tenía la barbilla apoyada en la mano, y levantó la mirada cuando George entró pero no lo saludó.

—Voy a ver qué puedo hacer para conseguir que te reúnas con la señorita Chauncey. Le preguntare a Lady Alice que piensa… si es que consigo verla antes de que se marche —se detuvo en seco. Esas palabras hicieron que todo lo demás pasara a segundo plano. Respiró hondo y trató de no pensar en ello—. Creo que debes decirle a la señorita Chauncey lo que sientes por ella.

Duck asintió.

—Ha sido una decisión difícil de tomar cuando sé que tengo la culpa de haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Pero tienes razón. Al menos debo decírselo, aunque sea demasiado tarde. Sólo que no tengo ni idea de cómo.

George esperó a que dijera algo más pero la expresión abatida de Duck no hizo más que aumentar.

—Iba a llevármela lejos de Londres… lejos de su madre —dijo—. Habría sido feliz en Derbyshire. Me dijo que realmente nunca le gustó Londres.

George no podía soportar ver a su amigo en ese estado.

—No sé cuándo se va Lady Alice, pero le pediré que te ayude a ver a la señorita Chauncey antes de que se vaya, si tal cosa es posible. No es nada seguro, sin embargo, ya que se irá cualquier día de estos.

—Sería la única manera de verla. No tengo ningún pretexto para visitarla, y su madre no la ha dejado salir desde que se anunció el compromiso —se acercó y estrechó la mano de George —. Si puedes hacer tal cosa, entonces estaré en deuda contigo.

George no estaba seguro de si tendría éxito, pero lo intentaría. Se hizo un silencio entre ellos y, deseoso por darle un giro a la conversación, pensó que sería un buen momento para ponerse al día con las novedades ocurridas en su mes de ausencia.

—¿Qué más me he perdido?

Duck despertó ante la pregunta.

—Ah, sí. Creo que esto te interesará, aunque no son buenas noticias. Nuestra querida Mary Morgan parece estar husmeando aún más en la billetera de Lord Anley. Él parece estar completamente prendado y no acepta consejos de nadie más. Es bien sabido que su padre no está contento con este asunto y que Anley prácticamente ha dejado de ir a casa o de frecuentar a sus amigos.

George se llevó una mano a la frente.

—Me había olvidado por completo del hermano de Lady Alice. Me pregunto cuánto sabe ella de él. Supongo que no hay peligro de que huya para casarse con ella.

Duck se limitó a encogerse de hombros.

—Uno pensaría que no. Pero la forma en que el duque está haciendo todo lo posible por impedirlo está dando que hablar. Yo no diría que Lord Anley le esté aportando nada bueno al asunto. Parece bastante testarudo.

—¿Por qué las personas no pueden ser simples y directas?

—¿Y sensatas? —añadió—. Había apuestas en el club sobre esos dos. Yo debería haber apostado por Mary. Una vez que se fija en un hombre, no lo suelta fácilmente.

# CAPÍTULO 17



De vez en cuando, la duquesa iba a casa de Lady Jersey a sus visitas matutinas en un día de la semana que no siguiera a una noche en Almack's. Cuando Alice bajó las escaleras, su madre le anunció que ése sería su plan para ese día. Ella se alegró de ello. No iba a poder disfrutar de Londres durante mucho más tiempo y, rodeada como lo estaba de Cleda y de nuevos amigos, como Philippa y el señor Clavering, estaba empezando a apreciarlo.

La duquesa había dispuesto que partiera al día siguiente. Viajaría en el carruaje del duque, acompañada por su criada, dos lacayos y tres jinetes. No creía que tuviera oportunidad de ver al señor Clavering antes de partir e intentaba convencerse de que no importaba, sobre todo porque él le había pedido que le buscara una esposa. Eventualmente se casaría. Al fin y al cabo, un hombre necesitaba un heredero.

Tal vez tuviera la suerte de ver hoy a la señorita Chauncey. Quería tener una mejor oportunidad para averiguar lo que había sucedido sin que cada palabra de la señorita Chauncey fuera escudriñada. Una simple mirada al rostro del señor Duckworth la había convencido de que estaba cometiendo un grave error. Aunque no podía culparla por haber cedido ante tanta presión, era una lástima que se hubiera visto obligada a aceptar la propuesta de un hombre al que no amaba cuando estaba tan claro que había uno al que sí amaba.

Mientras esperaba a que su madre se pusiera los guantes, llamaron a la puerta. Alice siguió a su madre a la sala de estar para no ser vistas por las visitas. Al cabo de unos minutos, Horace entró con flores en la mano. Las colocó en la mesilla y anunció:

—Son para usted, milady.

Alice se quedó sin aliento. No había recibido flores desde su segunda Temporada. Le dirigió una mirada insegura a su madre, pues no quería que se revelara quién las había enviado. Tampoco deseaba descubrir a su admirador delante de su madre.

La duquesa tenía muchos defectos, pero no forzaba una confidencia. Preguntaría de quién eran las flores, pero no leería una carta dirigida a Alice. Tan solo enarcó una ceja y abandonó la sala de estar.

—En cuanto hayas leído la carta, podemos irnos.

Esperó hasta que su madre se hubo ido antes de correr hacia el ramo y arrancar el sobre de la cinta que lo ataba a un tallo de flor. El ramo estaba lleno de flores silvestres, de las que se podían ver en el campo, en lugar de las rosas o los lirios que se solían enviar normalmente. Rompió el sello y abrió el papel.

*Querida Lady Alice,*

*Pensé que un ramo con una pequeña nota sería más apropiado y llamaría menos la atención que una carta. Espero que perdone mi atrevimiento. No sé cuándo se marchará de Londres, pero si puede realizar un acto de servicio antes de irse (aparte del que le pedí, que es el menos urgente), le pediría que viera si se puede persuadir a la señorita Chauncey para que se reúna con el señor Duckworth. Puede ser en el lugar que ella elija. Sólo tiene que decirlo y él irá.*

*Podría ser demasiado tarde o demasiado complicado, pero si hay una mujer que conozco que posee grandes recursos, es usted.*

*Suyo,*

*George Clavering*

Pasó sus dedos por las letras de su nombre. *George*. Había puesto tanto su nombre como su apellido. Casi podía pensar en él de esa manera en lugar de por su apelativo más formal. Pensó que sería difícil reunirlos, pero el señor Clavering parecía tener fe en ella. Tal vez podría ser su último acto de servicio en Londres. Sobre todo porque su otra petición podía esperar.

Su madre entró en la habitación, y Alice dobló la carta y la metió en su reticule.

—Ya voy, madre.

Solo tenía que ponerse los guantes y ya estaba lista. Su madre se detuvo en la puerta, y la pregunta que había estado esperando llegó por fin.

—¿Quién envió las flores?

—Del señor Clavering —no podía mentir, por mucho que estuviera tentada a hacerlo. También estuvo tentada a llevarse las flores cuando viajara para poder aferrarse a ellas, aunque supuso que eso sería el colmo de la estupidez.

—Parece tener interés en ti, a pesar de lo que dices.

—Ninguno —respondió con firmeza. Podría decirle que él le había pedido que lo ayudara a buscar una esposa, pero no deseaba revelar demasiado.

Su madre sólo se detuvo el tiempo suficiente para decir:

—Lástima —antes de abrir la puerta y caminar hacia donde las esperaba el lacayo.

Cuando llegaron a la casa de Lady Jersey, se sintió decepcionada al ver que, si bien la señora Chauncey estaba presente, su hija no. Se sentó en un lado de la sala en lo que ella llamaba el "segundo círculo". La señora Chauncey tenía suficiente prestigio para visitar a Lady Jersey, pero se sentaba con las damas que no alcanzaban el rango de Lady Jersey y la Duquesa de Carr. Alice deseó poder preguntarle por qué su hija no había asistido, pero no lo hizo.

En lugar de ello, se acercó al círculo de señoritas a quienes conocía desde la infancia, deseando poder deleitarse con una conversación tan auténtica como la de la señorita Chauncey.

—Lady Alice —dijo Diana Moore—. ¿Tiene intención de ir al baile de máscaras que están organizando los Fenley? Estábamos hablando de lo que nos pondremos, aunque supongo que no deberíamos decírselo a nadie si queremos mantener nuestras identidades en secreto.

Teresa Wolfe cogió su taza y bebió un sorbo de té.

—Llevo mucho tiempo pensando que alguien debería organizar un baile de máscaras privado que pudiera rivalizar con el de Vauxhall Gardens, pero al que se pudiera asistir de verdad sin que se pensara demasiado rápido. Por fin, alguien más ha tenido la idea.

Barbara Gower asintió sagazmente.

—Los Fenley tienen justo el salón de baile para ello. Creo que deben de tener el salón de baile más grande de todo Londres. Será el lugar perfecto para acoger a tal multitud, y estarán atentos a cualquier impropiedad, se lo aseguro.

—¿Entonces irás? —le preguntó Diana.

No se atrevía a decir que no estaría en Londres. No tenía ningún deseo de responder a las

preguntas que tendrían sobre su próximo viaje. Le daba vergüenza. Ante eso, una repentina idea la abordó. ¿Cómo no se le había ocurrido a su madre? Que se fuera a mitad de Temporada seguramente daría de que hablar. Las personas se convencerían de que su partida tenía un propósito. Y entonces, una vez que ella dijera las palabras, se haría realidad. Y aún esperaba poder quedarse.

—Aún no lo he decidido —dijo finalmente—. No estoy segura de cuáles son los planes de mis padres para las próximas noches.

—Esa es una de las desventajas de permanecer soltera —dijo Bárbara amablemente a las mujeres de su círculo. Todas eran solteras.

Teresa echó un vistazo al segundo círculo y se inclinó hacia adelante.

—He oído que la señora Chauncey ha conseguido una victoria para su hija. La oí alardear sobre ello cuando llegamos. Me pregunto si su hija no está aquí también para jactarse sobre la noticia.

Alice no estaba segura de si estar comprometida con Lord Hicks era una victoria, pero no estaba de más seguir con los cotilleos. Tal vez no llegara a nada.

—Nada ha sido anunciado.

—No, pero por la forma en que se regodea la madre de la señorita Chauncey, estoy segura de que es sólo cuestión de tiempo —respondió Teresa.

Barbara frunció las cejas.

—No entiendo por qué la demora. Todo el mundo cree que se trata de algo oficial y, sin embargo, ¿no se ha anunciado? Las amonestaciones se han leído dos veces, al parecer, pero, para la *alta sociedad*, eso importa menos que un artículo en la *Gaceta* —se rio de su propia astucia antes de continuar—. Seguramente su madre debe saber que está creando rumores. Eso es algo que yo desearía evitar, si estuviera comprometida. Sólo puedo estar agradecida de que mi señor Gower lo hiciera todo como es debido, y de que mis padres se apresuraran a poner el anuncio en los periódicos.

Alice se volvió hacia Teresa, con una idea en mente.

—Llama al compromiso con Lord Hicks una victoria, pero él ha estado a la caza de una esposa durante años. ¿Por qué nunca lo considero como una posible opción para usted?

—Lady Alice —respondió, sonrojándose por la indignación—. No debe pensar que soy de las que *andan detrás* de hombres elegibles.

—No, no —dijo, con tono conciliador. Esperaba llegar a la raíz del interés de Teresa en Lord Hicks—. No quise decir eso. ¿Qué es lo que encuentra atractivo en él?

Tanto Bárbara como Diana callaron, y Alice se preguntó si era la única que no podía soportar a ese hombre.

—No digo que sea atractivo, por decirlo de alguna manera —dijo, evitando responder—. Es sólo que se sabe que su fortuna es inmensa, y eso no es algo que se deba despreciar. Sé que tal vez no sea el más apuesto de los hombres —soltó una risita—. Ciertamente no como el señor Clavering, que una vez pensé quien estaba interesado en usted, Lady Alice. Pero una vida con Lord Hicks sería cómoda. Su esposa podría tener todo lo que quisiera, además de tener un título.

La mente de Alice daba vueltas en torno a una idea, y no era difícil fingir que no había oído el nombre del señor Clavering asociado al suyo. En cualquier caso, no se dignaría a contestar tal cosa. La conversación pasó a otros temas, y su mente se centró en su idea.

¿Qué pasaría si ella y el señor Clavering pudieran conseguir que el señor Duckworth conquistara a la señorita Chauncey antes de que ella llegara al altar con un hombre que le resultaba desagradable? ¿Y si pudiera desviar la atención de Lord Hicks hacia Teresa? Todo el

mundo sería feliz. Él tendría una esposa que no lo encontrara odioso, Teresa podría sentar cabeza (cosa que Alice sabía que ella deseaba), y la señorita Chauncey sería libre.

El siguiente pensamiento llegó con una deprimente rapidez. Ella no estaría aquí para hacer que tal cosa sucediera. Estaría de camino a Cumbria.

La duquesa se puso de pie y le dirigió unas palabras a su anfitriona en privado, sonriendo y obteniendo las ultimas onzas de chisme que la alimentarían durante la próxima semana. Le hizo un gesto a su hija para que se acercara y Alice se puso en pie. Su madre era partidaria de las visitas cortas.

—Tendré que despedirme de vosotras —les dijo a las otras mujeres—. Mi madre está lista para irse.

—Me temo que me quedaré demasiado tiempo si no me voy ahora también —dijo Barbara —. He llegado antes que vosotras. Lady Alice, puedo acompañaros a usted y a su madre a la entrada mientras esperamos nuestros carruajes. Supongo que tendréis que esperar a vuestras madres —les dijo a Teresa y Diana, quienes asintieron.

Enlazó su brazo con el de Alice.

—He venido sola, como verá. Es tan placentero hacer precisamente lo que deseo. Qué libertad tenemos las mujeres casadas.

Había empezado a llover afuera, y el sonido de las gotas entraba en el salón. No era precisamente un diluvio, pero la lluvia era lo suficientemente fuerte como para que estuvieran empapados una vez que llegaran a los carruajes.

La madre de Alice solicitó primero su carruaje. Mientras esperaban, la señora Wesley salió y se detuvo para hablar con ella.

Barbara se acercó más a Alice, susurrándole:

—No quería sacar el tema de su hermano, pero se está hablando mucho de él. Este chisme de su relación con Mary Morgan. ¿Su Alteza no ha podido hacer nada para acallar el escándalo? Tengo entendido que Lord Anley es muy obstinado y no le hace caso a nadie. Esa mujer es demasiado coqueta, incluso para su propio bien, es la tentación en persona. Nadie puede resistirse a ella, o eso me han dicho.

Las palabras fueron una puñalada en el corazón de Alice. Su pobre hermano, de quien hablaban gente como Barbara Gower y el resto de Londres. ¿Cómo era posible que él no pudiera ver lo que estaba sucediendo? Ella no consideraba que fuera alguien precisamente ingenuo, pero ¿cómo podía haber dejado que las cosas llegaran tan lejos?

El mayordomo miró por la ventana y luego se volvió hacia ellas.

—Alteza, su carruaje está aquí.

—Ven, Alice —dijo su madre, adelantándose.

Siguió a su madre por la puerta y bajó unos pocos escalones hasta la calle. El lacayo le tendió el brazo a la duquesa, y ella se sostuvo ligeramente mientras descendía.

Cuando llegaron a la calle de piedra, la duquesa pisó una fina lámina de agua y su pie salió disparado hacia delante. Empezó a caer, y el lacayo se retorció para intentar cogerla con la otra mano, pero no fue lo bastante rápido. La duquesa cayó al suelo soltando un gruñido, y no pudo moverse ni hablar durante un minuto.

Alarmada, Alice se apresuró a alcanzarla y la cogió por el antebrazo.

—Madre, vas a quedar empapada. ¿Puedes moverte?

La voz de su madre se hizo aguda por el dolor.

—¡Tú! Ayúdame a ponerme de pie.

El lacayo que la había estado ayudando parecía avergonzado. Se puso en marcha al mismo

tiempo que el mayordomo bajaba las escaleras. Barbara y la señora Wesley salieron para ver qué había pasado.

—¡Alteza! —gritaron.

Sin embargo, ninguna de las dos mujeres fue de particular ayuda, ya que no deseaban abandonar la protección de la carpa que impedía el paso de la lluvia.

La duquesa las ignoró y permitió que el mayordomo y el lacayo acudieran en su ayuda, para luego ayudarla a subir al carruaje. Alice se dirigió al otro lado de este para subir y decirle al mozo de cuadra:

—Llévanos directamente a casa. Mi madre está herida —cerró la puerta y se sentó, luego miró a su madre con compasión.

—¿Te duele mucho?

La duquesa estaba enfadada.

—Qué torpe. Ese lacayo ni siquiera pudo llevar a cabo la sencilla tarea para la que fue contratado. Espero que Lady Jersey considere conveniente despedirlo. Merece ser relevado de su puesto.

Alice se compadeció del hombre. Su madre no era piadosa, y una vez que tenía algo en mente, nada ni nadie la hacía cambiar de opinión. Sin embargo, guardó silencio. No serviría de nada, y sabía que una dosis de dolor y humillación no hacía que alguien entrara en razón.

Cuando el carruaje llegó a su casa, su madre intentó moverse en el asiento y negó con la cabeza.

—No puedo caminar. Mi cadera y mi tobillo me duelen. Dile al mozo de cuadra que busque al lacayo y que venga a ayudarme. Procura que no haya nadie cerca cuando lo hagan.

Alice hizo lo que su madre le pidió, y como seguía lloviendo (una bendición para su madre, ya que no deseaba tener ningún público), volvió a entrar en el carruaje sin ver a nadie. Volvió a mirar a su madre, preguntándose si recibiría con agrado palabras o gestos de consuelo. Decidió que no lo intentaría.

—Tengo noticias para ti —dijo su madre—. Y por mucho que me disguste, estoy segura de que tú las considerarás como buenas. No podré caminar, eso está claro, y no sé cuánto tardaré en recuperarme. No tengo más remedio que posponer tu viaje, pues tendrás que ocuparte de la casa durante mi convalecencia.

—Sí, madre —respondió en el tono más neutro que pudo emplear.

La puerta del carruaje se abrió del lado de su madre y apareció el mayordomo junto con dos lacayos. Preocupado, empezó a darles órdenes a estos.

Alice apenas podía creer lo que su madre acababa de decirle. Sería un poco cruel calificar este giro de los acontecimientos como un golpe de suerte; pero, con toda honestidad, sólo podía considerarlo así.

# CAPÍTULO 18



George estaba sentado en el comedor del Long's Hotel, sin ánimos de hacer nada. Sólo podía suponer que Lady Alice ya se había marchado y que Londres era un lugar desolado sin ella. Durante el mes que había pasado en Cornwall, ella había estado en su mente más a menudo de lo que hubiera creído posible. ¿Cómo había pasado tantos años sin conocerla? Casi había olvidado lo que antes había ocupado su mente.

A primera vista, no era más que otra mujer de alta alcurnia, igual que el resto de las mujeres de la *alta sociedad*. Pero ella había traspasado la barrera de indiferencia que la gente levantaba cuando asistía a los eventos de la Sociedad y se había convertido en algo más. Era una pena que no quisiera casarse. ¿*Por qué* no quería casarse? No tenía sentido, sobre todo cuando compartían una relación tan agradable. George apoyó un brazo en la mesa, jugueteando con su taza de té. Si pensara que había la más mínima posibilidad.

Se sentó erguido. Bueno, tal vez había una oportunidad, y sólo necesitaba al hombre adecuado. Y tal vez ese hombre era *él*. Sólo había una manera de averiguarlo: empezaría a cortejarla con el mismo afán con que Duck había cortejado a la señorita Chauncey, salvo que esta vez no tardaría en declarársele, permitiendo así que algún tonto se entrometiera y la conquistara en el último momento.

Hablando de eso, faltaban apenas dos semanas para la boda de Lord Hicks y la señorita Chauncey. El anuncio había sido finalmente publicado en *The London Gazette* el día anterior. George no se explicaba por qué tanta prisa para que se casaran, salvo por el hecho de que la señora Chauncey seguramente estaba ansiosa por que su hija sentara cabeza. Todo aquello le revolvía a uno el estómago cuando pensaba en lo obsesionada que estaba la gente con los títulos. Cuando Duck no recibió respuesta alguna sobre cómo podría reunirse con la señorita Chauncey, su mal humor aumentó. Si George no hacía algo pronto, él también se deprimiría. Decidió que era hora de dar unos cuantos golpes.

Poco después, entró en el número 13 de Bond Street, ansioso por descargar la frustración que había acumulado en su interior. Unas cuantas rondas de boxeo lo ayudarían con eso. Mientras se despojaba de su abrigo, pensó en el marqués de Anley, preguntándose si se encontraría con él aquí y si le daría noticias de su hermana. Minutos después, apareció el hombre en persona.

Anley se encontró con su mirada y se acercó.

—Clavering —saludó, tendiéndole la mano.

—Un placer, milord. ¿Ha venido a entrenar o ya ha terminado? —se guardó sus otras preguntas. No quería que supiera con qué frecuencia Lady Alice ocupaba sus pensamientos.

—Llámame Anley. De hecho, estaba a punto de cambiarme. Buscaba a alguien a mi altura, y practicaré con usted, si le parece bien —sonrió, recordándole a Lady Alice por esa obstinada manera en que inclinaba su barbilla. Ella había dicho que eran muy cercanos.

—Esperaré aquí.

Cuando Anley regresó, George empezó a lanzar algunos golpes al aire mientras calentaba. Sin embargo, no pudo contener su curiosidad por mucho tiempo.

—Supongo que Lady Alice se ha marchado de Londres.

Anley lo miró, sorprendido.

—Lo sabe, ¿verdad?

George evitó su mirada. No había querido revelar nada sobre cualquier intimidad que compartiera con Lady Alice, pero al parecer, lo había hecho.

—Somos conocidos, aunque no íntimos. Hemos hablado algunas veces.

El marqués negó con la cabeza.

—Yo diría que sois algo más que conocidos si estaba al tanto de su inminente partida. Por lo que yo sé, no le dijo a nadie que iba a marcharse, y ella no es de las que comparten nada de carácter personal. De hecho, no se me ocurre nadie con quien lo haría, aparte de su amiga, Cleda Langley… Bell, más bien.

George contuvo la respiración, esperando no haber hecho sospechar a Anley. Quería empezar a cortejar a Lady Alice, pero quería hacerlo bajo sus términos pero respetando completamente lo que ella quería. Esperaba no haberse expresado mal.

El marqués se enrolló una banda alrededor de las muñecas y las manos y se puso los guantes.

—De hecho, mi madre ha sufrido una caída. Estaba lloviendo cuando salió a hacer las visitas matutinas junto con Alice, resbaló y se lastimó un pie y creo que también en la cadera. Por lo tanto, no puede hacer nada por sí misma. Así que mi hermana, quien no tenía ningún deseo de dejar la ciudad por el momento, tuvo un golpe de suerte gracias a la desgracia de mi madre. Se quedará en Londres y cuidará de mi madre —miró a George, quien una vez más quedó sorprendido por lo mucho que el marqués se parecía a su hermana. Pero en este caso, era el humor en sus expresivos ojos.

George lanzó unos cuantos golpes más, sin permitir que su rostro revelara la alegría que había surgido en él. *¡No se irá!* Al darse cuenta de que no estaba bien equipado para boxear, cogió sus propios guantes y se los puso.

—Entonces, será bueno verla. Quizá nos veamos esta noche en la ópera.

Anley se mostró dubitativo.

—No estoy seguro de que asista a la ópera, ni a ningún otro sitio por el momento. No tendrá a nadie que la acompañe.

George ladeó la cabeza y estudió al marqués. Daría cualquier cosa por ver a Lady Alice esta noche.

—¿Por qué no la acompañas?

Anley se movió incómodo bajo la mirada de George.

—Yo… tengo mis propios planes para después de la ópera. No podría llevarla a casa.

Sabía muy bien qué planes tenía Anley, pero su relación aún era demasiado reciente como para sacar el tema. Qué lástima que no pudiera ofrecerse a llevar él mismo a Lady Alice a casa después de la ópera, pero era imposible. No por la noche y estando ellos dos solos. Ella necesitaría un acompañante apropiado. Philippa había estado mal últimamente, y no podía rogarle que acompañara a Lady Alice.

Levantó los puños.

—¿Listo?

Anley golpeó sus manos enguantadas.

—Listo.

Hablaron mientras peleaban, pero George no insistió en el tema de Mary Morgan. Sólo provocaría a un desaire, y no quería un tropiezo en el progreso que había hecho en ganar la confianza de Anley. Si iba a ayudarlo, debía avanzar con cautela. Además, técnicamente no era asunto suyo, aparte de su deseo de que Lady Alice estuviera tranquila.

Cuando se pusieron a entrenar en serio, cesó la conversación. Anley había aprendido algunos trucos durante su ausencia. Aprendía rápido, excepto, al parecer, cuando se trataba de asuntos del corazón.

Esa noche en la ópera, a pesar de que Anley le había quitado la esperanza de ver a Lady Alice, no pudo evitar buscarla. Buscó entre la multitud y llegó a la conclusión de que, efectivamente, ella no estaba allí. Se cruzó con la señora Bell, y antes de que pudiera pensar mejor la idea, se acercó a saludarla. La única prueba de su sorpresa fue que enarcó una ceja antes de hacer una reverencia.

—Señora Bell, espero que esta noche se encuentre bien. ¿Ha venido con su marido? —no sabía cómo era el señor Bell, pero hubiera sido extraño que la señora Bell estuviera sola, aunque estuviera casada.

Ella le sonrió.

—Sí, el señor Bell es el caballero que está ahí de pie. Lo dejé hablando con uno de los diputados.

A George no se le ocurrió qué decir a continuación, y se quedó parado ahí un momento. No había pensado qué excusa daría por haber venido a hablar con ella, sólo que necesitaba alguna conexión con Lady Alice.

—Me había ofrecido a traer a Lady Alice conmigo esta noche —dijo ella tras una pausa, lanzándole el cebo de la conversación, el cual él mordió con avidez.

—¿Cómo está Lady Alice? —su rostro se sonrojó bajo la mirada demasiado perceptiva de la señora Bell—. Tenía entendido que iba a marcharse de Londres, pero ahora su hermano me dice que no viajará después de todo, debido a un desafortunado accidente.

La señora Bell asintió, sonriéndole con la mirada.

—Muy desafortunado. No le desearía a nadie una caída tan dolorosa. Sin embargo, me alegro de poder contar con la compañía de mi amiga durante el resto de la Temporada —hizo una pequeña pausa antes de añadir—. Y me alegro de que no la envíen a un lugar donde no habrá nada que pueda divertirla.

—Yo también me alegro —admitió, sin importarle si estaba revelando sentimientos que normalmente mantenía ocultos. Ahora que se había propuesto intentar conseguir la mano de Lady Alice, aspiraba a salir victorioso.

Sin embargo, de nada serviría que ella estuviera en Londres si no podía verla.

—Así que, si ella no puede ser acompañada, entonces no será fácil que pueda visitar a otros. ¿Sabe si acepta visitas en su casa?

La señora Bell sonrió ampliamente.

—Se ha dirigido a la persona adecuada, pues sé exactamente cuál es el horario de Lady Alice. Su madre no puede asistir a las visitas matutinas, pero no desea dar la impresión de que está demasiado indispuesta para recibirlas. Así que Lady Alice recibe las visitas, acompañada por su criada. Está de más decir que, como no se corre la voz de que está en casa, tiene pocas.

George asimiló esta valiosa información.

—¿Y a qué hora podría ser un buen momento para hacerle una visita a Lady Alice?

—Creo que la encontrará en casa mañana a las dos en punto, si desea intentarlo —hizo una pequeña y elegante reverencia y se dio la vuelta para reunirse con su marido, todavía con aquella mirada risueña.

Eso le dio esperanzas. Sabía más sobre Lady Alice que cualquiera de sus otros amigos, y si la señora Bell le estaba ofreciendo esta información, probablemente pensaba que tenía una oportunidad. Que Lady Alice hubiera declarado su intención de permanecer soltera era desalentador, pero tal vez había cambiado de opinión. Si él volvía a hablar acerca de su deseo de buscar esposa, ella podría revelar su interés. No podría saberlo a menos que lo intentara.

Al día siguiente, a las dos en punto, se presentó en la residencia del duque de Carr. El mayordomo parecía estarse tardando una eternidad en abrir la puerta, y un hilo de sudor hizo que George sintiera un escalofrío. Como poco le importaba su propia posición social, sentirse invadido por el nerviosismo era una sensación extraña.

Por fin, el mayordomo lo admitió y lo hizo esperar en el salón principal mientras le notificaba de su llegada a Lady Alice. Ya era un comienzo prometedor. Seguramente, no lo habría dejado entrar si George no tuviera ninguna posibilidad de verla. Sin embargo, no sabía que hacer mientras esperaba. ¿Debía sentarse? Se paseó y luego se detuvo. Se acercó a la ventana, pero luego pensó que sería demasiado atrevido adueñarse de la habitación de esa manera, y volvió al centro. Al poco rato, Lady Alice entró en la habitación, y se le cortó la respiración al verla. Ella sonrió ampliamente.

—Como puede ver, no me he ido. ¿Cómo lo ha sabido? —ese acercó y le tendió la mano. Él la cogió y se la llevó a los labios, deteniéndose sólo en el último momento e inclinándose sobre ella. Iba a meter la pata si no tenía cuidado.

—Su hermano. Lo vi en el club de boxeo. Peleamos juntos; lo hicimos dos veces. Pero anoche me encontré con la señora Bell y me dijo que podía intentar visitarla esta tarde. A partir de esa información, vine —*oh cielos, estoy divagando*. Como una ocurrencia tardía, añadió—. Siento lo de su madre.

—Por favor, siéntese, señor —señaló el sofá y luego se sentó a su lado—. Sería realmente una situación lamentable si no fuera porque se cree que mi madre se recuperará totalmente, y me ha evitado un viaje muy largo que no deseaba hacer.

Su criada la había seguido a la habitación, y tomó asiento alejada de ellos, dándoles la suficiente privacidad.

—He estado pensando en la señorita Chauncey y el señor Duckworth —comenzó—. Deseo hacer algo con respecto a su situación, pero me ha sido difícil ayudar ya que no puedo salir fácilmente de mi casa. Pero he tenido tiempo para pensar y se me ha ocurrido un plan. Creo que tal vez usted pueda ayudarme a ponerlo en práctica.

George disfrutaba mirándola a la cara mientras hablaba. Estaba animada, más que de costumbre, aunque él no se atribuiría el mérito. Debía de ser entusiasmo por ayudar a Duck y a la señorita Chauncey, o alivio por no haber sido obligada a marcharse. En sociedad, Lady Alice portaba con demasiada frecuencia una expresión seria como si de una máscara se tratara.

Regresó en sí. Ella estaba esperando su respuesta.

—Dígame, entonces. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Se le escapó una suave risita mientras le dirigía una mirada burlona.

—Entonces, ¿Se ha rendido? Se supone que debe decir: 'No, no haré nada para ayudar a su causa. Quiero ganar mi apuesta'. ¿Acaso ya no es así?

George se encogió de hombros y miró hacia sus manos antes de levantar los ojos hacia ella.

—Me parece que ganar la apuesta no vale la pena si mi amigo será miserable.

La mirada de ella se suavizó mientras aún se miraban.

—Es muy amable de su parte. Habla bien de usted.

El elogio lo golpeó en el pecho, y la calidez se instaló allí… hasta que oyó sus siguientes palabras.

—Creo que deberían fugarse.

Volvió a mirar a Lady Alice, sin palabras. Tal vez no la había oído bien.

Ella continuó.

—Lo sé, lo sé. Es lo más escandaloso del mundo. La reputación de ambos nunca se recuperará. Y sin embargo —se inclinó hacia delante, repentinamente decidida—, ella cometerá el *mayor error* de su vida si se casa con Hicks cuando en realidad a quien ama es al señor Duckworth. ¿Cree que él estaría dispuesto a pasar por algo así como una fuga? Apuesto a que la señorita Chauncey sí.

—Otra apuesta —dijo, desconcertado. Una vez superado el shock inicial de la escandalosa proposición, su mente empezó a darle vueltas a su idea. A Duck no le importaría. George lo sabía. Él sólo querría tener a la señorita Chauncey para sí, y al hacerlo, salvarla de una vida de miseria.

—No es una apuesta, sólo una idea —respondió—. Si consigo ver a la señorita Chauncey y plantearle el plan, ¿usted podría proponerle la idea al señor Duckworth? Convengamos en que las reglas de la Sociedad son rígidas y deben respetarse en todo momento. Pero al principio de nuestra apuesta, dijimos que no dañaríamos a nadie, y esos fueron los términos. Y debe admitir que el hecho de que ella se case con un hombre al que no soporta es un daño de no poca proporción.

George se quedó pensativo.

—Se lo preguntaré a Duck. Y si es algo que él quiere hacer, le prestaré mi ayuda.

Lady Alice juntó sus manos.

—Excelente. No me cabe la menor duda de que éste es el camino correcto. No debemos perder tiempo en llevarlo a cabo.

Los sonidos les llegaban desde el exterior del salón, y cuando la realidad se entrometió, George sintió que era hora de marcharse. La compañía de Lady Alice no sería la misma si hubiera más personas a su alrededor.

—Debo irme —dijo—, pero espero traer pronto noticias de cómo pretende continuar Duck.

Lady Alice se levantó y él la siguió. Permanecieron frente a frente durante un instante, congelados, y ella se mostró tan reacia como él a poner fin a la visita.

—Sí, por favor, hágamelo saber —dijo, con la mirada aún fija en él.

El impulso de su interior lo tentó a acercarse y quedarse allí. Era incapaz de abandonar su presencia. Tal vez fue eso lo que motivó su siguiente pregunta. No estaba seguro de lo que le había pasado, si había sido para tentarla, para ponerla a prueba o simplemente para prolongar su tiempo juntos, pero se precipitó a decirlo sin pensarlo.

—¿Ha encontrado a alguna mujer que considere adecuada para ser mi esposa?

Tan pronto como pronunció las palabras, se arrepintió. La expresión de Lady Alice cambió y desvió su mirada.

—He pensado en algunas posibles candidatas —dijo tras una ligera pausa—. Pero como nuestra visita ha llegado a su fin, tendrá que volver para saber más de ellas.

Si George hubiera podido golpearse físicamente por haber hecho un comentario tan estúpido, lo habría hecho. Quería empezar a intentar ganarse su corazón, no hacerle creer que no le

interesaba en absoluto. Sonrió mientras se inclinaba ante ella.

—Estaré encantado de volver.

# CAPÍTULO 19



Cuando el señor Clavering se marchó, Alice le dijo a su criada que no hacía falta que se quedara, y Daisy hizo una reverencia antes de salir de la habitación. Alice volvió a sentarse, agradecida por la tranquilidad e invadida por una extraña sensación de cansancio.

Cuando la sirvienta le había comunicado que el señor Clavering la esperaba abajo, el arrebato de alegría que había sentido la había cogido totalmente por sorpresa. Había intentado decirse a sí misma que era porque deseaba hablar con él sobre el proyecto con el señor Duckworth y la señorita Chauncey, pero no era así. Se alegró de verlo por que sí. Había algo en el señor Clavering que le daba color a su vida. Y el hecho de que hubiera venido a visitarla la hizo preguntarse si tal vez ella también le daba color a la suya.

La visita había comenzado con el placer de verlo y el entusiasmo de presentarle un plan que era, a todas luces, escandaloso, pero que confiaba en que se lo tomaría con calma. Luego, de repente, todo se había derrumbado. Había vuelto a pedirle que lo ayudara a buscar una esposa.

Ahora, tras la visita y el tumulto de sentimientos que había surgido en ella, tenía que aceptar la realidad. Por supuesto, él no podía tener sentimientos hacia ella, o no le pediría que le buscara una esposa. Aun así, había llegado a la conclusión de que era un hombre digno. Y pensó que si alguna vez la amaba lo suficiente como para casarse con ella, tal vez no tendría una amante. Era un deseo ingenuo, supuso, pero no pudo evitar emocionarse al pensarlo. No es que él estuviera interesado.

Había sido un golpe de suerte poder hablar con él sobre la señorita Chauncey. En realidad, desde que había tenido la idea, se había estado preguntando cómo poner en marcha ese proyecto suyo cuando estaba prácticamente atrapada en casa. Difícilmente podía enviarle una carta al señor Duckworth para decirle que se fugara con la señorita Chauncey. Pero ahora, todo lo que tenía que hacer era pedirle a la señorita Chauncey que la visitara, y el señor Clavering se encargaría del señor Duckworth.

Pensó en todos los aspectos de su visita, recordando sus expresiones y enumerando cada respuesta para poder sopesarla con todo lo que sabía acerca de los hombres. Ni siquiera se le había ocurrido ofrecerle té. Tal vez si lo hubiera hecho, él se habría quedado más tiempo. Alice permaneció sentada en el salón durante más de una hora, y sus pensamientos no se restablecieron fácilmente.

Al día siguiente, Alice se arriesgó a enviarle una nota a la señorita Chauncey, invitándola a visitarla. No estaba segura de por qué no se le había ocurrido antes, pero como ella no podía salir de casa, supuso que la señorita Chauncey tampoco podría. Sin embargo, al cabo de dos horas,

llamaron a la puerta y Alice la recibió en el salón. La señorita Chauncey tenía un aspecto pálido cuando llegó, y fue incapaz de esbozar una sonrisa al saludar a Alice.

Después de que tomaron asiento, Alice observó:

—Su boda es en menos de quince días. Esperaba que pudiéramos hablar antes. ¿Cómo está llevando esta… esta nueva fase de su vida?

La señorita Chauncey levantó la cabeza y la miró directamente.

—Preferiría morir.

Esto era más serio de lo que Alice había pensado. Casi sonó como si lo dijera en serio. Frunció el ceño.

—Dígame algo, si así lo desea: ¿es simplemente que no le importa Lord Hicks y no cree que encontrará la felicidad siendo su esposa? ¿O hay alguna otra razón?

La mirada de la señorita Chauncey se tornó un tanto furiosa.

—Usted *sabe* que hay otra razón. Le he entregado mi corazón a Oswald. No me gusta hablar de ello, pero, *oh*, de todos modos es demasiado tarde. No sólo aborrezco a Lord Hicks y no tengo esperanzas de encontrar la felicidad a su lado —se estremeció—, sino que me pone la piel de gallina. No puedo creer que haya estado tan cerca de encontrar la felicidad sólo para que me sea arrebatada.

Se detuvo y miró hacia el frente, apretando sus manos mientras guardaba silencio y recuperaba la compostura.

—Pensé que Oswald sentía algo por mí. No lo dijo pero, yo llegué a pensar que quería casarse conmigo. Pero nunca hizo una declaración formal, y ahora es demasiado tarde. Ha desaparecido por completo de mi vida, y no lo he visto desde que acepté la propuesta de Lord Hicks.

—¿*Por qué* aceptó?

—Mi madre estaba en la habitación cuando me lo pidió. Me dirigió una mirada tan apremiante que no tuve voluntad suficiente para negarme. Mi padre ha dejado completamente el asunto en sus manos, y ella puede y va a hacer mi vida miserable. Ya lo hace, pero pensé que al menos cuando me casara no necesitaría estar cerca de ella. Fue solo después de haber aceptado, y de haber tenido tiempo para pensar, que me di cuenta de que aún tendría que estar cerca de Lord Hicks.

Cuando Alice escuchó la desesperación de la señorita Chauncey, sólo pudo sentirse decepcionada por el señor Duckworth, por su indecisión a la hora de ir tras lo que quería. Había tardado demasiado en hablarle en primer lugar, pero ¿no podía haberse acercado a ella después de que el compromiso se hubiera hecho público?

—¿Por qué habéis tardado tanto en publicar el anuncio en la *Gaceta*?

La señorita Chauncey puso los ojos en blanco.

—Lord Hicks seguía olvidándose de enviarlo. Eso volvió loca a mi madre, pero me permitía tener esperanzas. Hasta que llegó el anuncio y hasta eso me quitaron.

Alice permaneció en silencio. Duck había perdido una segunda oportunidad al no acercarse a la señorita Chauncey antes de que se publicara el anuncio. *¡Hombres!* Tenían tan poca determinación.

—Si pudiéramos idear algo… —se detuvo. Esto era muy delicado. Ella se estaba involucrando en algo que no era absolutamente de su incumbencia, sin ninguna garantía de que sería capaz de cumplir con lo que estaba proponiendo. Pero entonces, el tiempo era esencial, y ella temía por la cordura de la señorita Chauncey si el curso de su futuro continuaba así.

Sólo había una manera de salir de esto. Tenía que seguir con el plan.

—Si el señor Duckworth estuviera dispuesto a casarse con usted, ¿podría soportar el escándalo de dejar plantado a un caballero para fugarse con otro? —la señorita Chauncey levantó rápidamente la mirada y la esperanza iluminó su rostro hasta tal punto que Alice tuvo que retractarse inmediatamente—. Usted nunca me perdonará si soy incapaz de llevar a cabo lo que acabo de sugerir. Y debo decirle que no tengo la menor seguridad de que tal cosa pueda suceder. Pero necesito saber cómo se siente su corazón. Si el señor Duckworth estuviera dispuesto, ¿lo estaría usted también? Significa un escándalo absoluto y no ser aceptada en la *alta sociedad* durante años como mínimo.

—¿Qué me importa la *alta sociedad*? —sus palabras estuvieron impregnadas de vehemencia —. Lo único que me importa es mi vida y con quién voy a vivirla. Sí, *por supuesto* que lo haré. Si Oswald está dispuesto a hacerlo, entonces yo también.

El corazón de Alice se aceleró. Se estaba inmiscuyendo en algo bastante escandaloso, pero no podía detenerse ahora.

—Espero noticias del señor Clavering sobre el pensar del señor Duckworth, y prometo avisarle tan pronto como tenga noticias. La única cuestión es cómo lo haremos. Por ahora, el estado de mi madre me impide salir de casa, así que espero que pueda volver para que discutamos los planes.

La señorita Chauncey se mordió el labio y la miró fijamente, pero sin poder concentrarse en ella, hasta que tomó una decisión.

—Mi madre no se aparta de mi lado. La única razón por la que me permitió venir aquí es porque es su casa, y le importa la opinión de la duquesa. Ella aprueba que seamos grandes amigas —hizo una mueca que Alice pudo comprender fácilmente. No era que a la señorita Chauncey le desagradara, pero no aprobaba la actitud invasiva de su madre. Continuó—. La criada que vino conmigo le informará que vine aquí y me reuní con usted, y mi madre quedará satisfecha. Las cosas se complican si voy a otro sitio que no sea éste.

Por mucho que Alice quisiera, no podía hacer que el señor Duckworth y la señorita Chauncey se reunieran aquí. No podía permitir que el escándalo se vinculara en modo alguno a la residencia de su padre. La señorita Chauncey se quedó pensativa un momento y luego la miró.

—Pero si Oswald está dispuesto, podría lograrse. La costurera hará una última prueba el día antes de la boda. Mi madre ya me ha dicho que no me acompañará, pues tiene demasiadas cosas de las que ocuparse para el desayuno de bodas. Puedo hacer que la criada me espere en la parte delantera de la tienda, mientras yo estoy en los probadores de la parte trasera. Tienen que darle los últimos retoques al vestido de novia y al manto. El manto requerirá más trabajo. Y hay una puerta en la parte trasera de la tienda que da al callejón.

Alice la miró confundida.

—¿Cómo sabe tal cosa?

—Una vez la abrieron para que entrara un poco de aire fresco, y pude ver el callejón desde donde estaba sentada. La última vez que tuve mi prueba, me dejaron sola durante bastante tiempo, veinte minutos por lo menos. Si el señor Duckworth lleva el carruaje al callejón, simplemente me iré cuando la costurera se lleve mi manto para terminar de adornarlo. Me iré a la primera oportunidad si él puede arreglárselas para esperarme allí.

Alice asintió lentamente.

—Eso podría funcionar. Se lo diré.

La señorita Chauncey se puso de pie.

—Si esto tiene éxito, estaré eternamente en deuda con usted —su voz tembló por la emoción reprimida—. Y si no tiene éxito, prometo no guardarle ningún rencor.

—Esa es más garantía de la que merezco. Lo que propongo conlleva un gran riesgo. Pero me alegra oírlo —dijo. Cogió la mano de la señorita Chauncey, esperando que estuviesen tomando la decisión correcta.

La señorita Chauncey se marchó y Alice se quedó sola una vez más para pensar y cuestionarse la sensatez de su plan. Esperaba que el señor Clavering pensara en volver, ya que difícilmente podía enviarle una nota. Volvió al día siguiente, pero ella no estaba en casa para recibirlo. Cuando llegó al día siguiente, Alice estaba en el salón principal, esperándolo. Había tenido tiempo de preparar su mente para recibirlo como era debido, sin sentimentalismos tontos.

Sin embargo, una mirada a su rostro hizo que su corazón comenzara a latir más rápido. Su rostro le gustaba especialmente. Había una calidez y amabilidad en sus ojos que la hacían querer perderse en ellos. No ayudaba que la mirara de una forma tan *particular*, como si buscara descubrir algo nuevo sobre ella. Al menos, no ayudaba cuando deseaba permanecer indiferente ante él.

El señor Clavering entró en el salón y Alice se reunió con él, demasiado ansiosa para ofrecerle tomar asiento.

Se aclaró la garganta.

—Duck ha dicho que sí sin dudarlo. Está listo para irse. Sólo pregunta cuándo y dónde. Deseaba venir a verla ayer, pero su mayordomo dijo que estaba fuera.

—Sí, fue una estupidez —respondió—. Fue la primera vez que salí de casa en días. Mi madre me pidió que fuera a Hookham's a elegir algo para que leyera, y fue justo a la hora en que usted llegó. Recibí su carta.

Alice le comunicó las instrucciones que la señorita Chauncey le había dado respecto a la fuga, y el señor Clavering meditó sobre ellas.

—Creo que conozco la tienda de esa costurera. Echaré un vistazo para saber cómo acceder al callejón trasero y así poder ayudar a Duck a encontrarla.

Alice sintió una repentina sospecha.

—¿Conoce la disposición de esta costurería? ¿Era para su amante? —el señor Clavering no contestó de inmediato, sino que la miró con extrañeza. Su tácita curiosidad la incomodó y ella desvió la mirada—. Sé que es inapropiado que una dama le pregunte estas cosas a un caballero.

—Fui con mi hermana —dijo en voz baja. Sus palabras la tranquilizaron, pero se sintió avergonzada por haber sido tan transparente.

—Creo que podrán lograrlo con un poco de ayuda —dijo, tratando de sacudirse la enervante sensación de estar bajo la fija mirada del señor Clavering—. Creo que no me sentiré tan culpable por lo que propongo si sólo consigo verlos felices juntos.

El señor Clavering no respondió de inmediato y ella lo miró de reojo. Él se acercó en intentó cogerle la mano.

—Alice, yo…

La puerta se abrió y el ayuda de cámara de su hermano entró en la habitación. Se detuvo al ver al señor Clavering.

—¿Qué pasa, Maxwell? —se sentía incómoda. No le preocupaba que la traicionara diciéndole a alguien que estaba sola en el salón con un hombre, pues Bart le había dicho que el ayuda de cámara era muy reservado. Pero tenía una expresión alarmante en su rostro a la que ella no estaba acostumbrada.

—Milady, ¿podría hablar con usted?

Alice miró al señor Clavering.

—Quédese aquí un momento —se acercó al ayuda de cámara, quien le habló en un susurro.

—Usted sabe que no la molestaría, pero me temo que Lord Anley ha tomado una medida drástica. Y aunque ya no es un niño, creo que estaría incumpliendo con mi deber si me quedara callado. Su padre no está aquí, y su madre no se encuentra bien.

—¿Qué pasa? —tuvo un mal presentimiento.

—Lord Anley cogió su kit de afeitado y una maleta y ha abandonado la casa sin decir una palabra. Hace dos días que no lo veo y hoy no ha acudido a su cita con el sastre. Aunque a veces pasa la noche fuera… —se detuvo y pareció sentirse incomodo—. Tengo razones para creer, un ayuda de cámara sabe mucho más de lo que uno cree, simplemente por observar las cuestiones más íntimas, que se ha ido con esa mujer. Querrá relevarme de mi cargo por mi falta de confidencialidad, pero prefiero cumplir con mi deber y salvar al marqués de una ruina segura antes que conservar mi trabajo.

—¿Por dónde crees que se ha ido?

—Sólo hay un camino posible —respondió, con una voz siniestra. Señaló hacia arriba—. Hacia el norte.

Alice jadeó y se volvió cuando el señor Clavering empezó a acercarse a ella.

—Lady Alice, ¿qué ocurre? —llegó a su lado—. Perdóneme. Tal vez sea un asunto personal, pero si puedo ser de ayuda…

Alice se volvió hacia el ayuda de cámara.

—Maxwell, has hecho bien en traerme estas noticias, y me encargaré de que mi hermano no tenga motivos para dudar de tu lealtad hacia él. Te diré lo que debe hacerse tan pronto como lo haya decidido. Eso es todo por ahora.

Cuando el ayuda de cámara se marchó, se volvió hacia el señor Clavering y repitió lo que él había dicho.

—Creo que mi hermano terminará casándose con esa mujer. Maxwell cree que se dirigen a Escocia.

El señor Clavering la miró en completo silencio. Luego negó con la cabeza ante su reacción, dedicándole una sonrisa tranquilizadora. Ella lo miró, confundida, y él le tendió la mano.

—Mi querida Lady Alice, y sí, por favor, permítame decir 'querida' aunque a usted le parezca odiosamente condescendiente. No creo que la situación sea tan grave. De hecho, creo que el ayuda de cámara de su hermano está exagerando si piensa que Lord Anley va a fugarse con una mujer de baja reputación. ¿El ayuda de cámara ha estado trabajando para su familia desde que su hermano era un niño? —cuando ella asintió, continuó—. Eso lo explicaría. Simplemente no pasará. Ella es su amante, y Lord Anley tal vez esté dando de qué por su encaprichamiento, pero no corre peligro. Le aseguro que no.

Alice empezó a sentir cierto alivio, incluso al darse cuenta de que, como hombre de mundo que era, el señor Clavering seguramente lo sabía. Supuso que *él* nunca estaría tentado a casarse con su amante.

—¿Podría buscarlo y ver si lo encuentra? Sólo para estar seguros. Tal vez podría decir que deseaba verlo, y pensaré en alguna razón trivial —bajó la mirada y se dio cuenta de que él aún le sujetaba la mano. Quiso apartarla, pero él no la soltó.

—Lo buscaré, aunque sólo sea para tranquilizarla. Y le traeré noticias de lo que Duck diga sobre nuestro plan. Para lo que necesite, estoy a su servicio —le sonrió de una manera tan amable y tranquilizadora que ella sintió un repentino impulso de arrojarse a sus brazos. Era algo extraño, pero sintió que si la abrazaba, nada en este mundo podría causarle más problemas.

Después de un momento, la dejó ir e hizo una pequeña reverencia.

—Vendré a verla en cuanto sepa más.

# CAPÍTULO 20



George abandonó la casa de Lady Alice, presa de la determinación. Era más que eso. Era emoción, porque estaba seguro de que ella también sentía algo por él. Había sido un gesto espontáneo el coger su mano entre las suyas y mantenerla allí, pero ella no se había apartado y lo había mirado tímidamente. Entre ellos había pasado una corriente que nunca hubiera imaginado posible. Y ahora no podía pensar en otra cosa.

Cuando había hecho esta apuesta intrascendente con Lady Alice, su único pensamiento, aparte de pasar un buen rato conversando con una joven encantadora que no estaba a la caza de un marido, había sido sobre su soltería. Su objetivo inmediato había sido proteger un estilo de vida que le ofrecía libertad y diversión, lejos de las limitaciones que deseaba evitar. Nunca lo habría creído si alguien le hubiera dicho que pronto estaría precipitando a su amigo a casarse, perdiendo así su propia apuesta, y que, al hacerlo, lo estaría ayudando a fugarse y cometiendo así la mayor infracción de la Sociedad. No sólo eso, sino que elegiría cambiar su soltería por una vida de matrimonio con la desesperada esperanza de que la mujer a la que amaba le correspondiera.

Estos pensamientos cruzaron su mente mientras conducía su faetón hacia el este desde la residencia del duque de Carr. Se le escapo una risita, lo cual hizo que su lacayo lo mirara con extrañeza. Estaba claro que se estaba volviendo loco.

La primera parada fue en Pall Mall para visitar el establecimiento de Madame Truffle y ver si localizaba la puerta trasera de la que le había hablado Lady Alice. Necesitaba presentar un plan sólido a Duck. Encontró fácilmente su tienda cerca de la esquina de la calle Pall Mall y Cockspur, y sólo necesitó un poco de tiempo para girar y ver el callejón y la puerta al final la cual debía ser la parte trasera de la tienda de Madame Truffle. Incluso tenía un espacio más amplio en el centro donde podía girar un carruaje. Esto podría funcionar, estaba seguro. El callejón estaba completamente desierto. Nadie vería a Duck allí.

Su lacayo estaba acostumbrado a que George hiciera las cosas a su antojo y no le preguntó por qué había conducido hasta allí sólo para dar la vuelta en el estrecho callejón y volver a salir.

Cuando llegaron a la residencia de Duck, George dejó sus caballos con el lacayo y, una vez dentro, subió corriendo los escalones y llamó a la puerta de su amigo. No hubo respuesta. George estaba a punto de marcharse cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Duck, todavía en bata.

George levantó la mano para saludarlo antes de entrar.

—Tienes que afeitarte, tío, y vestirte. No tiene sentido que vivas todo el día en tu depresión. Y abre las persianas. ¿Dónde está tu ayuda de cámara? Lady Alice ha hablado con la señorita

Chauncey.

Duck revivió al oír la noticia.

—¿Lo ha hecho? ¿Podré hablar con Gwen? ¿Has sido capaz de encontrar una manera?

George tomó asiento y le indicó que él también lo hiciera.

—¿Has comido algo? Luces horrible. Y necesitas tener mejor un aspecto que ese si vas a sacar esto adelante. Ten un poco de dignidad —sonrió, apiadándose de su amigo—. Sí, Lady Alice pudo hablar con la señorita Chauncey. Tiene una idea que creo que funcionará.

Duck se inclinó hacia adelante, y la mirada ansiosa en su rostro despejó cualquier duda en la mente de George acerca de ayudar en la fuga. El hombre estaba enamorado y quería conquistar a su futura novia.

—Tiene una prueba de vestido el martes, el día antes de la boda. Es en un establecimiento que conozco porque he llevado allí a Philippa cuando María estaba demasiado ocupada. Una tal Madame Truffle, en Pall Mall y Cockspur —lo miró expectante, pero su amigo negó con la cabeza.

—No la conozco.

—Hay un callejón que lleva a la puerta trasera del lugar. Cuando llevé a Philippa, no lo vi, obviamente, pues permanecí en la parte delantera de la tienda. Pero acabo de echarle un vistazo, y cumplirá al propósito. La señorita Chauncey cree que podrá escabullirse por la puerta mientras arreglan su manto.

Duck estuvo a punto de interrumpirlo, pero luego le hizo un gesto a George para que continuara.

—Lo que necesitamos es que tengas el carruaje fuera, en el callejón. Así, cuando ella salga, podréis escapar rápidamente. Tenemos que sincronizarlo perfectamente, para que no la intercepten y nadie vea adónde ha ido. Yo estaré allí para ayudar, pero tendré que permanecer oculto. No puedo estar vinculado a esto. Se va a armar la de San Quintín.

Duck se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—No, no. No pueden verte allí. El riesgo debe recaer sobre mí.

—¿Puedes conseguir un carruaje? —le preguntó—. ¿Y organizar allí el cambio de caballos? ¿Necesitas algo de dinero?

George estaba bastante seguro de que su amigo siempre iba un paso adelante, y Duck se lo confirmó.

—Estoy forrado —le dedicó una sonrisa irónica—. Sinceramente, si la señora Chauncey no estuviera tan ávida de un título, yo sería considerado un buen partido.

—Lo sé —dijo, dedicándole una sonrisa empática. Poco se podía hacer si la madre estaba empeñada en que su yerno fuera un par.

Duck se acercó a su armario y abrió de par en par las estrechas puertas, examinando su contenido. Se detuvo y miró a George, con el ceño fruncido.

—¿Por qué me ayudas? Ni siquiera querías que me casara.

George empezaba a darse cuenta de lo egoísta que había sido.

—Eres mi amigo. Claro que te ayudaré. De hecho, haré todo lo que esté en mis manos para hacerlo. Si no te he dado esa impresión antes, lo siento —hizo una pausa, pero como Duck seguía mirándolo, perplejo, tuvo la necesidad de expresar todos esos nuevos sentimientos que surgían en su interior—. Supongo que, por primera vez en mi vida, puedo entender por lo que estás pasando —admitió finalmente—. Me he dado cuenta, aunque haya sido contra mi voluntad, de que estoy enamorado de Lady Alice.

La mirada de Duck se relajó y se volvió para elegir un chaleco.

—Por supuesto que sí. Creo que eres el último que se ha dado cuenta.

Esa afirmación lo enfadó. Había pensado que estaba siendo sorprendentemente circunspecto, sólo para descubrir que sus sentimientos eran de dominio público. Nadie se daría cuenta de lo que le había costado dejar de lado voluntariamente su soltería. Semejante sacrificio debía ser recompensado.

Duck vio su frustración y sonrió, aunque su sonrisa lucía un poco enfermiza. Al fin y al cabo, aún no había salido de su propio lío.

—Sé exactamente cómo te sientes. No esperaba tomar esta decisión: intentar fugarme para poder casarme, y por segunda vez, si contamos a Mary Morgan, ¡cosa que *no* haremos! Estaré muy agradecido si el resto de mi vida es perfectamente aburrida en comparación. Esto es más emocionante de lo que puedo soportar.

George recordó a Lady Alice. Llevaba un vestido marrón con un estrecho borde color marfil alrededor del corpiño que dejaba ver su cutis impecable. Dirigía la atención de uno directamente a sus labios naturalmente oscuros y listos para ser besados.

—Por mi parte —musitó—, espero que la emoción apenas empiece.



EL TRABAJO de George no había terminado. El paso más esencial había sido comunicarle a Duck cuál era el plan, pero ahora necesitaba encontrar a Lord Anley para recuperar la tranquilidad de Lady Alice.

Su primera parada fue en Jackson, pero no encontró a Lord Anley en el gimnasio. No quería ser atrevido y buscar al hombre en su lugar de residencia, que se sabía que actualmente era en casa de Mary Morgan, pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por Lady Alice. Afortunadamente, tal paso no fue necesario, pues en cuanto entró en White's, se encontró con Lord Anley sentado a una mesa, solo, con una expresión que mantendría alejado a cualquiera con un poco de sentido común. Esto era algo que George no siempre poseía, y se acercó a su mesa y ocupó la silla de enfrente.

Anley lo miró con severidad y con los ojos entrecerrados.

—Desearía estar solo, si es tan amable.

George hizo una pausa antes de responder. No deseaba revelar que había hablado con Lady Alice y que estaba aquí por ella. Tampoco podía renunciar a su propósito estando tan cerca.

—Perdona mi intromisión —vaciló pero no se levantó de la mesa. Llegó a la conclusión de que no podía hacer esto sin revelar al menos un poco de su conversación con Lady Alice. Sin embargo, evitaría mencionar las preocupaciones del ayuda de cámara, lo que podría poner en peligro la posición del hombre—. Sólo he venido con el propósito de prestarte mi ayuda o mis oídos, si es que deseas alguna de las dos. Creo que tu hermana está preocupada por ti.

Lord Anley levantó la cabeza y miró a George con profunda irritación.

—Me gustaría que no metiera a mi hermana en esto. Con qué derecho…

—Ninguno en absoluto —dijo, riendo. No podía ofenderse por Lord Anley. Sabía que estaba cruzando la línea—. Sólo vine a decirte que tu hermana me expresó su preocupación por ti, y yo la tranquilicé. Le dije que eras perfectamente capaz de ocuparte de tus propios asuntos. Le dije que tus intereses no eran diferentes de los de otros caballeros de tu edad.

Para alivio de George, el marqués pareció relajarse ante sus palabras.

—¡Por fin! Alguien habla con sentido común. Aparte de mis amigos, y a veces incluso ellos, todos me consideran un niño que requiere instrucción en el arte del flirteo.

—Y eso es algo que no lo necesitas —simpatizó con él.

—Por supuesto que no. Soy el heredero del ducado. Sé exactamente lo que estoy haciendo. La señorita Morgan no me interesa como esposa y nunca lo ha hecho. Eso no significa que no pueda disfrutar de su compañía. Y ahora tengo a todo el mundo, incluido mi padre, intentando manejar mi vida por mí —desvió la mirada y se ruborizó—. No sé qué me ha llevado a decirle todo eso. Le ruego que mantenga esta discusión entre nosotros dos. Por lo general, no suelo dejarme llevar de esa manera.

—Tienes mi palabra —dijo. Evaluó al marqués—. No creo que aquellas personas que lo aprecian estén preocupadas por su incapacidad para saber lo que se requiere de usted.

Tomó aire, sabiendo que debía de tener cuidado con lo que iba a decir. Podía tener sus propias ideas sobre la fidelidad, pero iban en contra de las costumbres del momento. No quería perder la capacidad de que sus palabras llegaran al corazón de Anley por ser demasiado moralista. Sólo conseguiría irritarlo.

—Creo que lo que protestan tiene más que ver con la mujer en sí que con tu incapacidad para manejar tu vida.

Anley lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sé lo que es la señorita Morgan. Es tentadora, pero eso no significa que esté prendado. Simplemente estoy disfrutando de lo que se me ofrece, como lo han hecho otros hombres antes que yo.

George no habló. Una vez más, estaba en desacuerdo con sus convicciones. Simplemente no podía entender el deseo de unirse a una mujer que no había tocado su corazón y que ciertamente no podía serle fiel.

Su silencio pareció animar a Lord Anley a compartir aún más, porque estudió a George antes de decir:

—Ya que estamos manteniendo una conversación privada, le diré que ella me ha pedido que la acompañe en su gira por París y Roma, donde tiene programadas sus presentaciones.

George recordó que había sacado sus objetos personales de casa y se preguntó si habría decidido ir.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije que no. Fui invitado a ver un combate en Sussex, y me fui de Londres con mi amigo por unos días. Al final, ella retrasó su gira, y supongo que fue con el objetivo de intentar persuadirme. Pero no me ha tentado, y no lo hará. Puede decirle a Alice que sé lo que hago, si lo desea, si está preocupada o le pregunta. Mis padres tendrán que averiguarlo por su cuenta. No se han enterado de que ya soy un hombre hecho y derecho y no hay necesidad de que les cuente mis idas y venidas.

George sonrió. Estaba claro que le faltaba madurar y tal vez tener más humildad, pero no era ingenuo. Confiaba en que le iría bien.

—Lo tendré en cuenta, si veo a Lady Alice.

Sólo tenía una cosa más que decir. Si no lo hacía ahora, temía perder su oportunidad.

—Quería decirte que Mary Morgan no es una desconocida para mí.

Una expresión parecida a los celos apareció en el rostro de Anley, quien había jurado que no estaba prendado.

—Es íntimo de ella, ¿verdad? Ella no lo ha mencionado.

—No, no es eso. Tener amantes no es algo que me guste. En realidad, nunca lo he hecho —ya está. Lo había dicho, y eso era lo más cerca que estaría de explicar sus convicciones. Continuó —. Pero mi buen amigo Oswald Duckworth cayó en sus redes hace varios años, y yo diría que no

estaba tan consciente como tú. Estuvo a punto de huir con ella, y lo habría hecho si ella no hubiera recibido una oferta más interesante. Mi amigo es rico, pero no tiene un título —explicó —. Sólo lo menciono en caso de que pueda servirte de alguna manera.

La expresión de Anley se volvió serena.

—Me sugirió lo mismo antes de pedirme que la acompañara en la gira. No me hago ilusiones sobre sus objetivos finales —dijo, y luego guardó silencio. A juzgar por la expresión del hombre, George pensó que tal vez aún albergaba alguna ilusión y trataba de convencerse de lo contrario. Esperaba que el relato de la experiencia de Duck hubiera roto esos últimos lazos.

—Bueno, me despido. Espero verte pronto en Jackson.

Anley lo miró rápidamente y asintió con la cabeza antes de volver a mirar el vaso que descansaba frente a él sobre la mesa. Lo levantó, agitó su contenido y volvió a dejarlo. George sólo podía esperar que, con todo lo que Anley tenía que pensar, su conversación diera frutos en los días venideros.

# CAPÍTULO 21



La duquesa le pidió a Alice hiciera otro viaje a Hookham's para devolver un libro y pedir prestados otros dos, así que aprovechó la oportunidad para salir, llevando a Daisy con ella. Su madre pasaría la tarde durmiendo la siesta, y Alice decidió prolongar su salida y hacerle una visita a la señorita Chauncey. Esto resultó menos efectivo que enviarle una nota invitándola a su casa, porque la señora Chauncey se plantó en el salón principal antes de que Alice tuviera tiempo de quitarse la capota.

—Por favor, siéntese, Lady Alice —dijo—. En cuanto supe que nos había hecho el honor de visitarnos, ordené que trajeran té. Espero que se sienta a gusto haciendo caso omiso de las convenciones sociales y se quede todo el tiempo que desee. Estoy segura de que usted y Gwendolyn deben tener un millón de cosas de qué hablar, con sus próximas nupcias.

—Por supuesto —respondió Alice, pero no fue capaz de decir más.

—En cuanto a las celebraciones de la boda —continuó—, yo misma estoy supervisando todos los detalles. El desayuno nupcial seguro que rivalizará con cualquier otra fiesta que Londres pueda ofrecer esta Temporada.

—Qué maravilla —murmuró.

La señorita Chauncey le dirigió una mirada de disculpa a Alice, y su madre se sentó mientras continuaba su monólogo.

—Como Gwendolyn es mi última hija en casarse, seguramente comprenderá lo gratificada que estoy de que haya hecho una alianza tan brillante. Le he estado insistiendo en que se quede en casa para que no se oscurezca su tez. Nada debe arruinar su feliz día.

—¿Cómo está, señorita Chauncey? —preguntó, esperando oír algo más de la persona a la que había venido a visitar.

—Oh, me atrevería a decir que sois tan amigas que podría llamarla Gwendolyn. Por supuesto, comprendo que no pueda devolverle la cortesía y que la llame por su nombre de pila, pero eso no es algo que la molestaría, se lo aseguro.

—Puede llamarme Gwen —dijo, en un tono de tan dignamente decidido que Alice casi no podía creer que proviniera de la misma estirpe que su madre. Decidió decirle a Gwen podía llamarla Alice, pero esto sería cuando estuvieran solas, no delante de la señora Chauncey, a quien esperaba evitar en la medida de lo posible.

El criado llevó la bandeja de té y la señora Chauncey fue a buscar las hojas, luego las midió y las mezcló con el agua hirviendo.

—¿Cómo toma el té, milady? —preguntó.

—Con un azucarillo, señora —aceptó la taza y revolvió el azúcar mientras su mente daba vueltas. No tenía ni idea de lo difícil que sería mantener una conversación privada con Gwen. ¿Cómo vería si todo iba según lo previsto?

Alice tomó un sorbo de té y dejó la taza en la mesa, fingiendo ignorancia de los detalles de la boda.

—Recuérdeme por favor, ¿cuándo será el feliz día? —esta pregunta iba dirigida a la señora Chauncey, ya que ella sería la única que lo encontraría feliz.

—Dentro de sólo cuatro días. Lord Hicks estaba tan ansioso como nosotros por celebrar la ceremonia tan pronto como fuera posible. Añora estar con Gwendolyn. Una vez que él y el señor Chauncey negociaron los acuerdos, nada pudo impedir que declarara que debían casarse el primer día disponible después de que las amonestaciones hubieran sido leídas.

Gwen bebió el té que su madre le había dado, pero su brillo se había apagado. Alice no sabía cómo iba a poder decirle que el señor Duckworth había aceptado la idea de fugarse, con todo el afán de un pretendiente apasionado que Gwen podía desear. No se había atrevido a enviarle una carta por miedo a que fuera leída por alguien más. Era imperativo que tuviera la oportunidad de hablar con ella.

—¿Qué vestido llevará para la ceremonia? —este era un tema más seguro, y la señora Chauncey estuvo encantada de describirlo. Lo hizo con todo lujo de detalles durante diez minutos, antes de dejar la taza de té en la mesa con tanta prisa que repiqueteó en el plato.

—De hecho, Gwendolyn, debes enseñarle tu vestido. Ve y tráelo. Lady Alice, le ofreceremos una vista privilegiada del vestido. De hecho… —hizo una pausa, con una mirada calculadora—. ¿Por qué no le hemos enviado una invitación? Por supuesto que debe estar presente para una ocasión tan trascendental ahora que usted y mi hija se han vuelto tan cercanas.

—Me temo que mi madre necesitará de mí estos días… —comenzó.

—Ah claro, no lo pensé —intervino la señora Chauncey—, entonces con más razón muéstrale a tu amiga tu vestido, Gwendolyn.

La actitud de Gwen contrastaba con el entusiasmo de su madre. Bebió otro sorbo y dejó deliberadamente la taza de té en la mesa, dejando que el silencio llenara la habitación.

—Mamá, temo que el vestido se ensucie si lo bajo. Permíteme que lleve a Lady Alice a mi habitación para que pueda verlo donde está colgado.

Alice pudo ver la vacilación de la señora Chauncey. La mujer no quería perderse nada de la conversación, pero probablemente deseaba fomentar su amistad, lo que sería ventajoso para ella. Y tal intimidad sería más fácil de lograr si estaban solas. Finalmente, asintió.

—Tienes toda la razón, querida. Vosotras dos vayan y diviértanse.

La señora Chauncey cogió un macarrón del plato y le dio un mordisco mientras Alice se levantaba y seguía a Gwen por la puerta. Exhaló tranquilamente, aliviada de que le hubieran dado esta oportunidad. Pasaron junto al lacayo y, al girarse para subir las escaleras, Gwen le hizo un gesto discreto para que guardara silencio. La advertencia no fue necesaria. Era difícil saber en qué criados se podía confiar.

Cuando llegaron a la habitación, vieron que la criada estaba doblando la ropa de Gwen en papel de plata pero ella le ordenó que saliera. Esperó un momento antes de hablar, y Alice la escuchó mientras se aseguraba de que nadie estuviera rondando por el pasillo.

—Eso me recuerda —dijo, con los ojos puestos en la ropa doblada—. Me había olvidado de tu baúl, pero lo necesitarás. Me pregunto si habrá un sirviente lo suficientemente leal…

—Entonces, ¿Oswald ha dicho que sí? —la miró, sus ojos abiertos como platos, el miedo y la anticipación plasmados en su rostro—. No me he atrevido a hacerme ilusiones.

—Ha dicho que sí —le aseguró—, siento no haber venido antes. No me arriesgué a mandar una carta por miedo a que fuera interceptada. Y esperaba que me hicieras una visita para poder hablar, pero no viniste.

—Mi madre se ha vuelto cada vez más protectora. Percibe mi infelicidad, y aunque eso no la llevaría a librarme de un compromiso muy doloroso, no me quita ojo de encima. Probablemente para asegurarse de que no huiré.

Alice volvió a mirar el baúl y Gwen negó con la cabeza.

—Por favor, no piense en ello. No me atrevo a pedirle a ninguno de mis sirvientes que lo haga. Me traicionarían. Y nada puede detener mi huida. *Debo* casarme con Oswald.

Alice se lo pensó un momento. Comprendía el dilema, pero una mujer necesitaba sus cosas: ropa de dormir, vestidos, polvo de dientes.

—Te proporcionaré algo de ropa y artículos de primera necesidad. Mi hermana es de tu talla y me ha dejado algunos vestidos que necesitan arreglos, pero me atrevo a decir que nadie se dará cuenta si regalo uno o dos. Eso sí, procura no llevarlos en Londres después de la boda. Mi madre y mis hermanas los reconocerán, y puede que otros también.

—Nunca volveré a Londres —dijo con voz firme—. Os me ha hablado de su finca. Iremos allí.

—Una sabia idea —dijo—. Pero no olvides que sus mejores amigos están en Londres. Aunque no vendréis de inmediato hasta que el escándalo se haya calmado un poco, con el tiempo deseará venir para que pueda verlos. Y, aunque no puedo permitir que mi nombre se asocie a vuestra fuga, a pesar de que fue idea mía, y puedo ver que soy una amiga horrible que no llega a mostrar todo su apoyo, seguiré siendo tu amiga cuando regreses. No dejaré de frecuentarte, no importa lo que se diga, y te doy mi palabra. Soy la hija de un duque y tengo cierta influencia, después de todo.

—No es una amiga horrible —cogió su mano—. Las palabras no pueden expresar mi gratitud. Me ha salvado de una vida de miseria. Si ocurre algo que entorpezca nuestros planes, creo que me volveré loca de dolor, pero la recordaré con gratitud. Y si lo conseguimos —retiró su mano mientras negaba con la cabeza—, no encuentro palabras suficientes, pero estaré siempre en deuda con usted.

La criada llamó a la puerta.

—Señorita, su madre dice que ha ordenado que suban más agua caliente para que pueda tomar el té caliente.

—Bajaremos en un minuto —Gwen exhaló y dijo en voz más baja—. Bueno, mis minutos de libertad han terminado.

—Al menos enséñame tu vestido.

Gwen frunció el ceño.

—¿Por qué quiere verlo? Es un vestido destinado a una ceremonia con Lord Hicks.

Alice respondió en voz baja.

—Pero si todo va bien, lo usarás para tu ceremonia con el señor Duckworth —arqueó una ceja y fue recompensada con una sonrisa, la primera que había visto en algún tiempo.

Por lo menos, la señora Chauncey tenía buen gusto para los vestidos. La tela amarilla y los hilos de seda verde complementarían los tonos marrones del pelo y los ojos de Gwen. Estaba hecho con seda fina, y Alice podía imaginarse lo hermosa que se vería llevando un vestido así. Los esfuerzos del señor Duckworth se verían ampliamente recompensados.

Caminaron hacia la puerta, y Gwen entrelazó su brazo con el de Alice.

—Me ha dado tantas esperanzas, Lady Alice.

Se detuvo y le sonrió a Gwen.

—Cuando no estemos en presencia de tu madre, y te ruego que entiendas esta distinción, puedes llamarme Alice.

Gwen le sonrió en respuesta y apretó su brazo.



ALICE ESPERABA que el señor Clavering viniera el mismo día o al día siguiente para que le diera noticias de su hermano. No vino ninguno de los dos, pero envió otro ramo de flores con una nota que decía que creía haber tenido éxito. No fue hasta dos días después que Daisy llamó a su puerta y asomó la cabeza para avisarle que había llegado una visita.

—Es el señor Clavering que viene a verla, señorita —tenía algo parecido a una sonrisa en el rostro. Alice la habría reprendido por impertinente si hubiera sido capaz de reprimir su propia sonrisa.

Su corazón dio un vuelco. Lo vería por fin y sabría lo que había pasado con su hermano, luego coordinarían los planes para el señor Duckworth y Gwen. ¿Por qué no había venido antes? Debió ser consciente de que ella lo buscaba.

Cuando Alice entró en el salón principal con su criada por detrás, el señor Clavering acortó rápidamente la distancia que los separaba. Se detuvo en el último momento e hizo una reverencia, sin apartar los ojos de su rostro.

Daisy se retiró a un rincón de la sala, y Alice pudo apreciar lo oportuna que había sido la caída de su madre. Nunca le habrían permitido visitar al señor Clavering y hablar con tanta libertad si su madre hubiera estado aquí. Y nunca la habrían dejado sola.

—¿Quiere sentarse? —le preguntó, y él asintió, siguiéndola hasta un conjunto de sillas a una distancia considerable de su criada.

Alice se quedó embelesada al ver su pelo alborotado y sus hoyuelos infantiles que aparecían cuando sonreía. Tenía la boca seca por los nervios.

—Siempre me olvido de ofrecer té. ¿Quiere un poco?

Él negó con la cabeza.

—¿Recibió mi nota?

—Sí, la recibí. No hacía falta que enviara un mensaje codificado, aunque agradecí las flores. Por suerte, mi familia no tiene la costumbre de abrir mis cartas.

—No podía estar seguro, y no quería delatar a su hermano —miró a su criada, con una mirada interrogante.

Alice negó con la cabeza.

—No puede oírnos —hizo una pausa y luego dijo—. Entonces, cuénteme qué pasó.

El señor Clavering respiró hondo y le sonrió, provocando que ella sonriera. Le gustaba y estaba descubriendo otros sentimientos más profundos que le resultaban tan nuevos.

—Sé que querrá oír acerca de ambos temas. En cuanto a su hermano, no puedo darle los detalles de nuestra conversación, pero deseaba que le asegurara que sabe lo que hace.

Alice abrió los ojos como platos.

—¿Le dijo que había hablado conmigo?

Él parecía apenado.

—No le hablé de la inquietud de su ayuda de cámara. Pero no pude evitar mencionar su nombre, porque sonó muy decidido al decirme que me largara. Necesitaba demostrarle de alguna manera que tenía derecho a estar preocupado, aunque sólo fuera por el bien de usted.

Alice se mordió el labio y pensó en lo que había dicho. No le costaba creer que su hermano hubiera echado al señor Clavering si éste no le hubiera asegurado que no se estaba entrometiendo en asuntos que no le concernían. Apretó los labios y lo miró a los ojos.

—Muy bien. Dijo que no debía preocuparme. ¿Y usted qué dice? ¿Le cree?

No se apresuró a asegurárselo de inmediato, cosa que ella agradeció. Se tomó su tiempo para pensarlo.

—Creo que sí. No creo que corra el peligro que vosotros creen que corre. Está actuando de manera irresponsable y entrará en razón conforme pase el tiempo. No me parece que esté perdido.

—Sólo puedo suponer lo que quiere decir —respondió, incapaz de contener una sonrisa, aunque deseaba estar indignada—. ¿Cree que volverá a casa?

La miró con compasión.

—Lady Alice, no debe pensar que su hermano realmente volverá a casa. Es un hombre, o al menos se está convirtiendo en uno. Naturalmente, debe cortar algunos lazos con su familia mientras forja su propio camino. Cuanto antes lo acepte su familia como tal, antes volverá. O al menos su afecto.

Alice asintió. Instintivamente sabía que era cierto, aunque ya echaba de menos al hermano de su juventud. Respiró hondo.

—¿Y qué hay del señor Duckworth?

—El señor Duckworth estará allí mañana a las diez, como usted lo indicó. Ya se ha encargado de todo.

—Excelente —al menos había una buena noticia—. Al no recibir una visita de la señorita Chauncey, decidí hacerle una yo misma. Su madre permaneció a su lado todo el tiempo, pero al final pude ver el vestido que llevará en su boda con Lord Hicks.

—¿Va a seguir adelante con la boda? —frunció las cejas con preocupación—. Duck ya lo ha planeado todo. ¡Ha contratado un carruaje y cuatro caballos para su primera parada fuera de Londres!

Alice lo tranquilizó con la mirada.

—No, señor Clavering. Pero la señorita Chauncey difícilmente podría decirle a su madre que se va a casar con el señor Duckworth. El vestido fue la excusa perfecta para salir de la habitación y discutir el plan. Tendré que decirle a Daisy que le envíe un paquete con artículos necesarios ya que Gwen no tendrá nada propio. No podemos pedirle a su criada que le prepare un baúl. Pero no sé dónde debería enviarlo.

El señor Clavering se lo pensó un momento.

—Será mejor que su criada le lleve el paquete a Philippa, y me aseguraré de que esté allí mañana por la mañana para recibirlo. Ella me lo hará llegar y así nada podrá sospechar. No debemos estar asociados a este escándalo o nunca podremos remendar el daño una vez que todo esté hecho.

Sintiéndose aliviada por su comprensión, Alice asintió.

—No podría estar más de acuerdo con usted. Le dije exactamente lo mismo Gwen. Ahora sólo tenemos que confiar en que se las arreglará para llegar con la modista y que pueda escabullirse en el momento oportuno.

—Estoy segura de que si está lo suficientemente decidida, nada la detendrá. Y sé que nada detendrá a Duck —la miró fijamente y cierta tensión llenó el ambiente. Ella deseaba decir algo, o tal vez deseaba otra cosa, pero no sabía muy bien qué—. Debo irme —dijo finalmente.

Alice se puso de pie, con el ánimo por los suelos. La visita no la había satisfecho. Había sido

demasiado rápida y no se había dicho nada a lo que ella pudiera aferrarse. Nada sobre el cambio que se estaba produciendo en su relación. Caminaron hacia la puerta, pero él no se marchó. Finalmente, él le tendió sus dos manos y ella las cogió. El señor Clavering miró hacia donde estaba la criada y Alice hizo lo mismo. Daisy se había dado la vuelta y estaba observando las cortinas.

Él se inclinó y el gesto la hizo estremecerse. Nunca había deseado que un hombre estuviera tan cerca, especialmente mirándola de frente. Debería haber sido una invasión a su espacio personal. Pero no lo fue. Lo acogió con agrado. Él hablo en voz baja lo cual le causó esa sensación que empezaba a reconocer. Esas mariposas en el estómago que hacían que su corazón se acelerara.

—Hay algo en la posición de Duck que envidio.

Alice lo miró, vacilante, aunque sus manos seguían entrelazadas. Tragó saliva. Se negaba a encontrar una mujer para él. Su mente simplemente había descartado la posibilidad. No se lo permitía. Era el momento de confesarlo.

—Señor Clavering, no puedo pensar en ninguna mujer sea apta para ser su esposa.

—¿No puede? —su voz fue grave y gutural. Ella apenas podía respirar. Volvió a mirar hacia donde estaba su criada. Soltó sus manos y levantó una de las suyas para posar sus dedos en su mejilla—. Yo solo puedo pensar en una, Alice.

Dio un paso hacia adelante, y la ausencia de distancia entre ellos pareció absorber todo el aire de sus pulmones. Él se inclinó y ella levantó el rostro intuitivamente para encontrarse con el suyo. Él rozó sus labios con los de ella y retrocedió casi al instante. Alice tuvo que forzar la entrada de aire en sus pulmones.

Entonces, él hizo una reverencia y salió de la habitación.

# CAPÍTULO 22



A primera hora de la tarde siguiente, George fue a casa de Philippa a buscar las pertenencias que Lady Alice había prometido hacerle llegar para la huida de la señorita Chauncey. Le hubiera gustado recibirlas directamente de ella para ver cómo le iba.

La había llamado Alice y ella no había protestado. Se le había escapado debido a su creciente intimidad. La había besado y ella no se había apartado. Había saboreado sus labios. ¿Había sentido ella también que el mundo se detuvo cuando sus labios se tocaron? ¿Que cada sensación había gritado con vitalidad? No podía pensar en casi nada más. Ella no le había prometido nada, pero seguramente no podría mantenerlo a la distancia ahora.

—Aquí está —dijo Philippa, bajando las escaleras con un simple fardo en los brazos. Estaba envuelto en tela y atado con una cinta—. Lady Alice vino y lo trajo ella misma, junto con su criada, y prometió que tenía todo lo esencial que la señorita Chauncey necesitaría. Debes mantenerme informada de la situación.

George aceptó el paquete, deseando haber venido antes. Podría haber visto a Alice.

—¿Lo sabe Jack?

Philippa asintió.

—No le oculto cosas a mi marido. Sabes que se puede confiar en él.

—Lo sé. Espero que no lo haya escandalizado demasiado —levantó las cejas, no muy preocupado.

—Poco escandaliza a mi marido.

—Supongo que no, estando casado contigo —salió del salón y se dirigió al pasillo, donde un lacayo le abrió la puerta. No había pasado por alto la sonrisa de su hermana.

Tomó un carruaje de alquiler hasta Cockspur, cerca del callejón donde Duck debía esperar. Le pagó al conductor y luego le echó un vistazo al callejón. En él, el carruaje cerrado estaba orientado en la dirección correcta para una salida rápida, y el mozo de cuadra de Duck estaba en la parte delantera cogiendo las riendas. George dio gracias por el buen tiempo que no complicaría su viaje. La pareja tenía una semana de viaje por delante.

Saludó al mozo de cuadra y luego abrió de un tirón la puerta del carruaje, haciendo que Duck diera un respingo. Estaba encorvado en el asiento, de cara a la puerta trasera de la modista, la cual podía verse a través de la ventanilla del carruaje. Por una vez, George no tuvo ningún deseo de burlarse. Su amigo ya estaba bastante nervioso.

—Estás aquí —dijo Duck, y luego se volvió para seguir vigilando, sumiéndose en un tenso silencio. Permaneció perfectamente quieto y apretó la mandíbula mientras seguía mirando por la

ventana.

George le dio una palmada en el hombro.

—Nada se lo impedirá, Duck. Ella estará aquí, tal como estaba previsto. Lady Alice dijo que la determinación de la señorita Chauncey no le dejó ninguna duda de que tu prometida estaría donde dijo que estaría. No vas a casarte con una señorita débil que no conoce su propia mente.

A pesar de su palidez, Duck rio.

—Oh, ya lo sé. Lo supe desde la primera noche que nos emparejaron en las cartas. No puedo creer que se casará conmigo.

George apreció este raro brote de humildad en su amigo. Duck no solía dudar de sí mismo, y probablemente no lo haría ni siquiera ahora, de no ser por aquel desafortunado incidente con Mary Morgan que le había robado la confianza en encontrar a una mujer honesta. Tal vez aquello le había servido de algo, después de todo, aunque sólo fuera para ayudarle a distinguir lo que de verdad importaba.

George se volvió para mirar por la ventana, pero no tenía sentido que ambos se quedaran mirando. Con uno bastaba. Mirando de nuevo hacia delante, cogió el paquete de su regazo y lo puso en el asiento entre ambos, sin molestarse en romper el silencio. Se preguntó qué estaría haciendo Alice en ese momento. Seguramente estaría sentada en casa, esperando la noticia de que todo había ido bien. Poco más podía hacer sin un acompañante, y estaba sorprendido de que hubiera conseguido evitar ir a visitar a su hermana. George frunció el ceño al pensar en lo limitados que eran sus movimientos. Qué duro debía de ser para una mujer tener tan poca libertad. Si Alice estuviera casada, podría ir adonde quisiera.

Si estuviera casada con *él*, nunca le impediría hacer nada que se propusiera.

Tal vez, sólo tal vez, Alice se estaba ablandando y considerando la idea de que él se convirtiera en su marido. En cuanto a George, estaba haciendo lo contrario. No necesitaba ablandarse en absoluto. Su determinación era cada vez más firme. *Tenía* que probar suerte con ella. No podía arriesgarse a cometer el mismo error que Duck y dejar que esta mujer se le escapara de las manos sin decirle lo que sentía.

Si su reticencia inicial había sido porque iba en contra de su ética el ir en contra de los deseos de Alice. Ya no pensaba de esa manera. También iba en contra de su ética, y aún peor, saber cómo se sentía y tener un indicio de cómo se sentía ella y aun así no intentar nada.

Duck se quedó inmóvil antes de respirar hondo.

—Cielos —susurró—, ahí está.

En una fracción de segundo, Duck estaba fuera del carruaje, y George salió por el otro lado. Miró alrededor del callejón para asegurarse de que nadie los había visto, y en efecto, no había nadie. Ni siquiera había ventanas en las fachadas de los edificios del callejón, excepto una, y estaba cerrada. La señorita Chauncey corrió hacia Duck, con el rostro pálido y una expresión de terror mezclada con una feroz determinación en sus facciones. Llevaba un vestido amarillo adornado con elaboradas hojas verdes.

—Oswald —exclamó.

Duck puso su brazo alrededor de ella y la llevó a toda prisa al carruaje. La metió en él, cerró la puerta de un portazo y se dirigió hacia el otro lado.

George abrió la puerta que Duck acababa de cerrar y se asomó.

—Señorita Chauncey, debo mantener al tanto a Lady Alice. ¿Salió todo según lo planeado?

—Creo que sí. Hice que la criada de mi madre esperara en la parte delantera de la tienda. La costurera quería que me fuera para terminar el manto y enviármelo, pero me negué. Me advirtió que tardaría al menos un cuarto de hora en hacer los últimos ajustes, y muy probablemente más.

Pero me sentiré mucho mejor si logramos escaparnos sin que nos vean.

—Ya has oído a la dama —dijo Duck con impaciencia, sentándose a su lado, suplicándole a George con la mirada que comprendiera y perdonara su tono brusco.

George cruzó el asiento para estrechar la mano de Duck y le guiñó un ojo.

—Entonces será mejor que os vayáis —dio un golpecito en el lateral del carruaje, el cual se alejó a toda velocidad.

Con los hombros tensos, George miró por última vez a su alrededor y aún no había nadie. No le convenía que lo vieran por los alrededores; no podía tener nada que ver con esta fuga. Su reputación probablemente nunca se recuperaría, ya que cualquier caballero debería *impedir* una fuga, no colaborar en una. Sin embargo, no podía marcharse sin ver cómo se desarrollaba la situación para tener algo que contarle a Alice.

Caminó hasta el final del callejón y se mantuvo oculto, apretando los labios. No importaba la cuestión de lo que significaba ser un caballero. Esta era la vida de Duck, y él no habría detenido su huida por nada del mundo.

A Alice le tranquilizaría saber cuánto tiempo había transcurrido para que alguien notara la ausencia de la señorita Chauncey, y George decidió que se quedaría para averiguarlo. Cockspur Street se cruzaba con la calle más amplia Pall Mall, y había gente yendo y viniendo en ambas direcciones mientras se ocupaban de sus asuntos. Nadie miró el carruaje cerrado que se alejaba. Se detuvo a un lado de la intersección, esperando a ver qué ocurría.

—Clavering —Lord Anley apareció por su izquierda y caminó hacia adelante, sorprendido. Se acercó a donde estaba George—. ¿Qué hace aquí, en esta parte de la ciudad? —lo miró con suspicacia—. Espero que no se trate de mí. Esta es la zona donde reside cierto nombre que ambos conocemos.

George negó con la cabeza.

—Te doy mi palabra: mi presencia aquí no tiene nada que ver contigo, ni con *eso*. Confío en que manejes tus propios asuntos como mejor te parezca.

—Bien —se cruzó de brazos. Luego relajó su postura y una sonrisa reticente apareció en su rostro—. De hecho, vengo de terminar las cosas con ella.

—¿Lo has hecho? —Alice se sentiría muy aliviada cuando supiera que su hermano le había puesto fin a su aventura. Tuvo cuidado de no mostrar ninguna reacción ante la noticia y se limitó a levantar una ceja—. ¿Y cómo se tomó ella las cosas?

Lord Anley se encogió de hombros, luciendo como un chaval. Una sonrisa renuente apareció en su rostro.

—Hubo mucho llanto. ¿Sabe? Empiezo a pensar que no es del todo sincera.

Hubo suficiente humor en la voz de Anley para que George soltara una suave carcajada.

—Es posible que no —se aseguró de dejar el tema ahí. Un hombre no necesitaba que le restregaran sus errores en la cara.

Anley esbozó una sonrisa afligida.

—En cualquier caso, me ha permitido ver más de cerca su verdadera naturaleza… y sus amplios conductos lagrimales.

Se oyó un ruido cuando la puerta del callejón se abrió de golpe y una mujer salió corriendo, con una mirada desorbitada en sus ojos. El marqués se volvió en esa dirección, y George tuvo cuidado de no parecer demasiado curioso. Esperaba que nadie viniera a interrogarlo delante de Anley. El marqués sabía que era amigo de Duckworth y probablemente había oído hablar de la reciente amistad entre su hermana y la señorita Chauncey. Podría averiguarlo.

Para su alivio, la modista volvió corriendo al interior sin hacer preguntas. Sospechaba que no

se había atrevido a interrumpirlos.

George estaba buscando otro tema de conversación cuando la puerta volvió a abrirse y salió la misma mujer con una criada por detrás. Ambas miraron a su alrededor pero, al ver el callejón vacío, no intentaron hacer más por descubrir el paradero de la señorita Chauncey.

George no había mirado su reloj y no deseaba llamar la atención, pero sospechaba que habían pasado unos diez minutos desde que Duck y la señorita Chauncey se habían marchado. Dado que era poco probable que alguien supiera adónde había ido ella, tenía la esperanza de que ésa fuera la ventaja que necesitaban para ser libres.

Se volvió hacia Lord Anley y decidió ser franco sobre sus intenciones.

—Tenía pensado visitar a tu hermana.

Anley alzó las cejas y lo estudió.

—¿Ah, sí? Yo mismo estaba a punto de volver a casa. ¿Por qué no viajamos juntos?

—Excelente.

George siguió al marqués hasta las caballerizas cercanas, donde estaba aparcado el carruaje de Anley. Sostuvo una conversación ligera, ocultando su nerviosismo por la fuga de Duck, y ahora por ver a Alice. Lo último que deseaba era que su hermano fuera testigo del grado del afecto que sentía por Alice. Eso sería como declararse públicamente, y estaba lejos de estar seguro de lo que ella sentía. Al final, se le ocurrió un tema que pensó que les interesaría a ambos.

—El caballero Jackson está reuniendo a algunos de los hombres que ha entrenado para ayudar en la coronación del Príncipe Regente. Serán los encargados de mantener el orden en la multitud. ¿Estabas enterado?

Anley exhaló.

—Cómo me gustaría hacer eso. Aunque nunca podría. Mi padre se escandalizaría.

—Junto con el resto de Londres, imagino —añadió—. No, imagino que serán hombres de naturaleza más humilde los que desempeñen ese papel.

—¿Nunca piensa…? —se detuvo y miró a George—. Oh, pero supongo que no importa. Usted puede hacer lo que le plazca.

—Pero creo que sé lo que quieres decir —le dirigió una sonrisa comprensiva. Entendía la necesidad de hacer algo noble—. Si hubiera una guerra o algo así, donde pudiéramos ir y demostrar nuestro valor, ¿no es así?

—Sí, algo así —dirigió su mirada al frente.

George guardó silencio hasta que un nuevo pensamiento se apoderó de él.

—Por otra parte, hay muchas maneras de demostrar el valor de un hombre que no implican luchar. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

Habían llegado, y George siguió a Anley al interior de la casa. El marqués lo condujo directamente al salón principal, donde Alice y su madre estaban sentadas. No esperaba ver a la duquesa y ella no mostraba signos evidentes de su estado de incapacidad. Esperaba que el hecho de haber llegado con el marqués mitigara su disgusto por haber llegado sin avisar. Permaneció al lado de Anley, debatiendo si esta había sido la mejor decisión.

—Madre, estás abajo —dijo Anley—. Maravilloso. Te presento al señor Clavering.

La duquesa tenía una expresión severa.

—Ya nos conocemos.

George hizo una reverencia.

—Buenas tardes, Alteza —después de una fracción de segundo de vacilación, también se inclinó ante Lady Alice—. Milady.

La duquesa dudó antes de señalar el asiento cerca de ellos.

—¿Desea sentarse?

—Se lo agradezco, Alteza —dijo—, si no fuera inconveniente, me pregunto si Lady Alice querría dar un paseo.

La duquesa miró a Alice, quien se encogió de hombros y asintió levemente. George capto el gesto y esperó que simplemente fuera un acto para su madre y no un signo del verdadero estado de sus sentimientos hacia él.

—Le pediré a Daisy que nos acompañe —Alice se dirigió rápidamente a la puerta y luego se encontró con la mirada de George—, no tardaré más que un minuto.

—Muy bien, aunque no es la hora habitual para pasear —dijo la duquesa, dirigiéndole una mirada severa. Se preguntó qué había hecho para que desconfiara tanto de él. Sin embargo, lo importante era que le había permitido a Alice salir.

—No la retendré mucho tiempo. Podemos pasear por la plaza, hace una tarde preciosa —dijo, deseoso de apaciguar a su madre.

—Lo dejo entonces, Clavering. Tome asiento mientras espera —le dijo Anley. Se dirigió hacia la puerta y se volvió—. Madre, estaré aquí para la cena de esta noche, si así lo deseas.

La duquesa asintió, y a George no se le escapó la mirada de afecto maternal en sus ojos. Anley se marchó, y él tomó asiento mientras le dirigía una mirada rápida a su anfitriona, tratando de no demostrar que, en ese momento, todo su mundo dependía de las oportunidades que pudiera tener con Lady Alice.

—Oí que estuviste de visita mientras estaba incapacitada —dijo—, eso aceleró mi recuperación, pues no deseaba dejar a mi hija sin compañía. Por mucho que me gustaría confiar en Daisy, me temo que tiene una naturaleza demasiado romántica. ¿Cuáles son sus intenciones con Alice?

No estaba preparado para recibir una pregunta tan directa, pero no dudó.

—Me casaría con ella si me aceptara.

—¿En contra de los deseos de sus padres? —preguntó, y él tuvo que recordarse a sí mismo que Su Alteza había manifestado su aprobación una vez, aunque se suponía que él no debería saber eso. Más bien pensó que no lo decía enserio. Aunque no parecía bromeando con él—. Estás por debajo de ella. Tú, un segundo hijo, y de un baronet, para colmo. Es audaz de tu parte intentar conquistarla.

No se acobardó bajo su mirada.

—Tal vez. Aunque si me permite informarle, Alteza, mi herencia no es despreciable. A su hija no le faltaría nada. Eso, sin embargo, eso no tiene importancia si ella no acepta mi propuesta. Me preguntó por mis intenciones. Simplemente quiero que sea consciente de mis sentimientos. Si ella los comparte, pediré hablar con Su Alteza. Si no lo hace, lo que usted o yo pensemos del asunto no tiene relevancia.

Había hablado con firmeza, pero no podía arrepentirse. No adularía a la duquesa ni intentaría ganarse la mano de Alice mediante la connivencia.

—Muy bien. Ya lo veremos —volvió su mirada hacia la puerta cuando Alice entró en la habitación. Llevaba una capota atada bajo la barbilla que enmarcaba su rostro y ocultaba su expresión. Su criada entró detrás de ella.

Miró a George.

—Estoy lista.

# CAPÍTULO 23



Alice permitió que el señor Clavering eligiera la dirección de su paseo. Estaba encantada, más allá de lo que admitiría ante cualquiera que no fuera ella misma, de poder escapar de su casa en compañía del único hombre que ocupaba sus pensamientos, día y noche. No comenzaron su charla de inmediato. Colocó su mano en el brazo de George y la calidez de su presencia la llenó de una sensación de paz y alegría que, hasta ese día, no había conocido.

Daisy los seguía a cierta distancia, dándoles espacio suficiente para mantener una conversación privada. Alice siempre había apreciado a su criada, pero últimamente se estaba dando cuenta su gran valor. Siempre aceptaba todas sus extrañas peticiones, como empaquetar ropa vieja y polvo de dientes, sin hacer preguntas. Y estaba segura de que no hablaba de ello en el piso de abajo. Ahora, estaba mostrando otro acto de cortesía al permitirles tener cierto grado de privacidad.

La mirada de Alice se dirigió al señor Clavering, luego al cielo azul con nubes iluminadas por el sol.

—Hace un día precioso.

Sintió la fuerza de sus brazos a través de su ajustado abrigo, lo que, extrañamente, la hizo sentirse más débil. La mirada de George también se dirigió hacia el cielo y, cuando se volvió hacia ella, notó por primera vez las motas doradas en sus ojos marrones.

—Lo es, en efecto. Y una buena compañía solo hace que lo disfrute más.

Alice agachó la cabeza para ocultar su complacencia al oír su comentario. Trató de abordar otro tema.

—Creo que puede hablar con seguridad sobre el asunto que nos concierne a ambos profundamente. Confío en que mi criada no revele nada de lo que pueda oír.

—Muy bien —la acercó un poco más a él antes de hablar—. Pudieron salir sin complicaciones, por lo que pude ver. La señorita Chauncey salió corriendo, llevando lo que estoy seguro era su vestido de novia. Duck la metió rápidamente en el carruaje y se marcharon sin que nadie se diera cuenta. Me quedé en la zona para ver en qué momento notarían su ausencia, y creo que pasaron unos diez minutos antes de que alguien saliera. Como la criada no habría estado en la posición de iniciar una búsqueda, imagino que pasó mucho más tiempo antes de que alguien pudiera intentar localizarlos.

—¿Cree que las personas adivinarán adónde han ido? —preguntó con inquietud.

—No veo cómo podrían. Duck no fue particularmente obvio en sus atenciones después de que la señorita Chauncey se comprometiera —había bajado la voz y procuraba no decir sus

nombres a oídos de Daisy o de algún transeúnte casual—. Duck lo tiene todo planeado. A menos que su familia sepa en dónde buscar, creo que están bastante a salvo.

—Uf —suspiró y luego miró al señor Clavering con una sonrisa. No se había dado cuenta de lo mucho que había estado deseando que la pareja lo consiguiera. Era casi como si su búsqueda de la libertad fuera paralela a la suya.

—Y usted volvió a casa con mi hermano —añadió—, nunca me había sorprendido tanto como al veros a los dos juntos. Creo que verlo a él ablandó a mi madre lo suficiente como para dejarme salir a pasear con usted. Fue casi como si hubiera sido usted quien lo trajo por fin a casa.

El señor Clavering se rio.

—Créame, su madre aún tenía preguntas para mí.

Alice levantó la cabeza para mirarle y se quedó prendada de su perfil, otra cosa que no había tenido oportunidad de estudiar a tan poca distancia. Su fuerte mandíbula revelaba el carácter firme que una desearía en un pretendiente… si es que una estaba pensando en tal cosa. Casi olvidó lo que quería preguntar.

*Ah, sí.*

—¿Qué preguntas tenía?

Se relamió los labios y sus ojos brillaron.

—Quería saber qué intenciones tenía hacia su hija.

—Oh, cielos —dirigió su mirada hacia adelante. Había querido preguntar más sobre Gwen, Duck y su hermano y lo que él y el señor Clavering estaban haciendo juntos, pero la conversación ahora estaba desviándose hacia un camino peligroso, y aparentemente sin una dirección clara—. ¿Qué respondió?

Él no dijo nada. Alice sólo oía las conversaciones de las parejas que pasaban junto a ellos y el sonido de sus propios pasos en el pavimento. Frunció el ceño mientras reflexionaba sobre cómo podría haberle respondido a su madre. El silencio se hizo más profundo y se volvió solo para ver que él la estaba mirando fijamente.

—Dije que me casaría con usted, si me aceptaba.

Los pies de Alice casi se detuvieron por sí solos, pero se obligó a seguir caminando. Por su mente pasaron muchas posibles respuestas, pero no podía decidirse por ninguna. Sin embargo, él le dio su tiempo y no habló mientras ella procesaba sus pensamientos. Finalmente, se decidió por hacerle otra pregunta.

—¿Qué respondió ella?

El señor Clavering no necesitó tiempo para responder.

—No importa lo que haya respondido. Sólo importa lo que usted responda.

Eso silenció a Alice de nuevo. Pero como él no habló, ella tuvo que pensar en otra cosa que decir. Por una vez, deseó que un hombre le dijera lo que debía decir, hacer o pensar, sólo para llenar el silencio y que la obligación no recayera sobre ella.

No, no deseaba eso.

—Necesitaré tiempo para pensar mi respuesta.

El señor Clavering exhaló, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Eso no es un no, entonces.

Ella levantó la vista para ver su sonrisa.

—No es un no —confirmó.

Se inclinó hacia ella y le dijo casi en un susurro:

—Si no estuviéramos en un lugar tan público, estaría tentado de persuadirla con un beso, uno que no tendría ninguna prisa en terminar.

A Alice se le cortó la respiración al pensar en cómo sería eso, y tardó un minuto en pensar en la respuesta adecuada.

—Aunque estuviéramos o no en un lugar tan público, no sería en absoluto apropiado, señor Clavering.

—Aún así —dijo, sonriendo.

Ella mantuvo su mirada fija hacia adelante, intentando no sonreír, pero podía notar el dolor en sus mejillas. Se mordió el labio.

Volvió a inclinarse.

—Y me gustaría que me llamara George. Me he tomado la libertad de llamarla Alice en mi mente cuando pienso en usted, lo cual es a menudo.

—Creo recordar que también se tomó la libertad de hacerlo en voz alta la última vez que nos vimos —dijo, intentando sonar indignada. No fue nada convincente.

—Lo notó, ¿verdad? Esperaba que no —respondió, negando con la cabeza y fingiendo pesar.

Los labios de Alice temblaron mientras se curvaban hacia arriba. La hacía feliz estar en su presencia. Tendría que pensar muy bien su decisión. Aceptar sería ir en contra de todo lo que había decidido. Se convertiría en el tipo de mujer de mentalidad débil que detestaba. Pero por otro lado, podría vivir con George, mirarlo, reírse con él y *besarlo* todos los días por el resto de sus vidas.

*Oh, cielos*. Y ahora tendrían que pensar en otro tema de conversación para el resto del paseo. Todo era muy incómodo, o al menos debería serlo. ¿¡Y si ella hubiera dicho que no!?

—Mi finca de St. Ives está lo bastante cerca del océano como para llegar en media hora a caballo —hizo una pausa y la miró para ver si estaba interesada. Lo estaba—. Hay un pueblo en donde viven los arrendatarios, y aunque su actividad principal es cultivar la tierra, también comercian con los pescadores. La casa tiene catorce habitaciones, eso sin incluir los cuartos de los criados, y algunas de ellas tienen vistas a la fuente que hay enfrente. Mi favorita es la de la parte trasera, que da al jardín y al prado que hay más allá. Conduce hacia una pequeña zona boscosa que tiene suficientes faisanes durante la temporada de caza. Eso no te interesa, por supuesto. Pero la zona es idílica para pasear, salvo en la temporada de caza. La sala matinal está muy bien acondicionada, aunque un toque femenino en la decoración no estaría de más.

Continuó así mientras caminaban, hablándole de los inquilinos, de las reparaciones que estaba haciendo y del ama de llaves y el mayordomo, quienes llevaban treinta años casados. Ella escuchaba, preguntándose cómo sería ser la dueña de semejante propiedad y vivir tan cerca del océano. Su familia no viajaba a menudo, aparte de los dos viajes a Brighton por invitación del príncipe regente y los trayectos entre la finca familiar de Kent y su casa de Londres. Ni siquiera había visitado a su hermana en Cumbria y habría agradecido la oportunidad de hacerlo, si la visita propuesta no hubiera sido justo a la mitad de la Temporada y, tenía que admitirlo, en medio de su incipiente amistad con George Clavering. A él le sorprendió saber que ella no se había bañado en el mar cuando habían ido a Brighton porque su madre le tenía un miedo terrible a las olas.

—Algún día pondrás tus pies descalzos en el océano, Alice —habían dado ya algunas vueltas y se acercaban de nuevo a su casa. Alice apenas podía creer que su tiempo juntos había terminado. Esperaba que él no la presionara para que respondiera demasiado pronto. Pensó que su corazón le diría que sí, pero necesitaba estar segura.

Cuando llegaron, él se detuvo y la miró.

—Estaré en Almack’s mañana por la noche si quieres ir. Entiendo que será complicado para ti, ya que tu madre no puede acompañarte. Si le pido a Philippa que te acompañe, ¿ella lo

permitiría?

Alice se mordió el labio.

—Será mejor que se lo pida a Cleda. Será menos sospechoso para mi madre. Pero creo que estaré allí. A mi madre le agrada Cleda —le sonrió, feliz ante la idea de verlo al día siguiente.

No tenía ningún deseo de dejar su compañía, pero ya era hora de que lo hiciera. Tenía mucho que pensar. La acompañó hasta la escalera y, cuando el mayordomo abrió la puerta, se quitó su sombrero e hizo una reverencia.

—Ha sido una tarde agradable para mí, Lady Alice.

—Y para mí, señor Clavering.

Horace estaba presente, así que ella atravesó la puerta, seguida por Daisy, y no se permitió volverse para verlo marchar. Todo lo que tenía era lo que estaba guardado en su corazón: sus palabras y su declaración. Hacía tiempo que no se nutría de un estímulo tan alentador.



—CREO que vas a casarte con ese hombre —susurró Cleda en Almack's cuando Alice volvió a echarle un vistazo a la habitación para intentar ver a George.

—Hm. No estoy tan segura. Es una gran decisión —se giró para ver si estaba en la esquina más alejada. ¿Estaba en su rincón? Pero no, habían otras personas allí. Apenas podía concentrarse en los invitados reunidos esta noche. Sólo tenía un pensamiento, y era estar cerca de él.

Finalmente, él entró y sus ojos la encontraron fácilmente entre la multitud. Sonrió y comenzó a moverse en su dirección antes de ser interrumpido por su amigo el señor Amos, quien le había dado una palmadita en el hombro.

Alice no estaba cerca de admitir que quería casarse con él. En su corazón, la boda ya se había celebrado y ella vivía en St. Ives. En su mente, la batalla se libraba mientras se aferraba a su independencia. Su corazón permitió que su mente aceptara bailar con él, al menos.

George terminó su conversación con el señor Amos y se acercó.

—Señora Bell —dijo, inclinándose ante Cleda—. Buenas noches, Lady Alice. Espero que me reserve un baile para esta noche.

Presa de un repentino impulso de provocarlo, bajó la mirada.

—Lo siento. He concedido todos mis bailes. Hubieron muchas peticiones y no pude decir que no, ya que había declarado que bailaría esta noche.

El rostro de George perdió todo rastro de su buen humor. Su decepción era evidente.

—Debería haber venido antes. Whitmore me necesitaba…

Cleda miró a Alice, riendo y a la vez luciendo exasperada.

—Sácalo de su miseria —le dirigió a George una mirada compasiva, y luego se alejó, dejándolos solos.

—No he concedido ningún baile —confesó, sus labios curvándose hacia arriba—. Acabamos de llegar, no mucho antes que usted, de hecho. Y creo que los hombres de aquí aún se resisten a confiar en que no serán rechazados.

—Se necesita ser un hombre de gran coraje para acercarse a usted, entonces —dijo, recobrando su humor.

—Mucho coraje.

—Me alegra saber que aún hay esperanza para mí, y que puedo considerarme un hombre de gran coraje —comenzó a sonar la música de una cuadrilla y se volvió hacia ella—. Preferiría

bailar el vals con usted. ¿Hay alguien a quien pueda llevarla? No me gustaría que fuera objeto de escrutinio porque he pasado demasiado tiempo en su presencia; al menos no hasta que esté segura de lo que siente realmente.

—Eso es muy considerado, señor Clavering…

—George —susurró.

Ella sonrió pero lo ignoró. O lo intentó, al menos.

—Podrías acompañarme a la mesa de refrigerios. Allí hay mujeres que conozco.

Inclinó la cabeza y le tendió el brazo.

—Entonces, venga. Déjeme llevarla allí mientras espero por nuestro vals.

En la mesa de refrigerios, el círculo formado por Teresa, Bárbara, Diana y Annabelle se abrió para incluirla. Teresa se abalanzó sobre ella con alegría.

—Ha llegado en el momento justo para escuchar el chisme más impactante. Gwendolyn Chauncey ha *huido* con *alguien*. Ha desaparecido completamente de Londres.

—En el día de su boda con Lord Hicks —añadió Barbara. Sus ojos brillaban por el chisme.

—¿*El día* de su boda? —preguntó con sorpresa, antes de detenerse torpemente. Casi las había delatado.

—El día anterior —dijo Teresa—, pobre, pobre Lord Hicks. He oído que está muy deprimido. Sentía pasión por la señorita Chauncey, ¿quién lo diría, cierto? Ella no era más que medianamente bonita, y era tan antipática. Siempre pensé que algo andaba mal con ella.

—Mm —Alice frunció el ceño—. A mí siempre me ha agradado.

—Lady Alice, a usted le gusta parecer generosa en su estimación de los demás, pero sabe que tiene sus propios prejuicios —dijo Barbara fastidiosamente—, no puede decirme que esta noticia no la impactó.

No lo hizo, pero no podía decir eso.

—Por supuesto que sí. Pero creo que debemos averiguar los detalles. Espero que la señorita Chauncey no haya sufrido ningún mal.

—Ha desaparecido sin dejar rastro —añadió Annabelle y volvió sus ojos muy abiertos hacia Bárbara y Teresa en busca de su aprobación.

—Lady Alice, veo que no está bailando —la voz provino de detrás de ella.

Por una vez, Alice agradeció que hubiera una distracción, sin importar de quién se tratara, aunque, en este caso, el hombre era Lord Harrowden, de cuya esposa se rumoreaba que estaba llevando a cabo una indiscreción en secreto. Alice se preguntó por qué él, siendo un hombre casado, la escogería a ella. No podía ser por cortesía que la invitara a bailar, ya que habían demasiados caballeros y muchas damas que carecían de pareja. Pero estaba ansiosa por apartarse de la conversación sobre la señorita Chauncey para no hacer una revelación inadvertida.

—Hasta ahora solo tengo reservado un baile.

—Es mi día de suerte, entonces. Permítame que la acompañe —levantó su brazo.

Ella se inclinó ante las damas y lo siguió hasta la pista de baile. Se colocaron en un lateral del salón y observaron el baile en curso. Se volvió hacia ella con una sonrisa que no le inspiraba confianza.

—Permítame adivinar, milady. Su baile reservado es con George Clavering.

Ella lo miró y luego volvió su rostro hacia adelante.

—No está comenzando nuestro baile de manera muy propicia, milord, si ya está hablando de otras parejas mías… *y* siendo demasiado inquisitivo.

Se lo pensó un momento antes de responder.

—Tal vez lo haga con un noble objetivo. Sólo le digo esto, milady, porque es muy obvio que

él la está cortejando.

No necesitó mucho tiempo para formular una respuesta.

—Aquellos que me cortejan no son de su incumbencia —empezaba a pensar que sería mejor separarse de Lord Harrowden antes de que empezaran a bailar. Ahora podía hacerlo sin problemas, pero sería muy diferente hacerlo una vez que empezaran a bailar. Tras una pausa, se volvió hacia él—. Yo…

—¿Sabe por qué la corteja? —insistió.

Su insolencia ya había durado demasiado. Ella hizo una reverencia.

—Buenas noches, milord.

—Es porque apostó a que se casaría esta Temporada. La apuesta está registrada en el libro de White's.

Alice se detuvo, el fuerte golpe de los latidos de su corazón silenció las palabras de Harrowden.

Se acercó a ella y se inclinó para murmurarle al oído:

—Cuando ningún otro candidato tuvo éxito, empezó a cortejarla para no perder su apuesta.

Alice no permitió que su expresión se inmutara mientras procesaba las palabras. Sólo podía ser verdad. La comprensión la golpeó como una estocada. A George le encantaba hacer apuestas. No podía estar cortejándola con un propósito honesto. ¡Vaya, el hombre no hacía más que apostar y tener amantes! No sabía lo que era sentir algún tipo de sentimiento más profundo. Aquella charla sobre el amor que Cleda había mencionado era pura basura, al menos en lo que a George se refería. Su rostro enrojeció y las lágrimas amenazaron con salir.

Controlando sus emociones, se volvió hacia él.

—Buenas noches, Lord Harrowden.

Alice se volvió y caminó por los laterales del salón de baile, buscando a Cleda, pero no pudo verla. Sus ojos estaban casi cegados por las lágrimas, pero parpadeó para apartarlas y se reprendió fuertemente. Tenía que salir de esa asfixiante multitud, y preferiblemente sin encontrarse con George… el señor Clavering. Si tenía que enfrentarse a él, no sería capaz de contener las lágrimas.

Encontró a Cleda manteniendo una conversación con otros invitados y la tocó en el brazo. Cuando se volvió, su rostro mostró preocupación ante la evidente angustia de Alice. No podía articular palabra y los demás la observaban con curiosidad. Forzó una sonrisa.

—Si no es molestia, ¿podríamos salir a tomar un poco de aire? No me estoy sintiendo muy bien.

—Oh, vaya a asistir a Lady Alice —dijo la mujer. Cleda asintió enérgicamente y pasó su brazo por debajo del de Alice.

—Vámonos. Si lo necesitamos, el señor Bell estará listo para llevarnos pronto a casa.

Alice mantuvo la mirada baja hasta que se abrieron paso entre la multitud. Llegó a la entrada por donde corría aire fresco. Ahora, si tan solo pudiera llegar a la privacidad del carruaje de los Bell, podría sobrevivir esta noche con su dignidad intacta.

# CAPÍTULO 24



George se movía inquieto por la sala, sin saber qué hacer sin Duck mientras esperaba a que llegara el único baile que importaba. Había dejado a Amos en compañía de una mujer que le había llamado la atención, y le deseó lo mejor. Amos había estado cada vez más atento a las candidatas que le ofrecían estos bailes, ahora que había decidido que era hora de sentar la cabeza. Era como si, por acuerdo un tácito, todos hubieran decidido que era el momento, y George no se quedaba atrás en absoluto. Si Amos pudiera encontrar la misma felicidad que ahora estaba a su alcance, estaría muy contento por él. Por fin podría entender lo que era amar, por fin podría comprender lo que había llevado a Duck a dar un paso tan radical.

Él y Duck habían decidido que sería mejor no hablar acerca de su fuga incluso con sus amigos más cercanos. Dijo que se disculparía cuando volviera, pero cuantos menos lo supieran previo a eso, mejor. Él y la señorita Chauncey llevaban ya un día y medio de viaje. Se preguntó cómo les habría ido la primera noche en la posada y si habrían sido capaces de hacerla pasar por su hermana. No eran precisamente parecidos. Pero sabía que Duck mantendría intacto su honor hasta que cruzaran la frontera y e hicieran una parada en la primera herrería escocesa, donde celebrarían su boda en el yunque.

El movimiento de una dama vestida de azul llamó su atención, a pesar de la multitud de gente que se interponía entre ellos. Alice. Dondequiera que George se encontrara en la sala, estaba atento al vestido azul pálido que llevaba Alice. Siempre intuía en dónde estaba aunque no estuviera mirando en su dirección.

Siguió sus movimientos y vio que la señora Bell conduciéndola hacia la salida. Tal vez solo necesitaba un poco de aire fresco. Se movió a un punto en el que tenía una vista clara del sirviente que estaba encargado de las capas. La señora Bell le estaba entregando sus tickets. Cogió su chal y se lo puso, luego le entregó el otro a Alice. George frunció el ceño. Hacía demasiado calor como para que necesitaran abrigarse con sus prendas exteriores si sólo iban a tomar aire.

Se les unió un caballero, quien tocó el brazo de la señora Bell. Era el señor Bell, y también estaba entregando su ticket. George comenzó a preocuparse. Parecía que estaban dando por terminada su noche en Almack's. Pero eso no podía ser, ya que aún no había bailado con Alice. Dio un paso rápido hacia delante.

—George —se volvió al oír la voz de Philippa—. ¿Todo transcurrió bien para nuestros amigos ayer? Esperaba que vinieras a visitarme para que me dieras los detalles.

—Un momento —dijo, volviéndose hacia la salida. Alice ya no estaba a la vista, así que

avanzó. La multitud no le caminar con facilidad, pero se abrió paso de la manera más educada posible. Cuando llegó a la entrada principal, ya se habían ido. Se dirigió hacia la puerta y el lacayo la abrió para que pudiera salir.

Parpadeó contra el cielo nocturno y el halo de luz de un farol enganchado en un poste que lo cegó por un momento. Entonces los vio. Los tres estaban de pie en la acera mientras un carruaje se acercaba a ellos. El aire de esa era frío, pero él apenas lo notó.

—Alice —gritó.

Un pequeño grupo de personas se apresuró hacia la entrada de Almack's, llegando justo antes de la hora undécima, hora en la que se les cerraría el paso por la noche. Se volvieron hacia él cuando la llamó y luego giraron la cabeza para mirarla. *Maldita sea*.

—Lady Alice —corrigió. Estaba montando una escena al correr detrás de una dama a la vista de todos. Mañana todo Londres sabría de esto.

Ella se detuvo pero no se volvió hacia él. Su amiga se inclinó para susurrarle algo al oído y, de manera renuente, Alice lo encaró. Nunca había visto en ella una expresión tan poco amistosa, ni siquiera aquella primera noche en la que se habían conocido. *¿Qué ha pasado?*

Alice esperó a que se acercara, y cuando George estuvo frente a ella, la señora Bell la tocó en el brazo.

—Estaremos esperando en el carruaje —con la ayuda de su marido, subió, y él la siguió, cerrando la puerta tras de sí.

George deseaba desesperadamente tener privacidad. La necesitaba. Pero no podía apartarla del carruaje sin arriesgarse a que los demás hablaran. Y el conductor estaba a una distancia muy corta de ellos. Le indicó que lo siguiera antes de acercarse a la rueda trasera.

—Por favor. Concédame un momento de su tiempo.

Alice no dijo nada, pero le siguió. Sus manos colgaban sin fuerza a sus costados y sus hombros estaban firmemente cuadrados. Lo miró, esperando a que dijera algo, así que el peso de la conversación recayó sobre él.

—Por favor, dígame por qué se vas sin esperar a nuestro baile —le dijo. Tragó saliva. Quería preguntarle por qué parecía estar tan disgustada con él, pero no tuvo el valor.

—Le preocupa perderse un baile conmigo —observó con un tono frío—. ¿Por qué? ¿Es porque apostó que podría sacarme a bailar esta noche, y tiene miedo de perder su apuesta?

De repente, el suelo se sintió menos sólido bajo sus pies.

—¿Qué? Yo no… —se detuvo y se aferró a su indignación—. Nunca apostaría por un baile. Bailar es por placer —comenzó a temblar.

—Baila sólo por placer —dijo—, ¿pero se casa por una apuesta?

¿Por qué estaba enfadada por su apuesta? No habían apostado por un matrimonio, sólo por la habilidad de la señorita Chauncey para ganarse el afecto de Duck.

*Oh*. Ahora todo estaba claro.

George volvió a tragar saliva. Quería suplicarle, pero no creía que eso fuera a resultar bien. Parecería desesperado y ella nunca le creería. Pero bastó una mirada a su rostro para que la razón huyera de su cuerpo e hiciera precisamente eso.

—Alice, tienes que creerme…

—Lady Alice —lo interrumpió. Su expresión severa.

—Lady Alice, no la cortejo por una apuesta. La cortejo porque mis sentimientos hacia usted han crecido hasta el punto de… —se detuvo. No podía decir que la amaba cuando ella lo estaba mirando con tanto desdén. Ni siquiera él mismo lo había admitido—. Mis sentimientos hacia usted han crecido mucho.

Alice asintió como si confirmara algo para sí misma.

—Puedo ver cuánto han crecido sus sentimientos. Tiene una manera muy particular de expresarlos y de mostrarlos —su voz estaba llena de ironía—. Qué delicia para usted tener el mundo a sus pies. Como caballero, puedes cortejar a una elegible mujer de la *alta sociedad* mientras se guarda su verdadero afecto para su amante. *Y* puede ganar algunas guineas mientras lo hace.

—Sólo fueron treinta chelines —protestó. No debió haberlo dicho. Lo supo en cuanto las palabras salieron de sus labios.

Ella se quedó boquiabierta y su expresión de enfado aumentó aún más.

—Me siento muy aliviada.

Se dispuso a rodearlo, pero él la cogió por el brazo. Ella bajó la mirada hacia su mano y luego la dirigió hacia su rostro. George nunca había visto una mirada más aterradora ni en su oponente más formidable en el salón de boxeo. La soltó y dio un paso atrás.

—Pero usted y yo también apostamos —protestó, débilmente, cuando ella puso la mano en el pomo para abrir la puerta del carruaje—. Apostamos por la señorita Chauncey y Duck. ¿Por qué es esto diferente?

—La nuestra era una apuesta amistosa entre dos personas. La de usted es *pública*, y está en los *libros*. Ha ligado mi nombre a una apuesta para que la vea cualquier persona vulgar —enderezó su postura y levantó la mirada, temerosa a pesar de su tamaño—. También es diferente porque *su* relación tuvo éxito.

Abrió la puerta de un tirón y subió al carruaje, rechazando la mano del señor Bell. Cerró la puerta y el carruaje se puso en marcha.

El corazón de George golpeaba contra su pecho. Otro grupo salió de Almack's, mirándolo con curiosidad. No le importó. De hecho, pensó que se enfermaría. Comenzó a caminar. No recordaba si había traído capa, si había cabalgado hasta aquí, si había prometido reunirse con alguien esa noche.

Con el horror que lo consumía, ni un solo pensamiento racional era capaz de entrar en su conciencia.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, George no se molestó en llamar a su ayuda de cámara para afeitarse o vestirse. No se molestó en comer. Se limitó a acostarse en su cama hasta que la inactividad lo impacientó demasiado como para quedarse allí. Entonces se levantó y se sentó a la mesa de su sala de estar.

No llevaba mucho tiempo allí cuando llamaron a la puerta. La ignoró, pero el golpeteo se hizo insistente.

—Abre, George.

*¿Lucius?* La sorpresa de que viniera a visitarlo lo impulsó a levantarse y acercarse a la puerta. La abrió y vio a su hermano mayor tan perfectamente arreglado como siempre. Sin decir palabra, abrió más la puerta y permitió que Lucius entrara.

—Perdona mi insistencia. Si voy a arrastrarme fuera de la cama a estas horas tan tempranas, me gusta cumplir mi misión, ya sabes.

Ahora que su sorpresa se había calmado, el humor de George volvió a decaer. Su hermano estaba aquí, pero no podía arreglar el lío en el que se había metido.

—Siéntate —murmuró.

—Luces terrible.

George no pudo devolver la respuesta despreocupada que su hermano claramente esperaba. Se tiró en su silla.

—¿Cómo lo has sabido?

Lucius miró hacia el aparador y fue a servirse un poco de ale.

—Harrowden no pudo resistirse a regodearse en presencia de Amos. Entonces Amos fue entonces a preguntarle a Philippa adónde habías ido, y ella le dijo que te habías marchado y no habías vuelto. Creo que a veces Amos olvida que Philippa no es uno de vosotros. Él le contó lo que pasó con Harrowden.

—Supongo que se sorprendió.

Lucius se sentó y bebió.

—No nuestra Philippa. Tuvo la presencia de ánimo de enviarme una nota. Así que supongo que fuiste a por Lady Alice y ella no aceptó tus disculpas.

George se quedó mirando el plato de jamón que había sobre la mesa.

—Lo hice. Ella no la aceptó.

—Ah —la mirada de Lucius mostraba compasión. George estaba tan acostumbrado a ver el lado sardónico de su hermano que su expresión lo tomó por sorpresa—. ¿Qué piensas hacer ahora?

George le dirigió a su hermano una mirada miserable.

—¿Qué puedo hacer? Nada. Todo está perdido —se inclinó hacia delante y apoyó su cara entre sus manos, luchando contra una extraña sensación de lágrimas. No serviría de nada llorar. No cambiaría nada.

—Mi consejo es que te levantes y te vistas. Tendrás que estar en mejores condiciones si quieres tener alguna esperanza de conquistarla.

George lo miró con incredulidad.

—No *tengo* ninguna esperanza.

—Entonces eres un idiota —dijo sin rodeos—. Si Lady Alice está enamorada de ti, como Philippa cree, su dolor o humillación o ira, o cualquier otro sentimiento que sea más fuerte que cualquier otro en este momento, no durará. Tendrás que pedirle perdón. Siento ser yo quien te lo diga, pero no será la última vez —bebió un sorbo de ale y bajó la jarra—. Pero si ni siquiera haces un esfuerzo por verla o razonar con ella, entonces no mereces tenerla. Si, después de hacer todo lo posible, se niega a perdonarte… —George esperó el resto y, como no llegó, miró a Lucius—, entonces, no merece que la conquistes.

George no se sentía mejor, al menos no mucho mejor, excepto por el hecho de que su hermano se había desviado de su camino para venir a verlo y eso lo hacía sentirse menos solo. Sin embargo, su discurso movió algo en su interior. Lo hizo desear vestirse y al menos intentar hablar con ella.

Se detuvo de repente, invadido por un pensamiento.

—Hablas por experiencia, ya que tú mismo cometiste un error bastante grande. Permitiste que humillaran públicamente a Selena y no acudiste en su ayuda. Pero aun así se casó contigo.

Lucius frunció el ceño.

—No es un momento del que me sienta orgulloso —se sumió en sus pensamientos y George esperó, preguntándose. Si su hermano pudo meter la pata tan estrepitosamente y aun así se ganó la confianza de Selena, entonces, ¿él tendría alguna oportunidad con Lady Alice?

No. Alice no se parecía en nada a Selena. No soportaba a los tontos, y él era más que un tonto.

Lucius lo miró.

—Si Lady Alice te acepta, a pesar de lo que has hecho, entonces será simplemente un recordatorio constante de que debes hacerlo mejor. Apreciarla más. Ponerla en primer lugar. Al menos así funciona conmigo.

George asintió, tomando esto como un estímulo. Respiró hondo.

—No tengo ni idea de cómo lo lograré. Es la hija de un duque, está rodeada de gente que no gana nada si nos casamos. Ni siquiera sé cómo voy a poder verla.

—Lo dices como si tuvieras que entrar en la boca del lobo sólo para hablar con ella.

—Eso es exactamente lo que haré. Entraré en la boca del lobo para verla. Me comerán vivo.

Lucius se puso en pie.

—Sabes que no soy precisamente un hombre de convicciones espirituales. Pero hasta yo sé que si tienes un mínimo de fe, Dios es capaz de cerrarle la boca a un león —puso la mano en el hombro de George, lo sacudió y luego se acercó a la puerta y se marchó.

La visita de su hermano le había hecho bien. Había ahuyentado parte del abatimiento, así que se levantó y llamó a su ayuda de cámara para que viniera a ayudarlo afeitarse. Su primera parada sería en el club de boxeo de Jackson. Si Anley estaba allí, vería si el marqués había hablado con su hermana. Si no estaba presente, aliviaría parte de su abatimiento con un poco de deporte.

Anley no estaba allí cuando George llegó, y para cuando se hubo cambiado y puesto los guantes, ya había decidido que el destino estaba en su contra. ¡No! se negaba a pensar así. El destino no estaba en su contra. George tampoco era un hombre especialmente devoto, pero las palabras de Lucius resonaban en su mente. Y pensó que, si no había otra manera de lograr su objetivo, podría tener la fe suficiente para forzar su entrada en la boca del lobo y buscar hablar con Alice, sin importar el resultado.

Ralph Filbert estaba al otro lado de la habitación, levantó una mano y lo saludó.

—Clavering —gritó—, ven a entrenar conmigo. Tenemos el mismo peso.

Perfecto. Estaban parejos, y Filbert estaba listo para comenzar. Tan pronto como George estuvo frente a él, levantó sus guantes.

—Vaya, tío. Parece que estás a punto de asesinar a alguien. ¿Qué te tiene tan cabreado?

—Nada. Vamos a pelear.

Filbert enarcó una ceja pero levantó su guante y bloqueó fácilmente el primer puñetazo de George. El golpe había sido descuidado.

Filbert lanzó su propio puñetazo y dijo:

—Harrowden le ha estado diciendo a cualquiera que lo escuche que estás intentando ganarte la mano de Lady Alice para poder ganar tu apuesta.

George no respondió a eso, pero su golpe fue más fuerte y eficaz esta vez.

—Harrowden es un tonto —continuó Filbert—, le advertí que si seguía hablando así terminaría dentro de un duelo. Es como si te estuviera acusando de hacer la apuesta.

George lanzó otro puñetazo, luego se giró cuando Filbert se lo devolvió.

—Mi única preocupación es la reputación de Lady Alice. No deseaba apostar con él. Ojalá hubiera dicho que no.

Filbert consiguió que un puñetazo pasara la guardia de George y le dio en la barbilla, con fuerza. Le dolió pero devolvió el puñetazo sin hacer contacto.

—Lo que es más, ahora ella está diciendo que tengo amantes. ¿De dónde ha sacado la idea? Nunca he tenido ninguna.

Filbert se apartó mientras George lanzaba un puñetazo con su mano izquierda. Filbert se concentró en intentar burlar sus defensas, hasta que ambos comenzaron a respirar con dificultad

por el esfuerzo. Dejó caer las manos y dijo:

—Siento cierta responsabilidad por tu situación. Debería haber permanecido callado cuando Harrowden se nos acercó, en lugar de contarle lo que estábamos discutiendo. Sé qué clase de hombre es.

George negó con la cabeza, cansado y adolorido.

—No te culpo.

Ambos reanudaron sus posturas de combate y continuaron, aunque pronto estarían agotados. George seguía sin tener respuestas. Ya era bastante malo que hubiera apostado por Alice. Pero ¡si al menos hubiera apostado en contra de que se casara! Entonces al menos le habría demostrado que creía en lo que ella decía en lugar de mostrarse como todos los demás hombres arrogantes de la *alta sociedad*. Podría haber perdido su propia apuesta al intentar conquistarla. Ahora, tal como estaban las cosas, no había nada que pudiera hacer para que su cortejo pareciera sincero. No veía cómo iba a salir de ésta.

Cuando Filbert y él tuvieron suficiente, se inclinaron el uno ante el otro. Una vez consumida su frustración, George tuvo la tardía esperanza de que nadie hubiera oído su conversación. No había sido precisamente discreto. Miró a su alrededor y vio a Lord Anley a poca distancia. Su boca se secó al verlo. *Por favor, que acabe de entrar. Que no haya oído lo que he dicho.*

Consiguió dirigirle una sonrisa.

—Nos hemos perdido el uno del otro. Acabo de terminar.

—Qué pena —dijo. Se miraron durante un momento en silencio, y George se dio cuenta de lo estúpido que había sido esperar que Anley fuera de alguna ayuda. Alice no se lo habría confiado en su hermano, y Anley no lo ayudaría si lo supiera todo. Probablemente lo sabía todo, por la forma en que Harrowden había estado hablando de ello sin parar.

—Buen día, entonces —dijo mientras se daba la vuelta para marcharse, queriendo golpearse por su falta de ideas y de valor.

—¿Es cierto que apostó a que mi hermana se casaría esta Temporada? —su voz fue demasiado baja como para que alguien más lo oyera.

George se volvió lentamente y estudió su rostro. No lucía tan furioso como tenía todo el derecho a estarlo.

—Lo hice. Me arrepiento.

—No me gusta que el nombre de mi hermana esté en los libros de apuestas —su expresión seguía siendo comedida, pero su tono fue firme. George se merecía cada pequeña parte de esta reprimenda.

—Te pido disculpas. Se lo pediría a Lady Alice si tan solo aceptara verme.

Anley asintió y bajó la mirada.

—A pesar de la desacertada apuesta, creo que mi hermana debería casarse. Y aunque evidentemente no es asunto suyo, parece que usted también lo cree.

George, sintiéndose a la vez avergonzado y ligeramente enfermo, levantó rápidamente la mirada.

—Puede que no sea asunto mío, pero lo creo. Aunque supongo que no soy imparcial. Sólo creo que debería casarse si es conmigo.

Anley enarcó una ceja.

—Bien, entonces —tras un breve silencio, hizo una reverencia y se volvió hacia un grupo de sus colegas en un rincón de la habitación.

George se fue a vestir, repasando la conversación en su mente. Una vez estuvo listo, salió de Jackson's hacia la bulliciosa calle y continuó su camino mientras la vergüenza y el disgusto le

robaban el aliento.

De todas las ideas estúpidas, descabelladas e idiotas que se le habían metido en la cabeza, había tenido que ir a decirle al heredero del duque de Carr, el *hermano* de Alice, que aspiraba a casarse con su hermana. Y *eso* después de todo lo que había hecho para mancillar su nombre. En un repentino gesto de frustración, golpeó su frente con su mano, haciendo que su sombrero cayera al suelo. Una matrona lo miró alarmada, y él se agachó para recogerlo.

Ahora estaba asustando a transeúntes inocentes. No sólo había perdido su oportunidad con Alice, sino que iba a acabar en Bedlam. Estaba *terriblemente* contento de haber escuchado a Lucius y haberse vestido para el día.

# CAPÍTULO 25



Alice salió de su habitación lo menos posible en los dos días posteriores a su velada en Almack's. A pesar de que no vivía precisamente una vida llena de alegría, nunca antes se había sentido tan desesperanzada. ¿Haber sabido lo que era amar a alguien e imaginar su vida juntos, sólo para que todo eso le fuera arrebatado porque él no era quien ella pensaba? Era demasiado cruel. Con el estado de ánimo en el que se encontraba, sólo podía ver como el mayor golpe de suerte que su madre no estuviera lo suficientemente bien como para arrastrarla a fiestas o a visitas matutinas. Era imposible pensar en salir de casa y ver a alguien.

Cleda vino a visitarla, y su amistad era tan estrecha que Alice le dijo a la sirvienta que la condujera a su dormitorio. Estaba sentada en la cama cuando su amiga entró en la habitación. Cleda la miró y negó con la cabeza mientras suspiraba de manera compasiva.

—¿Has sido incapaz de dirigir tus pensamientos en una dirección más feliz desde el miércoles?

—Es la cosa más vergonzosa —gritó, aferrándose a su manta—. Me desprecio por ser tan débil, pero estoy abatida. No encuentro la manera de ver toda esta situación con más entereza.

—No eres débil, en absoluto —se sentó a un lado de la cama y cogió la mano de Alice—. ¿Has tenido noticias del señor Clavering? ¿Ha intentado darte alguna explicación o enviarte alguna nota?

Alice negó con la cabeza.

—No lo ha hecho. Pero no debería sorprenderle. Yo no lo estoy, teniendo en cuenta que no soy más importante para él que cualquier amante que repentinamente se ha vuelto demasiado exigente, supongo. Me habría asombrado si hubiera hecho algún esfuerzo por disculparse.

Cleda la miró, dubitativa.

—¿Estás segura? Me cuesta creer que haya apostado por ti, aunque ¿cómo podría no ser cierto si él mismo lo ha confirmado? Sin embargo, la forma en que te mira…

Alice gimió.

—No me hables de la forma en que me mira. No fue real. Lo único que consigue tu recordatorio es que me den ganas de hundirme en el suelo por haber sido tan tonta. Hice bien en no fiarme.

Tiró las mantas a un lado, se puso de pie y empezó a caminar.

—Debería haberme atenido a mis convicciones originales. Cuando me obstinaba en no casarme, estaba en paz. Era *feliz*. No había nada que me desanimara —Cleda no parecía del todo convencida, y Alice tuvo que esforzarse para convencerse a sí misma—. Y entonces me

arriesgué y entregué mi corazón… y mira adónde me ha llevado.

La mirada de su amiga estaba llena de compasión. Permaneció en silencio, permitiendo que Alice continuara.

—Me equivoqué al enamorarme de él. En un tiempo, hubo algún momento en el que fui una mujer sensata —se golpeó el pecho, dando énfasis—. Y ahora, no soy más que una criatura voluble y tonta.

Cleda suspiró y se levantó de la cama para sentarse en una de las sillas junto a la chimenea vacía.

—Comprendo tu decepción. Supongo que yo tenía tan pocas esperanzas como tú de encontrar el amor. Simplemente fue más complaciente al aceptar un matrimonio por conveniencia. Y sé que descubrir lo que era el amor después de casarme me impidió experimentar un dolor como el tuyo. Aun así, te insto a que no le des la espalda a la búsqueda de un matrimonio por amor…

—Basta —dijo, dirigiéndole a su amiga una mirada severa.

Al ver que había herido a Cleda, se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Te ruego que perdones la dureza de mi tono. Eres una buena amiga y no mereces que te hable así. Después de todo, *tú* nunca harías algo como apostar por una persona a la que estimas.

Cleda enarcó una ceja.

—Tú también eres una buena amiga. Sin embargo, eso es precisamente lo que hiciste con la señorita Chauncey. Vosotras tenéis una relación cercana, pero apostaste por ella.

Alice apartó la mano y se quedó boquiabierta.

—Aposté en su beneficio. Y aposté a favor de sus cualidades. Dije que era lo bastante digna como para llamar la atención de uno de los ligones más famosos de Londres. Fue un cumplido, no un insulto.

Cleda parecía escéptica.

—Tal vez. Pero, ¿no te hizo el señor Clavering un cumplido similar?

Cuando Alice hizo una mueca, Cleda continuó:

—Por lo que entiendo de la situación, apostó por ti cuando aún no te conocía bien. Y apostó a que *por supuesto* conseguirías una pareja. Él también apostó a favor de tus cualidades. Y al hacerlo, reveló lo valiosa que tú eres ante sus ojos.

Lo que Cleda decía tenía sentido, pero no quería darle a George el beneficio de la duda. Quería seguir enfadada con él.

Se cruzó de brazos.

—Apostó treinta chelines por mí. ¿Te lo puedes creer? *¡Treinta monedas de plata!* Si eso no lo convierte en Judas el Traidor, no sé qué lo hará.

—Soy tu amiga, tu mejor amiga. Y lo odiaré si es necesario —acomodó sus piernas más cómodamente bajo su silla—, pero nunca he visto a nadie que te haga reír tanto como él; nadie que te haga bajar la máscara que usas ante la Sociedad como él lo hace. Y he sido testigo de la expresión en su rostro cuando te ve desde el otro lado del salón de baile. *Él* no es un hombre que esté cortejando a alguien por una simple apuesta.

Sus palabras mesuradas casi hicieron que se rindiera. Pero no volvería a quedar en ridículo. Cuando Cleda le sonrió y levantó las cejas, interpretando su silencio como un acuerdo, ella levantó la barbilla.

—Pero su apuesta está escrita en los *libros*. Es pública.

Cleda suspiró y negó con la cabeza. Su mirada de compasión ahora estaba teñida de exasperación.

Más tarde, después de que Cleda se hubiera marchado, tras rogarle que considerara la posibilidad de ir al baile de máscaras, donde no estaría sometida a escrutinio, sugerencia que había ignorado de inmediato, Alice prefirió quedarse en su habitación. Todo lo que le esperaba era una conversación poco interesante con su madre en el piso de abajo. Su ánimo había subido durante la visita de Cleda, pero no tenía paciencia para charlas triviales. Tampoco estaba dispuesta a mostrarse más comprensiva con George… el señor Clavering.

*¡Ugh!* Ahora que pensaba en él como George, seguía siendo George en su mente. La habían envenenado. Nunca más se despojaría de esa máscara que usaba ante la Sociedad y se mostraría así a alguien ajeno a su familia.

Un golpe en la puerta de su habitación la sacó de sus pensamientos. Ordenó que pasaran y su hermano entró.

Alice dejó caer el libro que había estado intentando leer sin éxito sobre su regazo y lo miró sorprendida.

—Bart, realmente estás en mi habitación. ¿Qué haces aquí? Ya nunca vienes a verme.

Bartholomew sonrió y cerró la puerta tras de sí, luego se acercó y se tiró en la silla frente a ella.

—Bueno, esperaba verte anoche en la mesa de la cena, pero parece que lo único que haces es esconderte en tu habitación y hacer pucheros.

Alice se sentó erguida.

—No estoy haciendo pucheros —dijo con indignación—, ¿por qué razón haría pucheros?

—Oh, tal vez sea el hecho de que Clavering apostó por ti en White's a que te casarías esta Temporada, y eso te enfurece —le dedicó una sonrisa arrogante que demostraba su total despreocupación ante el suceso.

Ella apoyó la barbilla.

—Bueno, creo que es muy vulgar por su parte poner mi nombre en un lugar tan público. Pensé que era mejor que eso.

Un rayo de sol inundó la habitación e iluminó el rostro de Bartholomew, resaltando los pelos de su barbilla. Se tapó los ojos.

—Lo vi, ¿sabes? En el club de Jackson.

Alice se quedó quieta, luego trazó con el dedo las protuberancias que adornaban el lomo de su libro. Se moría por preguntarle cómo lucía y si la había mencionado, pero no quería rebajarse a hacerlo.

—¿Ah sí? —fue todo lo que dijo.

—Lo que es más, lo oí hablar mientras boxeaba —dijo, observando su rostro—, estaba hablando de ti.

Alice tiró su libro en la mesa a su lado con disgusto.

—¿Otra vez hablando de mí en público? Dios mío, el hombre no ha aprendido de sus errores. Espero que le hayas dado una lección, sea lo que sea que hacéis los hombres en ese establecimiento de boxeo.

Bartholomew negó con la cabeza con una sonrisa irónica.

—Sinceramente, aunque quisiera darle una lección, probablemente no podría. Al menos, todavía no. Tiene un gancho de izquierda muy potente.

Lo miró sorprendida.

—¿El señor Clavering es experto en boxeo?

—Es uno de los mejores entre los caballeros —admitió—, pero no me distraigas de lo que quería decirte. Justo antes de irse, hablamos, y admitió que todavía quiere casarse contigo. El

hombre es miserable, Lis. Parece que no ha pegado ojo. Sácalo de su miseria y cásate con él.

—Puede seguir sin pegar ojo —Levantó la barbilla—. Creo que ha puesto sus miras demasiado altas.

—No sabía que eras tan arrogante—la reprendió con delicadeza. La hizo sentir avergonzada.

Se mordió el labio, conteniendo su ira.

—No es arrogancia. Entiendo que tener amantes es propio de los hombres. Pero *yo* no acepto algo así. Comprendo que necesitéis —levantó las manos mientras buscaba las palabras adecuadas—, satisfacer vuestras necesidades o como quiera que lo llaméis. Pero deploro que haya normas diferentes para hombres y mujeres. Creo que no es correcto que haya diferencias. De lo que estoy segura es de que no habría una norma diferente si alguna vez me casara. No toleraría a un hombre que tiene decenas de amantes, como el señor Clavering.

Bartholomew la miró asombrado.

—¿Cómo es que sabes esas cosas? No deberían tocarse estos temas frente a las mujeres.

Alice lo miró.

—Bart, eres mi hermano pequeño. Por favor, no seas condescendiente conmigo. Digamos que estas cosas son de dominio público.

—Lo que no es de dominio público —replicó—, es que Clavering nunca ha tenido una amante. Y eso es algo que *yo* sé.

La expresión de Alice cambió.

—¿Qué? ¿Cómo estás tan seguro?

La miró con arrogancia.

—Porque él me lo dijo, querida hermana. Y eso no suele ser algo que un hombre presuma.

Ella bajó la mirada y estiró las piernas, estudiando sus pies descalzos. Quería creerlo, pero no se atrevía.

—Quizá te mintió para intentar convencerme.

Bartholomew negó con la cabeza.

—Me lo dijo antes de que todo esto ocurriera, cuando aún os llevabais bien. Clavering es un buen hombre, Lis.

*Es un buen hombre*. Su corazón quería creerlo. Pasaron unos minutos en silencio y entonces miró a Bartholomew, quien aún la miraba. Levantó las cejas para dejar claro su punto de vista, y cuando ella le devolvió la mirada, se dio cuenta de que sí lo creía.

Una sonrisa comenzó a formarse, por mucho que intentara permanecer severa, y giró su rostro para ocultarla. El hecho de que George se arrepintiera de su estúpida apuesta, una apuesta que había hecho cuando apenas la conocía, era casi suficiente para hacerla despojarse de todo su orgullo y darle una segunda oportunidad. Pero si eso era cierto, si todo eso era cierto, al elegir a George no se vería obligada a aceptar la infidelidad en su matrimonio. Si decía que sí a su propuesta, no tendría que compartirlo con nadie más.

Pero, ¿cómo podía una mujer con tanto orgullo como ella ceder y ofrecerle una segunda oportunidad?

—Bueno, si me preguntas a mí, deberías sacar al pobre hombre de su miseria y decirle que te casarás con él —dijo, como si ella hubiera hecho la pregunta en voz alta.

Ella frunció las cejas.

—Una mujer no hace ese tipo de cosas. ¿No puedes decirle que venga aquí o algo así?

—¿Qué, y que Clavering pida tu mano en matrimonio con madre como espectadora? No lo creo.

—Cierto —se quedó en silencio. Se había quedado sin ideas, pero su corazón latía con

fuerza. Una cosa era decidir darle otra oportunidad a un hombre, imaginar que podían tener un final feliz, pero otra muy distinta era hacer que eso pasara. ¿No se suponía que la felicidad simplemente llegaba a brazos de uno?

—Te acompañare al baile de máscaras del martes en casa de los Fenley —dijo por fin Bartholomew—, Simon Fenley es amigo mío, y le preguntaré si puedo hacer uso de su biblioteca, para que podáis hablar.

—Bart —exclamó, indignada—, eso es muy impropio —entonces recordó la fuga que acababa de tramar y se preguntó si le quedaría algo de decoro para cuando cumpliera los treinta.

—¡Maldita sea, Lis! *Yo* también estaré allí, imbécil —respondió, negando con la cabeza con disgusto—. ¿Por qué clase de pirado me tomas?

—Oh —exhaló, aliviada. Sus mejillas se encendieron por la sorpresa y se desahogó con él—. ¡No me llames imbécil, tú… *fantoche*!

Bartholomew la miró sorprendido y con un atisbo de humor.

—Muy bien… tarada.

Alice metió la mano por detrás, cogió el cojín bordado y se lo lanzó.

—Adefesio.

Él esquivó el cojín y le devolvió el disparo:

—Cara de rata.

Ella se echó a reír.

—Ya basta, gilipollas.

Bartholomew se puso en pie, sonriendo.

—Tienes algún plan, ¿cierto? —cuando ella asintió, él dijo—. Yo me encargaré de decirle a madre que te acompañare al baile. Pensaré en alguna excusa para hacer algo tan fuera de lo normal, para que no piense que estoy dispuesto a pasar página o algo así. Sólo asegúrate de estar lista mañana a las nueve.

—Bart —dijo mientras él caminaba hacia la puerta—, ¿ha hablado padre contigo? Nadie me dice nada, pero esa amiga tuya, la señorita Morgan…

La interrumpió levantando la mano.

—No hace falta que te metas en eso. Y yo puedo encargarme de padre.

—Muy bien —respondió, frunciendo el ceño. Esperaba que supiera lo que hacía. Cuando él se volvió de nuevo para irse, ella inhaló y un pensamiento llegó rápidamente a su mente.

—Bart, ¿y si él no viene?

Él se encogió de hombros, con una mano en la puerta.

—¿Qué soy yo, tu hada madrina? Simplemente prepárate a tiempo y ya nos preocuparemos del resto cuando lleguemos.

# CAPÍTULO 26



George finalmente salió de su casa después de haber pasado suficiente tiempo revolcándose en su miseria. Aunque no tenía ninguna posibilidad de volver a ganarse el corazón de Alice, no después de haber metido la pata hasta el fondo, no sería digno de sí mismo si al menos no hiciera un esfuerzo por recuperar su confianza. Sin embargo, para su primera aparición en la Sociedad (y la del club de Jackson no contaba) no estaba preparado para enfrentarse a la boca del lobo. En su lugar, podría ir a White's. Tal vez allí encontraría algunos amigos para reforzar su valor. Ya echaba de menos a Duck.

White's estaba prácticamente vacío. Había pocos hombres en el club, y todos eran de la tercera edad. Debía de estar perdiéndose algún acontecimiento. Le preguntó a uno de los criados y se enteró de que había una carrera en Ascot. *¡Oh, la carrera!* Había olvidado por completo que era hoy. En otro momento, habría sido uno de los primeros en llegar al campo. Salió del club, decidiendo ir a visitar a Philippa.

Ella no mostró sorpresa al verle, sólo simpatía. Se levantó con dificultad cuando George entró, y él se dio cuenta por primera vez de lo incómodo que debía ser tener una panza tan redonda. Apenas podía levantarse de la silla. En el último momento se acercó a ella, pero llegó demasiado tarde para ayudarla.

Ella le tendió las manos.

—No has ido a ver a Lady Alice, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Ella no quiere verme. Sinceramente, lo intentaría, pero estoy tratando de encontrar la mejor manera de hacerlo.

Philippa le dedicó una sonrisa compasiva.

—Ven, siéntate. Pediré que traigan el té, lo necesitas. Parece que también te vendría bien comer algo —George obedeció, y ella se acercó a la campanilla y le dio instrucciones al criado que llegó. Mientras regresaba a su silla, pasó junto a él y le alborotó el pelo.

—No voy a preguntar qué gusano se te ha metido en la cabeza para hacer una apuesta pública sobre una mujer —dijo, con un tono desenfadado.

George su cabeza entre sus manos.

—Harrowden me arrinconó a ello.

Una expresión de desagrado se dibujó en las facciones de Philippa.

—¡Ese hombre! Amos me dijo que estaba detrás de esto. No dejes que te arrincone a nada. Allá donde va, siembra problemas —cuando George no respondió, ella suspiró—. Tenía la

esperanza de que Alice viniera a visitarme y se desahogara, así podría tranquilizarla diciéndole que eras lo bastante miserable como para satisfacer su ansia de venganza. Yo no pude ir a visitarla.

—Y ella no acudiría a ti —dijo, abatido. Se preguntó cómo es que iba a cruzar el abismo y hablar realmente con ella. Parecía imposible.

Entró un criado cargando una bandeja con agua caliente y pastelillos. Philippa colocó las hojas de té y preparó la infusión, luego cortó una generosa rebanada de tarta para George y se la entregó.

—Madre envió una carta diciendo que planeaba venir a Londres para cuando dé a luz.

Casi se atraganta con el té.

—No me digas. Últimamente ha cumplido sus promesas. ¿Crees que vendrá de verdad?

Philippa vertió nata en su té.

—No lo sé. ¿Está mal que desee que no venga? Me resultaría difícil cuidar de madre y de mi bebé al mismo tiempo. Tendría que pedirle ayuda a María.

George se encogió de hombros de manera exagerada e intercambiaron una sonrisa. Eso aligeró el ambiente.

Philippa le contó las últimas noticias mientras comían, y George se limitó a escuchar. Cuando terminó su trozo de tarta y bebió dos tazas de té, empezó a sentirse mejor. No recordaba cuándo había comido por última vez.

—¿Crees que han llegado? —preguntó Philippa. Cuando él la miró con extrañeza, continuó —. Duck y la señorita Chauncey. ¿Crees que ya son el señor y la señora Duckworth? No hemos oído ninguna noticia de que haya salido un grupo de búsqueda desde Londres, y desde luego ninguna noticia de que los hayan encontrado.

—Ha pasado alrededor de una semana —dijo—, si conozco a Duck, lo ha conseguido, o está a punto de hacerlo. Pero no estaré del todo tranquilo hasta que oiga noticias de que se han unido en matrimonio —mientras Philippa comía su pastel, él respiró hondo, sintiéndose más esperanzado—. Entonces, dime qué debo hacer.

Ella dejó el tenedor sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Ir al baile de máscaras esta noche. Los Fenley son los anfitriones. Seguro que recibiste una invitación.

—Sí, pero no he respondido. No puedo presentarme sin enviar mi aceptación.

—Envíala tarde, entonces. Te lo perdonarán. Las anfitrionas siempre están e ¡n busca de jóvenes apuestos para animar sus fiestas —se rio—. Yo lo sé. Ahora soy una de esas mujeres.

George consideró la idea. No le hacía ningún bien quedarse deprimido en su habitación, pero asistiría solo a la fiesta. Sus amigos probablemente volverían tarde de la carrera, y no era probable que viera a ninguno de ellos allí. Miró a su hermana.

—¿Con qué fin?

—Creo que Lady Alice irá —se inclinó hacia delante tanto como su redondeado estómago le permitió—. No cuento con su confianza, obviamente, pero la mascarada es el lugar perfecto para escapar de la monotonía sin que nadie te preste mucha atención. La apuesta que hiciste sobre Lady Alice no ha circulado por ahí, ¿verdad? Yo desde luego no he oído nada al respecto.

George frunció el ceño. No había pensado en eso.

—No lo creo, pero tal vez la gente no lo mencionaría a mi alrededor, sabiendo que estoy implicado.

—Hm —el rostro de Philippa se tensó—. Supongo que una vez hecha la travesura, Harrowden no tuvo más necesidad de darla a conocer. Después de todo, no luciría bien al hacer

pública una apuesta que se hizo en un club privado de caballeros, *y* una apuesta sobre la hija de un duque.

—Ese hombre está pidiendo un duelo —dijo, sintiendo que su ira aumentaba sólo de pensarlo. Cómo le gustaría estropear ese rostro excesivamente simétrico y hacerlo más interesante.

—Por favor, no —suplicó Philippa—, conociéndolo, disparará antes de que termine la cuenta y te heriría de muerte.

—Sólo si le apuntara al árbol —se burló.

Luego suspiró y puso sus manos sobre sus rodillas.

—Estoy perdiendo el tiempo aquí. No, lo siento, Phil. No quería decir eso. Necesito hacer algo. No puedo estarme quieto. Pero seguiré tu consejo y enviaré mi aceptación para esta noche. Ahora necesito encontrar una máscara en alguna parte. ¿Dónde se consigue algo así?

—Jack tiene una extra. Iré a buscarla.

George esperó hasta que su hermana regresó. En su mano había una máscara naranja que llamaba más la atención de lo que a él le hubiera gustado. Tenía algo parecido a una melena de león que salía de ella por todos lados. La miró, dubitativo.

—¿Blythefield llevará esto?

—No lo hará —respondió, esbozando una sonrisa—, por eso te la estoy dando.

George supuso que no importaba qué máscara llevara. De todos modos, nadie la asociaría con él. Y era muy poco probable que viera a Alice allí. Estaba seguro de que su madre aún no estaba lo suficientemente bien como para asistir, lo que significaba que ella tampoco iría. Pero pensar eso lo desenfocaría de su objetivo principal, y ahora mismo, eso era todo lo que le quedaba.



LA MULTITUD SEGUÍA LLEGANDO a la casa de los Fenley esa noche mientras George se acercaba. Se sentía ridículo con su máscara, pero se tranquilizó un poco cuando vio a otras personas portando unas aún más ostentosas. Sin embargo, como todas pertenecían a hombres mayores y corpulentos, no pudo consolarse mucho. Tuvo que recordarse a sí mismo por qué estaba aquí. Era con la esperanza, por pequeña que fuera, de que Alice viniera y pudiera verla, para suplicarle. Que lo perdonara o que se casara con él, lo que sea que ella estuviera dispuesta a aceptar.

Algunas personas lo miraron mientras subía los escalones, y se sonrojó un poco bajo la máscara. Debía de lucir tan ridículo como se sentía. ¿Y con quién hablaría mientras estuviera aquí? No estaba seguro de si reconocería a alguien en aquel mar de disfraces, y probablemente ninguno de sus amigos asistiría. *Fue una idea estúpida venir*.

Tras saludar a los anfitriones, quienes le preguntaron a manera de broma quién podía ser el joven y alto león, entró en el salón de baile y empezó a examinar a las personas a su alrededor. Había una pareja conversando a su derecha. La mujer vestida con un dominó y una máscara de lobo y el hombre con una de satén rojo. El hombre reía, mostrando una inconfundible sonrisa de dientes amarillentos.

Sólo podía ser Lord Hicks. Ya era una ventaja el saber la identidad de al menos una persona en esta reunión. En cuanto a quién podría ser la dama, no tenía ni idea. Parecía disfrutar de la compañía de Hicks, lo cual era un enigma. No, eso era insensible. Estaba juzgando a Lord Hicks cuando él era el tipo de hombre que apostaba por una mujer que estaba muy por encima de sus

posibilidades y con la que deseaba desesperadamente poder casarse.

Una pequeña orquesta empezó a tocar en un rincón de la sala, y algunas de las parejas se dirigieron hacia la sala de baile, llenándola de colores brillantes. George recorrió la periferia de la sala, fijándose en cada mujer menuda que se cruzaba en su camino. No había ninguna que pudiera pasar como Alice. Por supuesto, ella no estaría aquí. Estaba perdiendo el tiempo.

Frustrado, se alejó del salón de baile y se encontró en un pasillo oscuro que corría paralelo a este. Del otro extremo llegaban luces y sonidos. Era una forma más tranquila de llegar al otro lado del salón de baile, donde estaba la salida, aunque lo llevaba a través de las habitaciones privadas de la casa. Tal vez no era precisamente lo más prudente, pero no podía soportar la idea de volver a abrirse paso entre la multitud del salón de baile, así que continuo.

—Si es tan amable, milord.

Había miedo en la voz que había oído. Los sonidos ahogados de un forcejeo a mitad del oscuro pasillo llegaron hasta él, y George apretó los puños mientras avanzaba.

—¡Alto, por favor!

George empezó a correr, y sólo le bastaron unas pocas zancadas para llegar a la pareja. El hombre estaba enmascarado y sujetaba fuertemente a una mujer vestida de sirvienta. La estaba besando, pero no se trataba de un flirteo deseado por parte de ella.

George apartó al hombre de ella y se echó hacia atrás, propinándole un puñetazo que lo hizo tambalearse. El hombre maldijo mientras se llevaba la mano a la nariz. George mantuvo su postura de combate, pero el hombre no parecía dispuesto a abalanzarse sobre él.

—¿Quién es usted? —dijo el hombre—, ¿qué derecho tiene a inmiscuirse en lo que no le concierne?

La voz le resultaba familiar, a pesar de estar amortiguada por la mano en la nariz. George frunció el ceño y dio un paso adelante. Le quitó la máscara de un tirón. Por supuesto… Harrowden. Ya empezaba a hinchársele la mejilla y movió la mandíbula como para comprobar que no estuviera rota.

—Deme mi máscara —espetó Harrowden y la arrancó de sus manos—. ¿A quién debo el honor de esta intromisión?

George hizo una pausa. Tuvo la tentación de decirle a Harrowden quién le había dado el puñetazo, para hacerlo enfadar y pagarle por todo el daño que había hecho y que probablemente seguiría haciendo, ya que ése era el tipo de hombre que era. Pero eso sólo garantizaría que, entre ellos, creciera una enemistad. Pensó en las palabras de Philippa y casi sonrió al pensar en un duelo al amanecer con alguien que probablemente lo mataría por jugar sucio o por su ineptitud.

—Como no tienes ningún honor que defender, la pregunta no vale la pena. Ahora vete, Harrowden.

Lord Harrowden volvió a ponerse la máscara y se la ató con cuidado. Lo miró con el ceño fruncido y se volvió hacia el otro extremo del pasillo. Sólo cuando se hubo marchado, George se volvió hacia la mujer. Respiraba con dificultad y parecía haber estado llorando, pero pudo ver que se esforzaba por mantener la compostura.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Puedo acompañarla a algún lugar seguro?

—Eso sería muy amable de su parte, señor.

Resopló y se dio la vuelta para volver hacia el salón de baile, y George caminó a su lado. No estaba seguro de si debía ofrecerle su brazo a una sirvienta, pero no le pareció correcto. Nunca se había encontrado en esa situación y no quería avergonzarla. Se limitó a aminorar su paso para que caminaran al ritmo de ella.

—Le agradezco, señor —dijo cuando se acercaban a la entrada del salón de baile.

La vulnerabilidad en su voz lo conmovió así que cogió su mano y la colocó sobre su brazo mientras le sonreía.

—Ha sido un privilegio defenderla.

En la entrada se encontraban tres personas, las cuales bloqueaban parte de la luz procedente del salón de baile. Sus rasgos eran indistinguibles.

—Anley. Deja que te enseñe la biblioteca, en caso de que la necesites.

Sorprendido al escuchar el nombre, George se volvió para observarlos más de cerca. Ahora, con mejor luz, no fue difícil identificar a Alice al lado de su hermano. No sabía quién podía ser la tercera persona. Soltó la mano de la criada y se acercó a ella.

—¡Alice! —en su emoción, George se olvidó de usar su título y permanecer discreto… y también del hecho de que probablemente no quería hablar con él.

Al instante siguiente, tuvo motivos para arrepentirse de su precipitación, porque no le resultó difícil detectar la furia en su rostro a pesar de su máscara. ¿Podría seguir tan enfadada con él?

No tenía ninguna posibilidad.

—Lo sabía —dijo ella en voz baja y temblorosa—, sabía que era un mentiroso. No tiene amantes, *¿eh?* ¿Es porque usted es demasiado tacaño para pagarlas? ¿Así que, en vez de eso, aborda a inocentes criadas en los pasillos de casas ajenas? —le lanzó una mirada despectiva a la criada—, ¿o no tan inocentes?

—¡Alice! —volvió a gritar, esta vez horrorizado. ¿Era eso lo que pensaba de él?

—Alice —protestó su hermano al mismo tiempo—, averigüemos qué ha ocurrido.

La criada agachó la cabeza, avergonzada.

—No ha sido así, por favor, señorita.

Cuando ella habló, el tercer caballero dio un paso adelante.

—Me parece que usted es una de nuestras criadas —le dirigió a George una mirada fulminante—. Usted tiene que dar algunas explicaciones. Ella está llorando, y no acostumbramos a que los invitados aborden a nuestros sirvientes.

George reconoció al tercer hombre como Simon Fenley, aunque no eran conocidos. Volvió a mirar a Alice. No importaba lo que dijera, no le iban a creer. Su honor nunca antes había sido cuestionado. Nunca había sido necesario. Tomó aire para intentar explicarse de todos modos, pero al final, no fue necesario.

La criada encontró su voz y habló con firmeza.

—Señor Fenley, fue lord Harrowden quien me hizo daño. Se abalanzó sobre mí mientras llevaba bocadillos por el pasillo de un extremo a otro del salón de baile. Se negó a ser disuadido, y no puedo decir lo que habría sucedido de no ser por este caballero aquí presente —le dirigió una mirada llorosa pero agradecida a George.

Los ojos de George estaban fijos en Alice. Vio que separó los labios y que sus ojos se dirigieron hacia la criada. Pudo notar que le creía. Alice cerró la boca y, como la máscara sólo le cubría la parte superior de la cara, vio cómo un rubor invadía sus mejillas.

—Quizás podríamos hablar de esto en privado —le dijo a Alice, suplicando silenciosamente. Tenía la sensación de que era ahora o nunca si quería hacerle ver quién era en realidad.

—Excelente idea —dijo Lord Anley enérgicamente—, Fenley, guíanos, por favor. ¿La biblioteca?

Fenley se volvió hacia la criada y murmuró unas palabras, luego volvió a tomar la delantera. Los llevó hasta el lugar donde George se había encontrado con Harrowden, y allí abrió la puerta. Entró y encendió algunas velas en la habitación, haciendo brillar las letras doradas de los lomos de los libros.

—Gracias por prestarnos tu biblioteca —dijo Lord Anley—, me quedaré para asegurarme de que todo esté en orden, como es debido.

Estrechó la mano de Fenley, quien salió de la habitación. George lo miró irse, desconcertado. Era como si todo aquello hubiera sido planeado.

—Estaré por aquí —dijo el marqués—, y aunque estaré de espaldas, no creáis que no estaré escuchando —levantó la mano como si les diera una bendición papal, y luego se dirigió a la silla en el lado más alejado de la habitación, donde se sentó de cara a la chimenea, perdiéndose de vista tras el respaldo de la silla.

Aunque George quería coger las manos de Alice entre las suyas, aún no se atrevía. Le hizo un gesto para que lo siguiera hasta el extremo opuesto de la habitación. Cuando llegaron al final, se volvió hacia ella.

—Alice —dijo, su voz casi fue susurro—, he estado agonizando. Soy un tonto por haber apostado por ti. La falta de decoro fue imperdonable, pero te ruego que me perdones de todos modos.

Ella lo escuchó y bajó la mirada. Sintió que ella estaba cediendo. O, ¿estaba cediendo? Quizá sólo se estaba preparando para decirle que no volviera a molestarla.

Levantó la mirada hacia él.

—George, ¿podrías quitarte esa absurda máscara? No puedo hablar contigo mientras lleves puesta una melena.

Él se quitó la máscara y la sujetó con las dos manos. Ella se desató con cuidado su propia y discreta máscara negra, permitiéndole ver por fin su querido rostro. Esperó a que ella hablara.

—Yo también he sufrido —dijo—. No esperaba que encontraras un lugar en mi corazón, pero me temo que te has sentido como en casa sin que yo lo sospechara. Por eso me dolió enterarme de la apuesta. Por eso temí que fueras infiel. Tienes una reputación, ¿sabes?

Cada uno de sus músculos estaba tenso por el miedo a perder lo que anhelaba… el deseo de abrazarla. Se contuvo.

—La reputación que se difunde sobre mi nombre no es un fiel reflejo de quién soy. La verdadera persona es la que soy cuando estoy contigo.

Ella levantó una mano y la puso sobre el pecho de George. Él dio un paso adelante para poder tenerla más cerca. Conteniéndose, colocó su mano encima de la de ella. No haría ni un solo movimiento sin estar seguro de que ella no tenía más dudas.

—¿Y no tendrás una amante? —preguntó, mirándolo—. ¿No te llevarás la fortuna de tu mujer y te apostarás con ella, dejándola desahuciada y a tu merced?

Él negó con la cabeza. Le resultaba difícil pronunciar las palabras.

—La herencia de mi esposa se reservará para nuestros hijos, si ella lo desea. O la utilizará para su propio placer. Yo me encargaré de que mi propia herencia sea provechosa, para que la fortuna de mi esposa no sea necesaria.

—Olvidaste responder sobre las amantes —susurró.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Lo olvidé porque la idea me resulta tan repugnante que ni siquiera se formula como parte de mis planes. Nada de amantes. ¿Quién podría soñar con semejante cosa cuando se tiene a la más —llevó su otra mano hacia el rostro de Alice y la acarició debajo de la barbilla con el pulgar —, exquisita esposa en casa?

Alice buscó su mirada. George se mantuvo quieto, como si estuviera intentando domar a un animal salvaje. Tenía que hacer que ella confiara en él.

Finalmente, Alice habló.

—Está el tema de la apuesta… *nuestra* apuesta.

No se apartó de él, así que él no intentó soltarla.

—¿Qué pasa con ella?

—Las condiciones —dijo, esbozando una sonrisa—, gané, ¿sabes?

George permitió que una sonrisa se dibujara en sus labios. El cambio de tema era algo propio de ella. Repentino, impetuoso, humorístico. Lo mantendría alerta.

—¿Estás reclamando tu premio, Alice?

—Así es —trató de permanecer seria, pero él pudo verla mordiéndose los labios para mantenerlos quietos. Eso provocó que aparecieran hoyuelos en sus mejillas—. Elijo que te cases conmigo.

George soltó sus manos y dio un paso hacia atrás, atónito. Era lo último que esperaba que dijera. Entonces vio una mirada de pánico en ella. Su sorpresa había parecido un rechazo.

—¡Alice! —casi fue un susurro ronco, y dando un paso rápido hacia adelante, él estaba de vuelta. La rodeó con ambos brazos, tirando de su cintura y sus hombros hasta que quedó pegada a él. Se inclinó hacia ella, dispuesto a besarla hasta marearla, pero se detuvo. Este iba a ser el primer beso de real de Alice y necesitaba que supiera lo mucho que la apreciaba.

Se tomó su tiempo. Con una mesura que lo hizo temblar, acercó sus labios a los de ella. Se apartó, la miró fijamente y volvió a besarla. Aflojó el fuerte abrazo y deslizó las manos por los brazos de Alice hasta posarlas en su rostro. Luego la besó con más intensidad, entrelazando los dedos entre las sedosas hebras de su pelo. El futuro se presentaba ante él, un futuro en el que amaría a esta mujer hasta el día de su muerte. Esos pensamientos lograron asomarse a su conciencia cuando volvió a rozar sus labios con los de ella, acariciando sus mejillas suaves mejillas. Podría hacer esto para siempre…

—¿Hemos terminado? —la voz irónica provenía de la silla cercana al fuego e hizo que George volviera en sí.

Abrió los ojos de par en par y se encontró con la mirada de Alice. Ella ahogó una risita. Se inclinó para susurrarle algo, pero ella volvió a besarlo y él no se molestó en corregir el malentendido.

—Ya es suficiente —dijo Anley, poniéndose de pie al otro lado de la habitación. Parecía más un hermano mayor que el joven chaval que era. Empezó a caminar hacia donde estaban ellos.

George se inclinó para susurrarle a Alice de nuevo, y esta vez lo logró.

—Acepto tus condiciones.

Alice lo miró, confundida, aunque su expresión fue reemplazada rápidamente por una sonrisa que sólo creció cuando él aclaró:

—Me casaré contigo, mi *muy* querida Alice, ya que tú me aceptarás.

# EPÍLOGO



Alice Clavering estaba de pie junto con Cleda Bell, Philippa Blythefield y Susan Evans en un rincón de Almack's, estudiando a la nueva generación de mujeres jóvenes que entraban en el mercado matrimonial. Cleda y Philippa eran madres jóvenes, pero habían decidido dejar a sus hijos recién nacidos con las enfermeras para poder asistir a la noche inaugural en Almack's. Alice se consideraba afortunada por tener el placer de contar con su compañía esta noche, ya que eran sus amigas preferidas para pasar el tiempo. También se había dado cuenta de que la vida en Londres no era tan terrible, incluso sin sus amigas íntimas en todos los eventos sociales.

—Ahí está la joven señorita Delby —dijo Cleda—, llamará la atención de todos, con ese pelo rubio.

—Es el color más encantador, ¿verdad? —dijo Susan con nostalgia—. Y sus ojos son tan grandes que seguro que atraerá muchas miradas.

Philippa estudió a la chica en cuestión.

—Tal vez. Pero tengo entendido que sus padres desean que forme un matrimonio por conveniencia. La pobre chica no tendrá muchas opciones en cuanto a con quién casarse.

Se colocó al lado de su cuñada y volvió su mirada hacia la señorita Delby.

—Tal vez podría hacerse algo —dijo, con un tono inocente, pero sabía que Philippa no se dejaba engañar—. Ahí está el señor Ernest Winche. Él podría ayudarle con ese problema. No necesita una fortuna, y no parece que sea un hombre aburrido.

Cleda ahogó una carcajada.

—No creo que el señor Winche esté en busca de una esposa en estos momentos —observó Philippa—, no estoy del todo convencida de que ya le crezca el bigote.

—Oh, no, seguro que ya tiene edad para eso —dijo Susan. Cuando todas la miraron con ojos risueños, se llevó las manos a la boca—. Oh, estáis de broma. Por supuesto.

Alice no podía entender por qué Philippa era tan unida a Susan, quien no había sido dotada con sabiduría. Su amistad era anterior al matrimonio de Philippa con el hermano de Susan. Al menos la amistad de Alice y Cleda tenía sentido ya que compartían los mismos intereses. Pero estaba aprendiendo a apreciar la sencillez de Susan. Ella era naturalmente amable, y ese rasgo tomaba más valor a medida que uno envejecía.

No es que Alice ya fuera mayor. No llevaba casada más de un año.

—Señoras —dijo—, veo a mi marido. Voy a ser horriblemente anticuada e iré a hablar con él.

Philippa sonrió.

—Vuelve antes de que sea demasiado tarde. No querrás que Londres arda con rumores de cómo Lady Alice Clavering está enamorada de su marido.

Alice no pudo evitar sonreír. No había necesitado tiempo para aprender a apreciar a Philippa. Adoraba a su cuñada y sabía que había ganado mucho al casarse con George.

Su marido estaba de pie, de espaldas a un rincón no muy lejos de aquel en el que se habían conocido. Tenía los brazos cruzados y la mirada fija hacia el frente, aparentemente ensimismado.

—Cuidado, señor Clavering. La gente de aquí pensará que usted es infeliz. Y si lo creen infeliz, culparán a su esposa.

—Sería el colmo de la injusticia culpar a mi mujer. Ella es un ángel —miró rápidamente a su alrededor, luego cogió la mano de su esposa y la besó antes de posarla sobre su brazo. Se inclinó hacia ella—. Acabo de ver a Harrowden. Ese hombre me irrita.

—¡Él! Casi había olvidado su existencia. ¿Alguna vez le reclamaste por tus chelines? —sabía la respuesta, pero no pudo resistirse a provocarlo. Ya no era un tema delicado entre ellos.

—Sabes muy bien que no. Cuanto antes dejemos esa tontería atrás, mejor. No es amable de tu parte que te burles, querida.

A Alice se le escapó una risita. Ahora mismo se sentía generosa con todo el mundo. Lord Harrowden en persona podría acercársele, y ella podría incluso dignarse a asentir. Permaneció al lado de George, sin importarle que estuviera creando chismes ociosos sobre cómo nunca se separaba de su marido.

Se inclinó hacia George.

—Estábamos hablando de la señorita Delby, quien…

—No.

Alice mantuvo su rostro inexpresivo por el bien de la Sociedad, pero tuvo el mayor impulso de reír.

—¿Qué quieres decir… no? Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

George tenía los mismos gestos inexpresivos que ella, fingiendo que estaba muerto de aburrimiento, y pronunciando palabras que sólo ella podía oír.

—No necesito saber lo que vas a decir, porque conozco a mi mujer. Y la última vez que se le ocurrió arreglar un emparejamiento para la pobre señorita *ambos sabemos quién*, acabó siendo un escándalo.

—No, marido. Escándalo no.

—Escándalo —repitió, sonriendo. Alice luchó por no soltar una risita.

La semana pasada habían recibido otra carta de Oswald y Gwendolyn Duckworth, quienes se habían instalado en la finca de Duck. Por lo que parecía, llevaban una vida de dicha sin parangón. Alice y George habían hablado seriamente sobre el tema, coincidiendo en que la decisión había sido la correcta. Además, se había anunciado en la *Gaceta* que Lord Hicks se había comprometido con la señorita Teresa Wolfe, y que el matrimonio se celebraría esta Temporada. A Alice le había resultado fácil felicitar a Teresa de todo corazón.

George mantuvo el brazo de ella bajo el suyo, a pesar de que se estaba formando un nuevo set y no se ofrecería a bailar con una de las damas ni se marcharía a hablar con los caballeros. Él mismo era horriblemente anticuado.

—Dejando a un lado a la señorita ya sabes quién, no sé por qué seguimos asistiendo a Almack's. Ambos estamos casados. ¿Conseguir pareja no es la única razón para venir aquí?

—Oh, no lo sé.

Alice repentinamente se quedó sin aliento. No había pensado en cómo se lo diría a George. Tenía la intención de que fuera un momento privado, pero en ese momento se sintió

perfectamente bien hacerlo aquí. Después de todo, este era el lugar que los había unido.

—Tendremos que mantenernos al corriente de los últimos chismes de la Sociedad durante los próximos… —levantó su mirada hacia él y bajó aún más la voz—, dieciocho años, momento en el que adquirirán una gran relevancia.

Su marido no apartó la mirada de la suya, así que ella vio cómo su expresión de desconcierto se convertía en una de comprensión. La apartó de la multitud y la condujo con mano firme a un rincón, *su* rincón, el cual estaba milagrosamente vacío, salvo por ellos. Se volvió hacia ella.

—Alice Clavering, ¿me dices esto *aquí*? —murmuró. Su mirada era intensa, llena de alegría —, ¿dónde no puedo estrecharte entre mis brazos y soltar una especie de grito de triunfo o algo así?

Ella apretó los labios y asintió, sonriendo. Él se inclinó y estampó un beso en esos labios.

—Tendré que encontrar alguna forma de vengarme por esta desconsideración.

—Estoy deseando ver cómo lo intentas —respondió con dulzura.

Él se apartó de repente, con el ceño fruncido.

—¿Pero por qué Almack's sería relevante dentro de tantos años? Un chaval no necesita Almack's…

—¿Un chaval? —respondió, tirando de su brazo juguetonamente—. *¡Pff!* Estaría dispuesta a apostar a que…

# Otras obras de Jennie Goutet

# CRÓNICAS DE CLAVERING

Redención

Intrigas del corazón

El juego de buscar pareja

# Acerca del Autor



Jennie Goutet es la autora más vendida de doce novelas románticas de la Regencia, entre ellas las Crónicas Clavering, Propuestas Memorables y la serie Hijas de la Nobleza. Sus libros han recibido el primer lugar en romance histórico en los New England Reader's Choice Awards y han alcanzado el puesto número uno en la categoría Romance de la Regencia en Amazon. Han aparecido en BookBub y Hoopla, y están traducidos a cinco idiomas.

Jennie es una anglófila nacida en Estados Unidos que vive con su marido francés y sus tres hijos en una pequeña ciudad a las afueras de París. Su imaginación reside en la Inglaterra de la Regencia, donde sus romances están ambientados. Puede obtener más información sobre los libros de Jennie y suscribirse a su boletín informativo en su página web: jenniegoutet.com o comprar sus libros en jenniegoutetbooks.com.

Photo: Caroline Aoustin